This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL
1451
8

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

FROM THE GIFT OF

WILLIAM ENDICOTT, JR.

Class of 1887

OF BOSTON

MISCELANEA

INSTRUCTIVA

Y

AMENA.

COLECCION ESCOGIDA DE ESCRITOS SOBRE TODAS MATERIAS, EN PROSA Y EN VERSO, ORIGINALES, COPIADOS Y TRADUCIDOS.

TOMO I.

MERIDA DE YUCATAN.

OFICINA TIPOGRAFICA DE RAFAEL PEDRERA.

1849.

SAL 1451.8

N

HARVARD COLLEGE LIBRARY
THE GIFT OF
WILLIAM ENDICOTT, JR.
AUGUST 30, 1

Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando, pariterque monendo.

HORACIO.

CUENTO

QUE SE COLOCA EN ESTE LUGAR, Y CON LETRA DIFERENTE, PARA SERVIR DE PROLOGO Ó INTRODUCCION.

VIAJABAN juntos un anciano y un niño con un solo asno, del cual se servia el primero. Encontráronse con otro caminante, y éste dijo al verlos:—¡Vaya, vaya! El viejo en el asno y el niño á pié, cuando debia ser al contrario. ¡Pobrecillo! sin duda va á morir de cansancio.

Oyendo esto el anciano, apeóse del asno, é hizo que ocupase su lugar el mozuelo; mas á poco rato dieron de cara con otro caminante, quien exclamó admirado: —¿Se puede sufrir esto? El viejo á pié y el mocoso en el asno: ¿no seria mejor que cambiasen de posicion? ¡Sobre que el niño con la travesura propia de su edad sufriria mejor las molestias del viaje! ¡así va el mundo.

Con tal motivo dispuso el viejo que ámbos continuasen á pié la marcha, llevando el niño al animal del diestro. Toparon, pues, con un tercer viajero, el cual, tan entremetido é imprudente como los anteriores, prorumpió en una estrepitosa carçajada, añadiendo: —No creeria tal cosa á no ser testigo de ella: ¡dos hombres á pié y un asno sin carga! ¿Si será su próximo?

Algo picado el viejo con tantas y tan opuestas opiniones, manifestadas con tal descaro, cabalgó en la béstia, mandando al niño que ocupase las ancas; pero salióles todavía al encuentro un caminante mas, quien les dirigió el siguiente apóstrofe: —Se conoce que no sois vosotros los que llevais la carga: ¡dos

hombres sobre un jumento! Pudiera quejarse el animal y oiriais: ¡así os veais vosotros!

Al llegar aquí no supo yá qué hacer el infeliz anciano, y se quejó diciendo: —¿Qué partido tomar! Vengan ellos, y colóquense en lugar mio para ver cómo se componen: cosa bien fácil es corregir, pero muy difícil hacer. ¡Cuán árduo es agradar á todos!

Lo mismo sucede á cuantos se ven obligados á servir al público, el cual se compone de hijos de diversas madres, y por consiguiente no será extraño que encontremos en nuestra marcha algunos críticos injustos y mordaces, porque no sabemos quién nos quiere bien ni quién nos quiere mal; mas no serémos tan dóciles y condescendientes como el viejo, ántes les volverémos la cara, y continuarémos tranquilamente nuestro camino; para no tener que decirles: —*¿Qué hacer, pues? Venid y colocaos en lugar nuestro.*

Por lo demas, el título de nuestra obra explica suficientemente todo su plan, no menos que la utilidad que puede sacarse de ella; y en cuanto á la

buena eleccion de los asuntos, ponemos al tiempo por testigo, omitiendo vanas y pomposas ofertas que no siempre son religiosamente cumplidas.

Esto es cuanto teniamos que decir. Dios guarde á todos, y nos dé buen año.

Mérida, enero 1.° de 1849.

G. C.

MISCELANEA

INSTRUCTIVA Y AMENA.

La cena de Baltasar.

I.

Era la hora de la tarde..... La fúlgida estrella de los pastores brillaba en el azul del cielo, y las vírgenes de Israel, arrodilladas en la orilla del rio de Babilonia, unian á los sonidos de sus arpas armoniosas, palabras llenas del nombre del Eterno y del de Jerusalen, su desolada patria.

Y muchas veces inclinadas sobre las aguas, semejantes con sus velos blancos á cisnes peregrinos, lloraban sobre las miserias y los pecados de la casa real de Judá: entónces reinaba un profundo silencio en las márgenes y en las colinas, á donde el viento de la tarde llevaba sus últimos cantos con los vagos murmullos del rio.

Pero de cuando en cuando un confuso rumor parecia elevarse del seno de Babilonia sumergida en la embriguez de los festines: era como un siniestro sarcasmo, como una voz insultante y burlona que iba á escarnecer el

dolor del pueblo cautivo. ¡Oh! Babilonia se engreia en su majestuosa hermosura! La gran reina de Asiria se maravillaba de su fuerza: millares de teas encendidas relumbraban bajo los pórticos de sus palacios, y brillaban en la cima de sus elevadas torres, y una multitud insensata circulaba por sus plazas y sus calles regadas de perfumes y cubiertas de ricos mármoles. Dos profetas habian anunciado que la gran Babilonia pereceria por la espada; pero ella se reia de las palabras de Dios, y se creia al abrigo del viento de su cólera, detras de las robustas murallas con que el rey Nabucodonosor habia guarnecido su extenso recinto.

Y cuando las vírgenes de Israel oian aquella gran voz que parecia elevarse del seno de Babilonia, temblaban como las esbeltas hojas de la palma que agita el mas leve soplo del viento; y, tímidas como las gacelas del desierto, se estrechaban unas con otras, alzando los ojos al cielo.—¡Oh, hermanas mias! decian, ¿no es la impía voz de Baal la que ruge á lo léjos y resuena bajo las bóvedas de bronce de su templo?.... ¡Invoquemos al Eterno, al Dios de nuestros padres!.... Y esto diciendo, temblaban como las esbeltas hojas de la palma.

Hallábase en aquel momento entre las vírgenes cautivas de Israel un anciano de calva frente, y cuya barba, encanecida por los años, le caia hasta la cintura de su túnica.

Levantóse de repente en medio de ellas grande y majestuoso como el antiguo cedro, cuyas mas altas ramas han quebrantado las tempestades:—aquel anciano era Daniel, el profeta del Señor, y les dijo estas palabras:

—„¿Por qué temblais, oh hijas mias? ¿Por qué huis como las tímidas gacelas? ¡El Dios de Israel reside en vosotras, y su fuerza es grande! Su aliento desgaja las altas montañas, y derriba los mas robustos muros.

„Vírgenes de Jerusalen que llorais en la orilla del rio, load y bendecid al Señor.... Escuchad. Vosotras no habeis visto jamas la ciudad de vuestros padres: jamas vuestros piés han pisado la yerba de los valles que Dios ha fecundizado para la raza de Abrahan y de Jacob: habeis nacido cautivas á causa del pecado de vuestro pueblo, á quien la cólera del Señor arrojó á la tierra extranjera como las nubes del cielo, ó como los granos de arena que impele el viento del desierto. ¡Oh, pobres florecillas! vosotras no habeis recibido los benéficos rocíos del suelo natal!.... Pero yo, yo he visto la ciudad de nuestros padres, yo me he sentado en las orillas del Cedron, yo he lavado mis piés en sus ondas que tambien han apagado mi sed, yo me he sentado para descansar en la cima de las colinas que parecen los pechos de Jerusalen nuestra madre: yo he hecho oracion en la casa que Salomon

eligió para el Eterno, y he visto caer tristes días sobre Jerusalen, como un velo de luto. ¡Jerusalen! ¡Jerusalen!....."

Y todas las vírgenes conmovidas por las palabras del buen anciano, exclamaban:—„Jerusalen! Jerusalen!"

Entónces Daniel, conociendo que penetraba en su alma el espíritu de Dios, prosiguió diciendo:—„Muchos años hace,—era allá en los tiempos en que las madres de vuestras madres eran jóvenes y tímidas como vosotrás lo sois ahora,—que el Eterno, irritado contra su pueblo, le entregó al hierro de Nabucodonosor..... Yo he visto correr la sangre de nuestros reyes, y me hallé en mi juventud entre mis jóvenes compañeros, que atados de dos en dos, como viles caballeros, fuéron llevados á Babilonia.

„¡Oh, Eterno! gloria á tu nombre! *No lloreis, hijas de su pueblo, porque yá está cercana la hora* en que se cumplirá la palabra de los profetas, y en que Israel hallará misericordia delante del Señor, su Dios.... Y veréis á Jerusalen en la alegría de una jóven esposa, y vuestros piés pisarán la yerba de los valles que Dios ha fecundizado para la raza de Abrahan y de Jacob! Pero los cansados huesos de su siervo Daniel estarán sepultados en la tierra extranjera.

„Ahuyentad, pues, el temor, hijas mias! esa gran voz que ois, no viene de Babilonia: el viento del norte la trae en sus alas....

Ay de tí, Babilonia! Has llenado con tus iniquidades la copa en que te embriagas, y una poderosa planta va á debelarte, como tú en otro tiempo debelaste á Jerusalen. Cerraste el oido á sus gritos de desesperacion, y tus gritos, Babilonia, no tendrán eco en la tierra ni en los cielos. En este momento la cólera de Dios desciende sobre tí, y la sentencia de tu rey está escrita en letras de fuego sobre las paredes de su palacio, manchado por la crápula, y sus magos consternados no pueden explicar esos terribles caractéres!"

Así habló Daniel.

II.

Era la hora de la noche..... Baltasar habia convidado á su cena mil de sus principales magnates, y allí estaba con ellos rodeado de sus eunucos y de sus locas concubinas. Bebian ricos vinos en copas de oro, y las mesas y los blandos lechos se extendian á lo léjos bajo las inmensas bóvedas del palacio.

La luz de las lámparas encendidas sobre las retorcidas cornisas de las macizas columnas, sobre el fróntis de las colosales galerías y al rededor de su espléndido trono de oro, de pedrerías y seda, reemplaza los rayos del sol. La brillante estrella de los pastores no aparecia yá mas que como una nebulosa claridad en el azul del cielo, que se extiende

silencioso sobre la sala de los festines.

¡No fueron las robustas manos de los primeros hijos de Nembrod las que hacinaron aquellas gigantescas moles de granito y de pórfido, y las que echaron los atrevidos cimientos de aquel palacio, donde los reyes de Babilonia han fijado su mansion!

El pórtico amenazante esconde su frente en las nubes, y se abre sobre un vasto recinto, en medio del cual multitud de hombres se parecen á aquellos efímeros insectos que zumban en el aire, donde los ha hecho nacer el sol del estío. Numerosas columnatas, alzadas unas sobre otras, sostienen inmensas galerías, encima de las cuales espaciosos pensiles conservan una verdura eterna y fragantes flores. El trono del rey domina en aquel recinto, al que no se puede llegar sino subiendo una larga escalinata que apénas puede abarcar la vista, y en frente del trono se alza la imágen de Baal. El príncipe del mal y de las tinieblas se retuerce bajo la forma de una serpiente de bronce al rededor de una columna de oro, y de sus entreabiertas fauces parece que brotan llamas.....

Tal es la sala de los festines del palacio de Baltasar, construido para una raza de gigantes; por eso dicen en su orgullo los hijos de Babilonia, que solo los genios sometidos á Baal han podido construir aquel maravilloso edificio.

Tendidos sobre ricas alfombras los con-

vidados del rey, se hartan de los manjares y de los vinos que cubran las mesas de cedro. Los perfumes que arden en brasericillos de oro, derraman en torno una atmósfera que embriaga, y yá las mujeres y concubinas de Baltasar, murmurando impíos cantos, se agitan al pié de su sólio, y se entregan á profanas danzas.

Entónces el rey, presa del delirio de la embriaguez, manda á su servidumbre que lleve á su festin los vasos que Nabucodonosor osó arrebatar de la casa de Dios cuando Jerusalen le fué entregada, y los ofrece en homenaje á Baal y á sus dioses de la Caldea, dioses mudos é impotentes salidos del horno ó del cincel de los escultores; y Baltasar y los magnates de Babilonia, y las concubinas de esta ciudad, se echan todavía mas vino, y beben en aquellos vasos de oro consagrados al Dios de Israel.

De repente, una misteriosa nube envuelve la sala del festin; un largo y sombrío gemido retumba en aquel recinto, cuyas columnas sacudidas por una mano desconocida, parecen próximas á desplomarse; y aquella mano, visible solo para Baltasar, escribe sobre las paredes del palacio caractéres radiantes como los rayos del sol.

Un profundo terror se apoderó del rey: púsose pálido, sus dientes rechinaron, su sangre circuló mas fria en sus venas, el sudor corrió de su frente, sus rodillas dieron una

con otra, y se doblaron bajo el peso de su cuerpo cuando quiso huir, y sus criados olvidaron sostener la falda de su largo ropaje de púrpura: luego todos los convidados vieron tambien aquellos sagrados caractéres, y maldijeron el dia que nacieron, y cayeron anonadados, ó probaron á huir de tropel..... Y las concubinas del rey, pálidas, desgreñadas, prorumpieron en lamentables alaridos. Y los sacerdotes de Baal, cubriéndose la frente con sus vestiduras, no osaron considerar aquel tremendo prodigio.

En vano el rey hace venir á los sábios y á los adivinos de Babilónia, porque ninguno de ellos puede leer el fatal escrito en el que Baltasar fija sin cesar, y apesar suyo, su sangrienta y delirante mirada.

Entónces la reina, habiendo oido hablar de las extrañas cosas que pasaban en el palacio, voló temblando á buscar á su real marido, y despues de haberlo adorado, le recordó que entre los hebreos cautivos en Babilonia, se hallaba todavia el sábio Daniel que en otro tiempo habia explicado el sueño del gran rey Nabucodonosor.

Y al punto Baltasar despachó un mensaje á Daniel, el profeta del Señor, y el mensajero encontró á Daniel en las orillas del rio, y entre las jóvenes vírgenes de Israel que entonaban las alabanzas del Eterno.

¿Que se han hecho ¡oh Babilonia! tu audacia y tu soberbia? Tus ostentosos magnu-

tes están con la frente hundida en el polvo; tus príncipes y tu rey, ántes tan soberbios, ahora pálidos y consternados, esperan de la boca de un anciano cautivo algunas palabras de esperanza..... ¡Pero lo que va á pronunciar es su sentencia!....

Entra Daniel en la sala del festín con paso desembarazado y majestuoso, y los convidados procuran leer con inquietos ojos su porvenir en su severa frente.... Daniel, Daniel es quien parece ahora el señor del festín y el rey de Babilonia, porque el espíritu del Eterno reside en él....

Y el rey se inclinó delante de Daniel, su esclavo, diciéndole:—„Te daré la tercera parte de mi imperio, y serás el segundo despues de mí." Pero Daniel respondió:—¡Oh rey! guárdate esas dádivas. He venido aquí para interpretar esos sagrados caractéres, y oye lo que mi Dios, el Dios de Israel, te ha reservado en el dia de su justicia, que se ha alzado sobre tí....

„Escucha, Baltasar, hijo de Nabucodonosor; (*), tú has obrado como tu padre, á quien el Eterno habia departido la fuerza y el poder: tú has abusado de sus dones, y serás castigado como él. Te has levantado contra el Señor de los cielos; has hecho profanar

(*) Véase Daniel, cap. V, traduccion del P. Scio.—Todas las palabras de cursiva están sacadas del texto sagrado.

los vasos que le están consagrados, y tus esclavos y concubinas han bebido como tú en esos vasos. A causa de estas cosas, el Señor ha soplado sobre tí, y ahí estás en el polvo: oye, pues, por qué *se ha escrito esa escritura;* estas son las tres palabras; MANE, THECEL, PHARES.

Y esta es la interpretacion de las palabras:

MANE; *Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término.*

THECEL; *Has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto.*

PHARES; *Dividido ha sido tu reino, y se ha dado á los Medos y á los Persas.*

El rey Baltasar, y sus mil convidados, y sus mujeres, y sus concubinas cayeron de cara en el suelo, y lloraron en su corazon. El rey mandó que vistiesen á Daniel con un ropon de escarlata; pero las sentencias del Señor de los cielos duran toda la eternidad.

Y en aquella misma noche, Baltasar, rey de Caldea, fué muerto, y Ciro, el enviado de Dios, se presentó delante de Babilonia, y la gran voz que venia del oriente, retumbó en su seno.

Y la palabra del profeta se cumplió... Israel habia hallado misericordia delante del Señor, su Dios, y las jóvenes vírgenes que habian llorado en la orilla del rio de Babilonia, vieron á Jerusalen alegre como una nueva esposa, y sus piés pisaron la yerba de los valles que Dios ha fecundizado para los

hijos de Abrahan y de Jacob. Pero los cansados huesos de Daniel, su siervo, fuéron sepultados en la tierra extranjera,

(Escrito anónimo.)

MI AMANUENSE Y YO,

ó

EL HOMBRE DE MI ARTICULO.

—

¿No lo ha visto V.?—Pero, señor, cómo lo he de ver? No lo he visto ni es fácil que lo vea, miéntras V. me tenga esperando y sin dictarme una palabra.—Vea V. por donde sale: ¡qué torpeza!—Pues qué ¿no habla V. del artículo para la *Miscelánea?*—No, señor, no: ni de artículos ni de miscelláneas. Hablo de un hombre que me tiene estupefacto: de un hombre.... ¡Qué casualidad! Corra V ... asómese á la ventana... ese, ese.—¿Cuál?—Aquel que, despues de hablar al oido con el que pasó á su lado, se ha introducido en ese grupo.—Pero ¿qué hombre es ese?—¿Qué hombre? Mírelo V.: yá deja á los del corrillo y se acerca al que va por la acera del frente, siendo tan importante sin duda lo que comienza á comunicarle, aun ántes de acercarse á él, que le hace ponerse colorado: ¿no lo observa V.?—Pero,

por fin, ¿qué clase de hombre es ese?—Véalo V., véalo V. ahora llamando á toda prisa en la puerta de la casa inmediata.—Debe ser sugeto de muchos negocios ó de grandes relaciones.—¡Negocios!• Relaciones!... ¿Tiene V. noticia del súbito rompimiento de mi vecina con su esposo?—Sí, señor, y por cierto que es cosa que ha sorprendido á todo el mundo, porque jamas se habia visto un matrimonio mas compacto.—¿Oyó V. hablar del desafio de aquellos dos amigos, que se rompieron la cabeza dias pasados al salir de la tertulia á que concurren?—Algo he oido.—Pues bien; de una tienda que no está léjos de aquí, ha sido despedido un mozo honrado, un hábil dependiente, poco menos que á trancazos: un padre y un hijo, á cual mas virtuosos y pacíficos, fijan la atencion de los tribunales y del público con un pleito muy ruidoso en que se hallan enredados: su sobrina de V. yá no se casa con el jóven que la habia pedido: un artículo mio sobre la reaparicion del Cólera-Morbo en Lóndres y en Hamburgo, ha sido interpretado como una alusion personal, injuriosa y ofensiva, que me ha causado la pérdida de un amigo y la necesidad de llevar siempre conmigo un par de pistolas, porque tres que han tomado á su cargo su defensa, me esperan por las noches aguazapados por las calles, y...—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con el hombre de que hablamos, ó con el artículo que iba V. á es-

oirlo?—¿Qué tiene eso que ver? Ese hombre que madruga mas que el alba, y que corre mas que una mala nueva, solo por oir cuanto se habla en la ciudad y circularlo luego con mas celeridad que la de los telégrafos eléctricos de moderna invencion, es la única causa del divorcio de la vecina, del desafio de la otra noche, de la mala interpretacion de mi inocente artículo sobre el Cólera-Morbo, y en fin de cuantas desavenencias, pleitos y novedades de mal carácter ocurren entre nosotros.—¿Es posible?—No lo dude V.—Pero ¿qué hombre es ese?—Es un hombre que se ocupa en traer y llevar..., el tipo personificado de la verdadera *Chismografía*.—Pero ese hombre ¿qué profesion tiene? de qué vive?—De eso, y como se introduce en todas partes, lo tiene V. yá tambien, por medio de este artículo, metido en la *Miscelánea*.

Don Gil de las Calzas Verdes.

DISCURSO

Pronunciado por Mr. de Lamartine en la asamblea nacional de Francia, en el mes de octubre de 1848, en favor de una sola cámara legislativa.

Mr. Duvergier de Hauranha habia presentado la siguiente proposicion:

„El pueblo frances delega el poder legislativo en dos asambleas, de las cuales una se llamará cámara de representantes y la otra consejo de los ancianos."

Mr. de Lamartine:— Vengo á combatir la proposicion del ilustre M. Duvergier de Hauraua, y vengo á combatirla conociendo todas las causas que se han desarrollado en favor de ese sistema, y respetando al mismo tiempo profundamente las intenciones y las personas.

Yo tambien, si hubiese subido á esta tribuna hace cuatro años; si hubiese tomado la palabra en el momento en que la república, en vez de ser una cosa nueva, habria llegado á ser para el pais un hábito libre de todo movimiento exterior, de toda agitacion y de toda circunstancia que exigiera imperiosamente la fuerza y la unidad en el poder, acaso no me opondria al sistema de las dos cámaras. Todas mis convicciones respecto á esto, se resumen en estas palabras de Plutarco: „Las buenas leyes son hijas de los tiempos." Estas palabras son contrarias á estas otras: „Verdad mas allá de los Pirineos, mentira mas acá."

Sí, sin duda, cuando se trata de verdades políticas, verdad mas allá de los Pirineos, mentira mas acá; pero, no sucede lo mismo cuando se trata de esas verdades constitucionales hijas del tiempo, y esas verdades son las que me han convencido.

Antes de decidirme por el sistema de una

cámara única, he reflexionado mucho, he leido tanto como vosotros, he visto el peligro de la unidad en el poder, peligro de despotismo para la monarquía, de anarquía para la república; he presenciado las desgracias que han tenido lugar con la unidad; pero he visto tambien que esas mismas desgracias han tenido lugar con dos asambleas. Aquí hay mas bien hechos contemporáneos, que consecuencias necesarias de la una ó de la otra ley política. (Señales de adhesion de la izquierda.)

He preguntado: ¿qué es una constitucion? qué otra cosa es, señores, sino la forma exterior de un pueblo?

Una constitucion no es una cosa abstracta; es una nacion revelándose á sí misma; es una nacion que da forma á un molde, y no un molde que imprime arbitrariamente su forma á la nacion.

Partiendo de este punto, he preguntado: ¿por qué hay dos cámaras en Inglaterra? por qué hay dos cámaras en los Estados-Unidos y en algunos paises de la América meridional? Y he descubierto la razon, no en la preeminencia del número dos sobre el uno, sino en los intereses, en los antecédentes y en la misma forma del pais.

En Inglaterra la cámara de los pares fué mucho tiempo la única depositaria del poder; los comunes no hacian sino un papel secundario. Despues, cuando el principio demo-

crático representado por los comunes, se desarrolló en presencia de la aristocracia; el interes de la cámara de los pares, de este centro de las tradiciones de la fuerza nacional, se confundia con los intereses territoriales del pais, y estos intereses son los que ella representa.

En América el senado no representa intereses análogos; pero ¿él es, como se ha dicho, la consecuencia de raciocinios políticos que han llegado por medio de la especulacion y del cálculo á la perfeccion de la democracia? ¿Se apoya en los principios que se invocan para establecer una segunda cámara en nuestra democracia? No, señores.

El senado en América representa el principio federativo. En consecuencia, no resulta de la democracia, sino de la federacion, y no es la perfeccion, sino mas bien la imperfeccion de la democracia.

La izquierda: —Muy bien.

M. de Lamartine.—Y ahora bien, yo os pregunto: ¿quereis, creando una segunda cámara por vuestra constitucion, no digo reconocer, pues no existen, sino crear divisiones en el pais? (Nueva aprobacion en la izquierda. Rumores en la derecha). Provocar en vuestro pais algo de lo que existe en América, seria retrogradar, seria una falta inmensa.

¿Teneis, como en Inglaterra, una aristocracia? La Francia es aristocrática? Es inútil preguntarlo. Los elementos de toda aris-

tocracia han sido dispersados por la tempestad de 1792. Yá no hay otra aristocracia, que la que reconoceis vosotros mismos, la del genio, la de las luces, la del patriotismo, la de los servicios prestados, y la que está registrada, ¿por quién? por esa fuerza esencialmente motriz de donde procedemos todos, es decir, por la eleccion. ¿Es preciso que constituyais una segunda cámara para esta aristocracia?

¿Teneis una teocracia? No; vuestro sacerdocio se compone de ciudadanos tomados en todas las clases de la sociedad, y que no se distinguen sino por sus virtudes; no hay en él ni poder, ni riquezas, ni propiedades de manos muertas.

La carrera militar yá no es propia de una sola clase como en el antiguo régimen. El oficial sale de todas las clases de la nacion; no hay privilegios ni para él ni para sus hijos. Cuando ha llegado el momento de que se retire, no conserva la espada en el seno de su familia, sino que la entrega á otro porque yá no puede empuñarla. En todas partes encontraréis, si puedo expresarme así, esta fugacidad de las funciones públicas y de las distinciones sociales; no veréis que son superiores á la multitud, sino los ciudadanos que deben su situacion á su valor personal reconocido en el gran tribunal de la eleccion.

En medio de esta Francia tan profundamente democratizada, querer constituir una

segunda cámara, es mas que una quimera, es el sueño de los sueños, y es preparar en ella una aristocracia que reconozco que no admitis en el fondo, pero cuya forma crearéis y cuya semilla sembraréis en el pais. (Señales de adhesion de la izquierda.)

Este no tan solo seria un sueño, sino una realidad peligrosa, un peligro, un peligro conservador, dispensadme esta palabra (risas generales), y un peligro real. Porque no olvideis nunca delante de quién sembraréis el gérmen de una aristocracia cualquiera. Lo sembraréis delante de una democracia que, como lo decia hace algunos dias el distinguido Mr. de Falloux, se ha desarrollado sin duda gradualmente, aun en medio de la época de la monarquía; pero, en fin, delante de una democracia que no posée su fuerza de accion sino hace 50 años: delante de una democracia reciente, y por esto mismo naturalmente suspicaz, inquieta, recelosa, y que no presenciaria sin una susceptibilidad real, aunque ilegítima, el que se restableciera á los siete meses una cámara de los pares, á los 18 años una cámara hereditaria y aristocrática, que, reducida al principio á un papel legislativo, se desarrollaria dentro de pronto funestamente. (Agitacion.)

Alejo de la discusion innumerables consideraciones que en este tratado *ex-professo* encontrarian naturalmente su lugar, y que favorecen el sistema que defiendo; pero me limito á este pensamiento, no científico

sino instintivo, que me ha convencido finalmente, y que espero os convencerá.

Sí, ciudadanos: no seamos inspirados sino por esta fulminante reflexion que se llama instinto, este sentimiento que subordina las revoluciones á las necesidades de la época, y que dará á nuestras instituciones una fuerza tan irresistible y de tal naturaleza, que la república que deseamos fundar, y que no es otra cosa que la sociedad gobernada por sí misma para satisfacer todos sus intereses legítimos, triunfará de todo ataque, ya sea que éste venga del lado izquierdo ó del derecho, de arriba ó de abajo. (Muy bien á la izquierda.)

¡Qué! presenciando la situacion en que se encuentra la Francia, que no se debe exagerar, pero tampoco atenuar,—porque debemos decir la verdad, no solo por nosotros mismos, sino tambien por el país, y la debemos decir, no solo en las palabras y discursos, sino tambien en los actos y hechos retratados en la constitucion que votamos—¡qué! en el momento en que toda la Europa se halla en movimiento, y en que por todas partes se manifiestan ideas que yo no juzgo, pero que han producido explosiones aquí y allá, que han resonado en nuestros oidos; ¡qué! presenciando los peligros sociales y políticos que nos rodean por todas partes, y los recuerdos, preocupaciones y escepticismo que se disputan el mundo; ¡qué! presencian-

do todo esto, los especuladores políticos, despues de haber reflexionado friamente en su gabinete, vendrán á decir: Bien considerado, dos cámaras valen mas que una; figuran mejor en un cuadro histórico, convienen mas á la ciencia teórica, y por tanto votamos por dos cámaras? (Larga interrupcion.)

No, ciudadanos representantes; yo os digo que os exponeis á perder todo en este momento con teorías. Conjuro á los hombres de buen talento.... He dicho, hace poco, que tenia mucho respeto por mis adversarios. (Nueva interrupcion.)

Conjuro á los distinguidos miembros que defienden la teoría de las dos cámaras, á no obrar con ligereza (estas palabras no deben ofenderlos); á no extraviarse por consideraciones extrañas al lugar y á la época que nos deben hacer obrar. No nos entreguemos á ilusiones, cuando tenemos delante de nosotros realidades.

No, no es en el momento en que el pais se encuentra, dando á luz con dificultad su propia libertad; cuando discutimos, capítulo por capítulo, una constitucion que exigiria mas calma; cuando en todas partes se agitan á vuestro derredor grandes cuestiones; no es en este momento en el que se debe introducir en nuestra política un obstáculo que nos embarazará todos los dias.

Considerad el estado interior y exterior

del país, y reflexionad en lo que sucederá si poneis trabas á la accion de un gobierno por latitudes constitucionales y combinaciones violentas. Podrá suceder que seais devorados por el Norte, que las facciones antisociales que teneis fundamento para combatir, tengan tiempo de reunirse, y que las trincheras se construyan ántes que vuestras dos cámaras hayan tenido tiempo de concertarse para alejar el peligro comun. (Movimientos diversos. Agitacion prolongada.)

No, señores: es preciso que sepamos obrar como hombres de Estado y revolucionarios; y digo esta palabra tomándola en su acepcion buena y honrosa, es decir, como hombres obligados á hablar y á obrar en tiempo de revolucion. Es preciso que sepamos libertarnos de esas ideas, de esas ficciones del gobierno representativo antiguo, de ese gobierno en tres poderes con una soberanía fija é inmutable, que tenia sus raices, no entre nosotros, sino en el cielo, que emanaba del derecho divino, que se perpetuaba por sí misma, y que para ser moderada tenia necesidad de poseer en derredor suyo, ya un punto de apoyo, ya un punto de resistencia.

Pero hoy, cuando la soberanía se encuentra en vosotros ó en ninguna parte, cuando esta soberanía tiene necesidad de formar un cuerpo, de concentrarse, de estar siempre presente y de obrar siempre enfrente del pe-

ligrá ¿quién, pues, se atreverá todavía á proponer que sea debilitada dividiéndola? (Movimientos diversos.) Repito que podria extenderme sobre esta cuestion, y responder á todos los argumentos presentados por mis adversarios; pero no quiero encargarme sino de uno solo, de aquel que tiene relacion con el dictámen de la cámara única, ó de las dos cámaras con el poder ejecutivo.

Si todos los artículos de la constitucion se hubiesen sujetado á la temible prueba de esta tribuna, podriamos establecer la discusion sobre este punto; pero no conocemos todavía de la constitucion sino lo que la comision nos ha hecho conocer; sin embargo, las muchas luces de esta comision me hacen esperar que adoptaréis lo que os propone.

Y bien, ¿qué hace el proyecto de constitucion? Cria, como se habia temido, una especie de monarquía quinquenal, una prerogativa que es preciso que sea juzgada ya por una cámara, ya por dos cámaras. El poder ejecutivo ¿tiene, pues, derecho, y esto bastaria simplemente para legitimar las dos cámaras; el poder ejecutivo tiene derecho para disolver la asamblea de los representantes? No.

Y bien, si no tiene este derecho, es evidente que se verá reducido á permanecer con los brazos cruzados, sin poder y completamente desarmado entre las dos cámaras combatientes. Será imposible que pueda deci-

dir sus cuestiones. Estará allí inmóvil enfrente del peligro, temiendo agravar el mal ó aumentar los obstáculos, y no pudiendo apelar al país. (Movimiento.)

Me detengo aquí y concluyo. Sin embargo, ántes de concluir me ocurre un escrúpulo, y os pido cinco minutos mas. (Hablad, hablad.)

Se dice que los electores nombrarán las dos asambleas, porque se nos quiere hacer el favor de no dividir la democracia; se dice que los electores nombrarán á los miembros del senado de la segunda cámara, así como á los de la primera. Ahora bien, responded á algunas preguntas.

Estos electores que deben nombrar los miembros de ámbas cámaras, ¿cómo harán la distincion de los que son aptos? ¿Cómo dirán al uno: tú serás de la primera cámara, y al otro: tú serás de la segunda? (Interrupcion.)

Yo me pregunto á mí mismo, y pregunto á la asamblea, ¿en dónde colocaréis la señal característica de la aptitud de tal ó cual clase de ciudadanos para tales ó cuales funciones? ¿Será en la profesion? ¿Elegiréis para la segunda cámara, como lo oia decir hace poco, á los hombres científicos, laboriosos, inteligentes, y les diréis: Seréis de la cámara alta? (Rumores.)

Una voz: ¡Nada de cámara alta!

M. de Lamartine, continuando: Vosotros,

vosotros seréis de la segunda cámara, y los otros de la primera. Será preciso que encontreis un medio de distinguirlos.

M. Taschereau: Los mismos electores los distinguirán.

M. de Lamartine: Aprovecho la interrupcion para responder á esto inmediatamente. El distinguido M. Taschereau dice que los mismos electores designarán, que las asambleas de los distritos y las generales.

M. Taschereau: No he dicho eso.

M. de Lamartine: ¿Las asambleas de distrito reconocerán que soy mas apto para esto que para aquello? Si tomais por base la edad ó la fortuna, nada es mas irregular é irracional. ¿Acaso separaréis á las edades, colocando de una parte arbitrariamente á los jóvenes, y de la otra á los viejos? Aquí en un senado pondréis á los hombres experimentados y de tradiciones; arrojaréis, en una palabra, canas en masa. (Risas.)

Allá en la otra cámara enviaréis á los jóvenes sin experiencia, os privaréis gratuitamente de la majestad que Dios ha puesto en el rostro de aquel á quien ha concedido una larga vida, y en consecuencia, yá no podria ver en estos asientos al hombre que veia poco ha en otra asamblea, al venerable Royer-Collard. En consecuencia dirias á un Royer-Collard y á un Franklin: Tú estás de mas aquí, anda vete á Luxemburgo. (Risas.)

Sé, señores, que tenemos que vencer in-

numerables obstáculos; pero no debemos por eso disimulárnoslos desde ántes. Tendrémos mas mérito si habiéndolos previsto los hemos sobrepujado. Señores, desde las revoluciones de la edad media, no habiamos visto nunca en el horizonte un cataclismo igual al que acaba de caer sobre la Europa. No hablo aquí de la situacion política de Italia, de Alemania ó de cualquiera otra nacion; pues no está en esto el verdadero peligro. Pero digo que desde el tiempo de Munster y de los anabaptistas; desde este socialismo salvaje que se habia manifestado en las riveras del Rhin, y que levantaba á causa de su ambicion anti-social ejércitos de 30.000 hombres, no habiamos visto nada igual á lo que hoy se presenta á nuestra vista.

Sé que estos peligros destructores de todo órden social han desaparecido con rapidez, y han pasado como meteoros; sé que estas ideas monstruosas aparecen de tiempo en tiempo en el seno de la humanidad para amedrentarla; pero sé tambien que, como todos los mónstruos, estas ideas monstruosas no pueden reproducirse. (Muy bien, muy bien). Hoy todavía se experimentan, señores, pero mañana no existirán yá. (Nueva aprobacion.)

Y bien, señores, á estas ideas anti-sociales, á estos peligros de la situacion presente, ¿opondréis el mecanismo de las dos cámaras? No, será preciso oponerles la dictadu-

ra; pero no la dictadura de un hombre, sino la dictadura legislativa. (Movimiento.)

Digo que para semejantes peligros, si se reprodujesen, seria preciso una dictadura inmediata del poder ejecutivo y legislativo. Pues yo os pregunto, ¿qué podriais oponer á los peligros de 93, con la organizacion de sus sociedades secretas, si procurasen renovarse?

La dictadura, siempre la dictadura. (Rumores). Y bien, señores, en la hipótesis de las dos cámaras, ¿á quién confiariais la dictadura? á las dos asambleas rivales? No, esto seria imposible. ¿La confiariais á una de las dos? pero entónces la otra será degradada y aniquilada de hecho. ¿La entregariais, en fin, á un hombre? Señores, ¿tendréis mas confianza en un hombre, que en vosotros mismos?

Por otra parte, señores, es fácil decir un hombre, ¿pero encontraréis á este hombre? ¿Creeis que estamos en una época en que nos contentamos con quimeras, y en que se toman los fantasmas por las realidades? (Movimiento). No os fieis á un hombre, señores; pensad en Moneck, pensad en Bonaparte.

Yo no sé si he convencido á algunos de vosotros; pero yo persisto en votar por una sola cámara. (Numerosas señales de aprobacion).

Sucedió á este discurso una viva agitacion, y la sesion fué suspendida durante un cuarto de hora..... (*Traduccion esmerada.*)

VERSOS DE COLORES.

Elogiábase ante cierta señorita el talento poético de un jóven que habia sido su amante.—¡Qué! dijo aquella: solo hace versos COLORADOS.—No lo crea V., repuso el que promovió la conversacion, que era grande amigo del poeta: los compone *de todos colores*.—Pues dígale V., en mi nombre, que me haga uno MORADO y otro VERDE.—Sí, señorita, y no dudo que será obsequiado el deseo de V.

Así sucedió, pues al siguiente dia recibió la dama un paquete con las dos décimas que se copian á continuacion.

En un tiempo fuiste mia,
Y con extremo te amé,
Pero al fin te deseché
De mi loca fantasía.
Se te ha vuelto noche el dia,
Quedó mi amor sepultado,
Tu corazon enlutado;
Y porque todo concuerde,
Te quito el vestido verde
Y te visto de MORADO.

Es la dama á quien adoro
Mas bella que Pasitea,
E igual al de Timotea
Su recato y su decoro.
No apetezco mas tesoro
Ni que otra de mí se acuerde;
Porque en este ganapierde

Es mucho lo que he ganado
Vistiendo á una de morado,
Y á otra vistiendo de VERDE.

No es tan ligero y trivial este artículo como á primera vista parece, porque puede dar ocasion á consultar la historia, ó al menos á preguntar á quien mas sabe, para venir en conocimiento de las dos heroinas que se citan en los versos.

Mérida, enero 3 de 1849.—*G. C.*

Orígen de los naipes

Y SIGNIFICACION DE LAS CARTAS.

Sobre el orígen de los naipes hay várias y distintas opiniones. El abate Rives pretende que se usaban yá en España á principios del siglo XIV, y se funda en una prohibicion de jugar dinero á los naipes hecha por los estatutos de la órden de caballería de la Banda, creada hácia el año de 1332 por el rey Alfonso XI de Castilla.

Otros autores atribuyen su invencion á los alemanes. Court de Gibelin los hace venir de los antiguos egipcios. Algunos cronistas franceses remontan su invencion al reinado de Cárlos VI, y dicen que se inventaron para proporcionar alguna distraccion

á este príncipe en los ratos que los accesos de su locura le dejaban tranquilo, y que por eso se llamó en su principio el *Juego del Rey*.

Segun otro, el juego llamado de los *Cientos* se inventó en tiempo de Cárlos VII, y aquí entra la parte curiosa de la significacion que entónces se dió á cada carta. El rey de espadas se llamaba David, y representaba al mismo Cárlos VII: el rey de copas se nombraba Cárlos, y figuraba á Carlo-Magno: el de oros era César, y el de bastos Alejandro.

Las sotas representaban cuatro damas principales. La de bastos se nombraba Argina, anagrama de *Regina*, reina, y representaba á María de Anjou, esposa del mismo Cárlos VII: la de copas se llamaba Raquel, y representaba á la célebre Ines Sorel: la de espadas era conocida con el nombre de Pallas, y simbolizaba á la casta y guerrera Juana de Arco; y la de oros era Judit, á saber, la emperatriz de este nombre, mujer de Luis el Piadoso.

El caballo de oros era Lahire, gran capitan del tiempo de Cárlos VII: el de copas Héctor de Galardun, otro guerrero célebre del mismo rey: el de espadas Ogier, que era un valenton del tiempo de Carlo-Magno; y el de bastos Lancelot, otro maton de la misma época.

Los nueves, ochos y sietes representaban los soldados.

Los ases representaban las riquezas, de la palabra latina *as* que entre los romanos designaba una moneda.

Los seises, cincos, cuatros, treses y doses, que llamaban cartas bajas, fuéron inventadas despues para representar las masas del pueblo.

Los oros eran el símbolo del valor de los jefes y soldados: por eso los oros eran entónces de figura de corazon, y aun lo son todavía en las barajas francesas, por lo cual al palo de oros le llaman *cœur*, corazon; y no son redondos á semejanza de monedas, como los españoles.

Las espadas indicaban las armas ofensivas y defensivas.

Los bastos representaban los forrajes y provisiones del ejército.

Las espadas eran flechas terminadas por un hierro en forma de anzuelo, y que se lanzaba con ballesta. Estas tambien han variado de forma en las barajas españolas, y representan unas jarras.

Este es el orígen y representacion de los naipes.

(*Extractado del* Teatro Social *de Fr. Gerundio.*)

EL MISERERE.

CANTICO PARA ANTES DE LA CONFESION.

¡Misericordia, oh Dios, de tí demando!
¡Misericordia ten de una alma esclava!
De mi delito infando
El yugo infame tu poder destruya,
Y el rastro inmundo de mi culpa lava
Segun la gran misericordia tuya.

Lávame mas y mas, que está delante
De mis ojos la culpa, y me acobarda
Su recuerdo incesante.
Pues no halló nunca á tu clemencia tarda
Un pecho arrepentido,
No deseches mi voz cuando con llanto
Misericordia pido.
Falté, Señor, á tu precepto santo;
Mas no me niegues paternal clemencia,
Porque engendrado en el pecado he sido,
Y fué el pecado mi primer herencia.

¡Oh, soberano Ser, del alma dueño!
Tócala con tu hisopo y será pura:
Templa el airado ceño,
Y hazla escuchar palabras de dulzura.
Grande es, Señor, tu enojo,
Y tu venganza justa;
Mas no me arrojes como vil despojo
De tu presencia augusta.

Mora en tí la verdad, que al alma mia
Hizo entrever recónditos secretos,
Y adorar de tu gran sabiduría
Inefables decretos.
Vuélveme, pues, ¡oh Dios! vuélveme aquella
Mi jubilosa calma.
Borrando del pecado impura huella
Renueva tú mi alma:
Hazla sentir los santos embelesos
Con que el perdon, benéfico, acompañas,
Y temblarán gozosas mis entrañas,
Estremecidos de placer mis huesos.

Entónces, ¡oh Señor! con nuevo canto.
Celebraré tus dones.
Aprenderán tu nombre Sacrosanto
Las extrañas naciones:
En ecos de perpétuas bendiciones
Se extenderá tu excelso poderío
Para que el malo tu justicia entienda,
Y á tí venga el impío
Abandonando la precita senda.

Mas yo ensalzando el nuevo beneficio.
En amorosas lágrimas deshecho,
Te ofreceré por solo el sacrificio
La sumision de mi contrito pecho.
Aceptaráslo tú, benigno y blando,
Pues no una alma desdeñas penitente;
Y entónces mas ferviente
Por tu pueblo rogando,
¡Alza, diré, tu brazo Omnipotente!
¡Que al enemigo tu poder destruya,

Y á tu culpable grey mira clemente
Segun la gran misericordia tuya!

G. G. DE AVELLANEDA.

EL ESPOSO INDULGENTE.

Vivia en una ciudad de esta península cierto anciano venerable, de faz tranquila y serena: una calma profunda marcaba todas sus acciones, y podria decirse con verdad al contemplarle, que gozaba de aquella paz interior que nace de una buena conciencia. Vamos á referiros un lance de su vida.

D. Enrique, pues así se llamaba, merecia justamente el título de cristiano y de filósofo. Habia sido casado, y Da. Clara su esposa, no menos noble y distinguida que él, disfrutaba del mejor concepto entre sus conciudadanos; mas no duró su buen nombre tanto como el de D. Enrique, cuyas virtudes no se eclipsaron nunca.

Rendida Da. Clara á las constantes y repetidas insinuaciones de un vil é infame seductor, perdió últimamente su inocencia: la depravacion no tuvo parte alguna en esta falta, hija mas bien de la fragilidad inherente á la naturaleza humana, y sobre todo al sexo débil por excelencia: ninguno ignora que el continuado golpe de una sola gota de agua, hace mella en el mármol y en el bronce.

No pretendemos disculpar á Da. Clara: léjos de nosotros semejante idea; pero nadie negará que existen en toda accion criminal circunstancias que la agravan ó atenúan, segun los principios de la legislacion universal: las hay ante el supremo é infalible Juez: ¿cómo faltar en los juicios que se hallan sujetos á la decision de los tribunales de la tierra?

Mas ¿qué juzgais que hizo D. Enrique cuando supo la flaqueza de su consorte? admiraos, pues. No pudiendo prescindir de su honra, ni del amor que profesaba á su mujer, tomó un medio que le pareció racional entre los extremos. Si la falta hubiese quedado secreta, tal vez se habria limitado á mudar de habitacion y de lecho para no divulgar, no dirémos su afrenta sino la de Da. Clara, porque somos de opinion que en los casos de infidelidad conyugal, no es la parte ofendida la que pierde sino la ofensora, á no ser que haya tolerancia ó por lo menos disimulo en aquella. Cuando alguno nos hiere en el cuerpo con alevosía, ¿no es solo el agresor quien se acarrea el ódio y el castigo de la ley? ¿Por qué entónces ha de considerarse digno de la animadversion ó del escarnio del público el agraviado, cuando la herida recae en el honor?

Pero se hizo patente á todos la ofensa de D. Enrique, y vióse en el caso de satisfacer á la vindicta pública, porque un casa-

do es el principal ó, por mejor decir, el único juez de su cónyuge en los delitos de que tratamos. Y no solo el juez sino tambien el ministro ejecutor, ó el verdugo si se quiere.

Como D. Enrique no tenia hijos, tomó para sí solo otra casa, dejando á Da. Clara en la que ántes vivian ámbos, sin tocar cosa alguna de su ajuar, ni privarla de ningun doméstico: la consignó ademas una parte de sus rentas, y aun la solia visitar tratándola con cierta etiqueta mezclada de afabilidad. ¡Oh leyes tiranas del honor! „Su falta, decia el desgraciado esposo, me obliga á no amarla; pero no me prescribe el deber de aborrecerla." Sin embargo, lloraba á solas como un niño, porque no podia olvidarse de ella. ¡Situacion ciertamente bien triste y lamentable! Ved, esposos infieles, sea cual fuese vuestro sexo, clase y posicion social, los funestos resultados de vuestra prevaricacion. Ved, cómplices ó seductores, el fruto de vuestra maldad.

Debemos decir en obsequio de la justicia, que Da. Clara se apartó al punto de su mal camino; pero el daño no tenia yá remedio. Hay llagas que no cicatrizan jamas, y las fibras del corazon son muy sensibles y delicadas: cada pulsacion las abre otra vez haciéndolas manar nueva sangre.

Da. Clara, pues, volvió inmediatamente sobre sus pasos; abjuró su loca y efíme-

ra pasion engendrada en ella casi sin su voluntad ó cooperacion, como los rayos del sol hacen brotar sucios insectos de las aguas mas puras y cristalinas; no volvió á pensar en el criminal corruptor de su virtud; y procuró hacerse digna con su ulterior conducta, si no del perdon, al menos de la indulgencia del público, quien notando su dolor cubrió como con un velo sus pasados extravíos.

Corrian así las cosas cuando enfermó gravemente D. Enrique, y su esposa sin ser requerida, se constituyó de pié quedo en su casa, y le asistió esmeradamente en el curso de su larga y peligrosa enfermedad, hasta que viéndole del todo restablecido, merced en gran parte á sus asíduos cuidados, pensó en volverse á la suya; mas no acertaba á resolverse á ello, ni D. Enrique le hacia insinuacion alguna directa ó indirecta sobre el particular. Llegó por fin el crítico momento de obrar, y Da. Clara, con el manto puesto y en disposicion yá de partir, acercóse á su marido diciéndole con voz cortada y balbuciente. „¿Me voy?" á lo que él contestó con entereza, pero en tono algo sentido y doloroso: „Vete." ¡Escena en verdad muy propia para arrancar lágrimas á los espectadores mas frios ó indiferentes! ¡Cuadro ciertamente mas para presenciado que para ser descrito! Pero cuadro y escena reales y positivos. Ambos dieron libre curso á su dolor cuando se encontraron solos, diciendo

D. Enrique: „¿Por qué me preguntaria si se marchaba?" y su esposa: „¿Qué le costó decir que me quedase?"

Algunos años despues murió la infeliz, agobiada con el peso de su duro y cruel remordimiento, que se hizo mas agudo y punzante todavía con la indulgente conducta de su marido, quien ratificó su perdon al pié del lecho mortuorio de Da. Clara, y no dejó de visitarla en su tumba, adonde la acompañó despues juntándose por fin los dos en el cielo, porque la Bondad divina no cierra jamas las puertas del paraiso á ningun delincuente cuando conoce y llora su delito.

Mérida, enero 4 de 1849.—*G. C.*

UNA LAGRIMA DE AMOR.

No te avergüences, señora,
De ceder á tu quebranto,
Y de buscar en el llanto
Un alivio á tu dolor,
Que esas lágrimas que viertes
En tu agudo desconsuelo,
Sin duda vienen del cielo
Pues que las causa el amor.

Es el llanto un privilegio
Solo al hombre concedido,
Porque solo el hombre ha sido

Destinado á padecer,
Y es la sola recompensa
Que en su rigor inflexible
Suele á un corazon sensible
El destino conceder.

Cuando una alma desgraciada
En el silencio se encierra,
Hay entre el cielo y la tierra
Un misterio de dolor;
Y las lágrimas que entónces
Vierte una mujer amable,
Son sacrificio aceptable
A los ojos del Señor.

A una lágrima que sale
Del crisol de la desgracia,
Le da mayor eficacia
La humilde resignacion,
Y puede llegar á veces
Al trono de Dios inmenso
Mas pronto que el puro incienso
Que sube con la oracion.

Cual benéfico rocío,
En estacion abrasada,
A una flor yá marchitada
Nuevo brillo vuelve á dar:
Así una lágrima sola,
En silencioso gemido,
De un corazon afligido
Puede las penas calmar.

Puede ser precioso gaje
De inalterable constancia:

Puede hacer de la distancia
Menos sensible el rigor;
Y puede, en fin, darlo todo,
Dando la dulce esperanza,
Porque es mucho lo que alcanza
Una lágrima de amor.

J. G. DE LA C.

Tacubaya 22 de noviembre de 1848.

BIOGRAFIA.

Jorge Washington.

VAMOS á describir la vida de uno de estos genios superiores que aparecen de tarde en tarde para cambiar la faz de los imperios; de uno de estos carácteres dignos de los dias mas hermosos de la antigüedad, y que parece destacado del brillante cuadro de los hombres ilustres que trazó tan diestramente Plutarco; de Washington, en fin, que supo sostener la pesada carga de la autoridad cuando la vió circunscrita á sus justos límites, y renunciarla cuando la América dejó de necesitar sus trabajos, y descansó tranquila en el seno de la felicidad que habia recibido de él.

Jorge Washington nació el 22 de febrero de 1732 en *Bridge-Creele* en el condado de *Vestmoreland*, en Virginia, de una familia de orígen ingles, establecida en América pasadas yá tres generaciones: su educacion fué la que podia ser en un pais falto de medios; estudió las matemáticas lo necesario para ejercer la profesion de agrimensor; teniendo que obrar en un pais nuevo, sobre espacios de una grande extension, adquirió una práctica y un golpe de vista, del cual supo hábilmente sacar partido en lo sucesivo para la defensa de su pais, cuando estuvo á la cabeza de los ejércitos. Washington era alto, su fisonomía imponente y respetuosa, su constitucion muy robusta, su carácter grave y reservado; por la inteligencia, actividad y regularidad de su conducta, fué nombrado á la edad de diez y nueve años uno de los ayudantes generales de las milicias de la Virginia, con el título de mayor. Aun continuaban las hostilidades entre la América, la Inglaterra y la Francia, pues los tratados de Utrech y de Aix-la-Chapelle habian dejado indecisos los límites de los franceses é ingleses en este territorio; los primeros daban una grande importancia á crear una comunicacion no interrumpida entre la Luisiana y el Canadá, y para llegar á conseguirlo habian establecido una larga série de fortificaciones. Washington fué el encargado de llevar al comandante de las avanzadas fran-

tesas, las reclamaciones del gobernador de la Virginia y la intimacion de desistir de empresas contrarias á los tratados. Habiendo salido de la última avanzada inglesa el 15 de noviembre de 1753, atravesó los desiertos sin ser detenido ni por las lluvias, ni por las nieves, ni por el paso de los torrentes, conciliándose con maña el afecto de los salvajes. Se vió obligado, para desempeñar su mision, á dar largos rodeos y á parar mucho mas allá del lugar que le habian marcado, del que volvió al cabo de dos meses y medio; la publicacion del diario de esta expedicion dió una alta idea de su capacidad. La respuesta del comandante frances era negativa: para detener sus empresas el gobierno de Virginia decretó la formacion de 300 hombres, de los que Washington fué nombrado teniente coronel; esta primera campaña no fué dichosa, y Washington tuvo que firmar una capitulacion.

A principios del siguiente año (1755), los ingleses hicieron pasar á América dos regimientos de línea para destruir los establecimientos franceses; el general Bracdore fué sorprendido y muerto con la mayor parte de sus soldados. Washington le habia seguido en calidad de ayudante de campo y, apénas restablecido de una enfermedad peligrosa, acababa de reunirse al ejército la víspera del combate, mostrando en este desastre tanta sangre fria como valor, cost-

dole mucho trabajo el escaparse de la persecucion de los vencedores. Despues de este suceso, el gobierno de Virginia, abandonado á sus propias fuerzas, mandó levantar un regimiento bajo las órdenes de Washington, dándole el mando en jefe de todas las tropas del pais; á estas tropas que nunca pasaron de ochocientos hombres, siempre dispuestos á abandonar sus banderas, les encargaron la defensa de ciento y cincuenta leguas de frontera. Entónces los franceses acababan de abandonar la Virginia. Washington, despues de haber conducido sus soldados, hizo dimision y fué elegido miembro de la asamblea de la Virginia. Habiendo llegado á ser propietario por la muerte de su hermano mayor, se casó y se entregó al cuidado de sus asuntos, y en poco tiempo llegó á ser uno de los mas ricos habitantes de su provincia.

La renuncia de la Francia, por el tratado de 1763, á toda posesion en la América septentrional, parecia asegurar á la Inglaterra el goce pacífico de sus colonias en esta parte del mundo; pero la discordia no tardó en desarrollarse entre ellas y la metrópoli. Cada una de las diferentes provincias tenia su asamblea que pretendia tener por sí sola el derecho de votar las contribuciones, miéntras que el parlamento de Inglaterra se arrogaba una jurisdiccion sin límites sobre las colonias. Un decreto del ministerio británico que estableció derechos

sobre el té, el vidrio, el papel etc., excitó una oposicion general que se manifestó del modo mas vivo en Massachusetts y en Boston; las otras provincias declararon que la causa de estas ciudades era la de toda la colonia, y nombraron los diputados para formar un congreso en Filadelfia. Washington, que se habia opuesto constantemente á las pretensiones de la metrópoli, fué uno de los siete diputados por su provincia para este congreso, que se reunió el 14 de setiembre de 1774. Todas las determinaciones que se tomaron allí, fuéron verdaderas hostilidades contra la Inglaterra. El parlamento británico declaró entónces la provincia de Massachusetts en estado de rebelion, y tomó las mas rigorosas medidas contra los insurreccionados; embarcaron diez mil hombres para la América, cuando apénas hubiesen bastado treinta mil para contener la insurreccion en un pais tan dilatado, y en el que el descontento habia llegado al mayor grado. Sabida la resolucion del parlamento, la provincia de Massachusetts mandó reunir tropas, y el combate que se dió en Lexington el 19 de abril de 1775, fué el principio de la guerra. El 10 de mayo se reunió en Filadelfia un nuevo congreso; su primer cuidado fué nombrar un general en jefe de las tropas americanas, y Washington tuvo unanimidad de votos.

El general en jefe fué al momento á Boston. El ejército, compuesto de unos cator-

ce mil hombres, sin pólvora, sin bayonetas, sin ingenieros ni artilleros, estaba en el mayor desórden. Gracias á Washington, el ejército y los diferentes cuerpos que lo componian, recibieron una organizacion menos irregular, y despues de un sitio de muchos meses, se apoderaron de Boston. El congreso, cediendo al voto unánime del pueblo, proclamó la independencia de los Estados-Unidos de la América del Norte el 4 de julio de 1776, tres meses despues de la toma de Boston. No seguirémos á Washington en la larga guerra que sostuvo en defensa de la libertad de su pais: su reputacion como militar es acaso menos de lo que deberia ser. Se le mira como un jefe prudente y circunspecto, propio para una guerra defensiva y metódica, la única que le permitió su posicion; pero si se mostró hábil en evitar el combate cuando no podia prometerse la victoria, el ataque de Boston, batallas de Trenton y Princeton, las campañas de Nueva-Jersey y de la Pensilvania, harian honor á los mayores capitanes. Es menester comparar el ejército americano con las tropas con quienes tenia que combatir, considerar su posicion, el abandono en que se le dejó tantas veces, las deserciones que le debilitaban sin cesar, para formarse una idea del cargo trabajoso que tuvo que desempeñar, y de los talentos que mostró durante una guerra de ocho años. Washington fué tan gran legis-

lador y administrador como político. Aun en el cultivo de sus tierras fué superior á los demas, y jamas se mostró orgulloso de su superioridad. ¡Ejemplo de modestia que debieran tomar aquellos hombres vulgares que quieren exigir de sus semejantes un tributo de adoracion debido solo á los genios extraordinarios!

(Copiado.)

¡SOIS UNOS HIPOCRITAS!

¿Qué es hipocresía? Nos parece excusado contestar á esta pregunta, porque creemos que no hay quien teniendo sentido comun y el menor trato social, ignore su contenido; mas debemos corregir un error, ó mejor dicho, aclarar una equivocacion, y es la de aplicar exclusivamente esta voz á la ostentacion de virtudes morales que no se poséen. La hipocresía, pues, tiene lugar en todas las acciones humanas.

Hasta en lo malo aparece por lo regular la hipocresía: aquel jóven ligero ó imprudente, que se halla locamente enamorado de la mujer de D. Faustino, y dice ó aparenta que se halla correspondido de ella, procurando que todos lo crean así sin reparar en las

consecuencias de tal supercheria, ¿qué es sino un hipócrita? Aquel otro, que finge que le ama con delirio la jóven Amalia, impidiendo de este modo que la pretenda quien desde luego pudiera ofrecerle su mano haciéndola feliz, ¿qué es sino un hipócrita? Reflexionadlo bien, y convenid conmigo en que con razon podria y deberia decirse á los tales, sin temor de padecer engaño ú equivocacion: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los ricos avarientos y miserables, que ocultais vuestra plata y vuestro oro, sometiéndoos á toda clase de privaciones para que no os pidan un centavo, ni se consuman vuestros inmensos tesoros, que os parece que han de durar menos que vuestra corta y efimera existencia: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los pobres, que ostentais un lujo superior á vuestras facultades con el fin de engañar al público, haciéndole colegir que poséis medios suficientes para sostener vuestro fausto, cuando no es así y estais empeñándoos mas y mas cada dia, en términos que ya es imposible que canceleis vuestras cuentas con todos vuestros acreedores: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los funcionarios públicos, hombres de estado y presidentes de sociedades científicas, literarias, industriales &c., que al tomar posesion de vuestros destinos decis en vuestros discursos de inauguracion, que ca-

reeis de las luces necesarias para poder desempeñarlos cual corresponde; que la carga es superior á vuestras débiles fuerzas, y otras cosas á este tenor, para que os tengan por modestos y desnudos de todo sentimiento de amor propio, ó crean que no habeis aspirado al puesto que ocupais: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los necios, que con alguna leve y superficial tintura de instruccion adquirida en las reuniones, ó con la simple lectura de periódicos, sin haber estudiado á fondo ninguna materia, cual eruditos á la violeta, quereis pasar por sabios ó entendidos, decidiendo magistralmente sobre todas las cuestiones que se suscitan, ó que vosotros mismos promoveis con estudio para lucir el mezquino fruto de la rápida é irreflexiva lectura de aquel dia; ó ensuciais papel constituyéndoos en escritores públicos, sin poseer tal vez ni aun los primeros rudimentos de vuestro idioma que hablais por imitacion como las cotorras, ó como los niños, todo para engañar á los que os oyen ó tienen la desgracia de leeros: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los predicadores, que despues de la salutacion haceis como que se os olvida invocar al Santísimo Sacramento y pedir la bendicion á vuestro prelado, diciendo poco mas ó menos: „Cuando el pueblo de Israel andaba errante por el desierto (Soberano Señor Sacramentado: Illmo. Señor): cuando el

pueblo de Israel, decia, andába errante por el desierto &c." empleando la mentira ó la ficcion en la misma cátedra de la verdad, tan solo por lucir vuestro ingenio, sin considerar que ese giro oratorio, si bien causó novedad en el que primero lo empleó, su misma generalidad y repeticion lo ha privado de todo su mérito: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los diputados, senadores y demas funcionarios públicos, que jurais el buen desempeño de vuestro encargo, y poneis al cielo por testigo de que no ambicionais otra cosa que el bien y prosperidad de vuestros comitentes: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los militares, que andais buscando pretextos ú ocasiones para no salir á campaña, fingiendo enfermedades, ocupaciones ó enemistades con tal ó cual jefe de division, seccion ó canton: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los hombres de partido, sea cual fuere vuestro color y los principios que proclamais; los políticos todos, pero en particular los diplomáticos; y, en fin, cuantos decis que vuestro único norte es la prosperidad del pueblo y la buena reputacion de la administracion á quien servis, y que no os apartais nunca de la senda del honor y de la justicia: ¡sois unos hipócritas!

Vosotros los periodistas, que plagiais aquí y allá, como saltan las abejas de flor en flor, disfrazando los pensamientos de otros para

que sean tenidos como vuestros, con solo darles un ligero barniz de originalidad; y que hablais siempre en el número plural, siendo uno solo en esencia y tambien en persona, cual si fueseis papas ó estuvieseis revestidos de alguna dignidad de la iglesia: ¡sois unos hipócritas!

Y nosotros que trazamos estas líneas, incurriendo quizá ó sin quizá en los mismos defectos que censuramos: ¡somos tambien unos hipócritas!

Del bello sexo no hay que hablar (y que nos perdone su ausencia), porque casi no se encuentra una mujer que no tenga su dósis competente de hipocresía: las que emplean demasiados afeites por parecer hermosas, las que se tiñen el pelo por encubrir su edad, las que usan el calzado estrecho por lucir lo diminuto de sus piés, las que llevan corsé por ostentarse esbeltas, las que gastan nalgas y pechos falsos por suplir los defectos de la naturaleza, las que tienen dos ó mas queridos á un mismo tiempo, las que aparentan no corresponder á ninguno: ¡todas, todas son hipócritas! No lo dudeis.

Pues si todos y todas, segun su sexo, estado, clase, condicion, arte, ciencia ó facultad, políticos, comerciantes, soldados, sacerdotes, médicos y abogados (de quienes con idea no hemos querido hablar determinadamente porque seria extendernos mucho), pobres, ricos, grandes, medianos, pequeños, her-

mosas, feas, jóvenes, viejas, casadas, viudas y por casar, obran con simulacion, manifestando lo que no son, ú ocultando cuidadosamente lo que son, todo por engañar á los demas, haciéndoles formar un juicio conforme á lo que aparentan con mas ó menos arte, con mas ó menos naturalidad, ¿por qué no hemos de repetir que son unos hipócritas?

Mérida, enero 5 de 1849.

El Censor Yucateco.

LA FORTUNA.

Hízose moda llamar
A la Fortuna cruel
Y ciega y loca de atar:
Ella mandó circular
Por todo el orbe un papel.

„Quien tuviere (en él decia)
Conmigo cuestion alguna,
Preséntese en Almería
Tal año, tal mes, tal dia.
Firmado—Yo la Fortuna."

Voló todo pretendiente
Por no llegar el segundo.
¡Cuánta cara diferente!

Hasta de Zafra hubo gente,
Que es pueblo fuera del mundo.

Con terrible trapisonda
Pasó el primer peloton
Al local de la sesion.
Una gran mesa redonda
Casi ocupaba el salon.

Cubre la mesa un brocado,
Y en el centro, donde ya
Ningun brazo llegará,
Se halla esparcido y mezclado
Cuanto la fortuna da.

Bastones, mitras, dogales,
Moneda en bolsas distintas,
Plumas, hazadas, puñales,
Mantos, bulas, vendas, cintas....
En suma bienes y males.

La Fortuna que es traviesa,
Cuando vió el tropel entrar,
Se entretuvo en colocar
Por la orilla de la mesa
Muchas cañas de pescar.

Y dijo con aire ufano:
„Para que el linaje humano
Cese de ponerme apodos,
Van á tener en la mano
Desde hoy su ventura todos.

En la mesa viendo estais
Cuanto recibí del cielo:

Con el brazo no llegais;
Vamos á ver qué sacais
Con hilo, cuerda y anzuelo.

Si algun infeliz se engaña
Y mal por bien se le enreda,
Que se queje de su maña.
Señores, mano á la caña,
Y á pescar lo que se pueda."

Allí fué ver á la par
A fogosos y á tranquilos
Anzuelos al aire echar!
Allí enredarse los hilos
Y romperlos al tirar.

Tras una dote un muchacho
Fatigó la caña mucho;
Pero con tan mala traza,
Que le salió un cucurucho
De dulces de calabaza.

Por un anillo ducal,
Que una Vénus de arrabal
Ambicionó muy de veras,
Enganchó un par de tijeras
Y un hábito de sayal.

Un coplero sin donaire
Por poco un laurel alcanza;
Mas burlando su esperanza,
Le alzó una manta en el aire
Como al pobre Sancho Panza.

Un jugador que á un bolsillo
El anzuelo encaminó,
Hizo presa en el gatillo
De un cargado cachorrillo,
Y al disparar le mató.

Pescaba el sordo muletas,
Y el volatin andadores,
Y algunas niñas inquietas
Pescaban en vez de flores
Hilo hermoso de calcetas.

Y entre tanto un guardador
De la villa por la noche
(Sereno diré mejor)
Se halló con palacio y coche,
Serenísimo señor.

Así entre ruidosos gritos,
De pena ó de gusto locos,
Picaron allí toditos:
Los contentos fuéron pocos,
Los quejosos infinitos.

Fortunita que la gresca
Movia en su desagravio,
Y estaba mirando fresca,
Dijo al fin:—„Que Diego el sabio,
Nos dé una leccion de pesca."

Llaman al sabio D. Diego,
Y entra precedido luego
De un perrito ladrador.
Calla! (exclaman) es un ciego!
Magnífico pescador!

Silban todos al pobrete,
Y él, sin que nada le inquiete,
Oye, tienta, hace su arroje,
Y en vez de una prenda, coge
Con el anzuelo el tapete.

Bravo! claman por aquí,
Viva! chillan por allá,
Buena la leccion está!
—D. Diego entretanto va
Tirando el tapete á sí.

Con él vino, por supuesto,
Cuanto en él quedaba puesto
Porque nadie lo pilló,
Y al pié del sabio modesto
Desde la mesa rodó.

Coronas de soberano,
Dotes de bella mujer,
Bastones, oro, placer:
Todo lo tuvo en su mano,
De todo pudo escoger.

A un cetro tomó aficion,
Mas pesaba en demasía:
Le dejó con un baston
Que un tufillo despedia
De privanza y sedicion.

Encontró venalidad
En el sí de una belleza,
En un laurel vanidad,
Cuidados en la riqueza
Y ódio en la celebridad.

Y en vez de gloria y poder
Tomó el limitado haber
De una honrada medianía,
Que vivir le permitia
Sin malgastar ni deber.

„El ciego os ha de enseñar,
(Dijo la Fortuna al dar
La señal para salir)
Cómo podréis alcanzar,
Cómo debeis elegir.

Legal patrimonio son
Del ilustrado varon
Los bienes que el mundo encierra,
Pero la dicha en la tierra
La da la moderacion."

J. E. Hartzembusch.

Mr. DE CHATEAUBRIAND.

Muerto en Paris este célebre escritor el año próximo pasado, juzgamos oportuna la publicacion de unos fragmentos de sus *Memorias de ultra-tumba*, tomados de la Gaceta de Madrid, cuya interesante obra debe estar dando ya ocupacion á las prensas del antiguo mundo. Mr. de Chateaubriand, como

sustrayéndose del dominio de la muerte, ha querido ilustrar todavía á los hombres desde el fondo de su sepulcro, y con tal fin comenzó á preparar sus *trabajos póstumos*, por decirlo así, treinta y siete años ántes de abandonar su alma la tierra. Creemos, pues, que nos agradecerán mucho nuestros suscritores los momentos de placer que vamos á proporcionarles con esta lectura, miéntras atravesando el mar aquella ansiada produccion, viene á extenderse entre nosotros como sucede con todos los destellos de la moderna civilizacion. Mérida, enero 6 de 1849.—*G. C.*

PREFACIO TESTAMENTARIO.

Paris 1.º *de agosto de* 1832.—Como ignoro cuándo llegará el momento de mi fin: como á la edad en que me hallo, los dias que la Providencia concede al hombre no son mas que una gracia, ó mejor diré un castigo, deseo, aunque temo ser sorprendido en medio de mis tareas, dedicarme á un trabajo que me distraiga el enojo que inspiran estas últimas horas que nadie ambiciona, y que el hombre nó sabe en qué emplear.

Las *Memorias*, al frente de las cuales se leerá este prefacio, comprenden ó deben comprender todo el curso de mi vida: han sido principiadas en 1811, y continúan hasta el dia. Refiero en lo que yá tengo concluido, y referiré en lo que no tengo mas

que bosquejado, mi infancia y educacion, los primeros años de mi juventud, mi entrada en el servicio y llegada á Paris, mi presentacion á Luis XVI, el principio de la revolucion, mis viajes á América, mi vuelta á Europa, mi emigracion á Alemania é Inglaterra, mi regreso á Francia en tiempo del consulado, mis ocupaciones y escritos en la época del imperio, mi viaje á Jerusalen, mis tareas durante la restauracion, y por último la historia completa de ésta y de su ruina.

He conocido á casi todos los hombres que han representado algun papel, tanto en mi patria como en los paises extranjeros, desde Washington hasta Napoleon, desde Luis XVIII hasta Alejandro, desde Pio VII, hasta Gregorio XVI, desde Burke, Pitt, Sheridan, Londonderry, Capo d'Istria hasta Malesherbes, Mirabeau &c.: desde Nelson, Bolívar, Mehemet bajá de Egipto, hasta Suffrou, Bouganiville, Laperouse, Moreau &c.

He formado parte de un triunvirato de que no habia ejemplar. Tres poetas de naciones diferentes y opuestos en intereses, se encontraron casi á un mismo tiempo de ministros de negocios extranjeros; Canning en Inglaterra, Martinez de la Rosa en España y yo en Francia. He atravesado sucesivamente los años vacíos de mi juventud, los de la república tan ricos en sucesos, los fastos de Bonaparte y del reinado de la legitimidad. He explorado los mares del antiguo y nue-

vo mundo y pisado las cuatro partes de la tierra. Despues de haber habitado la choza del iroqués y la tienda del árabe; los wigwans de los hurones, entre las ruinas de Aténas, Jerusalen, Ménfis, Cartago y Granada; con el griego, el turco y el moro; en bosques y ruinas: despues de haber vestido la piel de oso que usa el salvaje y el caftan de seda del mameluco: despues de haber padecido la pobreza y el hambre, la sed y el destierro, me he sentado como ministro y embajador, cubierto de oro, insignias y condecoraciones, á las mesas de los reyes, en funciones de príncipes y de princesas, para caer luego en la miseria, y para probar los horrores de una prision.

He estado en relacion con un gran número de personajes célebres en las armas, en la iglesia, la política y la magistratura, las ciencias y las artes. Poseo materiales inmensos; mas de 4000 cartas particulares; las correspondencias de mis diferentes embajadas y las del tiempo que fuí ministro de negocios extranjeros, entre las cuales se encuentran documentos muy particulares, únicos y desconocidos. He usado el fusil del soldado, el baston del viajero y el bordon del peregrino. Como navegante he experimentado la inconstancia de los vientos.

He influido en la paz y en la guerra; he firmado tratados y protocolos, y publicado muchas obras. He estado iniciado en secretos de partido, de corte y de estado. He visto

de cerca las mayores desgracias, las fortunas mas elevadas y las reputaciones mas célebres: me he hallado en sitios, he asistido á congresos y cónclaves, y concurrido á la reedificacion y destruccion de tronos. He formado parte de la historia, que podria escribir; y mi vida solitaria, llena de ilusiones y poesía, atravesaba este mundo de realidades, catástrofes, tumulto y ruido con los hijos de mis sueños, como Chactas, René, Eudoro y Aben-Hamet: con las hijas de mi imaginacion, como Atala, Amelia, Blanca, Villeda y Cimodocea. Dentro y fuera de mi siglo tal vez he ejercido, sin quererlo ni solicitarlo, una triple influencia, religiosa, política y literaria.

No tengo yá al rededor mio mas que cuatro ó cinco contemporáneos de gran celebridad: Alfieri, Cánova y Montihan han desaparecido. Loord Byron y Mr. Canning han muerto en la juventud. Walter Scott parece próximo á dejarnos. Goethe ha terminado su carrera lleno de años y de gloria. Francia apénas conserva nada de su época brillante. Yo me quedo para enterrar á mi siglo á manera de aquel viejo sacerdote que, despues de espirar el último ciudadano, debia tocar la campanilla dentro del saco de Beziers ántes que él mismo muriese.

Cuando la muerte rompa el velo que está interpuesto entre mí y el mundo, se hallará el drama de mi vida dividido en tres actos.

Desde mi primera juventud hasta el año 1800, he sido soldado y viajero: desde esta época hasta 1814, en tiempo del consulado y del imperio, he pasado la vida dedicado á las letras: desde la restauracion hasta hoy, me he ocupado en los negocios políticos.

En mis tres carreras sucesivas me he propuesto siempre un fin grande: como viajero, he aspirado al descubrimiento del mundo polar. Como literato, he hecho el ensayo de restaurar la religion sobre sus ruinas: como hombre de estado, he hecho grandes esfuerzos para dar á los pueblos el verdadero sistema monárquico representativo.

De los autores franceses de mi tiempo soy yo casi el único cuya vida se asemeja á sus obras. Viajero, soldado, poeta, legista, he pintado los bosques bajo su misma sombra; en los barcos he descrito la mar; he hablado de guerra en los campamentos; en el destierro he aprendido á sufrirle; en las cortes, en los negocios, en las asambleas he estudiado á los príncipes, la política, las leyes y la historia. Los oradores de Grecia y Roma se mezclaron en la causa pública, y sufrieron su suerte. En Italia y España, al fin de la edad média y en la época del renacimiento de las letras, los primeros genios en las letras y en las artes, participaron del movimiento social. ¡Qué borrascosas y brillantes fuéron las vidas de Dante, Tasso, Camoens, Ercilla y Cervantes!

En Francia nuestros antiguos poetas é historiadores cantaban y escribian en sus peregrinaciones y en medio de los combates. Thibault, conde de Champaña, Villehardouin, Joinville, sacaron de las aventuras de su vida todas las gracias de su estilo. Froissard, va á buscar la historia en los grandes caminos, y la aprende de los caballeros y de los abates con quienes se reune. Pero desde el reinado de los grandes Francisco I y Cárlos V, han sido nuestros escritores hombres aislados, cuyos talentos deben ser la expresion de su espíritu, y de ningun modo de los hechos de su época. Si estoy destinado á vivir, representaré en mi persona, retratada en mis Memorias, los principios, las ideas, los sucesos, las catástrofes y la epopeya de mi tiempo, tanto mejor, cuanto que he visto empezar y concluir un mundo, y que los caractéres del principio y el fin se hallan combinados en mis opiniones. Me he encontrado entre dos siglos como en la confluencia de dos rios. Me he sumergido en sus turbias aguas, alejándome con dolor de la antigua ribera en que habia nacido, y nadando hácia la orilla inmensa adonde van á abordar las nuevas generaciones.

Estas Memorias, divididas en libros y en capítulos, están escritas en diferentes lugares y con diversas fechas. El sentimiento conduce naturalmente á formar una especie de prólogo que recuerda los accidentes ocurri-

dos, desde la fecha anterior, y describe los parajes en que vuelvo á tomar el hilo de mi narracion. De esta manera, los varios sucesos y las encontradas formas de la vida, se suceden naturalmente unos á otros: así sucede, que en momentos de prosperidad tengo que hablar de mis momentos de miseria, y que en mis dias de tribulacion tengo que describir los de mi felicidad. Los diversos sentimientos de mis diferentes edades, mi juventud en el dominio de la vejez, la circunspeccion de mis años de experiencia entreteniendo la ligereza de mis ideas, los rayos de mi sol desde la aurora á su ocaso, cruzándose y confundiéndose como los esparcidos reflejos de mi existencia, dan á mi trabajo una especie de unidad que indispensablemente necesitaba. Mi cuna participa de mi sepulcro, mi sepulcro de mi cuna, mis dolores se convierten en placeres, y mis placeres en dolores, y no se sabe si estas *Memorias* son obra de una cabeza con pelo oscuro ó con el pelo blanco.

No digo esto por alabarme, porque no sé si es bueno; digo lo que es, lo que ha sucedido sin que yo me curase de ello por la inconstancia de las tempestades desencadenadas contra mi barquilla, y que han solido no dejarme para escribir tal ó cual fragmento de mi vida, mas que el escollo de mi naufragio.

He empleado en la composicion de estas

Memorias una predileccion paternal; quisiera poder resucitar á la hora de los fantasmas para corregir las pruebas: *los muertos caminan de prisa.*

Las notas que acompañan al texto, son de tres clases: las primeras, colocadas al fin del tomo, comprenden aclaraciones y documentos justificativos: las segundas, puestas al fin de las páginas, son de la época misma del texto, y llevan la época de las fechas en que han sido escritas: las terceras han sido aumentadas á los sucesos.

Uno ó dos años de retiro en algun rincon del mundo, me bastarian para concluir mis *Memorias;* pero no he hallado reposo mas que durante los nueve meses que he dormido el sueño de la vida en el seno de mi madre: este reposo no volveré á encontrarlo hasta que lo halle en las entrañas de la tierra, nuestra madre comun.

Muchos de mis amigos me han instado para que publique ahora una parte de mi historia; pero no he podido condescender con sus deseos. Desde luego tendria que ser, contra mi voluntad, menos franco y menos verídico, y ademas, siempre he creido que escribia sobre mi sepulcro. Esto ha dado á mi obra un carácter religioso que no podria quitarse sin ofenderla: tendria que sofocar aquella voz que sale de la tumba, y que se deja oir en todo el curso de la obra. No debe parecer extraño que conserve yo algu-

nas debilidades, y que me interese en las desgracias del infeliz huérfano, destinado á sobrevivirme sobre la tierra. Si juzgase Minos que he sufrido bastante en este mundo para ser al menos en el otro una sombra de felicidad; un destello de luz de los campos Eliseos, que iluminase el último de los cuadros, serviria para disimular los defectos del pintor: la vida me pesa, tal vez la muerte me será mas llevadera.

(Lo demas del prefacio explica lo que hay escrito de las *Memorias:* habla de dos manuscritos dirigidos uno á Madama Chateaubriand y otro á Madama Recamier. Despues sigue una negociacion acerca de una sepultura en una isla de Bretaña, y la correspondencia que con este motivo medió entre el autor y sus amantes compatriotas.)

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS.

Hace 22 años, como acabo de decir, que trazaba en Lóndres los *Natches* y la *Atala;* estoy precisamente en aquella parte de mis *Memorias* que se refiere á mis viajes de América. Ambas cosas se unen á las mil maravillas; suprimamos estos 22 años, como efectivamente se hallan suprimidos en mi vida, y partamos para los bosques del Nuevo Mundo. La relacion de mi embajada vendrá en la fecha que le corresponda. Pero con pocos meses que esté aquí, tendré tiempo

para llegar desde la catarata del Niágara al ejército de los príncipes de Alemania, y del ejército de los príncipes á mi retiro de Inglaterra.

El embajador del rey de Francia podrá referir la historia del emigrado frances en el mismo lugar en que se hallaba este desterrado. Se trata primero de mares y navíos; ¿no es Lóndres un buen sitio para hablar de estas cosas?

Yá habeis visto que me embarqué en San Maló. Salimos de la Mancha, y las grandes olas que venian del O. E., nos anunciaron que entrábamos en el Atlántico.

Es dificil á las personas que no han navegado nunca, formarse una idea de la impresion que se experimenta cuando desde la cubierta de un buque, se ve por todas partes el aspecto imponente y amenazador del abismo. En la vida de un marino hay cierta independencia que se debe á la circunstancia de hallarse ausente de la tierra: se dejan á la orilla las pasiones del hombre: entre el mundo que se deja y el que se busca, no hay mas amor ni mas patria que el elemento en que se navega.

La lengua misma del marinero no es la lengua comun: es la lengua que hablan el océano y el cielo, la calma y la tempestad. Habitan un mundo de agua entre criaturas, cuyo traje, gusto, modales y rostro, no se parecen á los de los primitivos pueblos; tie-

nen la destreza del lobo marino y la ligereza del ave. No se descubren en su frente los cuidados del hombre en la sociedad: las arrugas se asemejan á los pliegues de una vela recogida, y mas que la edad las produce la aspereza del cierzo, como sucede sobre las aguas. La piel, impregnada de sal, es roja y áspera como la superficie de la roca batida por las olas.

Los marineros se apasionan de su buque: lloran de dolor al dejarlo, y de ternura al volverlo á ver. No se hallan mucho tiempo entre su familia: despues de haber jurado mas de cien veces que no se abandonarán mas á los peligros del mar, no pueden pasar sin él, como sucede á un jóven que no puede renunciar á una querida infiel y alborotada.

En los buques de Lóndres y Plimouth no es raro encontrar marineros nacidos á bordo: desde su infancia hasta su vejez nunca han bajado á la orilla, y solo han visto la tierra desde su cuna flotante. Son unos meros espectadores del mundo en que no han entrado. En aquella vida, reducida á tan pequeño espacio entre las nubes y los abismos, todo se anima para el marinero: una ancla, una vela, un palo, un cañon, son personajes que les inspiran afecto, y cada uno tiene su historia.

„La vela se desgarró en la costa del Labrador, el maestro velero la puso la pieza que veis.

„Esta ancla salvó el navío cuando fué arrojado sobre las demas anclas, en medio de las corrientes de las islas de Sandwich.

„Aquel palo se rompió en una borrasca en el Cabo de Buena Esperanza; era de una sola pieza: ahora que se compone de dos, es mucho mas fuerte.

„Aquel cañon es el único que no fué desmontado en el combate de la Chesapeak.

„Las noticias de á bordo son de las mas interesantes. Acaba de echarse la corredera; el navío anda diez millas.

„El cielo está claro á medio dia; se ha tomado la altura y nos hallamos á tal latitud.

„Se ha marcado el punto; hay tantas leguas andadas en buena direccion.

„La variacion de la aguja es de tantos grados; nos hemos remontado al norte.

„La arena de las ampolletas pasa mal; tendrémos lluvia.

„Se observan procelarias sobre el rastro del navío: se preparará algun chubasco.

„Al sur se descubren algunas aves: el tiempo va á calmar.

„Se ha mostrado un relámpago al oeste: mañana soplará el viento de aquella parte.

„El agua ha mudado de color: se han visto flotar palos y fucas, gaviotas y ansares: un pajarillo ha venido á posarse sobre las cuerdas; es menester volver la proa á fuera, porque nos acercamos á tierra y no es bueno abordar de noche.

„En el gallinero hay un gallo que es el favorito, y, por decirlo así, el privilegiado: es célebre por haber cantado durante un combate, como si estuviese en el corral de una granja en medio de sus gallinas. Bajo los puentes habita un gato con la piel verdosa y listada; tiene la cola pelada y largos bigotes: camina con pié firme, balanceándose con el movimiento del buque. Ha dado dos veces la vuelta al mundo, y se ha salvado de un naufragio en un tonel. Los grumetes dan al gallo galleta empapada en vino, y el gato tiene privilegio de dormir, cuando le parece, en la cámara del segundo capitan."

El viejo marinero se asemeja al viejo labrador; sus mieses son á la verdad diferentes: el labrador no ha dejado nunca su campo; el marinero ha pasado una vida errante: ámbos conocen igualmente las estrellas, y tienen por profetas las aves que les revelan lo futuro; el uno á la alondra, al pitiroje y al ruiseñor, y el otro á la procelaria, al chorlito y al alcion. Por la noche, el uno se retira á su cabaña, y el otro bajo cubierta, débiles mansiones en que el huracan que las agita no turba la tranquilidad de sus conciencias.

„Si ruge tempestuoso
El viento, yace tranquilo,
Y su inocencia le canta:
Duerme niño, duerme niño."

No sabe el marinero á dónde le sorprenderá la muerte, en qué orilla dejará su vida como si fuera un vestido usado; tal vez cuando haya creido dar al viento su último suspiro, se verá lanzado al seno de las aguas, agarrado á dos palos para continuar su viaje; tal vez dormirá sepultado en un islote desierto donde ha dormido aislado en su hamaca, y cual jamas volverá á descubrirse en la inmensa extension del océano.

El navío solo es un espectáculo sensible al solo movimiento del timon: mónstruo marino ó bridon alado, obedece á la mano del piloto, como el caballo á la del ginete. La elegancia de los palos y cuerdas, la ligereza de los marineros que suben por las vergas; los diferentes aspectos que presenta el buque, ya sea que navegue inclinado por la fuerza del austro enemigo, ya que corra derecho llevado por un aquilon favorable, hacen de esta máquina sábia una de las maravillas del genio del hombre. A veces una ola espumosa se estrella contra el casco que la despide con ímpetu; á veces las ondas bonancibles se dividen blandamente sin oponer á la proa la menor resistencia. Los pabellones, flámulas y velas, completan la belleza del palacio de Neptuno. Las velas mas bajas, desplegadas en su anchura, forman variedad de cilindros; las mas altas, comprimidas por medio, se asemejan á los pechos de una sirena. Impulsado de un soplo

impetuoso, abre el navío, como con la reja del arado, el campo de los mares.

Por el camino del océano, en cuya extension no se distinguen ni árboles, ni aldeas, ni ciudades, ni torres, ni campanarios, ni sepulcros; en aquel camino sin columnas, sin piedras que marquen las leguas, que no tiene mas límites que los de la region etérea, ni mas descanso que el de los vientos, ni mas luces que las de los astros, es la mas bella y la mas agradable aventura, cuando no se buscan mares desconocidos, el encuentro de dos buques. Se descubren mútuamente sobre el horizonte por medio del anteojo: se encaminan el uno hácia el otro: la tripulacion y pasajeros se agolpan sobre cubierta; los dos buques se acercan, izan su pabellon, recogen media vela y se ponen en facha. Cuando todo está en silencio se hablan los dos capitanes desde el castillo de popa: „¿El nombre del navío?.... de qué puerto?... El nombre del capitan?.... De dónde viene?.... Cuántos dias trae de navegacion?.... La longitud?.... La latitud?... Adios, ¡buen viaje!" Se aflojan los rizos, y las velas vuelven á desplegarse. Los pasajeros y los marineros de ámbos buques se miran sin hablar una palabra: unos van á buscar el sol de Asia, otros el sol de Europa que los verá igualmente morir. El tiempo se lleva y separa mas pronto á los que viajan por la tierra, que el viento á los que na-

vegan por el océano. Hacen señas desde léjos: adios ¡buen viaje! El puerto comun es la eternidad.... ¿Y si uno de los buques es el de Kook ó el de Laperouse?....

El contramaestre principal de mi buque malvino, era un antiguo sobrecargo, llamado Pedro Villenueve, cuyo solo nombre me agradaba, recordándome la buena Villeneuve. Habia servido en la India á las órdenes del bailío del Suffren, y en América á las del conde de Estaing; se habia hallado en una multitud de encuentros. Apoyado en la proa, cerca del bauprés, á la manera de un veterano que está sentado bajo el emparrado de un jardinito en el foso de los Inválidos, mascaba Pedro un pedazo de tabaco, que le inflamaba las mejillas como si tuviese una fluxion, y me hacia una pintura del momento del zafarrancho, del efecto de las descargas de artillería bajo los puentes, y del estrago que hacian las balas cuando iban de rechazo contra las cureñas, cañones y piezas de la armazon. Me hablaba de los indios, negros y habitantes de las colonias; yo le preguntaba cómo estaban vestidos, qué figura tenian los árboles, cuál era el color de la tierra, el sabor de las frutas, y si las piñas de Indias eran mejores que los albérchigos, y las palmeras mas hermosas que las encinas. Me explicaba todo esto por comparaciones tomadas de cosas que yo conocia; me decia que las palmeras eran como coles grandes, el ves-

tido de un indio como el de mi abuela, los camellos semejantes á un asno gibado, y que todos los pueblos de Oriente, particularmente los chinos, eran cobardes y ladrones. Villeneuve era de Bretaña, y nunca dejábamos de terminar nuestras conversaciones con el elogio de tal ó cual incomparable belleza de nuestra patria.

La campana nos interrumpia en estos coloquios: por ella se arreglaban los cuartos, la hora de vestirse, la de la revista y la de comer. Por la mañana cuando se hacia la señal, reunida la tripulacion sobre cubierta, se quitaban su camiseta azul para ponerse otra que se habia secado en los obenques. Quitadas las camisas, las lavaban inmediatamente en unos cubos en que al mismo tiempo se enjabonaban aquella porcion de mónstruos marinos, sus caras tostadas y las piernas embreadas.

En las comidas de mediodía y de la noche, sentados los marineros al rededor de las ollas, metian uno despues de otro, con órden y sin cometer fraude, su cuchara de estaño en la sopa, que se mecia con los vaivenes del buque. Los que no tenian gana de comer vendian á sus compañeros la racion de galleta y carne salada por un poco de tabaco ó un vaso de aguardiente. Los pasajeros comian en la cámara del capitan. Cuando el tiempo estaba bueno se tendia una vela sobre la popa del buque, y se comia á la

vista de un mar azulado con manchas blancas formadas por la brisa.

Envuelto en mi capa me acostaba de noche sobre cubierta, y me entretenia en contemplar sobre mi cabeza las estrellas. El aire que sobre mí despedia una vela, me traia la frescura de la brisa y me mecia bajo la bóveda celeste. Medio dormido y movido por el viento, mudaba de cielo cuando mudaba de sueño.

Los pasajeros que se encuentran á bordo de una embarcacion, presentan una sociedad diferente de la tripulacion; pertenecen á otro elemento, sus destinos son de la tierra. Unos corren á buscar fortuna, otros la tranquilidad: estos vuelven á su patria, aquellos se alejan de ella: algunos navegan por instruirse en las costumbres de los pueblos, por estudiar las ciencias y las artes. Hay tiempo sobrado para conocer, en aquella posada ambulante que viaja con el viajero, para saber muchas aventuras, concebir antipatías y contraer amistades. Cuando van y vienen aquellas jóvenes nacidas de sangre indiana é inglesa, que reunen á la belleza de Clarija la delicadeza de Sacontala, entónces se forman cadenas que enlazan ó rompen los perfumados vientos de Ceilan, dulces como ellas, y como ellas ligeras.

Entre mis compañeros de viaje se encontraba un jóven ingles, &c.

El gobernador habitaba en el fuerte en un extremo de la ciudad, en cuya casa comí dos ó tres dias. Este oficial estaba dotado de la mayor urbanidad y de una finura extraordinaria. Cultivaba al pié de uno de los baluartes algunas legumbres de Europa. Despues de comer me llevaba al sitio que llamaba su jardin. Un pequeño cuadro de habas en flor exhalaba un olor suave y delicado de heliótropo, que por cierto no nos lo regalaba la brisa de la patria ni el soplo del amor sino el viento áspero de Terranova, sin relacion con la planta desterrada, ni ninguna simpatía de recuerdo ni de placer.

En aquel perfume combinado de aurora, de cultivo y de mundo, se encontraban todas las melancolías del dolor, de la ausencia y de la juventud.

Nos íbamos despues á hablar al pié del palo del pabellon, colocado en lo alto del fuerte. La nueva bandera francesa ondeaba sobre nuestra cabeza, miéntras que *flentes*, como las mujeres de quienes habla Virgilio, contemplábamos el mar que nos separaba de nuestra tierra natal. El gobernador no estaba tranquilo. Correspondia á la opinion vencida, y se hallaba aburrido en aquella roca, retiro apropósito para un hombre meditabundo como yo, pero de ninguna manera para el que ocupase su imaginacion de nego-

cios extraños, ó no abrigara en su pecho una pasion que lo llena todo. Mi huésped me pedia noticias de la revolucion, y yo le preguntaba por el paso del N. O. E. Se hallaba delante del desierto, y no sabia nada de los esquimales, mi recibia mas que perdices del Canadá.

Salí solo una mañana sumido en una melancolía oriental, para ver nacer el sol por el lado de Francia. Me senté en lo alto de una roca con los piés colgando sobre las olas, que se estrellában contra una costa escarpada. Por la parte superior se aparecia una jóven marinera pisando el rocío con sus piés desnudos, aunque hacia frio: sujetaba sus cabellos negros un pañuelo de la India que rodeaba su cabeza, la que llevaba cubierta con un sombrero de mimbres de la figura de una nave ó de una cuna. Tenia en el pecho un ramo de lilas sobre una camisa blanca que dejaba conocer las formas de su seno. De vez en cuando se bajaba para coger hojas de una planta aromática, que se llamaba en la isla té natural. Con una mano tomaba las hojas, y con la otra sostenia un cesto en que las guardaba. Me vió, y sin asustarse vino á mi lado: dejó el cesto cerca de sí, y se puso como estaba yo, con las piernas colgando hácia el mar, á mirar el sol.

Estuvimos algun tiempo sin hablar y sin atrevernos á mirar el uno al otro: al fin fui yo el mas atrevido, y la dije:

—¿Qué cogeis?

Volvió hácia mí sus grandes ojos negros, tímidos y orgullosos.

—Cojo té, me contestó, y me mostró su cesta.

—¿Llevais ese té á vuestro padre y á vuestra madre?

—Mi padre ha ido á pescar con Guillaumy.

—¿Qué haceis el invierno en la isla?

—Tejemos redes: el domingo vamos á misa y á vísperas, entonamos los cánticos de la Iglesia, y despues jugamos sobre la nieve, y vemos á los jóvenes cazar osos blancos.

—¿Volverá pronto vuestro padre?

—¡Oh, no!

—¿El capitan lleva el navío á Génova, y en él va Guillaumy?

—Sí.

—¿Pero volverá Guillaumy?

—Sí: en la estacion próxima, cuando vuelvan los pescadores. Me traerá en su pacotilla un corpiño de seda listada, un jubon de muselina y un collar negro.

—¿Y luciréis, vuestro adorno delante del viento, de la montaña y del mar? ¿Quereis que os envie un corpiño, un jubon y un collar de Europa?

—¡Oh, no!

Se levantó, tomó su cesta y huyó precipitadamente por una larga calle de abetos. Cantaba con voz sonora y agradable una cancion de las misiones.

Tout brulant d'une ardeur immortelle
C'est vers Dieu que tendent mes desirs.

De un ardor inmortal arrebatada,
A nuestro Dios se lanzan mis deseos.

Llegó á la orilla del mar, saltó en un batel, tendió la vela, y se sentó junto al timon. Se le hubiera creido la fortuna; ella se alejó de mí.

Vider picciola nave, é in poppa quella
Che guidar gli doveva, fatal doncella.

Ved el barquillo, y en su popa aquella
Que le ha de gobernar, fatal doncella.

„¡Oh, sí! oh no, Guillaumy! la imágen del jóven marinero, sobre la verga de una embarcacion, en medio de los vientos, convertia para ella en tierra de delicias la solitaria y espantosa roca de San Pedro.

..L'isole di fortuna, ora vedete.
Las islas contemplad de la fortuna.

ME VOY AL CAMPO.

Desde que un cambio de decoraciones políticas me dejó sin empleo, y los *ases* contra los *sietes*, sin el elemento metálico que me ha-

bian, permitido acumular los tiempos de bonanza, no oigo á las bellas elogiar mi talento, mi sal en el decir, mi garboso talle, mi pera y mi bigote, y suelen llegar al contrario á mis oidos, al entrar en las reuniones, algunas frases alusivas á mí (muy poco lisonjeras en verdad), tales como éstas: *¡qué majadero! qué trasto! ¿qué diablos buscará aquí? ¡vaya un pelmazo!* Si aburrido dé verme tan malparado entre *ellas*, corro á buscar á mis amigos; á los innumerables amigos que nunca me abandonaban antaño á comer solo, que me obstruian el paso por las calles para estrujarme las manos con las suyas, ó para pedirme algun favor ó algun *piquito*, y á cuyos ojos era yo el objeto *sine qua non* de su existencia misma. . . . ¡esfuerzo vano! trabajo inútil! Mis amigos se han vuelto para mí la cuadratura del círculo, la fusion de los partidos, un blanco imaginario, un imposible. Mi predilecto Perico, que entraba en mi casa diariamente ántes de que abriese yo los ojos, yá no me visita, porque sus negocios (reducidos á matar el tiempo) no le permiten visitar á nadie. Antonio no me saluda, ni me echa de ver aunque tropiece conmigo, porque se ha vuelto miope de repente. Juan nunca está en casa, aunque se le oiga en ella hablar, toser ó reir á carcajadas. Roque está de *spleen*. Joaquin no me conoce, y los demas, ni viven yá donde vivian, y si están en todas partes no me

encuentran en ninguna. Aquellos entes de neutrales simpatías (que abundan en la tierra): aquellos que siempre van con la corriente y se calientan al sol que mas alumbra; aquellos que, aunque no son amigos de ninguno, ni prójimos siquiera, cogen el incensario en tiempos de incensar, é inciensan: aquellos que han agotado las fórmulas vacías de verdad: *servidor de V.; pase V. primero; hágame V. el honor de tomar asiento; dispense V.; me tomo la libertad de dirigir á V. la palabra, porque su fama, su bondad, su influencia, su erudicion*, su.... esos entes ¿dónde están ahora? ¿Dónde están, pues, esos entes que me empalagaban en otra época con sus melífluas palabras, y me aburrian con sus exagerados cumplimientos y continuadas adulaciones en todas partes y á todas horas? ¿Dónde está, por fin, aquella sociedad encantadora, Eden perfecto, en la que se me deslizaban las horas, los dias, los meses y los años como imperceptibles minutos? Yo no veo en ella.... yo no veo en ella nada de cuanto en mis años de prosperidad y de fortuna me hicieron el partidario mas exaltado y frenético del bullicio social. Me voy al campo, donde con algunas garrapatas de mas, y muchos sinsabores de menos, se pasa la vida mas tranquila, sin que se extravie fácilmente la razon, ni se pierda la salud; donde se carece siempre de las seductoras demostraciones de la amistad y del a-

mor y de las sorprendentes novedades del mundo que se llama ilustrado; pero en cambio, no se pisa nunca el terreno ingrato del doloroso y amargo desengaño, ni se palpan las duras consecuencias de la ciega credulidad, y, sobre todo, no se llega á la desesperacion ó al remordimiento, que van en pos de los placeres y ensueños, que embriagan al hombre mas fuerte en el mundo, le cubren los ojos con una venda fatal, y con hacerle dar un paso falso, lo precipitan para siempre. Me voy al campo, despidiéndome de los que se quedan en la sociedad con estos versos antiguos:

Donec eris felix multos numerabis amicos,
Tempora, si fuerint núbila, solus eris.

Mérida 10 de enero de 1849.

D. Gil de las Calzas Verdes.

EL TIZON Y LA COCINERA.

FABULA.

A un tizon la cocinera
Por apagarlo soplaba,
Y mas la simple atizaba
El fuego, de esta manera.
Así sucede á cualquiera
Que con perversa intencion

Del mérito la opinion
Desacreditar pretende:
Brilla mas, porque la enciende
La misma murmuracion.

(Copiado.)

CAUSA CELEBRE.

Los asesinos del R. P. Loría.

El 17 de julio de 1840 fué un dia verdaderamente luctuoso para esta ciudad de Mérida, porque amaneció muerto en él á manos de crueles asesinos, en el retiro de su celda, el R. P. Fr. Laureano Loría, varon justo y respetable, encargado á la sazon de la guardianía del convento de franciscanos de la Mejorada.

„Toda la region anterior, posterior y lateral izquierda del cuello, dicen los facultativos en medicina y cirugía D. Joaquin Muñoz y D. José Matilde Sansores que reconocieron el cadáver, habian sido interesadas hasta rasar las vértebras cervicales, divididos por consiguiente los planos musculares, el esófago y todas las porciones que se hallan en aquella parte hasta llegar á las vértebras, de manera que la cabeza solo se hallaba pendiente de éstas y una pequeña porcion de la region lateral derecha del cuello,

cuya destruccion causó la muerte, igualmente tenía una herida en la parte lateral izquierda de la cara, de mas de cuatro pulgadas de longitud y media de latitud, que interesó los músculos de la region maxilar y temporal, dividiendo todo el hélix de la oreja del propio lado: tenia ademas dos heridas leves en la region superior y anterior del pecho y en la parte posterior del dorso, con los dedos de las manos divididos en su plano muscular de la region palmar, manifestando claramente que éstas provenian ó habian sido hechas cuando el agredido afirmó el instrumento (cortante por supuesto) con que se le infirió la muerte, para libertarse de sus verdugos: y, finalmente, que tomado en consideracion todo esto, con el trastorno que se advertia en el aposento, pues se vieron los libros que allí habia tirados por el suelo, y manchados con sangre, hacian afirmar á los deponentes la defensa vigorosa que el desgraciado hizo contra su agresor."

El objeto que se propusieron los autores del homicidio, fué robar al venerable guardian, como se verificó, algun dinero que sabian tenia en su poder: entre otras, la declaracion del R. P. Fr. Pedro Loría, hermano carnal del difunto y actual superior del mismo convento, se halla concebida en los términos siguientes. „Dentro del cofrecito, dice, que se echó de menos, le asegu-

ró el difunto que tenia catorce ó quince onzas de oro y algun dinero en plata, procedente todo de limosnas de misas y sermones; y que tambien tenia noticia, por el propio su hermano, de haberse redimido un capital perteneciente al convento cuyo monto ignora, el cual como no se habia completado con las limosnas, no estaba fincado nuevamente."

Todos saben la penuria del empobrecido convento de la Mejorada, y con tal motivo se desmembró el capital de que se hace referencia para los gastos mas precisos é indispensables de la iglesia y de la comunidad, cuya suma se habia propuesto integrar con su escaso peculio el virtuosísimo y desinteresado padre Loría, estando muy léjos de imaginar que tan bella accion habia de ser la causa ú ocasion de su trágica muerte. ¡Oh negra oscuridad del porvenir! ¡quién pudiera disipar alguna vez tus tinieblas!

Divulgado el suceso, fijáronse las primeras miradas del juez, Lic. D. José Jesus Castro, en Ramon Avila y un tal Pacheco, quienes se hallaban sufriendo su condena en el presidio de esta capital por otro robo intentado ántes en el mismo convento y celda, cuya presuncion se hizo tanto mas vehemente, cuanto que se tuvo noticia de que ámbos habian pasado la noche fuera de la cárcel en que se encuentra la caja del presidio. Redujoseles, pues, á segura prision, y

tambien á tres mujeres relacionadas íntimamente con ellos, haciéndose otro tanto con Luis, Onesíforo y Atanasio hijos del alcaide y que ejercian sus veces; todos incomunicados. Y como en el progreso de las diligencias, practicadas con una celeridad y pericia que harán siempre honor al juez y al cartulario de la causa D. Francisco del Rio, se hubiese descubierto que Gregorio Estévez otro presidario, y Luis uno de los hijos del alcaide, salieron á la calle á deshoras de la misma noche, y no regresaron hasta el alba, se redujo igualmente á prision incomunicada al primero estrechándose la del segundo.

Obraba contra Ramon Avila otro indicio mas fuerte: habíasele visto en la Mejorada, en tres ó cuatro sitios diferentes, la madrugada del 11, en union de un desconocido, embozados los dos con sus sábanas y como ocultando el rostro, siendo muy sospechosa esta visita, pues se habia observado que mataron una luz que ardia en la portería delante de la imágen de S. Salvador. Ademas de esto, habia sido Avila sirviente del convento, y conocia todos sus lugares y las costumbres de los religiosos.

Como el desgraciado Fr. Laureano Loría habia empleado una defensa vigorosa, segun debia colegirse de las observaciones hechas en su cadáver, y del desórden en que se encontraron todos los muebles y objetos de su habitacion, se mandó reconocer á los captu-

ratos, y tambien sus vestidos y sombreros, sobre cuyo particular oigamos á los facultativos.

„Encontraron, segun declaran respecto de Avila, en la parte anterior de la articulacion radio-carpiana, varios arañazos: en el dedo pulgar de ámbas manos en la parte dorsal, cerca de su articulacion con el metacarpo, profundas impresiones que demuestran con evidencia proceder de uñas que se encajaron fuertemente en aquellas partes: tambien hay una inflamacion en la parte inferior de la órbita del ojo derecho, indicando ser debida á una contusion recibida en aquel lugar: que le encontraron en la articulacion húmero-cubital en la parte anterior del brazo izquierdo, unas señales de impresiones fuertes, que debió recibir de alguna mano: que notaron, al indagar estas circunstancias, mucha alteracion en el expresado Avila, de suerte que sus carnes temblaban, y preguntándole cómo le habia sucedido aquello, contestó váriamente, atribuyéndolo ya á una riña que dice tuvo con un tal Marin, ya al colocar unas bancas junto á un altar en Santa Ana, y otras veces que el baldoquin le habia hecho la lastimadura del dedo pulgar, sin embargo de que todo parecia ser reciente."

„A Pacheco solo le notaron en el tércio superior del antebrazo izquierdo, la impresion de una uña, que dijo no sabia có-

mo le sucedió; y que su semblante solo estaba ligeramente alterado."

„En cuanto á Estévez, solamente hallaron una cortada lineal en la region palmar del dedo índice de la mano izquierda, que dice se la infirió él mismo cortando sus alpargatas el miércoles por la mañana."

„Que habiendo practicado, presente el tribunal, ayer por la mañana el propio reconocimiento, hallaron que se encuentran en el mismo estado que el primero las señales y lastimaduras referidas, advirtiendo que en el primer reconocimiento expresó Avila que aquello le provenia de la reyerta que tuvo con Marin una mañana en Santa Ana, y ayer aseguró que la noche que se quedó á cuidar un altar del *Córpus* de dicha iglesia."

„Reconocidos la ropa y sombreros, aparece que el de Avila tiene unas gotas de sangre en la parte interna y externa del ála, algunas en el cuerpo del sombrero; y el borde del ála está en mas de un tércio de su exterior manchado todo de sangre, de que se infiere que el sombrero rodó sobre algun lago de sangre, así como que se tomó teniendo el dedo untado de ella, pues en la orilla del ála se advierte, aunque no manifestado palpablemente el dedo, una impresion que hace inferir ser debida al dedo que lo agarró."

„Y examinada la ropa de Ramon Avila,

encontraron el calzoncillo y camisa sucios, remendados y rotos al parecer recientemente, con unas gotas en ámbos, manifestando haberse limpiado sangre con la camisa, notándose esto, no solo en la extremidad inferior ó falda, sino en la parte que corresponde á los lomos; debiendo advertir, finalmente, que no se presenta la sangre con el carácter que debia, pues aparece apagada como si se hubiese lavado, cuando no lo está."

Junto á las tápias del cuartel de caballería permanente, por la parte interior, se hallaron unas cuerdas de henequen con manchas de sangre, que se conocia habian sido arrojadas á aquel sitio desde la calle que divide el convento del cuartel, debiendo advertirse que la celda del difunto guardian corresponde á esta parte del edificio. Dichas cuerdas ó tiborderas, resultaron absolutamente iguales á unas que con peso de diez arrobas se trabajaron pocos dias ántes en la cárcel para los Sres. Rejon é hijos, en cuya construccion tuvo parte Avila segun declaró él mismo, y tanto éstas, que se reconocieron, cuanto las halladas en el cuartel de caballería, eran tambien del todo iguales á una que apareció en la reja de la capilla de la cárcel.

Explorado el convento y sus inmediaciones con el fin de encontrar el arma con que se perpetró el crímen, no fué posible hallarla, poniéndose así por diligencia; y mas

adelante, en virtud de que los facultativos declararon que la muerte fué inferida con algun instrumento cortante, examináronse todos los barberos de la ciudad sobre los que hubiesen cortado, amolado ó despuntado en aquellos dias, y tampoco produjo resultado alguno favorable al esclarecimiento de la verdad este último paso.

Recibida á todos los aprehendidos su instructiva, evacuadas las citas que resultaron, hechos los correspondientes careos, y practicados cuantos reconocimientos y diligencias se creyeron oportunos, se elevó la causa á proceso por auto del dia 22, declarando el juez que existian vehementes indicios de haber sido autores del robo y homicidio, Avila, Pacheco, Estévez y Luis el hijo del alcaide, jóven apénas de veinte y dos años de edad, nombrándose fiscal al Dr. D. Gregorio Canton, actual magistrado del tribunal superior de justicia del estado: hízose tambien el nombramiento de curadores y defensores á los presuntos reos; y, en fin, llenáronse cuantas formalidades prescriben las leyes, ordenando el mismo tribunal superior que se le diese cuenta cada tercero dia del estado y progreso de la causa.

El dia 27 tuvo el juez noticia secreta de que en el solar de Pascual Tejero, otro presidario, habia enterrado algun dinero, segun sospechas; en cuya virtud se procedió al cateo de la casa citada y de las dos contí-

guas á ella, é igualmente á la captura de las personas que vivian en la primera, las cuales fuéron examinadas, incluso el mismo Tejero, todo sin resultado alguno favorable á la justicia, no obstante haberse cavado la tierra prolijamente en diferentes sitios.

Consta en autos que al salir de la cárcel la noche del 16 el hijo del alcaide con Avila y Estévez, pues Pacheco lo verificó ántes y sin compañía, dijo el primero á los dos segundos, como recatándose, estas notables y significativas expresiones: „Vamos á hacer una presa." Igualmente constan otros varios pormenores que seria largo referir. Sin embargo, todo esto no ofrecia sino una débil luz, semejante á la de una hoguera en medio del desierto, ó como la de un faro á larga distancia del punto del navegante; pero dispuso la Divina Providencia, para que no quedase impune acá abajo tan escandaloso crimen, que el 29 se descubriese claramente la verdad por confesion de Gregorio Estévez, quien estrechado al fin con los terribles cargos y reconvenciones que le hizo el juez, se explicó, cuando menos se esperaba, en los términos que siguen.

„Que movidos, son sus palabras, de Ramon Avila, el confesante, el hijo del alcaide, Pascual Tejero y Sinforiano Aguilar, fuéron al convento de la Mejorada y asaltaron la celda del R. P. guardian, y le robaron un cofre, quitándole la vida Sinforiano Aguilar,

á pesar de que el declarante le suplicaba por Dios que no lo matase, y aunque lo agarró para impedir que lo hiciese."

„Que entraron por el muro que cae á espaldas del cuartel de Dragones, trepándose el que confiesa, Ramon Avila, Sinforiano Aguilar y Pascual Tejero, pues el hijo del alcaide se quedó fuera á esperarlos: que habiendo entrado en el primer patio, se fuéron al caracol guiados por Avila, y subieron sobre la iglesia desde donde los fué arriando Tejero hasta dejarlos en posicion de llegar y meterse por el balconcito de la celda, en la que sorprendieron en su hamaca al guardian, dándole el primer machetazo, hasta que en los esfuerzos de su defensa cayó al suelo en donde lo degolló Aguilar, quedando Avila preparando el modo de llevarse el cofre: que consumado el homicidio, llevaron éste á un monte que ignora el que confiesa por no ser vecino de esta ciudad, el que quebraron, y partieron como á cuarenta y cinco pesos ó mas, y diez y ocho onzas y media que encomendó el que confiesa, y no habian advertido sus cómplices, en casa de un tal Rubio á quien suplicó lo tuviese, refiriéndole que habian cometido un gran delito habiendo matado á un padre: que la ropa manchada con sangre se lavó en casa de Pascual Tejero: que salieron del convento por medio de la soga que se le ha puesto al manifiesto: que no sabe quién la tiró al cuar-

tel de Dragones, pero el que venia detras era Pascual Tejero, y tal vez éste la tiró; y que el hijo del alcaide se quedó en la calle para ver quién venia, entretanto ellos estaban dentro del convento, y así que salieron se les juntó."

„Que Pacheco está del todo inocente."

„Y, por último, que hace como un mes que el confesante, Avila y el hijo del alcaide fuéron al convento de la Mejorada con el objeto de asaltar la celda del padre Ruz cuando éste fuese á decir misa á las tres de la madrugada, y no lo verificaron porque cuando llegaron yá estaba cerca de acabarse la misa, y aunque quiso entrar Ramon Avila, el declarante lo detuvo diciéndole que venia gente: que habiendo salido del convento, el hijo del alcaide les dijo que eran unos cobardes; y que tambien los acompañó Pascual Tejero, pues dijeron al confesante que allí estaba, y esa mañana llevaba un cuchillo Avila que le facilitó el hijo del alcaide."

En consecuencia de esta declaracion fué encalabozado Pascual Tejero, y se procedió á la captura de Sinforiano Aguilar, Rubio y todas las personas que vivian en la casa del primero, las cuales habian sido examinadas sin fruto en el incidente del dinero enterrado. Nótese que Tejero era tambien presidario, y que en las diligencias no constaba su salida de la cárcel la noche del

16, deduciéndose de aquí el espantoso desórden que reinaba en las prisiones. Tambien se proveyó auto, confirmada que fué la confesion de Estévez, sobreseyéndose en el conocimiento de la causa respecto de Pacheco, cuyo nombre habia sonado tanto, en ocasion que el de Aguilar permaneció siempre oculto.

Tenemos descubiertos yá á los cinco perpetradores del robo y asesinato, á saber: Ramon Avila, natural de Izamal: Luis el hijo del alcaide, de Mérida: Gregorio Estévez, de Campeche: Pascual Tejero, de Maxcanú; y Sinforiano Aguilar, de Mérida (*). Tambien tenemos asegurados á sus cuatro receptadores ó cómplices secundarios, que son: Rubio, Norberta Pacheco, Jacinta Aguilar y Francisca Vera, todos de esta capital.

Hemos oido á Estévez: oigámos, pues, en lo conducente á sus sócios en el robo y el asesinato, prescindiendo de todo lo demas por no ofrecer mayor interes.

(*) Pocos dias despues del horroroso atentado de que se trata, Aguilar estuvo lidiando toros tranquilamente, en clase de picador de á caballo, en la fiesta del suburbio de Santiago; y habiendo herido con su rejon á un toro que no quiso acometerle por mas que lo llamó, salió una voz de los tablados que dijo: „¡Bárbaro! puedo jurar que tu mataste al fraile.”

Luis el hijo del alcaide: „Que es cierto cuanto expone Estévez, y que la parte que le tocó en la distribucion del dinero, la tiene encomendada á Francisca Vera, que vive en la plaza de Santa Ana."

Avila: „Que si ántes habia negado el hecho, fué por temor de la pena á que se ha hecho acreedor; pero que es cierto cuanto contiene la declaracion de Gregorio Estévez."

Sinforiano Aguilar: „Que en efecto entró en el convento de la Mejorada, porque Avila, Estévez y el hijo del alcaide lo fuéron á buscar á su casa y lo llevaron; y que Estévez con un puñal que llevó sin vaina, mató al padre guardian, y sacaron un cofre, el que fuéron cargando, primero el citado hijo del alcaide, despues Avila y en seguida Estévez y Tejero."

Pascual Tejero: „Que es cierto haber llevado la ropa para lavar, pero que no vió si estaba ensangrentada; y que es falso lo que declaran los demas."

El dinero robado que se encontró, fué en las sumas siguientes: en casa de la Vera, setenta y cinco pesos cinco reales: en la de Rubio, diez y ocho onzas y media de oro y cincuenta y seis pesos en plata; y enterrado frente al cercado de la hacienda Chenkú, poco distante de esta capital, cuarenta y ocho pesos en plata y una onza de oro: total, cuatrocientos noventa y un pesos cinco reales.

Esta suma procede de las cantidades que se distribuyeron el hijo del alcaide, Estévez y Aguilar: la parte de Avila, que nunca supo decir á cuánto ascendió, no existia en el lugar que designó, y solo se encontraron los fragmentos de unas varillas del cofre y un retazo de pañuelo; y en cuanto á Tejero, acto contínuo de su ejecucion manifestó el presidario Pacheco que, cumpliendo el encargo que aquel le hizo en reserva, y precisamente para despues de su muerte, declaraba que los únicos treinta y tres pesos que le correspondieron, se hallaban enterrados á la vuelta de la esquina de la Grulla, junto á un árbol de *choch;* mas tampoco se encontró dicha suma, á pesar de las exquisitas diligencias que se practicaron. Solo Dios sabe quiénes se apropiaron estas dos partidas, siguiendo tal vez el proloquio vulgar que dice, que *quien roba al ladron gana cien dias de perdon.*

Oigamos tambien la tremenda voz del fiscal respecto de los cinco reos principales, al formalizar su acusacion el dia 4 de agosto.

„Acuso en primer lugar, dice el Sr. Canton, á Ramon Avila, Gregorio Estévez y Sinforiano Aguilar como los principales autores del crímen, como los manchados con la sangre inocente de la víctima sacrificada al vil y despreciable interes. El homicidio fué ejecutado por estos tres célebres criminales. Estévez aplica el hecho á Aguilar, pero del ca-

reo resulta que ámbos concurrieron. Avila participa de esta mancha: el sombrero, la ropa, las señales que le quedaron en la mano, todo comprueba la voz fiscal. Nada tiene de extraño que no haya bastado un solo hombre para la ejecucion. El estado de desórden en que se encontró el teatro de la representacion cruenta, lo que declaran sobre este particular los facultativos, y el mismo careo yá citado, basan este aserto hasta ponerlo en evidencia. Asaltaron, pues, el convento, asesinaron, robaron, ocultaron el hurto, se prepararon para todos estos lances: premeditaron el hecho, pues fuéron armados: lo premeditaron, porque ántes habian iniciado otro ensayo, aunque sin efecto, en el mismo convento: lo premeditaron, porque, segun confiesan, dieron el primer golpe estando dormida la víctima y ántes de que hubiese temor de ser descubiertos. ¿Se quiere voluntad mas deliberada? ¿intencion mas refleja?"

„Son, ademas, los dos primeros, hombres condenados á presidio por hurtos, de cuya caja salieron para llevar adelante sus ilícitos fines; y el tercero, persona encausada otra vez por salteamiento, y cómplice en los hechos del famoso ladron Severiano Gómez."

„A Luis el hijo del alcaide, y á Pascual Tejero, los acusa el promotor de cómplices principales en el crímen referido. Contra el primero obra toda la malicia con que se e-

jecutó la accion trangresoria. Es mayor de diez y siete años, atendido el recaudo de fojas 90 en que aparece que el 14 de este mes debe cumplir veinte y dos de edad. El abrió la prision á Estévez y Avila, sin cuya circunstancia nada se habria hecho. El acompañó á los asesinos saliendo unido á ellos y engañando la vigilancia del centinela. El llegó hasta las murallas del convento, presenció el escalamiento, cargó el baul que contenia la materia de su avidez, y, por último, participó de ella. Todo esto es obra de un ánimo reflejo, todo es efecto de un plan concertado: no tiene exencion legal, y debe caer sobre su cabeza la cuchilla de la ley."

„Tejero, aunque inconfeso, se halla convicto en términos tales, que alumbran el entendimiento como la luz del medio dia: fué el conductor de la ropa ensangrentada, para lavar: participó de la cosa robada: encargó á la manceba de Luis lo que aparece del cargo de fojas 75, con la expresion calificativa que el promotor deja sub-rayada al reverso de dicha foja (*), y, segun declaraciones recibidas, habló del hecho ántes del feliz descubrimiento de los criminales; y es, ademas, un hombre ducho en el hurto, pues

(*) Que dijese que en su casa habia dormido Luis la noche del 16, y que *yá se los habia cargado el demonio en la Mejorada*.

aún sufre en presidio la pena merecida por ladron cuatrero. Este, pues, así como los anteriores, debe practicar la misma senda de expiacion á que la ley lo condena."

Recibida la causa á prueba con calidad de todos cargos: ratificados los testigos: ampliada la confesion de los procesados: oidos sus curadores y defensores: absueltos los reos de la censura en que incurrieron por haber sido perpetrado el crímen en lugar sagrado; y, finalmente, habiendo alegado de justicia el fiscal, se pronunció sentencia el 21 de setiembre, por la cual fuéron condenados á muerte Avila, Luis el hijo del alcaide, Estévez, Tejero y Aguilar: á cuatro años de presidio en obras públicas de esta ciudad, y solucion de todas las costas, Rubio; y tambien á cuatro años de servicio en el hospital general de San Juan de Dios de esta misma ciudad, Francisca Vera, Norberta Pacheco y Jacinta Aguilar.

Los defensores fuéron: de Ramon Avila, Norberta Pacheco y Jacinta Aguilar, el Lic. D. Juan Peon: de Gregorio Estévez y Rubio, el Lic. D. Pablo Castellanos: de Sinforiano Aguilar, D. Eustaquio Castillo: de Luis el hijo del alcaide y de Francisca Vera, D. José María Reyes; y de Pascual Tejero, D. Mariano Trujillo.

Confirmada por la superioridad la sentencia del inferior, respecto de los cinco reos principales, fué ejecutada desde luego, ha-

biendo sido fusilados en el Campo de Marte de esta capital el dia 10 de octubre del mismo año de 1840 á las nueve de la mañana, siendo alguacil y ministro ejecutor el notario mayor de la curia eclesiástica D. Matías José de la Cámara.

Compusieron la sala en turno del tribunal superior de segunda instancia, los Sres. que se expresan en seguida: magistrado, el Dr. D. José Felipe Estrada: fiscal, el Lic. D. Francisco Calero: relator, D. Juan Antonio Elizalde; y notario, el de cámara D. Narciso Barbosa.

Todo lo actuado en primera instancia consta de doscientas veinte y cinco fojas útiles, y las costas, que pagó Rubio, ascendieron á setecientos veinte y ocho pesos seis reales.

Solo nos resta, movidos de los sentimientos de piedad que ha excitado en nosotros el manejo de este horroroso registro de desgracias y de crímenes, suplicar á nuestros lectores, como encarecidamente lo hacemos, que en recompensa del ímprobo trabajo que nos impusimos de muy buena gana, con el fin de presentarles esta breve é interesante relacion, se dignen elevar al cielo una doliente plegaria por el descanso eterno de la infeliz víctima y tambien de sus desgraciados verdugos.

Mérida, enero 10 de 1849.—*G. C.*

EL CAMPO DE AGRAMANTE.

(Orígen de esta frase comun.)

Muchos nombran *el Campo de Agramante*, y es frase muy comun para significar que en alguna parte reina la discordia, y hay confusion y desórden; pero no todos saben el orígen de este proverbio tan usado en todos los paises.

La poética creacion del *Campo de Agramante*, es un episodio que sirve como de base al poema de *Orlando el Furioso* de Ariosto, y se refiere al sitio de Paris por los sarracenos, en que figuran como jefes Agramante, Sacripante, Rodomonte, el rey Sobrino, y otros cuyos tipos se han hecho proverbiales tambien. Cuando éstos están cerca de apoderarse de la capital, que defendian intrépidamente Carlo-Magno y sus bravos guerreros, el arcángel San Miguel recibe órden de ir á buscar el Silencio y la Discordia, é introducirlos en el Campo de Agramante. En efecto, el arcángel encuentra la Discordia en un convento de frailes, donde se hacia la eleccion de abad, con cuyo motivo los frailes se estaban arrojando los breviarios á la cabeza: agarra la Discordia por los cabellos, la saca de alli, la lleva al Campo de Agramante, se empiezan á pelear los jefes sarracenos unos con otros, y, gracias á la discordia de los enemigos, Carlo-Magno y la ciudad se salvan. Hé aquí el orígen de la frase proverbial *el Campo de Agramante*.—(*Cop.*)

LA MUERTE.

Débil mortal, no te asuste
Mi oscuridad ni mi nombre:
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
Léjos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerme en paz.

Isla yo soy del reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo;
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sáuce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugara el padecer,
Y adúerme al hombre, y sus sienes
Con fresco jugo rocía,
Miéntras el ála sombría
Bate el olvido sobre él.

Soy la vírgen misteriosa
De los últimos amores,
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni dolor;
Y amante doy mi cariño

Sin vanidad ni falsía:
No doy placer ni alegría;
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,
En mí concluye la duda,
Y ávida, clara y desnuda
Enseño yo la verdad;
Y de la vida y la muerte
Al sabio maestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.

Ven, y tu ardiente cabeza
Entre mis brazos reposa:
Tu sueño madre amorosa,
Eterno regalaré;
Ven, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó:
Mentiras son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusion.

Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño,
Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor:

Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos
De tu herido corazon.

JOSE ESPRONCEDA.

LA BODA DESHECHA.

Celebrábase una noche en cierta casa de Mérida, un suntuoso festin. Cien calesas agrupadas en contorno del edificio, daban á entender el considerable número de personas visibles que habian concurrido á aquella solemnidad. Mil cabezas de hombres y de mujeres apiñadas en la calle, en el patio principal y aun en la escalera, indicaban que la voz de los preparativos de la fiesta habia cundido hasta entre la plebe, entre esa plebe infeliz á quien su triste y miserable condicion no priva de recrear por lo menos la vista y el oido, en los públicos regocijos de los grandes y de los poderosos, sin participar de sus penas, de sus zozobras, ni de sus cuidados.

Los criados diligentes iban y venian por todas partes: una dulce y melodiosa armonía poblaba el aire con sus acentos: la luz de las bombas y de las guardabrisas casi hacia olvidar que el sol recorria en aquellas horas el opuesto hemisferio: una gran mesa que

ocupaba todo el largo de uno de los cuatro corredores, ofrecia á los gastrónomos y bebedores cuanto podia halagar su paladar en clase de dulces, vinos y licores; y hasta el olfato participaba de los goces que reinaban en el festin, pues unas elegantes macetas de flores y de yerbas aromáticas, colocadas simétricamente y de trecho en trecho en las barandas, despedian una fragancia exquisita.

Esperábase, pues, el momento de procederse á la boda de la hechicera hija adoptiva del dueño de la casa, el solteron D. Federico, sugeto principal y de grandes proporciones que vivia con su hermana Da. Ines, la cual habia servido de madre á la bella y juiciosa Margarita, que este era el nombre de la novia. El novio era D. Luis, hijo de D. Pedro y Da. Mencía.

De repente, abriéndose paso con dificultad entre las oleadas de la multitud, presentóse en el salon una mujer pálida, medio desnuda, desgreñada..... pero no hemos instruido á nuestros lectores de los antecedentes del suceso que vamos á referirles.

Da. Mencía se habia opuesto obstinadamente al casamiento de su hijo: consejos, súplicas, amenazas, nada habia sido suficiente para persuadirla.—No, no, no; decia siempre, sin dar una razon plausible de su negativa.—Ved que la bella Margarita es digna, bajo todos conceptos, del amor y de la mano de vuestro hijo: No.—Ved que vuestra familia, aun-

que noble y rica de por sí, adquiere todavía una posicion social mas ventajosa: No.—Ved que el jóven está locamente enamorado, y vais á labrar su eterna desventura: No, No y siempre No.

Tan constante y obstinada fué siempre la oposicion de Da. Mencía, que D. Pedro se vió obligado á obrar por sí solo, consultando el interes y bienestar de su hijo, á pesar de lo grave y delicado del asunto; pero no sin aconsejarse préviamente con personas cuerdas y timoratas. Practicáronse en consecuencia todas las formalidades requeridas: se dispensaron aquellas que son susceptibles de esta gracia, para proceder con celeridad y apresurar el matrimonio, considerando que una vez celebrado, cederia Da. Mencía; é hiciéronse los preparativos que hemos dado á conocer á los lectores.

Da. Mencía, ahogada por el sentimiento, se indispuso considerablemente, y hubo que retirarla á su estancia, intimándole los médicos que no saliese de ella; mas aunque hubiese querido, era tal su postracion y decaimiento, que le hubiera sido imposible incorporarse y mucho mas vestirse. Sin embargo, no se entorpeció la boda, segun hemos visto, aunque acompañaba á D. Pedro el justo sentimiento de que su querida esposa, por un inconcebible capricho, no formase parte de la concurrencia, aun suponiendo que estuviese buena, porque ya debe

conjeturarse que ni así hubiera autorizado las sagradas ceremonias con su presencia. Todos sentian su falta, aunque condenaban secretamente la causa que la habia indispuesto privándola de asistir á la funcion, porque no hubo uno solo en la ciudad que aplaudiese la conducta observada por esta mujer imprudente y de tan poco juicio: hombres y señoras, todos reprobaron su manejo.

—¿Por qué no ceder á la razon? ¿por qué ser tan presumida que juzgue que todos yerran en la eleccion de estado de su hijo, menos ella?—Esto decian y repetian todos en la casa del festin y en las tertulias.—Hizo bien D. Pedro en obrar sin la cooperacion de esa imbécil: yá conocerá ella su error, y acogerá en sus brazos á su hijo, que le habrá dado otra hija, tierna, cariñosa y sensible, que olvidando para siempre lo pasado será su eterna compañera, y ayudará á cerrarle los ojos en el lecho de la muerte: hizo bien D. Pedro.

Iba yá el sacerdote á dar las manos á los contrayentes bendiciéndolos delante del Señor, y atando aquellos indisolubles vínculos que solo se rompen con la muerte: los novios se complacian de ver coronados sus deseos y cumplidas sus esperanzas: los casados recordaban aquel grato momento en que habian participado de tan inefable dicha: los amantes se dirigian furtivamente una mútua mirada, como preguntándose el uno

al otro cuándo se verian en iguales circunstancias; y, en fin, no habia uno solo que no estuviese preocupado de ideas análogas al Sacramento que se administraba en aquellos solemnes instantes, cuando entró en la sala la mujer de qué ántes hablamos, cuya extraña é imprevista presencia en aquel estado de desórden, interrumpió la santa ceremonia.

Era Da. Mencía, quien, sin proferir una sola palabra, detuvo la mano del ministro levantada sobre D. Luis y Margarita: separó violentamente las de éstos, que iban á juntarse; y, atrayendo á sí á la jóven, exclamó con viveza:—„Niña, no os caseis, no quiero que os caseis, es imposible que yo consienta en vuestro matrimonio."

—¿Qué es esto? gritó exasperado D. Pedro, sin poder reprimir los impulsos de su cólera.

—Yá lo dije, contestó con energía su mujer: que mi hijo no puede ser jamas esposo de Margarita.

—Pero ¿por qué, señora?

—Porque.....

—Acabad, pues.

—Porque.... porque *un hermano no puede ser nunca el marido de su hermana*.... Margarita.... es.... mi.....

Y cayó desmayada en los brazos del sacerdote, sin poder articular sus labios frios y casi inanimados, una sílaba mas.

Mérida 15 de enero de 1849.—*G. C.*

RUI-LOPEZ DE AVALOS,

Ó

EL CERCO DE BENAVENTE.

I.

Benavente, la antiquísima villa de Leon, se hallaba sitiada en 1383 por un ejército de ingleses á las órdenes del duque de Alencastre. Titulábase el duque rey de Castilla, fundando su derecho á la corona en su matrimonio con la hija de D. Pedro el Cruel y Da. Maria de Padilla, y mas que todo en la fuerza de sus armas y en el apoyo que encontró en los portugueses resentidos con el rey de Castilla. El ejército enemigo habia pasado de Portugal, habia entrado por las tierras del reino de Leon; y viniendo á caer sobre Benavente, apretaba el sitio con mucho empeño. Los vecinos de la poblacion se defendian valerosamente, fieles al pleito-homenaje que habian hecho á su legítimo soberano D. Juan I, monarca ascendido al trono con la aprobacion y gozo universal de las provincias: sin embargo, la villa yá no podia sostenerse mucho tiempo; el ejército enemigo era incomparablemente superior á la escasa guarnicion de los sitiados, que habiendo de acudir á varios puntos acometidos á la vez,

agotaron bien pronto las fuerzas, las armas y las municiones. Hasta los mas decididos empezaban yá á desconfiar: el vulgo, no acostumbrado á las privaciones del sitio, clamaba en alta voz, y todos cuantos se hallaban fatigados de la guerra aconsejaban una capitulacion, cuando la villa fué rescatada por el valor de un hombre solo. Gobernaba la plaza en nombre del rey de Castilla D. Rui-López de Avalos, hombre que habia jurado morir ó vencer; conociendo que la villa no podia resistir al último asalto, determinó acabar aquel pleito con las armas, y fiar á su valor la suerte de sus conciudadanos, terminando la contienda en un combate personal.

II.

Hallábase el duque de Alencastre en una tienda con los principales jefes de su ejército, cuando le avisaron la llegada de un heraldo que traia un mensaje de la plaza. Introducido que fué á la presencia del duque, habló en estos términos.

D. Rui-López de Avalos, conde de Rivades, adelantado mayor de Murcia y gobernador de Benavente, desafia á combate á muerte á vos el duque de Alencastre, ó á cualquiera de los caballeros esforzados del ejército que quiera cruzar la espada con él en combate personal, con estas dos únicas condiciones: „Que si vuestro campeon vencie-

re, se os abrirán al instante las puertas de la villa."

„Que si mi señor saliese triunfante, os retiraréis con vuestro ejército léjos de nuestras murallas."

El primer movimiento del duque fué aceptar él mismo el desafio; pero las fuertes representaciones de sus capitanes le hicieron desistir de aquel empeño, á que le incitaba su valor y su orgullo resentido. Todos los jefes se ofrecian á la vez á castigar la audacia del gobernador enemigo, en términos que el duque, por no desairar á ninguno de aquellos altivos paladines, mandó echar sus nombres en un casco, y que un pajecillo sacase por suerte una de las cédulas, empeñándose en que su nombre entrase tambien en el número. Tocó la suerte á uno de los mas valientes capitanes, que se contempló dichoso por exponer su vida y combatir por su príncipe.

„Decid á vuestro amo, dijo el duque al heraldo, que me conformo con las condiciones del desafio, y que mañana al amanecer se presente á combatir con uno de mis caballeros en el puente situado á igual distancia del campamento y de la ciudad."

III.

Dos destacamentos de caballería, saliendo á un mismo tiempo del campamento y de la

poblacion, llegaron á las cabeceras del puente, dónde se detuvieron. Venia en la una el caballero ingles y sus favorecedores, y en la otra cuadrilla el caballero español con sus padrinos. Cada cuadrilla venia bien provista de armas y caballos con una bandera, símbolo de las dos naciones desafiadas. El sitio en que se verificaba la lid, obligaba á pelear á pié, razon por la que los adalides, adelantándose de sus cuadrillas, se apearon de sus caballos, y fuéron á colocarse uno en frente del otro en medio del puente. El sol asomando por el horizonte venia á alumbrar aquella escena, miéntras que los habitantes de la ciudad desde lo alto de las murallas divisaban las tiendas, las banderolas del ejército contrario, y veian brillar por las llanuras los cascos, las corazas y lanzas enemigas, hasta que el sonido belicoso de las trompetas hizo dirigir las miradas de todos los de la ciudad y del campamento al sitio en que se daba el combate.

Los dos guerreros, partiendo uno contra otro, se cargaron con igual furor. La edad, las fuerzas y el valor parecian iguales en ámbos; así es que por destreza, por fuerza que uno y otro manifestaban, no se notaba en ellos la menor desventaja. Al principio atendian mas á defenderse de los golpes, y así pasaron largo rato sin que los espectadores pudiesen decidir cuál de ellos llevaba lo mejor de la lid. Admirados los campeones de

hallar tanta resistencia en su contrario, redoblaron la violencia y la rapidez de los golpes, que se oian resonar desde muy léjos. Rui-López dividió de un tajo el escudo del ingles, que, empuñando su espada á dos manos, vino á caer con inaudita furia sobre el caballero español. Cubierto éste con su escudo, pudo evitar gran parte del golpe, aunque cediendo un poco de tierra; pero el ingles perdiendo el equilibrio dió en tierra con tal ruido de sus armas, que se oyó en lo alto de las murallas de Benavente. Siguióse á tal estruendo un silencio de algunos minutos, y al cabo de ellos se distinguió á Rui-López de Avalos que, levantando en alto, asida de los cabellos, la cabeza de su enemigo, la arrojó léjos de sí, yendo á hundirse en el rio, y dejando teñida en sangre la superficie de las aguas.

Al siguiente dia los ingleses estaban léjos de Benavente: Rui-López de Avalos cambió este nombre en el de Condestable de Castilla, y las armas y banderas del ingles fueron á depositarse en la capilla de San Estéban de Toledo.

(Copiado.)

LOS EMPEÑOS.

Los enemigos del alma son tres, segun el catecismo de la doctrina cristiana, á saber,

mundo, demonio y carne; pero en nuestra *humilde opinion* (como se ha hecho de moda decir, por mas presuncion y amor propio que se respire) hay entre nosotros, y creemos que en todas partes, uno mas, tan peligroso y perjudicial como los primeros. Este fatal enemigo consiste, pues, en los *empeños*, que tan nocivos suelen ser en el curso y transaciones de la vida social. Convengamos, por consiguiente, en que los enemigos del alma no son tres sino cuatro, como fácilmente se concebirá si se reflexiona bien sobre lo que vamos á decir. ¡Cuántas almas estarán penando en el otro mundo á causa de los *empeños!*

Empéñese V. con el Sr. obispo para que me dé un curato: *empéñese* V. con S. E. el gobernador á fin de que sea colocado mi hijo en algun empleo: *empéñese* V. con el subdelegado de hacienda pública á efecto de que se suspenda la ejecucion trabada en mis bienes con motivo de las contribuciones que adeudo: *empéñese* V. con D. Homobono para que me dé dinero á premio: *empéñese* V. con mi padre á fin de que me permita casarme: *empéñese* V. con mamá para que nos lleve esta noche al baile de máscaras.—No hay cosa mas comun que esta, ni palabra que taladre mas los oidos entre nosotros.

¿Y qué resulta por lo regular de tales *empeños?* Un grave compromiso para las personas ante quienes se hacen valer, ó una injusticia de á folio con gravámen de la con-

ciencia; porque ni el clérigo es propio para cura, ni el muchacho para el destino con que se quiere agraciarle, ni el deudor de contribuciones las satisface buenamente y sin estrépito judicial aunque tenga recursos para ello, ni el que pide dinero á rédito cuenta con que pagarlo al vencimiento del plazo ofrecido, ni el casamiento conviene al jóven que intenta contraerlo, ni las niñas desean ir al baile por distraerse honestamente sino por dar rienda suelta á sus locos amores ó devaneos. Hé aquí, lectores nuestros, las consecuencias de los *empeños*.

¿Porqué no ha de solicitar cada uno por sí y directamente lo que pretende, sin comprometer á otros? ¿Por qué no han de ir derecho al tronco sin andarse por las ramas, manifestando francamente sus deseos á quien corresponde, dando pruebas de su aptitud, alegando sus méritos y manifestando la conveniencia pública y privada que debe seguirse de hacer esto ó aquello, ó de omitir tal ó cual cosa? Por qué valerse para todo de los *empeños?*

El hecho mismo de interesar á otros para la consecucion de algun fin, es yá una prueba, ó por lo menos un seguro indicio, de que no hay merecimiento por parte del pretendiente. Se dirá acaso que éste es corto de genio, ó que no tiene introduccion ni confianza con la persona de quien depende el bien ó dádiva á que aspira; mas pídalo por

escrito, y considere que es mas fácil espetar á un tercero que al mismo interesado, una negativa. Pero nada, es necesario que medien los *empeños*, porque no podemos prescindir absolutamente de éstos resortes: casi tenemos yá un hábito de obrar en todo por *empeños*.

Y si solamente se tocase un *empeño*, pase; mas no es así. Han de emplearse cuantos sean posibles, y á cada Mecénas se le dice que de él no mas nos valemos, y que tan solo de su influjo depende el favorable resultado de nuestra pretension, sin reflexionar que suelen acudir dos ó mas á un mismo tiempo empleando su poder, y que ofendido por consiguiente el amor propio de cada uno, desisten todos de interceder por el aspirante, abandonando justamente su clientela.

¿Se quiere ver lo que son los *empeños*, y cómo se enlazan entre sí hasta formar una larga cadena? Atended, pues.

Da. Quiteria está muy disgustada porque su hijo sirve en la guardia nacional, y ordena á su esposo D. Celestino que vaya á *empeñarse* con el capitan de su compañía, para que se le exceptúe del alistamiento.

Corre el marido á desempeñar su comision; pero el capitan le dice que no depende de él otorgar esta gracia, y le aconseja que pase á *empeñarse* con el coronel del cuerpo.

El coronel manifiesta á D. Celestino que necesita ocurrir por escrito al inspector, ale-

gando que el jóven adolece de tal ó cual enfermedad, *empeñándose* al efecto con S. E.

Hácese el correspondiente ocurso, y el inspector decreta que el postulante sea reconocido por dos médicos.—„¡Qué es esto! exclama enfurecido el bueno del hombre: son muchos rodeos los que se requieren." Mas un amigo, condolido de su situacion, le infunde esperanzas, diciéndole que vaya á *empeñarse* con los facultativos.

Estos se niegan redondamente á certificar en favor del muchacho, porque no tiene impedimento alguno fisico ni moral, visible ó invisible; pero excitan en D. Celestino la idea de que lo ponga á estudiar cualquiera cosa, *empeñándose* al efecto con algun catedrático de S. Ildefonso ó de la Universidad.

El catedrático le manifiesta que aquello no puede ser sin matricularse, y que la matrícula de aquel año está cerrada: sin embargo, le aconseja que para alcanzar gracia y conseguir su objeto, pase á *empeñarse* con el rector.

Y por último, el rector le dice que eso es imposible sin el consentimiento del cancelario de la Universidad, y que vaya á *empeñarse* con él, encontrándose éste tristemente comprometido.

Y todo ello ¿por qué? porque á Da. Quiteria se le antojó que su hijo no hiciese ya mas guardias, ni marchase al teatro de la guerra. Por solo este capricho se han puesto en ac-

cion tantos resortes.

Ved, pues, lo que son los *empeños:* Dios nos libre de los *empeños:* malditos sean los *empeños.* Los *empeños* son sin disputa el cuarto enemigo del alma.

Mérida, enero 16 de 1849.

El Censor Yucateco.

MEDITACION.

LA EXISTENCIA Y PODER DE DIOS.

—

No hay mas que un solo Dios: él solo es grande,
solo infinito, omnipotente solo.
Nada hay que para ser no le demande
licencia: él pesa la virtud y el dolo,
y el premio acuerda ó el azote blande.
Todo lo oye y lo vé de uno á otro polo,
y cosa no hay por elevada ú honda
que á su mirada universal se esconda.

No hay mas que un solo Dios, cuya creencia
luz es y salvacion: dó quier la marca
brilla de su poder y de su ciencia.
Dios solo es triunfador: solo monarca
del universo es él: su omnipotencia
con ley universal todo lo abarca:
su presencia inmortal todo lo inunda,
todo lo vivifica y lo fecunda.

El los mundos arregla ó desordena
segun su excelsa voluntad divina:
él al tiempo dirige: él encadena
los elementos á sus pies: domina
al huracan; tras el nublado truena:
luce al través del alba purpurina:
entapiza con nieve las montañas,
y abrasa con volcanes sus entrañas.

El murmullo del agua, el son del viento,
el susurro del bosque estremecido
por sus inquietas ráfagas, el lento
arrullo de la tórtola, el graznido
del cuervo vagabundo, todo acento
por ave, fiera ó eco producido
el nombre santo de su Dios pronuncia,
su gloria canta, su poder anuncia.

El los errantes astros encamina:
él azula la atmósfera serena:
él crea y él destruye: alza y arruina:
él, infalible juez, salva y condena:
él solo ni envejece ni declina:
él solo el hueco de los mundos llena:
el orbe encima de su palma cabe:
solo él no yerra nunca, solo él sabe.

No hay mas que un solo Dios. Los que le niegan
con altivez blasfema, palidecen
cuando al umbral de su sepulcro llegan:
los que en su ciencia ruin se ensoberbecen
y de él se mofan, al morir le ruegan.
Por él existen y por él perecen
todos; no hay mas que un Dios. ¿Ante su nombre
qué es el orgullo y el saber del hombre?

Siglo, que audaz el de la luz te llamas
y por miles de plumas y de bocas
el manantial de tu saber derramas:
siglo de ciencia, que el error derrocas,
la virtud premias y el ingenio inflamas:
siglo, que dices que á la cumbre tocas
de la dicha, que el mundo civilizas,
y tu raza de sabios entronizas.

Siglo de prensas y de bolsas y ágio,
que intentas difundir hasta la luna
en carros de vapor el gran contagio
de la ciencia, y parar á la fortuna
con tus empresas mil. . . . ¡Siglo de *plágio*
que en solos nueve lustros en sí aduna
más *maestros*, *artistas y doctores*
que hubo en ciento *estudiantes y lectores!*

¿De dónde vienen los que nacen? ¿Dónde
van los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano
lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconde
la luna de su luz? ¿Cuál es la mano
que les guia á los dos? Habla, responde,
orgullo imbécil del saber humano:
hojea el libro de tu ciencia osada:
¿qué es lo que sabes de tu orígen? Nada.

No hay mas que un solo Dios, que nada ignora,
y él conoce las puertas de la tierra:
abre las de la cuna y de la aurora:
las de la noche y de la tumba cierra.
Mas allá de las dos él solo mora,
él solo sabe lo que allá se encierra:
de allá viene, allá va quien nace y muere,
porque su voluntad así lo quiere.

Mas detente, ¡oh Espíritu Divino!
¡Oh arcángel de la fé! Tú cuyo paso
buscando un dia al corazon camino
ahogó á las musas y aplanó el Parnaso:
único fuego que del cielo vino,
calma tu inspiracion en que me abraso:
no ensayes en el arpa del poeta
los cantos de el salterio del profeta.

Mi limitada comprension humana,
mi ruda voz y tosca poesía
eleve, sí, tu inspiracion cristiana,
y dignas sean de la patria mia.
Enaltece mi ingenio, porque ufana
pueda hijo suyo apellidarme un dia,
y de mi nombre (si al olvido vence)
la tierra en que nací no se avergüence.

Mas dejemos al siglo ir desbocado
de los pasados siglos tras la herencia
en el carro del oro arrellanado
ó suspendido en álas de la ciencia.
Dejémosle seguir la ley del hado
segun su voluntad ó su conciencia,
sin que perturbe su insensata orgía
el himno audaz de la creencia mia.

JOSE DE ZORRILLA.

REMEDIO EFICAZ PARA LA DIARREA.

Cada uno es deudor á sus semejantes de cualquier adelanto ó descubrimiento que note

en esa ciencia sublime y casi divina, cuyo objeto es librar al hombre de las enfermedades y hacerle menos dolorosa la muerte: por tanto, séame permitido escribir algunos renglones para dar á conocer un remedio peculiar del Sr. Dr. D. Ignacio Vado empleado en mí mismo con un éxito admirable, para curarme de una diarrea de cuatro meses de duracion, que no habia podido combatir mi apreciable é inteligente amigo el Sr. Lic. D. José Dominguez con ninguno de los diferentes métodos ó tratamientos que adoptó: tal era la rebeldía del mal.

Para explicarme mejor me pondré en lugar del médico, y hablaré como si estuviese recetando.

Con el fin de preparar al enfermo, cómprese media onza de crémor de tártaro, y divídase en ocho partes iguales, de las cuales se tomarán dos por dia en agua azucarada, á saber, una al medio dia y otra á las oraciones de la noche, observándose una dieta moderada de atoles, sopas y pollos asados.

Agotados los ocho papelitos, esto es, al quinto dia, tómese una cuarta de sal comun bien molida (el peso de dos reales de plata), y divídase tambien en ocho partes iguales, de que se beberán dos por dia en una cantidad de cerveza equivalente á la cuarta parte de una botella: estas tomas serán, como las del crémor, á las doce del dia y á las oraciones de la noche, continuándose el mismo método

hasta la total desaparicion de la enfermedad. Por supuesto que debe seguirse guardando la misma dieta.

Puedo asegurar que al cuarto dia sentí un alivio considerable, y que al séptimo me encontré enteramente curado, tanto que el octavo tomé la cerveza sin la sal, porque yá me fastidiaba mucho; y continué bebiéndola pura por gusto, y solamente de noche, hasta agotar la caja que habia comprado al intento.

El Sr. Vado me informó, cuando le dí las gracias por haberme restituido la salud, que habia empleado el mismo remedio con dos personas mas, y que siempre obtuvo idéntico resultado.

Sirva lo dicho de satisfaccion al citado facultativo, si es que puede aumentar su celebridad mi débil sufragio; y logren aprovecharse otros de un remedio tan seguro como sencillo en igualdad de circunstancias, con las modificaciones que dicte la prudencia, segun la edad de las personas y el tiempo que les hubiese durado el mal.

Mérida, enero 17 de 1849.—*G. C.*

EPIGRAMAS.

—

A una bizca por monada
un tuerto fué á requebrar;
mas queriendo averiguar
quién era él, la muy taimada

dijo en andaluz ceceo:
—¿Cómo se llama el gaché?
—Yo... Casi-miro, y ¿usté?
—Yo, señor, Casi-no-veo.

No te admires, Lúcio, mas
de verme tan humillado,
pues sabes que estoy casado;
cásate y amansarás.
Podrás á mi ejemplo ver
que no es esto desatino:
hasta el agua amansa el vino,
por ser ella su mujer.

Siempre esta verdad creí;
jamas me dejé engañar,
que es mejor desesperar,
amor, que esperar en tí.
La razon es superior:
quien espera desespera,
y quien desespera espera
pasar á vida mejor.

¿Para qué finges niñez,
anciana y sábia Lucinda,
pintándote hermosa y linda
si está en casa la vejez?
No pediré en tu provecho
á Dios, con duelos extraños,
que te guarde muchos años,
porque sé que yá lo ha hecho.

Ocios de G. C.

GACETIN DE MERIDA,

CAPITAL DEL BAJO YUCATAN.

(*Año I, Dia* 30, *Hora II.*)

ENERO 30 DE 1949.

(Las siete de la mañana.)

EUROPA.

El globo nacional *Iturbide* que descendio hace pocos instantes en esta capital, procedente de New London en la parte inglesa de la isla de Cuba con escala en la ciuda de S. Telmo (Alacranes), nos ha traido periodicos de aquella parte del mundo, cuyas fechas alcanzan al 24 del atual.

Han calmado los temores que existian en Barcelona de que se turbase la paz y tranquilida de que goza la nueva republica, con motivo del excesivo rigor con que fueron castigados los revoltosos de Tarragona. Alarmaronse los ciudadanos en vista de tantos patibulos y de tan abundante efusion de sangre; pero el presidente Roig publico en el acto un manifiesto declarando que no pudo ni debio obrar de otra manera respeto de los infames y desnaturalizados catalanes

que intentaron hacer retrogradar à su patria, sometiendola otra vez al imperio de Castilla. Parecieron convincentes las razones del presidente Roig, y se dio el pueblo por satisfecho.

Se acababan de recibir en Sevilla, residencia del emperador, despachos muy satisfatorios del reino de Portugal que continua tranquilo formando parte del grande y poderoso imperio castellano. S. M. Fernando IX escribio desde su palacio de Lisboa el dia 22 a S. M. I. Felipe XI renovandole las protestas de respetosida y sumision que le tiene hechas. El grande y poderoso emperador habia acogido con agrado esta nueva demostracion de simpatia y dependencia de su augusto primo y vasallo. En los reinos de Leon, Navarra, Aragon &c., no ocurria cosa alguna de importancia capaz de influir en la suerte del grande y poderoso imperio.

La antigua villa y corte de Madri prosigue siendo objeto de las investigaciones y estudio de todos los arqueologos, quienes acaban de descubrir los restos mortales de D. Francisco Martinez de la Rosa celebre escritor del siglo XIX, cuyo nombre no ha podido perecer no obstante el transcurso de tantos años. Habia sido hallada tambien la copa de oro en que bebia la excelsa Isabel II, digna abuela de la atual emperadora.

La academia castellana (antes española, cuya nomenclatura se ha olvidado ya casi

del todo) ha establecido importantes reformas en la ortografía de la lengua, segun se advierte en la edicion vigesima de su diccionario que acabamos de recibir. La *k* ha sustituido a la *c*, teniendo por objeto dicha innovacion el privar a los carateres de un sonido doble sin necesida, como sucede con la *c* en las silabas *ce*, *ci*, y simplificar la escritura empleando una sola letra en vez de dos en las silabas *que*, *qui:* asi es que en lo sucesivo se escribiran uniformemente las voces *kampo*, *kerido*, *kitasol*, *konciencia*, y *kurato*. La *h* ha sido suprimida del todo por inutil, en consideracion a que *hijo* e *ijo*, por ejemplo, suenan de un mismo modo.

El globo *Alkambra* acaba de incendiarse en su viaje de Granada a Jaen habiendo perecido 115 personas que llevaba, entre maquinistas y pasajeros.

Se ha expuesto al publico en un gran estanque del museo de Londres, capital del reino de la Gran Inglaterra, un hermoso barco de vela navegando con el mismo aparejo y velamen que se usaban en el siglo pasado. cuya noveda atrajo un crecido numero de espectadores que se agolparon a las puertas del edificio desde el primer anuncio de tan rara exhibicion.

Ha sido cambiado y ratificado solemnemente el tratado de paz, amista y comercio ajustado hace poco entre el reino de la Inglaterra Menor (Escocia) y la republica de Irlanda.

Quedaba gravemente enfermo en Paris el general Durand, ese genio superior y extraordinario que ha eclipsado totalmente las glorias del celebre Bonaparte, y cuyo valor, prudencia y sabiduria han pacificado para siempre la Francia, dividiendola en una gran republica y una poderosa monarquia.

Se ha construido otro faro lucido-ruidoso en los bajos correspondientes al lugar en que estuvo la antigua ciuda de Marsella.

De las tres mujeres de S. M. Catolico-Ortodoxa el rey de la Rusia Central Pedro III, dos estaban en cinta. Del reino de la Rusia Asiatica, nada se dice que merezca llamar la atencion. Y en cuanto a la Rusia Europea, corren rumores de que la famosa Ana Rodoski, ministra de Estado y presidenta del gabinete de S. M. la reina Catalina IV, trataba de hacer su dimision.

En Ancona, capital del mundo cristiano, no habia mas noveda que la subita muerte de la signora Reppetto, digna y amable esposa del cardenal de este nombre, cuyos honores funebres habian tenido lugar con gran pompa en la nueva basilica de Santiago el Mayor, habiendose dignado asistir a ellos la Santidad del Señor Bonifacio XVII, atual vicario de Jesu-Cristo en la tierra.

No habia llegado a Amberes Mr. Cosroe nuevo embajador y ministro totipotenciario de la Gran Inglaterra cerca de S. M. el rey de los Reinos-Unidos de Holanda y Belgica,

lo que tenia a todos con cuidado en aquella capital; mas carecian de fundamento esos temores, apoyados solamente en la dilacion, por que, segun se ha sabido despues, Mr. Cosroe no quiso exponerse a los riesgos de la atmosfero-transmision, y prefirio hacer el viaje por mar no obstante la pesadez y fastidio del vapor y de las maquinas aereo-impulsivas.

Cada dia son mas frecuentes en el Haya las quiebras de los empresarios de caminos de hierro.

De los otros estados de Europa, y de Africa, Asia y Austral-Asia, nada tenemos que añadir a lo que publicamos con referencia a todos esos puntos en la Hora V de nuestro Dia de ayer, correspondiente a las diez de la mañana. Sin embargo, reasumiendo en pocas palabras todo lo concerniente a la situacion atual, podemos afirmar que todavia se resiente el mundo de la gran conmocion que sufrio en el ultimo tercio del siglo proximo pasado, a consecuencia de la revolucion que estallo en Francia el año de 1848. Diganlo si no los continuos disturbios que se advierten en los diferentes reinos y republicas en que se hallan divididas Italia y Alemania.

AMERICA.

Por el globo-correo venezolano *Eolo* que procedente de Panama, N. Orleans, Veracruz

y Campeche descendio a las seis y media de la mañana de hoy en esta ciuda, hemos recibido las noticias siguientes.

Todas las republicas y monarquias de la America Meridional disfrutan de una paz y tranquilida verdaderamente envidiables, y caminan cada dia con mas rapidez al ultimo grado de perfecion y prosperida de que son susceptibles, a excepcion del infortunado imperio del Brasil harto trabajado con la guerra civil y disensiones de todo genero de que ha sido vitima tanto tiempo hace.

Los tres consules de la republica del Norte de los Estados-Unidos en quienes se halla depositado el poder ejecutivo, a saber, el de la aristocracia, el de la democracia y el regulador, habian abierto las sesiones de la Dieta o camara unica en la cual reside la faculta de legislar, cuyo acto se verifico antes de ayer con la mayor solemnida. En la republica del Sur, capital N. Orleans, no ocurria cosa alguna digna de llamar la atencion, si no es la mocion (como antiguamente se decia) hecha en las camaras por varios diputados proponiendo algunas reformas constitucionales, siendo una de ellas la de revocar la perpetuida del presidente unico, con motivo de los inconvenientes que presenta esta institucion, cuya reforma no podra tener efeto sino despues del fallecimiento del atual supremo magistrado.

Tampoco ocurre nada de notable en nin-

guno de los cantones de la Gran Confederacion Mejicano-Guatemalteca a que tenemos la dicha de pertenecer.

Asegurase que se ha desarrollado una mortal epidemia en los puntos inmediatos a la linea de la Sierra que divide el Alto y Bajo Yucatan: el contagio procede del contato y comunicaciones con el pueblo indio de Belice a que se refugiaron los restos de los antiguos sublevados del pais despues de su completa dispersion. En el Nuevo Mayapan, ciuda principal del citado Belice, hacia el mal horrorosos estragos.

OCURRENCIAS DE LA CIUDA.

Se ha suspendido la obra de ahondar el canal *Montejo* que corre del puerto del Progreso a esta capital, por no ser ya necesaria dicha obra a consecuencia de los adelantos introducidos en la direcion de los globos.

Los propietarios de los caminos de hierro a Sisal, Campeche y Tekax han ocurrido al gobierno solicitando su protecion, y que se decrete en favor suyo alguna asignacion del erario por la conducion de caudales, para no ver consumada su ruina.

Acaba de hacerse un nuevo censo de esta ciuda, y su poblacion asciende a 231.423 habitantes.

Se han multiplicado en extremo las ma-

quinas de raspar jenequen, y ultimamente ha introducido Mr. Jaquez una mejora que dejara pronto sin ocupacion a cuantos se ejercitan en este ramo de industria.

Los 52 periodicos que se publican en Merida entre anuales (calendarios de a mil y mas paginas), mensuales, semanales, diarios y horarios, producen a sus editores y redatores sobre 35.000 pesos cada mes.

Esta levantandose ya la torre derecha de la catedral que se desplomo en 1893, la cual comenzo a perder su aplomo desde principios del siglo proximo pasado, a cuyo mal no se acudio con tiempo por incuria de los hombres de aquella epoca.

Diferentes desgracias han ocurrido recientemente en esta capital. En nuestra hora XII y ultima de ayer, anunciamos la caida de un rayo entre cinco y seis de la tarde en el minarete de la mezquita de la calle de Santa Ana. Pues bien: anoche se verifico un robo en la sinagoga de la plaza de S. Juan: se suicido una mujer arrojandose desde un cuarto piso de la calle de Santiago; y, finalmente, se ahorco un desgraciado, cuyo cadaver amanecio pendiente de uno de los viejos arboles del paseo de la plaza mayor.

Acaban de darse doscientos pesos por un libro de malisima impresion publicado en esta ciuda ahora 104 años, cuyo titulo es *Registro Yucateco:* lo hemos recorrido, y no sabemos que nos ha chocado mas, si el des-

cido que se nota en la parte tipografica o la asombrosa profusion de acentos.

Hasta las ocho.

(Siguen 143 anuncios nuevos ocurridos de las seis a las siete de la mañana y 89 viejos para llenar, concluyendo el periodico con la siguiente:)

CORRECION IMPORTANTE.

Retificando la equivocacion que padecimos en la Hora I de nuestro Dia 28, diremos que es inexato el total de la poblacion del mundo que publicamos en ella: 3.100.625,859, es en realida el numero de habitantes que hay en la tierra.

LA RAMERA.

¿Ves esa hermosa ramera
Que ahora en sus floridos quince
Vaga, y fija donde quiera
Lúbricos ojos de lince?
¡Qué placer tan infinito
Se deja ver en sus modos
Cuando exclama en torpe grito:
Yo soy la mujer de todos!
¡Cómo su ingenio de bestia
Muestra á sus visitadores,
Que en su seno sin modestia
Guarda un alma sin amores!

Jamas á ilusion risueña
Pienses que su mente fie,
Porque á un alma tan pequeña
El oro es el que le rie.
Gran lástima es que posea
Blanca frente, ondeado pelo,
Y que en sus ojos se vea
El lánguido azul del cielo,
Pues todo poeta al fin
Ve en ella el vil matrimonio
De un cuerpo de serafin
Con un alma de demonio.

Mas si tu frente medita;
Si late siempre y se inquieta
Bajo tu airosa levita
Un corazon de poeta;
Si en el poste popular
Gustas de apoyar tu mano,
Y allí sueles escuchar
Las quejas del artesano,
El ay! de algun niño errante
Falto de madre y de casa,
Y el cuento obsceno, infamante,
Del libertino que pasa;
Nunca al ir por los umbrales
De esa mujer, te abochornes,
Ni por no mirar sus males
El rostro indignado tornes

Su padre fué un hombre pobre
Que hasta el fin de su vejez,
Bebiendo estuvo el salobre
Cáliz de la mendiguez;

Y aunque educar anhelaba
Su hija tierna, su tesoro,
Su patria no regalaba
Saber, sino á trueco de oro.
Cuando el anciano moria
No vió llegarse á su cama,
Cual vision hermosa y pía,
Ninguna opulenta dama
A quien pudiera decir:
„Mi hija es tuya, ángel humano;
Ahí tienes su porvenir;
Hágalo puro tu mano."
Pero apénas espiró,
Un carro á la choza vino,
Y con la vírgen habló
El magnate libertino.

¡Ved con qué razon el mundo
Escupe á la meretriz!
Menosprecio tan profundo
A una mujer infeliz!!
¡Querer que en cada mejilla
De vírgen brille el pudor,
Tal como una gota brilla
En cada seno de flor,
Y el mundo es, con labio osado,
Quien corre á la flor que brota,
Deja su carmin ajado,
Bebe su límpida gota! . . . .

J. J. Milanes.

LA MUERTE DE EVA.

ESCENA BÍBLICA.

—Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra, de la que fuiste tomado; porque polvo eres, y en polvo te has de convertir.

—Y llamó Adan á su mujer de nombre Eva, por cuanto era madre de todos los vivientes.

Génesis, III, 19, 20.

I.

Jóven todavía el mundo, nadaba en una atmósfera de pureza y de alegría: estaba entonando su primer himno: abria á los ojos del Señor, las flores que de él habia recibido; amaba y se exaltaba delante del Señor. La colina no se encorvaba todavía bajo los fuegos del volcan; el árbol no temblaba de frio, el viento continuado no atravesaba las vastas soledades. Un aura blanda y serena bañaba por todas partes la tierra, que parecia de léjos, esmaltada y prendida como para una boda, un trono digno de Jehová, y de cerca, una vírgen sentada con su velo en el dintel de su casa, aguardando á su esposo en un silencio lleno de venturas.

II.

En la creacion, mil y mil voces partian unidas de intencion, y tendian todas á elevarse hácia el Señor, que aunque yá no se manifestaba, todavía hacia descender su sombra sobre las alturas, y desde ellas se extendia sobre el espacio habitado. El universo vivia de la adoracion: nunca habia pensado decir: „Mis rodillas están cansadas de doblarse, mis manos de elevarse al cielo." Y si en virtud de la terrible sentencia pronunciada en el Eden, la fertilidad no le venia yá mas que con el trabajo, por la tarde, terminada su faena, tendia la vista serena, lleno de esperanza, hácia el lado del oriente, donde dormia el Paraiso cerrado á los hombres, guardado por el ángel.

III.

El mundo era jóven todavía, pero Adan era viejo, y Eva estaba condenada á un fin poco distante: Adan se acercaba á la tierra de donde habia salido, y yá Eva iba á volver á ella. Una mañana en que penetraba en el recinto del altar, vióse rodeada de un vivo resplandor; bajó la cabeza, hizo oracion, y dijo:—„Señor, aguardo vuestra voluntad." Una voz singularmente sonora gritó á sus oidos:—„Mujer, abre los ojos y mira. ¿Me conoces? Soy de tu raza?" Miró, y vió

un ángel cuya frente rodeaba una corona de siete estrellas, con las álas tendidas, y vestido de una túnica de color oscuro. Eva respondió.—„Estabas á mi lado cuando fuí creada: veniste á mí sonriendo, y yo al instante te tendí los brazos aun ántes de saber quién yo era: tú me llamaste tu hermana. Pero ¡oh, santo mensajero, tú siempre te has quedado el mismo, y yo no he comprendido por espacio de mucho tiempo, por qué cada dia que yo daba gracias al Señor, me envejecia mas y mas! Aguardo su voluntad."

IV.

El ángel le respondió:—„¿Te acuerdas de la prediccion? Vivir padeciendo y apagarte en fin, como el sol se apaga por la tarde al parecer. La primera entre las mujeres tú sufrirás el castigo de tu culpa. Todo lo que has amado, conocido y palpado, desaparecerá de ante tus ojos: date prisa á ver lo que te rodea, porque dentro de tres dias se cerrarán tus ojos, y luego comparecerás delante de tu Creador."

V.

Eva se dió muchos golpes de pecho, invocando las oraciones del ángel por ella: „¡Santo mensajero, le dijo, si debo volver á tomar el camino del Eden, mueve á compa-

sion á tu hermano que guarda sus puertas; pídele que baje aquella espada de fuego con que nos amenazó!" Sin hablar palabra, indicó el ángel á Eva el altar, y desapareció; y ella creyó que acaso la oracion le habria obtenido el perdon que pedia. De vuelta á su retiro, tendióse en el suelo y dijo:—„Yá es llegado mi fin: Jehová me lo ha anunciado: dentro de tres dias yá no estaré entre vosotros." Adan se cubrió de polvo, y cruzó las manos sobre su frente venerable.

VI.

Cuando consideró que Eva se habia dormido, levantóse el anciano, y llamando á sus cuatro últimos hijos, todos jóvenes y robustos, los únicos que habia conservado á su lado, les dijo:—„Id sin tomar descanso, sin enjugar el sudor, sin bañaros en los rios: id á buscar á los hijos del primer hombre, á los que edifican ciudades, á los que trafican con ganados, los que labran surcos; llamadlos gritando en la direccion de sus moradas: ¡Hermanos! hermanos! nuestra madre comun va á morir! venid, venid á recibir su bendicion!"

VII.

Todos los hijos prestaron el oido atento al grito de dolor de los mancebos. Enoc dejó su ciudad, Seth la suya, Tubalcain sus

obras de bronce; uno dejó su arco, otro abandonó el arado; todos se ciñeron la cuerda á la cintura, y se pusieron en camino. Reuniéronse á toda prisa en los caminos, en las selvas, y cuando estuvieron reunidos formaban el estruendo de las olas del mar. Engolfado en su dolor, Adan no los oia llegar: Evanaam, el mas jóven de sus hijos, le tiró por el vestido, diciéndole: „¡Padre, aquí están!" Levantóse el anciano, y salió á recibir á su prole: al verlo, todos se arrodillaron sin dejar sus báculos, todos se agolparon á su rededor para tocar el borde de su túnica; pero él meneó tristemente la cabeza, y dijo:—„Guardad vuestros besos para la que va á dejaros."

VIII.

Pocas horas despues, despertóse Eva, y habiéndose incorporado, se apoyó sobre el codo, llamando á Evanaam.—„Madre, dijo el niño: ¿por qué dejas tu blando lecho de musgo?—Quiero respirar el aire de la mañana. —Pero yá va á llegar la noche.—¡Yá! con que yo no mido con la vista la carrera del tiempo! Ahora estoy como cuando nací: todo lo miro con asombro: casi sin ver nada, todo es nuevo para mí.—Madre, prepárate, ahí están tus hijos.—Yá lo sé: el Espíritu Santo me ha visitado en sueños, y me ha dado esa dulce nueva. Evanaam, tú el mas

jóven, tú eres quien sostiene á la mas anciana de la tierra.... Vamos, Evanaam.

IX.

Cuando se presentó Eva, todos quedaron en un sombrío silencio: parecia que el dolor, los padecimientos, se habian revelado por primera vez, y que todos los hombres nuevos sobre la tierra, veian en el ejemplo de su madre comun, la triste herencia que iban á dejar á sus hijos. Al punto se arrodillaron para recibir la bendicion de adios, de pié, en medio de aquellas frentes inclinadas, Eva aparecia semejante al anciano pastor que agobiado bajo el peso de sus males, guarda todavía y protege sus ovejas. Caian sus cabellos sobre sus espaldas, plateados como los rayos de la luna: su brazo extendido sobre todas aquellas cabezas, reclamaba la atencion, y sus miradas serenas, el respeto. Hizo oracion y dijo:—„Todos seais bienvenidos: vuestro aspecto ha refrescado mi corazon y regocijado mis ojos. Hijos, voy á morir: me buscaréis y yá no me hallaréis: muchas veces os diréis en vuestro corazon: Aquí venia á sentarse; pero yá no volveré á tomar asiento bajo vuestro techo ni á la sombra de vuestros árboles."

X.

„Seré como el humo que se desvanece, como el ruido que cesa, como la ceniza,

único vestigio de una palmera abrasada. Me buscaréis mucho tiempo, hasta el dia en que los vuestros os buscarán tambien. Y sin embargo, nací inmortal: mi culpa os ha perdido. ¡Ah! yo no puedo contaros las delicias del Paraíso: desde que nos fué vedado entrar en él, su recuerdo se ha borrado para nosotros. Acaso iré allá de donde he venido, y donde os esperaré con leche y frutas." Seth preguntó.—„¿La muerte, oh madre, no es inmovilidad?—Sí, hijo mio.—¿Conque quedarás como Abel, como Abel que duerme siempre, y nunca nos ha respondido?"

XI.

Apenas Seth hubo nombrado á Abel, extremecióse Eva y pareció que no podia tenerse en pié. Sus mejillas se colorearon como dos rosas: sus rodillas se sacudieron maquinalmente como dos rocas que van á caer una sobre la otra, y señaló con la mano izquierda una loma poco distante. Todos entendieron aquel mudo lenguaje: cogiéronla en sus brazos cruzados, y la llevaron á la sepultura de Abel, donde Dios habia hecho brotar las flores mas hermosas y la yerba mas verde. Porque aquella era la última mansion del justo, y cuando un angel tenia que posarse en la tierra, dirigia su vuelo hácia aquella sepultura.

XII.

Eva quedó con la cabeza inclinada. Cuando todos los que la rodeaban se afligian con la idea de su pérdida, ella no pensaba mas que en su hijo querido, arrebatado tan prematuramente á su ternura.—„Aquí, murmuró, aquí está; ¡nosotros le depositamos aquí, nosotros mismos! Oh víctima querida! caiste teniendo en la mano los dones que ibas á ofrecer. El Señor te halló tan puro, que quiso tenerte en su regazo; entónces, ¿no es verdad, Adan? corrieron de nuestros ojos muchas gotas de agua, que hemos llamado lágrimas, y conocimos que estos ojos no nos han sido únicamente dados para ver."

XIII.

Como estas palabras inspiraron á todos sus hijos un profundo abatimiento, Eva, que tenia yá poco tiempo que pasar con ellos, y les debia sus consejos, levantó la cabeza, y enseñándoles las riquezas que se extendian en derredor de ellos multiplicadas en un vasto horizonte, les dijo:—„Ved esa tierra, jóven, fresca, abundante; vuestra mision es conservarla en esa constante juventud, y luego ir á descansar: una parte de la obra de Dios queda aquí, la otra se va. . . . Sostenedme á fin de que yo pueda contemplar tantas maravillas. ¡Oh! todo eso nació conmigo; el

mundo y yo emanamos juntos, al mismo tiempo, de la mano de Dios."

XIV.

„Pero vosotros, hijos mios, pero vosotros no estais en el mismo caso: la debilidad fué el primer signo de vuestro nacimiento: del mismo modo los árboles se han reproducido débiles; vosotros habeis tenido la necesidad de crecer, y ellos de echar raíces. Yá los séres que proceden de nosotros están sujetos á padecer; ¿lo estarán á lo menos á amarse? No quiero preveer.... Ayudaos constantemente; levantad al caido; ofreced vuestros frutos al que tiene hambre, agua en la palma de la mano al que tiene sed: aunque habiteis paises distantes, no os mireis nunca como extranjeros unos á otros. ¡Ah! ojalá pudiese yo quedar eternamente sobre la tierra, á fin de que mis hijos reconociesen siempre por mí su orígen comun!"

XV.

Empezaba yá en tanto la noche á dejar caer su velo sobre la tierra: todavía se extendia la luz en largos raudales que surcaban el cielo por el lado del Occidente, tiñendo los rios y las cimas de los árboles de un color de fuego reflejado en todas partes. Eva fué quien hizo admirar aquella dulce sereni-

dad á su piadosa familia: respiraba con delicia los últimos oreos que debian hacer ondular sus cabellos, diciendo: „Si alguna vez llega para la Creacion la noche de la eternidad, ¡ojalá sea esa noche tan serena como esta! Así como el agua va suavemente á mojar la arena de la orilla, del mismo modo sea llevado el hombre blandamente á los pies de su Criador."

XVI.

Pero de repente sobrevino una gran mudanza. Los rayos de luz en que los hombres fijaban su vista, se retiraron como recogidos todos á la vez por una poderosa mano. Un calor desconocido pesó sobre el aire; sombríos y gigantescos nubarrones se acumularon, como negras rocas suspendidas sobre la tierra y próximas á desplomarse sobre ellas. Los vientos, detenidos hasta entónces por Jehová, se precipitaron rebramando al través del mundo, y barrieron su superficie. Un estrépito nunca oido resonó de súbito: todo lo que vivia prorumpió en amargos y angustiosos alaridos. Los relámpagos volvieron al horizonte una viva claridad: el rayo fué á rodar por lo profundo de los valles, y recorrió con ánsia la tierra que no conocia.

XVII.

Pálidos y consternados los hijos de Eva, se apiñaban entre sí, esperando en silencio

al principio la severa manifestacion de Dios: luego empezaron á murmurar, en vista de aquella lucha de los elementos desconocida para ellos:—„¡Qué estruendo! decian, ¡qué estruendo! qué noche tan profunda! ¿Qué fuegos son esos? por qué acaba de caer ese alto cedro? Nunca hemos visto ni oido cosa semejante. ¡Apénas podemos distinguir nuestra voz!.... Oh, Señor! ¿Nos heriréis tambien á nosotros? Vais tambien á precipitarnos delante de vuestra cólera? Por ventura, no hemos nacido mas que para sufrir? Apénas podemos respirar; el temor embarga nuestros corazones; ¿por qué, Señor, por qué olvidais que somos vuestros hijos?

XVIII.

Eva, aunque yá próxima á exhalar el último suspiro, oyó aquellos murmullos, aquellas palabras de duda. Alzó los ojos al cielo, y no vió en él mas que la tempestad: por todas partes reinaba; entónces suspiró profundamente, y dijo:—„Esas revueltas en su alma y en la naturaleza, me presagian muchos males: la prediccion se cumplirá. Los hombres estarán algun dia divididos entre sí; no se reconocerán unos á otros en la noche de su ódio; no responderán al nombre de hermano mas que con la amenaza. Yo sembré el mal, y mi primogénito recogió el fruto de aquella semilla. Mi descarrío no será es-

ten! el seno de la mujer ha concebido, del mismo modo su culpa concebirá. La serpiente no morirá conmigo." Dicho esto, murió Eva llena de dolor.

XIX.

Todos sus hijos, distraidos de sus temores por la muerte de su madre, oraban junto á ella. De pronto se rasgan las nubes, frota el relámpago en el horizonte, cae el rayo con estruendo..... Y á aquel tremendo resplandor se vió á lo léjos, muy á lo léjos, un hombre que huia, con el pelo erizado, con los vestidos en desórden, perseguido por la tempestad.....

XX.

Y aquel hombre era Cain!!!.....

(Escrito anónimo.)

GRACIOSA ESCENA

De la comedia „Un novio para la niña," original de don Manuel Bretón de los Herreros.

D. Donato y D. Fulgencio, aquel un viejo ridículo pero con mucho dinero, y éste un fátuo presumido, sin blanca y cuya manía es la de pregonar que se roza con grandes vendiendo á todos proteccion, se hallan

enamorados de la bella Conchita hija de Da. Liboria, dueña de la posada en que viven los dos. Júntanse, pues, ámbos rivales, y tienen el diálago cómico y lleno de chistes que copiamos á continuacion para entretenimiento de nuestros apreciables suscritores. Mérida, enero 20 de 1849.—*G. C.*

Donato. Tenemos que hablar, amigo.
Pulgencio. Hablemos enhorabuena.
D. Ahora no hay ningun testigo.
F. Sí: la ocasion es muy buena.
D. Seré breve.
F. Así lo espero.
D. Yo soy hombre de *dinero.*
F. ¿Y eso qué me importa á mí?
D. ¿Qué le importa á usted? ¡No es nada!
Yo soy el que manda aquí!—
¿Suelta usted la carcajada?
F. ¿Y en qué se apoya ese fuero?
D. Toma! En que tengo *dinero.*
Mia será la belleza
De Conchita.
F. No será;
Que mi encumbrada nobleza,
Mi ejecutoria....
D. ¡Ba! ba!
¿Qué vale ser caballero
Si no tiene usted *dinero?*
F. ¡Qué ridícula arrogancia!
D. ¡Qué importuna presuncion!
¿Quién es usted en sustancia?
Un pobrete... un segundon.
F. Yá pasa usted de grosero.

D. Hago bien. Tengo *dinero.*
F. Yo haré que usted se arrepienta
De usar conmigo ese tono.
D. No sea usted tan pimienta,
Que yo no me desazono.
F. Se batirá usted.
D. No quiero,
Que soy hombre de *dinero.*
F. ¡Viejo collon!
D. ¡Disparate!
Matarse es cosa cruel.—
Y no es igual el combate.
¿Usted qué arriesga? La piel;
Y yo si en el campo muero,
Pierdo mas: vida y *dinero.*
F. Por no alborotar la casa...
D. ¡Bien! ¿Por qué no alborotamos?
¡Firme! Si la ronda pasa,
¿Quién tendrá razon? Sepamos:
¿Usted cuya bolsa es cero,
O yo, que tengo *dinero?*
F. Mejor es tomarlo á risa.
¿Hay loco mas singular?
D. No sabe usted de la misa
La media. ¡Rivalizar
Con quien...
F. Mi amor verdadero.
D. ¿Qué amor? *Dinero, dinero.*
F. ¿Y usted con esa figura
Espera que el matrimonio
Ha de colmar su ventura?
¿Está usted dado al demonio?
Un corazon fiel, sincero,
No se compra con... *dinero.*

D. ¡Ah, que usted corre al abismo!
¿Qué hará usted, pobre simplon,
Con una fé de bautismo,
Con un rancio cronicon?
¿Dirá usted al carnicero:
Tome usted, que esto es *dinero?*
Bien sé que el tiempo sañudo
Cubre de arrugas mi frente.
Yo podré ser... No lo dudo;
Pero, hablemos francamente:
¿Dónde hay animal mas fiero
Que un marido sin *dinero?*
Si no por mi juventud
Y por mi buen parecer,
Al menos por gratitud
Quizá me ame una mujer;
Y si me falla el agüero,
Me consolará el *dinero,*
Mas *sine Cerere et Baco,*
Oh amor, al traste darás.
D. Fulgencio, al perro flaco...
Yá sabe usted lo demas.
Belleza es don pasajero:
Nunca envejece el *dinero.*

F. Bien. Aunque á usted no le cuadre
Y de mi triunfo se aflija,
Sabré ganar á la madre.

D. Yo á la madre y á la hija.

F. Yo sabré ser lisonjero.

D. Yo sabré... tener *dinero.*

F. Si hoy la pobreza me agobia
Quizá mañana me sobre...

D. ¡Mucho engordará la novia
Con la esperanza de un pobre!

¡Nada! *Dinero*...

F. Sí; pero...

D. *¡Dinero!* Y siempre *dinero!*

BATALLA DEL MONTE TABOR,

POR NAPOLEON.

Miéntras que se llevaba adelante con vigor el sitio de San Juan de Acre, supo Bonaparte que un numeroso ejército conducido por el bajá de Damasco estaba en movimiento para atacarnos al pié de las murallas de aquella ciudad. El ejército enemigo, fuerte de cuarenta mil hombres, entre ellos veinte mil caballos, llegaba por la parte de Tiberiada. Kleber dió parte al general en jefe, pidió algunos socorros y marchó contra el enemigo. Murat recibió órden de ir á reforzarle á marchas dobles, y el mismo Bonaparte se dispuso á partir para sostenerle y dar una batalla decisiva. Los sitiados hicieron entónces una salida, pero fuéron recibidos con vivísimo fuego de metralla, y huyeron precipitadamente. Bonaparte se puso al momento en marcha.

Kleber habia llegado á las llanuras que principian al pié del monte Tabor, cerca del pueblo de Fouli, con la idea de sorprender á los turcos durante la noche; pero por

culpa de los guias no llegó hasta las seis de la mañana, y encontró formados en batalla á los enemigos. No bien hubo formado en cuadro sus tres mil hombres, cuando se movieron los escuadrones asiáticos, y cargaron con la mayor impetuosidad. Jamas han visto los franceses tanta caballería reunida contra un puñado de gente. Lo restante del ejército del bajá se adelanta á paso de carga dando espantosos alaridos. Parecia que nuestra division debia ser reducida á polvo: pero, inmóviles en su puesto nuestros valientes, oponen de todas partes una triple fila de bayonetas, y á boca de jarro hacen un fuego terrible que llena el suelo de cadáveres, y ahuyenta á los orgullosos orientales. Renuévanse las cargas con una intrepidez furiosa, pero siempre son rechazados con la misma energía. Atrincherados nuestros soldados detras de los cadáveres de hombres y de los caballos asiáticos, resistieron durante seis horas la impetuosidad de sus enemigos; pero rodeados por un ejército quince veces mas numeroso, era evidente que ese puñado de héroes debia encontrar al pié del monte Tabor una muerte gloriosa. Era la una de la tarde, y se continuaba combatiendo con encarnizamiento. De repente, resuena á lo léjos el estampido del cañon: „Es Bonaparte! exclamaron todos los soldados llenos de ardor y de entusiasmo; es Bonaparte que viene á socorrernos!"

En efecto era él, que habiendo llegado á una eminencia distante tres leguas, vió la llanura cubierta de humo, y á la heróica division de Kleber enteramente cercada y luchando contra un ejército innumerable. A vista del peligro de sus hermanos de armas, los soldados pidieron á gritos el combate. Bonaparte formó de su division dos cuadros que se adelantaron rápidamente, de manera que formasen un triángulo equilateral con la division de Kleber, y pusiesen al enemigo entre dos fuegos. Marchaban los soldados en silencio, y solo á una media legua de distancia la artillería hizo una descarga para anunciar el socorro. Gritos de alegria resonaban en todas las filas, y los soldados combatian con nueva energía, cuando Bonaparte apareció de golpe en el campo de batalla. Su aparicion fué un rayo para los enemigos. Un espantoso fuego que salia de las tres extremidades del triángulo, aterró y dispersó á los mamelucos, que se encontraban en medio. Huyen desordenados los escuadrones, y tomando Kleber la ofensiva, destaca contra Fouli una columna de doscientos granaderos que se adelanta con audacia, haciendo llover un fuego terrible á derecha é izquierda contra los infantes que aún se resisten. El pueblo es ganado á la bayoneta. Barrida la multitud inmensa por la artillería, y rechazada por todas partes con las bayonetas, se precipitó detras del monte Tabor, y se echó

en desórden hácia el Jordan. Persiguióla nuestra infantería á paso de carga, y los fugitivos fuéron recibidos por la caballería de Murat, que los destrozó completamente y los arrojó al Jordan, donde muchos quedaron sepultados. El ejército turco perdió mas de seis mil hombres, un comboy de quinientos camellos muchas provisiones y un botin considerable. Nuestra pérdida no pasó de trescientos hombres entre muertos y heridos. ¡Cosa milagrosa! Seis mil franceses habian bastado para destruir un ejército, que los habitantes decian ser numeroso como las estrellas del cielo y como las arenas del desierto.

Esta victoria decisiva del monte Tabor, produjo tanto efecto en nuestros enemigos, que no se atrevieron á hostigarnos mas durante el sitio. Dispersáronse aterrados los musulmanes, y no pensaron en salir mas de sus provincias. Kleber dió muestras de suma admiracion por la hermosa maniobra que habia decidido la victoria, y conoció que su general en jefe le habia salvado el honor y la vida.

MI AMANUENSE Y YO,

ó

DOS MISTERIOS DE UNA NOCHE.

I.

Esto, señor, se llama andar de ronda sin objeto.—¿Sin objeto?—A ménos que lo sea para V. observar las tertulias extrapuertas que tenemos á la vista, ó recibir el consuelo que da el sueste despues del excesivo calor de todo el dia, ó el hacer ejercicio para auxiliar á la digestion.—Y otra cosa tambien; pero no ande V. tan de prisa. ¿No ve V. nada en esa casa?—Nada particular: una mujer en un diálogo muy animado, segun parece, con un hombre, en actitud de salir. —¿No percibe V. lo que hablan?—No. ¡Ah! si..... algo se percibe. Ella le dice: *„cuidado no te suceda lo de siempre, calavera, Mira que no hay mas: no queda en casa una peseta.”*—Y en la del frente, no oye V....?—Nada se oye, ni es posible desde aquí por la distancia. El hombre mira y vuelve á mirar una cosa que tiene en la mano, la pesa, la vuelve á mirar, la guarda en un estante, y da unas monedas á otro que está con él. Pero yá el último se despide..... yá sale..... ¿no oye V.....? no oyó V. lo que dijo?—No muy bien.—Dijo al sa-

lir: „*Vaya un bribonazo de á folio, un ladronazo tremendo. ¡Un real por peso sobre mi cadena de oro, y ocho dias de término para devolverle su dinero! Pero ¿qué remedio? sin dar conqeste ladron, á donde iria yo á parar?*" y se fué mas que de prisa.—¡Qué contraste! Vea V. con qué devocion rezan el rosario allí, miéntras que en el piso de arriba cantan y se desgañitan metiendo una bulla terrible. ¿Y no ve V. con qué prisa llama á la otra puerta un mozo?—Sí.—Acérquese V.: observarémos. Desde la ventana le preguntan quién es.—Sí, cierto.—Da un pañuelo el mozo á una señora, sin duda para acreditar la legitimidad de su comision, y le dice: „*que le mande V. dos onzas mas.*"—¿Y comprende V. lo que significa esa embajada?—Y quién nó? perfectamente.—Pues yo me he quedado en ayunas.—¡Pobre hombre! Eso es pedir un refuerzo urgente.—Menos lo entiendo ahora.—Pues tampoco lo entenderá V., aunque técnicamente le diga que es el ancla de la esperanza de alguno que á estas horas *no echa mas que azares, ó no ve yá la suya.*—¡Yá! yá! Pero, señor, ¿para andar de este modo por las calles, olfateándolo todo, me hizo V. traer papel y lápiz? Y esas apuntaciones que me dijo V. que íbamos á tomar?—Para allá vamos: luego, luego: yá estamos en camino; pero ántes quiero yo que vea V. otras escenas.—Delas V. por vistas, señor, sobre todo si son

como las pasadas, que maldita la cosa importan, á lo ménos para mí.—Por haber hombres que piensen como V., hay extranjeros que, por poco ilustrados y observadores que sean, á los quince dias de hallarse en un pais, saben mas de él que muchos de sus naturales.—Tiene V. razon, señor; pero en el paseo de esta noche he visto cuanto V. me ha hecho ver y aun algo mas, en que creo que V. no reparó.—¿Qué mas vió V.?—Cosas por el estilo de las pasadas: nada de importancia.—Pero ¿qué cosas? digámelas V., que no quiero que nada se escape á mis observaciones hoy.—Cuando pasamos por la casa del grave comerciante D. Jacinto, al toque de ánimas que es su hora de acostarse, oí el ruido de sus trancas y aldabones al cerrar su puerta, y cuando volvimos á pasar, un cuarto de hora despues, aún duraba la operacion.—¿Y qué infiere V. de eso?—Yo? ó que tiene mucho que guardar, ó mucho que temer.—Y qué mas vió V.?—Vi en la tienda de la esquina algunos hombres bebiendo junto al mostrador y otros de la parte de adentro, como si dijésemos, entre bastidores.—Y estos últimos ¿qué hacian?—Estos últimos? Bebian tambien.—Me hace V. reir con sus observaciones y raciocinios, de los cuales no quisiera perder uno; pero, amigo, prepare V. su lápiz y papel y dispóngase á escribir con velocidad, á guisa de taquígrafo.—¿Yá?—Sí, yá llegamos: entre V.

II.

¿Dónde diantres estamos, señor? porque yo cada vez me encuentro mas dudoso.—De veras duda V.?—Pues no he de dudar? Al poner los pies en los umbrales de esta casa, la zambra que advertí, cierto olorcillo, y dos copitas seguidas de dos jarros que atravesando vi por esas piezas, me hicieron creer que estaba en un velorio; mas como en seguida vi salir á tres hombres en ademan colérico maldiciendo su estrella y su destino, dije para mí, ¡esto no es velorio! esto es mas sério! y andando en busca de V., que se me habia perdido, hallé á unos entes roncando en unas sillas, á otros comiendo, y al rededor de una gran mesa ese grupo terrible que allí está; grupo animado y bullicioso, y á ratos, aunque cortos, ¡cosa rara! cuadro perfecto del mayor silencio, en que nadie habla, ni respira, ni levantar la vista de la mesa puede.—¡Bien, muy bien! Saque V. sus avíos y póngase á escribir, que pronto sabrá V. qué casa es esta.—Manos á la obra: dicte V.—Yo, no.—¿Pues qué voy á escribir?—Cuanto llegue á los oidos de V. en este lugar.—Pero, señor, si es tanto, tan simultáneo, tan heterogéneo y en tan distintos tonos explicado, que es imposible.... no puede ser.—Pelillos á la mar y escriba V.—Pelillos á la mar y escribo. „*¡Qué barbaridad! ¡Catorce caballos se han hecho y yo jugando en contra! Aquí me ar-*

ranco.—Quebró: no da dos por un camino.—Albur y gallo ¡maldita suerte!—Deme V. un postigo.—Dos y tres.—¿Me pone V. dos pesos á la sota?—Albur, gallo, tecolote y marcha ¡vaya un tallar de los demonios!—Otro tira.—El rey lo lleva.—Vaya V. á buscarme dos onzas: lleve V. ese pañuelo.—¡Otra vez la judia!—¿Me da V. otro postigo?—Se perdió la vaca en el seis.—Pero hombre, ¿si vino ántes el as, cómo diablos se encaprichó V. enjugar contraj-udia?—Otra baraja.—¡Cuánta chica!—Maldito cinco!—Oiga V., oiga V.: cierre V. el postigo."

Permita V., *Sr. D. Gil de las Calzas Verdes,* que su amanuense suspenda por un momento su importante tarea para satisfacer una curiosidad.—Pero acabe V. pronto.—Sí, señor, al momento. Es muy triste escribir sin saber lo que se escribe.—No es V. el único en el mundo; ¿pero á qué viene eso ahora? ¿No entiende V. las interrogaciones y exclamaciones que está escribiendo?—Sí, señor, entiendo las mas de las interrogaciones y exclamaciones, y hasta las maldiciones que zumban por mis oidos; pero confieso que algunas frases no las he comprendido absolutamente, ni me acuerdo haberlas oido jamas en ninguna otra parte del mundo.—¿Qué frases?—Una, sobre todo, me ha llamado mucho la atencion, y no tengo la menor idea de lo que puede significar.—¿Cuál?—Aquella de *venga un postigo,* tantas ve-

ces repetida.—¿No la comprendió V?—Absolutamente, y mucho ménos cuando dirigiendo yo la vista á la ventana, al oirla variada de este modo *cierre V. el postigo*, vi que aquella se quedó como se estaba.—¡Vaya, vaya! Es V. novicio en la materia; pero no perdamos tiempo, que muy pronto sabrá V. el verdadero significado de esa frase: vamos, pues.—¿A dónde vamos ahora, señor?—A la pieza inmediata.—Yá estamos en ella y escribo „*Al traido.—¿Quiere V. tirar?—Topo.—Cuatros otra vez: ¡maldito azar!—Paro, pinta y sison.—Barajo.—¡Tres pares de cincos! oh! esto es insufrible.—No pierde V. con doses.—Senas.—Caballeros, yá está el juego quebrado: vamos á reponernos—¿Se reponen ustedes?*"

Señor *D. Gil* ¿qué es eso de *reponerse?* y qué significa *sacar el ingles?*—Los *ingleses* en este juego, como los *postigos* en el otro, son el *busilis* de estas casas, la sustancia de estos pasatiempos, el verdadero negocio en el particular. Es lo que se paga al dueño del establecimiento....—Yá entiendo: es lo que se paga por las barajas, las luces &c.—No, señor, las barajas y las luces van en cuenta separada. Los *ingleses* y los *postigos* es lo que se da por *el ruido, por la molestia, por....*—¡Yá! yá! Y qué es *reposicion?*—Es pagar otra vez.—Eso es *reponerse?* Mire V. lo que es la ignorancia: yo lo hubiera llamado debilitarse. Díga-

me V., señor, ¿por qué cambian aquellos de lugar?—Porque les daba mal en el otro.—Pues qué ¿la suerte está en la silla?....—Así lo creen cuando hacen el cambio. Mudemos tambien nosotros de teatro, porque este yá me cansa.—Como V. quiera, señor.

III.

Muy tarde viene V. hoy al desempeño de su obligacion.—Pero, señor, despues de la mala noche que hemos pasado ¿hubiera sido posible madrugar? Pues uno de los concurrentes de la casa de marras, que es empleado, aún está roncando á pesar de ser yá cerca de medio dia, segun he sabido por su criado.—¿Y no ha oido V. decir, por casualidad, cómo se halla aquel que tenia puesto el monte?—Pues qué ¿le ha sucedido algo?—Le dió un dolor de costado por salir precipitadamente á la calle, cuya atmósfera era muy diferente de la que acababa de dejar.—Señor, señor, quiere hablar con V. uno de los que vimos anoche allá....en....—Pregúntele V. qué quiere, miéntras contesto yo á aquel de los bigotes que perdió tantos albures, que no me es posible servirlo con el dinero que pide sobre su reloj y otras alhajas para salir de un apuro.—El que pregunta por V. es un caballero que, despues de haber mal vendido ayer una calesa con el objeto de jugar, para ver si reunia una suma

que necesitaba, perdió el importe de la calesa y está demandado por un acreedor terrible, que ha jurado que no ha de parar hasta verlo en la cárcel.—¿Y qué quiere?—Que se empeñe V. con un amigo íntimo del acreedor, para que desista por ahora y espere algunos dias.—Dígale V. que vuelva despues. Un carruaje oi parar á la puerta y si no me equivoqué, era el del dueño del establecimiento de anoche: ¿qué querrá?—Yá se fué, señor, el del carruaje: dice que equivocó la casa; que anda cobrando á los que quedaron debiendo anoche en su partida, y habiéndole yo dicho que no se dormia en procurar recoger lo derramado, me contestó: „Le parece á V. temprano ahora? Pues desde las seis ando en este afan, y todos los dias lo repito."—

¿Qué pelotera será esa que hay en la vecindad?—Es un pleito matrimonial.—¿Pleito matrimonial?—Una riña entre marido y mujer que ha parado en una paliza, que ha dado el mas fuerte al mas débil.—¿Y cuál seria la causa?—El marido es un oficial que, habiendo jugado ayer con mala suerte, vino de mal humor á su casa, y por un quítame allá esas pajas, se armó en ella un San Quintin de todos los demonios.—Parece que sale con unos soldados.—Sí, señor: lo llevan preso.—Dejémoslo ir, y V. retírese á descansar para volver esta noche á las andadas.—Pues qué, ¿volvemos, señor?—Por

supuesto.—Pues yo, francamente, no voy gustoso porque me ha dado miedo aquel teatro. —Qué, ¿no se atreveria V. á matricularse en el número de sus actores?—¡Imposible! imposible! sobre todo despues de las consecuencias de lo de anoche, que hemos visto hoy.—Pues, amigo, V. difiere mucho del verdadero tipo de la especie humana.—¿Por qué?—Porque el hombre, por lo comun, no escarmienta en cabeza ajena.

Mérida, enero 20 de 1849.

D. Gil de las Calzas Verdes.

CANTICO

PARA DESPUES DE LA CONFESION,

SACADO DE VARIOS SALMOS DE DAVID.

—

Mortíferos vapores
En brazos respirando del infierno,
El cuerpo quebrantado de dolores
Por torcedor interno,
Humillada mi frente
En fango vil y despreciable escoria,
Vi al enemigo alzarse, é insolente
Proclamar su victoria.
Mas yá en el trance extremo,
Opreso de la muerte en firme lazo,

Alcé mi voz al defensor Supremo
Implorando su brazo.
Llegó mi grito al cielo,
Aunque de alzarse á tal altura indigno;
Llegó veloz al Dios de mi consuelo
Que lo escuchó benigno.
Oyólo, y vió mi afrenta
Desde la excelsitud del almo trono;
De mis males le dí prolija cuenta,
Y miró mi abandono.
Oyólo, y de mi vida
Se erigió defensor; se alzó indignado,
Y retembló la tierra estremecida
Por su soplo abrasado.

Al calor de su saña
Se deshizo en centellas la alta esfera,
Y rodó de su asiento la montaña
Como líquida cera.
Bajo sus piés las nubes
Se desplegaron cual sangriento velo,
Y en álas de los fúlgidos querubes
Dios remontó su vuelo.
Su rápida saeta
Hirió á la muerte con mortal herida,
Y del contrario intrépido, sujeta
Fué la cerviz erguida.
Yá del cieno sacado
Libre y en salvo por mi Dios me miro;
Pues él oyó, como de un hijo amado,
De su siervo el suspiro.
El enjugó mi llanto;
El me salvó, por su clemencia sola;
Y ahora me ciñe espléndida aureola
De regocijo santo.

El mismo abrióme paso
Entre malezas de mi senda oscura,
Pues nunca le encontró de amor escaso
Su túmida criatura.
El me dará enseñanza
Y acataré su fuerte disciplina,
Porque está ¡oh, Dios! segura mi esperanza
En tu bondad divina.
Volvieron las espaldas
Mis enemigos al sentir tu trueno;
Mas como infante á las maternas faldas
Yo me acogí á tu seno.
¡Oh cuán grande tu gloria
Brilla en las obras de tu mano fuerte!
¡Tú eres, Señor, el Dios de la victoria!
¡Tú eres juez de la muerte!
El cielo te proclama
Con voces que comprende el universo,
Pues tuyas son las luces que derrama
El sol, tu espejo terso.
El sale á tu mandato
Cual nuevo esposo del caliente lecho,
Y el espeso vapor al fuego grato
Es en perlas deshecho.
Natura palpitante
Nuncio le aclama de tu amor fecundo,
Y él sigue ufano recorriendo el mundo
Con paso de gigante.
Un dia al otro dia
Manda ¡oh, Señor! que tu poder alabe;
Y la noche á la noche anuncia pía
Tu clemencia suave.
¿Quién á tí semejante
¡Oh, vengador de brazo omnipotente!

Si de tu augusta santidad delante
No hay ángel inocente?
¿Quién como tú benigno?....
¿Quién como tú piadoso y justiciero?....
De ensalzarte, Señor, yo no soy digno,
Solo adorarte quiero.
Adorarte es mi anhelo,
A tí, quebrantador del yugo infame;
Dale tú mismo al corazon el celo
Con que quieres te ame.
Amarte debo ¡oh, Fuerte!
¡Oh, Soberano! Oh, Triunfador! Oh, Eterno!
Porque tu brazo domelló á la muerte
Y aherrojó al infierno.

GERTRUDIZ G. DE AVELLANEDA.

VOTO DE GRACIAS.

Acepta agradecido el editor de esta Miscelánea, los elogios con que le honran los Sres. redactores del Fénix de Campeche en su número correspondiente al 20 del que rige, y los lega desde ahora á sus muy amados hijos, como la mejor y mas rica herencia que puede dejarles.

Mérida, enero 22 de 1849.—*G. C.*

No hay libertad.

¿Por qué nos han de estar engañando contínuamente diciéndonos que *hay libertad,* y

por qué nos hemos de engañar tambien nosotros á nosotros mismos creyendo que *somos libres*, cuando no hay tal cosa? Ni política ni civilmente hablando *hay libertad* en este pícaro mundo, sea cual fuese la forma de gobierno que se suponga, y la clase, rango ó condicion social de cada individuo. Vamos á demostrarlo con hechos, y con hechos irrecusables, que es el medio mejor de descubrir la verdad.

D. Policarpo ha escrito un curioso y razonado exámen de los actos de la administracion pública de su pais en todos sus ramos, con mucha calma, juicio é imparcialidad, en cuya obra ha empleado algunos dias y aun algunas noches con detrimento de su salud; pero *no puede* darlo á la prensa sin embarbo de la *libertad* que le concede la ley, limitándose á leerlo, como á hurtadillas, entre un pequeño círculo de personas de su mayor confianza. Y ¿por qué? porque censura en él al gobernador que es su amigo, al diputado tal su pariente, al consejero A á quien debe cierta cantidad de pesos y al magistrado B su compadre, los cuales necesariamente han de darse por ofendidos, y seguir el bulto al pobre de D. Policarpo; deduciéndose de esto que *no hay tal libertad.*

D. Prudencio trata de acusar á un juez que lo ha atropellada injusta y escandalosamente, con desprecio de la razon, de sus derechos y hasta de la dignidad de hombre;

mas ese juez se halla muy relacionado, tiene padrinos gordos y por consiguiente quedará bien, tomando á cargo en lo sucesivo á su acusador. ¿Cómo, pues, *podrá* formalizar su queja D. Prudencio? Luego es claro que *no hay tal libertad.*

Pero ni el gobierno, ni los diputados, ni los consejeros, ni los magistrados, ni los jueces, ni autoridad alguna de cualquier órden que sea, civil, militar ó eclesiástica, *tienen libertad* á causa de los *empeños*, de esos malditísimos *empeños* que son el cuarto enemigo del alma. ¿Y han de disfrutarla los simples ciudadanos, especialmente si son pobres ó desvalidos? Convengamos por tanto en que *no hay tal libertad.*

Tampoco *la tenemos* nosotros que estamos hablando de ella; y aunque parezca que la usamos, no hay tales cabritos. Una sombra, un remedo, un *fac-simile* de *libertad* es únicamente lo que gozamos, de lo cual es una excelente prueba la necesidad misma en que estamos de acogernos al seudónimo. ¿Por qué? por la sencilla aunque poderosa razon de no malquistarnos, atrayéndonos el disgusto de algunos lectores á quienes se les antoje decir *ese soy yo*, y que nos hagan un flaco servicio. ¿Y hay *libertad* así? ¿Es *libertad* esta? ¡Al diablo con la tal *libertad!* Mas *libres* son los brutos, porque al fin carecen de ese *conocimiento* y de ese *temor* que acompañan y restringen siempre nuestra

libertad. ¡Al diablo otra vez con la *libertad!*

¿Y la *libertad* civil? Peor que peor todavía, si cabe. Vaya V. á salir de casa algo súcio ó descosido por estar de prisa y no perder tiempo en trocar de vestido, sin que su mujer le grite: „¿Hombre, estás loco? qué dirá la gente? de ninguna manera te permito salir así: muchacha, ropa para el amo: á mudarse, querido.—Pero...—No hay *pero* que valga: al cuarto, maridito mio: al cuarto, al cuarto." Y así todo lo demas.

Atrévase V. á decir que es vieja una mujer, venal un abogado, ignorante un médico, contrabandista un comerciante, judío un usurero, infiel un marido, liviana una esposa, falso un amante, impuro un sacerdote, &c., &c. Atrévase V. á decir algo de esto, y verá cómo lo pasa. ¡Al diablo tercera vez con la *libertad!* ¡Bien parados saldrémos con ella!

Non bene pro toto libertas venditur auro. No se engañó el que dijo esto: ¿puede haber oro en el mundo con que comprar una cosa puramente ideal ó fantástica? Hé aquí una sentencia que viene á cuento en apoyo de lo que sostenemos. Comprad, si podeis, la felicidad: comprad la rectitud, la verdad, el desinteres, la equidad..... Pues así podréis comprar la *libertad.*

No hay libertad de comer cuando se siente hambre, en razon de que llega gente de visita: *no hay libertad* de leer ó de escribir aunque V. se encierre en su dormito-

rio, porque le interrumpen á cada paso con esto ó con aquello tocándole á la puerta: *no hay libertad* de faltar á un entierro, por no perder la amistad de los dolientes por mas que el sentimiento de éstos se reduzca á inquirir „cuántas calesas acompañaron el cadáver:" *no hay libertad* de salir á paseo ó á alguna diligencia precisa, á causa de que D. Faustino ó D. Liborio han enviado aviso para que se les aguarde á tal ó cual hora con el fin de hablar sobre un asunto de importancia: *no hay libertad* de volver á casa cuando se quiere, porque nos detiene en el camino algun importuno que tal vez nos obliga á retroceder ó á variar de direccion: *no hay libertad* de.... Mas ¿adónde vamos á parar? ¿Se necesitarán todavía mas ejemplos?

Con que por fuerza vivimos privados de *libertad*, que es lo que nos propusimos discutir y demostrar.

Concluyamos, pues, repitiendo que *no hay tal libertad*, y que son unos bellacos los que quieren comulgarnos con ruedas de molino haciéndonos creer que existe, porque es falso esto en todo sentido, pues la *libertad* es una quimera, una falacia, una ilusion, un sueño, una burla, un escarnio y sobre todo una irrision. *No hay tal libertad.*

Mérida, enero 25 de 1849.

El Censor Yucateco.

GODOFREDO DE BOUILLON,

Héroe de las Cruzadas.

SERIA exacto el bello retrato que el Tasso ha hecho del héroe de su poema, si hubiese añadido algunos rasgos para hacer brillar mas su valor; Godofredo de Bouillon poseia todas las perfecciones caballerescas, la generosidad, la lealtad, la dulzura; todas las virtudes cristianas, la modestia, la pureza, la fé; todas las cualidades guerreras, el valor y la calma, y la audacia y la prudencia. El primero y mas glorioso de todos los cruzados, siendo su nombre uno de los pocos que han quedado sin tacha.

Godofredo era todavía jóven cuando defendió valerosamente su ducado de Lorena, contra las pretensiones del emperador Enrique IV. Sin embargo, olvidando sus injurias, cuando las famosas disensiones de Gregorio y de Enrique, tomó el partido de este último, y mandaba una parte de las tropas imperiales que se apoderaron de Roma. Pero atacado de una enfermedad grave, creyó que Dios le castigaba por haber tomado las armas contra el papa, é hizo voto de consagrar su vida en defensa de los cristianos del Oriente.

Los piadosos furores de Pedro el Ermitaño, ofreciéndole la ocasion de cumplir, lo hi-

cieron cruzado: para atender á los gastos de su santa empresa, se vió obligado, como la mayor parte de los otros señores, á enajenar el señorío de la ciudad de Metz, de la que era soberano.

Hordas de cristianos habian yá tomado la delantera y marcado su camino por las tropelías y las crueldades, cuando Godofredo partió á la cabeza del ejército cruzado. Reconocido unánimemente por jefe, aunque él no hubiese sido elegido, obró no como un fanático insensato, sino como un general hábil y prudente: preparó por precauciones puramente humanas, el suceso de la expedicion, y sin enfriar el celo ardiente de sus tropas, las sometió á una severa disciplina: tenia grandes esfuerzos que hacer para que los cruzados volviesen á adquirir la opinion pública.

Su llegada á Constantinopla libertó á algunos caballeros que habian sido hechos prisioneros por el general Alexis Comnene, que viendo bien, despues de haber dudado, que no podia razonablemente rehusar nada á seiscientos mil hombres, hizo que sucediesen relaciones de amistad á actos de hostilidad. Colmó de regalos magníficos, promesas y protestaciones á los principales jefes, y obtuvo de ellos que le rindiesen homenaje por todas sus conquistas.

El hábil emperador esperaba sacar buen partido de su alianza con los cruzados. A

él se debió que los cristianos sitiasen á Nicéa: en el momento en que iban á apoderarse de ella, despues de muchos asaltos, el estandarte de Alexis flotando sobre sus murallas, les hizo ver que la ciudad pertenecia á su aliado; por consiguiente, que yá nada tenian que hacer contra ella. Los turcos instigados por los agentes secretos de Alexis, habian preferido rendir la plaza, á entregarse á los cristianos.

Entre los detalles de este sitio de Nicéa, se cuenta como cosa maravillosa una proeza de Godofredo; el haber atravesado con una flecha el corazon de un gigante, á cuya vista todos huian. Se habla tambien con admiracion de un combate que sostuvo con un oso enorme, y de los camellos cuya cabeza cortaba de un solo sablazo, y sobre todo de un caballero sobre quien descargó el golpe con una destreza tan vigorosa, que dividió su cuerpo en dos partes, de las cuales una cayó al suelo, miéntras que la otra continuaba corriendo á caballo. Estas hazañas son tan poco maravillosas en comparacion de otras suyas, que no merecian se hiciese mencion de ellas.

Despues de la toma de Nicéa, los cristianos, para procurarse fácilmente víveres, marcharon divididos en dos cuerpos, de los cuales, uno mandaba Bohemond, hijo de Roberto Guiscard, y el otro, Godofredo. La primera division atacada por el activo Kililde-

Arsan, en los llanos de Dorilea, iba á sucumbir á pesar de su heróica resistencia, cuando presentándose Godofredo arrancó con su valor y habilidad la victoria á los infieles.

Miéntras la marcha de Nicéa á Antioquía, atravesando los campos áridos y quemados de la Frigia y de la Isaunia, el ejército cristiano sufrió los horrores del hambre y de la sed. El generoso Godofredo no solamente reanimaba á los cruzados con su sobriedad, valor y dulce elocuencia, sino que tambien agotaba sus provisiones para alimentar á las mujeres y á los niños.

Antioquía iba á sucumbir; pero los cruzados sitiados en su campo y devorados por el hambre y las enfermedades, estaban reducidos á la última extremidad. Un milagro solamente podia salvarlos. Un sacerdote llamado Pedro Barthelemy, publicó que Jesucristo le habia revelado que si los cristianos pasaban tres dias en el ayuno y la oracion, encontrarian el hierro de la lanza que habia atravesado su costado, y que con este hierro vencerian á sus enemigos. A los cruzados que estaban escasos de víveres, no les costó gran trabajo el ayunar, y á Barthelemy no le costó mas el hacerles encontrar el hierro. Sin embargo, los jefes se aprovecharon de la confianza que este engaño piadoso daba á los soldados, y los sarracenos fuéron completamente batidos. En este dia memorable Godofredo se cubrió de gloria.

El camino de Jerusalen estaba libre. Algunos dias despues de haber sido tomada esta ciudad, se la erigió en reino, y trataron de darle un jefe. Como muchos caballeros aspiraban á serlo, eligieron diez electores, que debian nombrar el mas digno y al que mejor lo mereciese. Godofredo de Bouillon fué proclamado á satisfaccion general; mas el modesto héroe rehusó las insignias de la monarquía, diciendo que él no podria nunca llevar una corona de oro en el sitio en que el Salvador habia sido coronado de espinas.

Heridos en su fanatismo y amor propio los sarracenos, venian á disputar su conquista á los cristianos. Godofredo marchó á su encuentro, y la gloriosa victoria de Ascalon, ganada el mismo dia de la Asuncion, concluyó la guerra. El rey de Jerusalen se aprovechaba de la paz para asegurar la dicha y la prosperidad interior de su nuevo reino, cuando una muerte repentina, atribuida al veneno, vino á interrumpir sus trabajos legislativos, y á destruir en lo venidero á la Palestina. Godofredo de Bouillon, dice el historiador de las Cruzadas, sobrepujó á todos los capitanes de su siglo, por su habilidad en la guerra: si hubiese reinado mas tiempo, se le hubiera colocado en el número de los grandes reyes.

Godofredo murió el diez y ocho de julio de 1100.

FRANCISCO UC Y SOCIOS.

Documentos relativos á la causa seguida militarmente contra este indígena, cacique del suburbio de Santiago de Mérida, y sus cómplices, por el crímen de sublevacion contra las razas blanca y mixtas de Yucatan.

Conclusion fiscal.

En el Oriente, señor; allí en donde la miserable raza de los indios retiene aún su natural rudeza y barbarie, y por consiguiente su aversion y animosidad contra los blancos; en esos pueblos en que sin embargo de haberse sembrado oportunamente la palabra divina, freno de toda pasion criminal, ha ido desapareciendo y casi se ha extinguido enteramente por sensibles y amargas circunstancias que no es del caso referir; allí tambien se concibió y hasta el dia se ponen los medios de ejecutar el plan mas horrible y mas abominable que ha podido proyectarse en toda la carrera de los tiempos entre seres dotados de razon.

A virtud de ese plan ruinoso, la majestuosa capital de Yucatan debia amanecer el 15 del mes próximo pasado anegada en la sangre de sus mejores habitantes, de sus mas inocentes hijos. En sus cercanías, y aun en su seno mismo, descansaban tranquilos los que con mucha anticipacion y tan astutamente

habian meditado los medios conducentes á este horroroso espectáculo; todo de acuerdo con los bárbaros orientales. Entre los hijos de la virtuosa Mérida, entre los de Yucatan todo, no hay uno solo que de buena fé se atreva á poner en duda tal aserto, cuya convincente demostracion está afianzada en toda clase de pruebas.

El fiscal penetrado, casi desde un principio, de tan cruel certeza, ha sentido mas de una vez agolpársele la sangre al corazon cuando vislumbraba el término á que pudieran conducirle las actuaciones de que acaba de hacer relacion. Temia el fiscal, Sr., que la cautelosa astucia connatural al indio, y mas familiar á aquellos cuya causa le cupo en suerte, le ocultase ó disfrazase la verdad de tal manera que quedase su mision sin efecto. Pero favorecido por la Divina Providencia, cree haberos presentado hoy esa misma verdad cuya averiguacion le ha costado tantas vigilias.

Una carta enviada directamente del Oriente al pueblo de Uman y leida en su casa pública el 1.° de agosto último. Otra remitida de esta capital al propio punto: hé aquí, Sr., lo que principia el cuerpo del crímen espantoso que vais á juzgar. Veamos ahora si este cuerpo se constituye efectivamente; ó, lo que es lo mismo, si este crímen está competentemente justificado.

Recordad, Sr., lo que dijeron el cacique Gregorio May, el teniente Florentino del mis-

mo apellido, el tupil Silverio Uitz y el regidor Pablo Tinal desde sus respectivas primeras declaraciones hasta las fs. 94 y 96 vuelta, y hallaréis que si bien no consta que este último hubiese hecho ánimo de una manera terminante de coadyuvar al proyecto exterminador de toda raza distinta de la indígena, aparece sin embargo de un modo indudable que fué receptador de tan criminal plan, á diferencia de los otros que se extendieron á acordar el modo y forma de su ejecucion, y lo hubieran verificado sin duda si un milagro del cielo no nos hubiera librado de sus dañadas miras.

Recorred la memoria sobre lo que Telésforo Uc ha dicho de sí mismo en las fs. 35, 38 y 88 en fuerza de los careos que ha tenido, y advertiréis que se encuentra en el mismo caso que Pablo Tinal, con la notable circunstancia de que sabiendo leer y escribir, se enteró á fondo del plan de matanza que les fué de esta capital; y léjos de exhibir á la autoridad competente el maligno papel, no solo lo hizo pedazos, sino que tambien redujo éstos á cenizas. Esta cuidadosa conducta revela, por mas que él lo niegue, que deliberó en su ánimo la consumacion de la maldad proyectada.

La relacion que hace el escribano Domingo Tinal del contenido del papel de Pedro Tzuc, que fué leido en su presencia en la casa pública: la obstinacion con que negó

fs. 22 saber el tenor de la carta circular remitida de esta ciudad al cacique de su pueblo: la contradiccion en que incurrió en la foja 43; y, por último, la paladina confesion que hace de todo fs. 90 y 92 convencido yá de que nada conseguiria con negar, hacen que el fiscal lo contemple tan criminal como el que mas.

La franca narracion que el escribano José Kú ha hecho desde su instructiva de la parte que tuvo en el crímen porque se le juzga: la circunstancia de haber invitado al cacique, como asegura éste mismo, á dar cuenta á la autoridad que corresponde, de ámbas comunicaciones invitatorias; y la de haberse desvanecido por los careos de foja 95 vuelta y confesion foja 102 la especie de que habia acordado con el propio cacique la citacion de indios para venir por el camino de Samajil; todo esto persuade al fiscal de que su culpabilidad no es tanta que llegue á merecer la pena ordinaria.

En el mismo caso, aunque con bastante diferencia, cree el fiscal que se halla el alcalde mayor Luciano Canul, por la presuncion que resulta de los asertos del mismo Kú y Domingo Tinal, de haber oido la lectura del contagioso papel.

José Maria Pech sorprendido por la patrulla con un hipil y una toca que traia sobre sí, y hecho por otra parte un cúmulo de contradicciones en sus respuestas y asertos,

presenta un hombre, ó demasiado malicioso, ó demasiado nécio. Pero preciso es considerarle en el primer caso, así por las circunstancias en que fué aprehendido, como porque el disfraz que portaba era en sí bastante sospechoso, y porque tambien esa facilidad de mentir lo hace acreedor á una pena que en opinion del fiscal debe ser la de seis años de destierro.

La declaracion de Antonio Uc foja 30 vuelta unida á las de los testigos José Moó, José Maria Bé y Francisco Naal que se leen desde la foja 28, comprueban que la carta cuyo tenor en lengua maya se registra á la foja 75 vuelta y se ve en castellano á la foja 83, fué remitida por Francisco Uc, cuyo hecho se confirma con la instructiva y confesion del escribano José Merced Chan, siendo conforme el relato de éste con los reconocimientos de las firmas estampadas en dicha instructiva bajo juramento por los escribanos Kú y Tinal y sacristan Telésforo Uc. No menos contribuye á confirmar otra vez el alevoso crímen de Francisco Uc, la declaracion del cacique de Junucmá Pedro Maria Chan de foja 62, quien á foja 64 le sostuvo tambien á rostro firme esa misma declaracion, debiéndose notar que Chan al expresarse de aquella manera, obraba contra sí mismo, lo que comprueba que únicamente le arrastraba el torrente de la verdad. Ademas, el alcalde menor Andrés Chablé apoya la asercion de Chan, y

Susano Kú y Mariano Cul no la contradicen. El fiscal, por lo tanto, entiende que no necesita citar mas datos para que pueda considerarse al cacique Francisco Uc y á su escribano José Merced Chan, sujetos á la pena mas grave conforme á las leyes vigentes.

La fortaleza con que el jóven Antonio Uc sostuvo á Ignacio Ceh en el careo de fojas 93 vuelta, que al entregarle la carta para Uman, no le expresó adónde debia llevarla: la circunstancia de ser éste mas adelantado en malicia que aquel: la de que los testigos que presenciaron la entrega de dicha carta aseguran conformes que no oyeron que Uc dijese el punto á que debia conducirse, producen una grave presuncion de que ese Ignacio Ceh estaba iniciado anticipadamente en el fatal secreto de su desventurado cacique. El que habla, por tanto, lo contempla acreedor á la pena de dos años de destierro.

Antonio Uc solo tiene contra sí el haberse contradicho en el careo con su padre adoptivo, cuya falta, atendidas las razones que alega en su confesion, es bastante disculpable en concepto del fiscal, y por lo mismo se abstiene de pedir pena alguna contra él.

Llamada Lina Moó con objeto de evacuar una cita, la negó absolutamente á pesar de su juramento. Pero convencida despues, por su misma madre, tuvo que convenir, aunque

no del todo, con la referida cita, habiéndose así sujetado á la pena de los perjuros, la cual á juicio del que habla, y en atencion á las circunstancias de la Moó, debe ser la de seis meses de servicio en el hospital de San Juan de Dios de esta ciudad.

Contra el cacique Sixto Uc solo obra por ahora una cita que aún no ha podido fijarse.

Los indígenas Juan Pablo Canché, Manuel Uc, Martin Cib, Ramon Uc y Pedro Collí, resultan sin culpa en opinion del fiscal.

En cuyos términos, el fiscal concluye pidiendo al respetable consejo, se sirva fallar que debe mandar se fijen ocho patíbulos á fin de que en ellos expien sus inmundos crímenes los caciques Francisco Uc y Gregorio May, los escribanos José Merced Chan y Domingo Tinal, el teniente Florentino May, el regidor Pablo Tinal, el tupil Silverio Uitz y el sacristan Telésforo Uc: que el escribano José Fabian Kú sea desterrado perpétuamente del Estado: el alcalde Luciano Canul, por seis años: José María Pech, por seis: Ignacio Ceh, por dos; y condenar á Lina Moó á seis meses de servicio en el hospital de esta ciudad; disponiendo que el cacique Sixto Uc otorgue la fianza llamada carcelera, para que pueda dejársele en libertad, quedando sin embargo suspenso del cacicazgo hasta tanto se resuelve definitivamente sobre la cita que de él se hace; y absolviendo, por último, de todo cargo á los indígenas Anto-

nio Uc, Juan Pablo Canché, Manuel Uc, Matias Cib, Ramon Uc y Pedro Collí. Mérida, setiembre 15 de 1847.—Lic. Juan José Villanueva.

Sentencia del consejo.

Vista la órden del Sr. comandante de las armas de este distrito, por la cual fué nombrado fiscal el capitan suelto de infantería local Lic. D. Juan José Villanueva para sustanciar el proceso instruido contra los caciques Gregorio May, Francisco Uc, Sixto Uc y sócios por presunciones de complicidad en el crímen de conspiracion de la raza indígena contra las demas: las declaraciones, confesiones, cargos y confrontacion: la conclusion y dictámen fiscal: las defensas de los procuradores de los reos, tenientes, D. Nicolas Almeyda, D. Gumesindo Poveda, D. José Dolores Guzman, D. Juan de Mata Ayala, D. Francisco Maria Milan y D. Miguel Acevedo; y lo dispuesto sobre el particular por las leyes vigentes, y principalmente por las 2 tít. 2 y 2 tít. 31 part. 7.ª y 1.ª tít. 7.º lib. 12 de la Novísima Recopilacion; ha condenado y condena el consejo á los referidos caciques Francisco Uc y Gregorio May, á la pena de ser pasados por las armas como reos de conspiracion: á Florentino May, José Fabian Kú, Domingo Tinal, Pablo Tinal, Silverio Uitz y Telésforo Uc, á destierro per-

pétuo del estado: á José Mercedes Chan y José Maria Pech, á diez años del propio destierro del estado; y á Luciano Canul, á dos años del mismo destierro, por resultar todos estos, reos secundarios de aquel delito con mayor ó menor culpabilidad; y en consideracion á la pequeña culpa de Ignacio Ceh y Lina Moó, los condena á seis meses de servicio en el hospital; absolviendo á Juan Pablo Canché, Antonio Uc, Matias Cib, Manuel Uc, Pedro Collí y Ramon Uc, por no resultar dato alguno de culpabilidad contra ellos; y continuando el cacique Sixto Uc en su prision hasta la resolucion definitiva de la causa que se le seguirá por cuerda separada. Mérida 15 de setiembre de 1847.—Joaquin Muñoz.—Tranquilino Puerto.—José D. Baledon.—Cárlos Ayuso.—Lúcio Pasos.—Lic. Cosme A. Villajuana.—Lic. José D. Gonzalez.—Lic. José Maria López de Escalera.—Lic. Manuel M. Pastrana.—Manuel Barbachano.—Manuel de la Calleja.

Exposicion de Francisco Uc.

Sr. comandante militar de este distrito.—Francisco Uc, preso por juzgársele conspirador contra la raza blanca, eleva á V. S. su dolorida voz, con esperanza de que se le oiga ántes de calificar la sentencia del consejo de guerra, que ignora cuál haya sido; con la esperanza de que se vea este nego-

cio, verdaderamente grave, con la circunspeccion y delicadeza que se requiere, tomando en justa y detenida consideracion las circunstancias que le favorecen.

Señor: los jueces habrán obrado conforme á las leyes: habrán visto la reunion de presunciones que desgraciadamente obran contra mí: habrán atendido á una voz pública y amenazadora que me acusa delincuente; pero no lo soy: lo juro y lo protesto hasta el último trance, que me llevará á dar cuenta al Ser inexorable que penetra los corazones de los hombres. El tiempo, que todo lo descubre, mostrará algun dia mi inocencia, y entónces.... ¡Oh! al menos no tendré una memoria infame: entónces.... lo digo con todo mi corazon: ¡mas quisiera yo ser tal delincuente, que el que pesase tanta responsabilidad sobre mis juzgadores!

Es necesario advertir que, sea por un celo excesivo de libertar á la patria del horrendo atentado de los indios, sea por otras causas que no me es dado alcanzar ni decir, aunque las sospechara, me falló la voz popular como reo de un delito atroz: se me prendió, se me pusieron fuertes grillos, se me puso incomunicado como hasta ahora, y luego fueron apareciendo declaraciones que han motivado mi sentencia; declaraciones referentes á papeles, sin que se me convenza de ninguna firma. Y bien: ¿bastarán para condenar á un hombre á muerte, dos ó tres ó cua-

tro declaraciones de indios sobre hechos inconexos, cuando autores graves requieren seis indios contestes para hacer prueba; autores que no los conocian como nosotros, y escribieron en tiempos de menos ilustracion? Bastarán esos indios, tan fáciles de decir verdad como mentira dos veces en cada hora? Bastarán, aunque declarasen contra sí mismos, cuando nada les importa la honra, pero ni aun la vida? Cuando son tan fáciles de seducir, tal vez por algun oculto é impensado enemigo mio? Cuando en los momentos de efervescencia, se les pregunta y examina entre una multitud de indios declarantes de diferentes lugares? Cuando la brevedad del juicio no me ha permitido los recursos ordinarios para expurgar y contradecir sus dichos? Cuando encerrado en un calabozo y siendo un ignorante, no he tenido el auxilio de una direccion para aclarar la verdad? No: V. S. y el asesor, con calma verán mi estado y las circustancias de la causa, y me harán justicia: verán que aun no he tenido libertad para mi defensa, pues aun para dirigir esta festinada representacion, como último recurso, apénas he hallado quien pueda formalizarla, con el temor de que un clamor popular le declare mi injusto protector.

Este es mi estado, y nadie recuerda que he servido en todos tiempos al público: que jamas me he mezclado en opiniones políticas: que he sido ciudadano pacífico, cum-

plido en todas las obligaciones del hombre: que nunca he olvidado la humildad de mi nacimiento, á pesar de tener recursos; y, en fin, otras consideraciones que si no me ponen á cubierto de las sospechas que hay contra mí, del horrendo crímen de conspirador, al menos podian ponerlo en duda. No es decir por esto que pretenda yo se me deje libre, pues ni á mí ni al público convendria, por mas que sea inocente; pero un destierro con toda mi familia, enajenando todos mis bienes, y cediendo, si fuese asequible, una parte de ellos gratuitamente al estado; no quedándome yá afeccion alguna á este pais, me parece que asegura al público para siempre de esas maquinaciones de que se me ha acusado.

Ruego, por tanto, á V. S. se digne oir esta representacion, y pasarla al asesor para que, con su dictámen, se sirva imponerme la pena que crea mas grave despues de la de muerte, si la causa presta mérito al efecto, ó la de destierro en los términos expresados, pues lo creo así de justicia, que pido jurando lo necesario. Mérida 18 de setiembre de 1847.—Sr. comandante.—Francisco Uc.

Consulta del asesor.

Sr. comandante militar.—El asesor dice: que ha visto con la mayor detencion la sentencia del consejo de guerra, pronunciada contra Francisco Uc, Gregorio May y sócios,

comprendidos en esta causa por el delito de conspiracion contra las demas razas; y la halla conforme y arreglada á las leyes por lo que de los autos resulta justificado.

La anterior exposicion dirigida á V. S., ha conmovido sobremanera el ánimo del asesor, siempre inclinado á favor de los desgraciados reos; mas en vano ha recorrido con ánsia todas las actuaciones del proceso, porque no ha encontrado en ellas una excepcion bastante para mitigar el rigor de la pena que imponen las leyes, al que la presenta: examinará las principales.

El escribano de Uman José Fabian Kú, confiesa que como á las ocho de la mañana del juéves 5 de agosto próximo pasado, un indio que dijo ser tupil de la república de Santiago, puso en manos del cacique una comunicacion firmada de los de Santiago y San Cristóbal de esta ciudad, y que en ella se le anunciaba la llegada de los indios del Oriente á esta capital, con el objeto de acabar con los blancos, y se le pedia ayuda, diciéndole ademas que yá estaban convocados los pueblos de Tixkokob, Tixpeual y otros de la comarca de esta ciudad, y que se dirigia aquella comunicacion por otra que se habia recibido del Oriente: que avisase si entraba por ello. El otro escribano de Uman Domingo Tinal, confiesa que oyó leer el contenido de dicha comunicacion, y que vió las firmas de los caciques Sixto y Francisco Uc.

Examinado el cacique de Umán, expresa que en efecto recibió aquella comunicación, y que teniéndola dentro del sombrero, se dirigió á la sacristía mayor de la iglesia, en donde estuvo bebiendo aguardiente con el sacristan Telésforo Uc, quien guardó el papel en una caja que está en la misma sacristía, en que ponia su ropa. Telésforo Uc confiesa que se hizo cargo del papel, y lo puso en el lugar designado, y que luego que el cacique se fué, volvió á sacarlo y lo leyó hasta las firmas que decian *„Francisco Uc.—Sixto Uc,"* y como enterado de él vió que su contenido era malo, lo rompió, y los pedazos los redujo á cenizas.

José Maria Bé y Fernando Naal, tupiles de la república de Santiago, declaran que á la media noche del miércoles 4 de agosto último, llegó á la casa real Antonio Uc, mayordomo del cacique Francisco Uc, preguntando por Ignacio Ceh, á quien entregó una carta de parte de su amo, diciéndole que la llevara, y aunque la llevó en efecto, no supieron adónde, habiendo regresado Ceh á las tres de la tarde. José Moó, alcalde mayor de la misma república, declara de conformidad, manifestando únicamente que no conoció al conductor de la carta.

Interrogado Antonio Uc, quien manifestó haber sido criado desde su niñez por Francisco Uc, expresa que en la propia noche del 4 de agosto, sin saber á qué hora, porque es-

taba durmiendo, lo mandó el repetido Uc á llevar un papel á la casa real de Santiago, para que se lo entregase á uno de los de la justiciada, llamado Ignacio Ceh, para que lo condujese adonde éste sabia: Ceh manifiesta haber recibido de Antonio Uc la carta, y que la llevó y entregó al dia siguiente á las ocho de la mañana, discrepando solamente en que Uc le expresó que la llevase al cacique de Uman.

Como José Julian Kú, en su confesion con cargos, hizo relacion del tenor de la carta referida, dispuso el fiscal que los escribanos de la república de Santiago y S. Cristóbal sacasen cada uno copia de ella, y que reconocidas por Kú, dijese cuál de ellas, segun la forma de letra, era mas parecida á la que habia sido dirigida al cacique May firmada por Sixto y Francisco Uc, y el resultado de esta diligencia fué que señalase la escrita por José Merced Chan, escribano de la república de Santiago. Examinado éste por tal indicio, confesó que el dia 4 de agosto próximo pasado, lo encontró su cacique Francisco Uc por la calle, y le dijo que fuese á hacerle un papel á su casa á las ocho de la noche: que así lo verificó, y el cacique, despues de haberle manifestado que la carta era para Uman, se la dictó, y concluida, le previno pusiese la firma de Sixto Uc y luego la suya, cuya carta cerró, habiéndole dado despues dos pesetas de plata, encargándole, con amenaza,

la mayor reserva.

Tales atestaciones, con otros indicios que resultan, no han sido desvanecidas en el proceso: las declaraciones todas se refieren á la conduccion y recibo de la carta, cuya existencia aparece probada, y dan la fuerza necesaria á la confesion de José Merced Chan: se han practicado los careos conducentes para esclarecer la verdad de los hechos: han ratificado sus declaraciones los testigos, y á éstos no se ha opuesto tacha alguna legal que invalidase sus deposiciones: al asesor no le es lícito dispensar la observancia de las leyes, ni á V. S. le corresponde esta atribucion, y únicamente al poder legislativo compete la facultad de conceder indultos, remision ó conmutacion de la pena legal, cuando lo requiera así el mejor bien y conveniencia del estado. Por tanto, aconseja á V. S. que puede aprobar la sentencia del consejo de guerra: sin embargo, V. S. resolverá lo que tenga por mas arreglado. Mérida 19 de setiembre de 1847.—Lic. Ignacio Quijano.

Confirmacion de la sentencia.

Mérida, setiembre 20 de 1847.—De conformidad con el dictámen que antecede del Sr. asesor de esta comandancia, ejecútese en todas sus partes la sentencia pronunciada por el consejo de guerra ordinario, señalándose para la ejecucion del cacique de Santiago

Francisco Uc, el Campo de Marte, á las nueve de la mañana del dia 22 del corriente, y para la del cacique del pueblo de Uman Gregorio May, en dicho pueblo, el 24 del mismo.—Leon.

Nota.

Se ejecutó la sentencia en todas sus partes, siendo pasados por las armas, en los dias y á las horas que se expresan, los desventurados caciques Francisco Uc y Gregorio May, con las formalidades que prescribe para tales casos la ordenanza general del ejército; habiéndonos parecido inútil hacer relacion de la causa, por ser suficientes para formar juicio de ella, los doocumentos que anteceden.

Solo dirémos, porque no consta en tales documentos, que la conspiracion que debió haber estallado en esta capital el 15 de agosto acaudillada por Francisco Uc, de acuerdo y en consonancia con los indígenas del Oriente, se descubrió del modo que sigue: estando de patrulla la noche del dia 12 D. Crecensio Zalazar, uno de los alcaldes auxiliares del barrio de S. Cristóbal, se encontró con unos sirvientes de la hacienda Coyolá, y habiéndolos retirado previniéndoles que se fuesen al lugar de su vecindad, al cumplir este mandamiento, y como á cuatro pasos de distancia del comandante de la patrulla, dijeron que el domingo próximo venturo reconocerian á

sus reyes, y no obedecerían ya lo que se les ordenase por los que actualmente gobiernan, lo que confesaron tres de dichos sirvientes: que fuéron Gregorio, Luis y Buenaventura Collí, agregando varios pormenores: cuyos indicios se robustecieron considerablemente con una comunicacion del alcalde 1.° del pueblo de Uman D. Manuel Correa, quien alarmado, como todos, procedió el dia 16 á practicar diligencias indagatorias en su jurisdiccion, y el resultado fué el feliz descubrimiento de la carta dirigida por Francisco Uc al cacique y republica de aquel pueblo, procediendo á la captura y remision de los componentes de dicha república, á esta ciudad.

Por lo demas, los hechos fuéron desenvolviéndose gradualmente, y la verdad aclarándose con rapidez, como sucede al nacimiento del dia, debiendo advertirse que la culpabilidad de Francisco Uc se descubrió principalmente por la declaracion de su hijo adoptivo Antonio Uc, legatario de una parte considerable de sus bienes, lo que parece en cierta manera providencial, y por la del escribano de la república del suburbio de Santiago José Mercedes Chan; y si el cacique de S. Cristóbal Sixto Uc salió bien librado, consistió en que el mismo Chan que escribió la referida carta excitatoria, dijo que Francisco Uc, que fué quien se la dictó, le previno *que pusiese la firma de D. Sixto;* de suerte que sin las dos citadas declaraciones de An-

tonio Uc y José Mercedes Chan, la criminalidad de Francisco Uc, que murió inconfeso, hubiera quedado envuelta en las negras sombras del misterio, pues aunque la conspiracion era demasiado cierta, no existiendo la referida carta, hubiera sido muy difícil probar con la evidencia que se requiere, que éste fué su autor. ¡Dios lo haya perdonado, y tambien á Gregorio May! Mérida, enero 28 de 1849.—*G. C.*

LA POBRE DEL CEMENTERIO.

Ven á verla llegar al cementerio
Arrastrando sus penas y sus años,
Ven á verla sentada entre las tumbas
Que es el sitio donde halla algun descanso.
Apénas á pedir una limosna
Puede extender su temblorosa mano,
Y al cielo la levanta agradecida
Si alguno se conduele de su llanto.
En medio de su mísera indigencia
Una sola esperanza le ha quedado,
Y cuando en ella encuentra algun alivio
Llora en silencio y besa sus andrajos.
Pero no es de este mundo esa esperanza,
Es un sublime y misterioso arcano
Que la pobre revela, cuando mueve
Para hacer oracion sus secos labios.
Porque entónces bendice su miseria,
A los cielos la ofrece en holocausto,

Y habla de muerte y de una vida eterna
Donde no hay aflicion ni desamparo.
Escúchala: verás cómo te dice
Que en el largo transcurso de sus años,
Tal vez todos los muertos que aquí yacen
Delante de sus ojos han pasado.
Pasaron el poder y la belleza,
Pasó el brillante jóven y el anciano,
El rico, el indigente, el venturoso,
Y el infeliz tambien: todos pasaron.
Ella ve sin cesar el desconsuelo,
La amargura y dolor por todos lados,
Y contempla en silencio los efectos
Que causa de la vida el desengaño.
Sabe muy bien que al nombre de la muerte
Vacila á veces el esfuerzo humano,
Pero ella no la teme, pues la mira
Como un benigno sueño prolongado.
El mundo la desprecia y la rechaza,
Y por eso la pobre, de antemano,
En este triste asilo de la muerte
A tomar un lugar se ha anticipado.
Puede ser que mañana, si la buscas,
Yá no la halles, como ántes, implorando
En ademan humilde y expresivo
La dudosa piedad de los extraños;
Ni como ántes sentada entre estas tumbas
Que á sufrir su miseria le ayudaron,
Sino dormida, sobre el duro suelo,
Yá para siempre..... un poco mas abajo.

J. G. DE LA C.

Tacubaya 25 de noviembre de 1848.

El Quijote de Antaño,

Y

LOS QUIJOTES DE OGAÑO.

Cansados estábamos amo y lego y fatigada nuestra imaginacion con la lectura de tantas revoluciones sangrientas, de tantos dramas trágicos, de tantas escenas terribles como se representan cada dia en Europa, que bien se necesita de filosofia y de estudio, y aun de violencia, para sobreponerse á sí mismo y conservar un mediano humor, no diré que bueno y alegre, al través del cuadro universal de desolacion y de desconcierto y de guerra social que el mundo nos ofrece, do quiera que se fije la imaginacion y se dirija la vista. Así que, le dije á mi lego:

—Menester es, Pelegrin, que apartemos un rato los ojos de este panorama siniestro que los diarios políticos nos presentan cada dia, y que por via de desahogo y descanso nos demos alternativamente á alguna lectura mas divertida y amena, y que nos distraiga y alivie, siquiera sea por algunos instantes, de las desagradables impresiones y del humor no nada festivo que engendra esto de no oir ni leer todos los dias y á todas

las horas sino: „Desórdenes en Francfort; Revolucion en Viena; Horrorosas catástrofes en Messina; Motin en Liorna; Revueltas en Munich, idem en Florencia, idem en Milan, idem en Berlin, idem en Pesth, idem en Presburgo; idem, idem, idem en todas partes.

—Eso me parece bien, señor mi amo, que por mi ánima si no me acontece á mí lo propio; y así, dígame V. qué es lo que quiere que leamos, que yo lo haré de buena gana, ó escucharé con la misma voluntad si quiere V., llevar la lectura, que siempre lo hará algo mejor que yo.

—Pues bien; mira lo que hay por esa pequeña librería, y escoge tú lo que te parezca mejor y mas apropósito para el caso.

Púsose Tirabeque á registar los rótulos de la pequeña biblioteca gerundiana, y dijo: „Señor, aquí he topado con la seccion de novelas, y debe haberlas muy buenas y de mucho mérito, puesto que leo en los rótulos de los libros los nombres de Eugenio Suré y de Alejandro Dumas, y de otros que he oido ponderar por grandes noveleros.

—Novelistas se dice, Pelegrin, que no noveleros, y pasa esa seccion, que para leer novelas extranjeras, tenémoslas diariamente de sobra en los periódicos españoles, que parece haberse propuesto saciar é infestar la España, y aun inundarla y ahogarla en el diluvio de la novelería extranjera, en lo cual hacen muy poco favor á los ingenios

españoles; y luego se quejarán ellos mismos de que no hay una literatura nacional, cuando son los que mas contribuyen ó á no dejarla nacer, ó á anonadar y destruir la que formar pudiéramos. Cuanto mas que ahí no hallarias sino personajes sangrientos, debilidades humanas, crímenes horribles y una pintura desconsoladora y triste de la sociedad, que si bien hecha en elegante estilo y con una fuerza de imaginacion admirable, no llenaria de modo alguno nuestro objeto, que es ahora el de esplayarnos y divertirnos, y olvidar, si es posible, las disgustosas escenas que el mundo político actual nos ofrece. Así, pues, pasa á la seccion de autores clásicos españoles, que alguno podrás hallar que nos entretenga y divierta y haga reir, que es lo que por ahora pretendo demostrar.

—Así lo haré, señor, que tampoco yo estoy por lo extranjero, como V. sabe. Y aquí tropiezo con el Quijote, que si no estuviera tan leido y manoseado....

—No importa, Pelegrin; esa es precisamente una de las propiedades de esa obra admirable, que por leida y manoseada que esté, nunca deja de divertir y hacer asomar la sonrisa á los labios; y á buen seguro que no alcanzarán las novelas francesas del dia, por buenas que sean, la gloria de ser leidas y releidas cuando haya pasado siquiera un siglo, con el gusto y el placer que todavía se lee el drama inmortal del Ingenioso Hidalgo.

Y así baja el primer tomo, y leerémos algun capítulo, que cualquiera sea no dejará de divertirnos y alegrarnos.

Hízolo así Tirabeque, y yo Fr. Gerundio abrí á la ventura, y salió el capítulo XIX, que trata *de lo que le sucedió á D. Quijote con unos cabreros*. Comencé á leer, y llegué á aquel pasaje que dice:

„Despues que D. Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puñado de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones: Dichosa edad, y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa, sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de TUYO Y MIO. Eran en aquella edad todas las cosas comunes..."

—Pare V. ahí, señor mi amo, me interrumpió Tirabeque. A lo que veo, el señor D. Quijote predicaba yá el comunismo á los cabreros, y esto solo le faltaba para que fuese rematada y completa su locura.

—Ahí verás, Pelegrin; y por ahora escucha otro poco, que este es uno de los pasajes mas hermosos de la historia del héroe manchego.

„A nadie (continúa) le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro

trabajo que alzar la mano, y alcanzarla de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. . . . Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era entónces, todo amistad, todo concordia."

Proseguí, yo Fr. Gerundio, leyendo á Tirabeque todo aquel sabroso razonamiento en que D. Quijote pinta las dulzuras y felicidades de la edad dorada, hasta que llegando á los vicios con que en estos nuestros detestables siglos, (dice él), se ha contaminado la sociedad, exclama: „Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos y menesterosos. De esta órden soy yo, hermanos cabreros, á quienes agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero. . . ."

—No siga V. mas por ahora, mi amo, me volvió á interrumpir Tirabeque: pues bástame y aun me sobra lo que V. me ha leido para sacar en consecuencia que el caba-

lleso de la Triste Figura era yá un socialista de cuatro suelas, puesto que ponderaba y predicaba las dichas y venturas de aquellos tiempos en que dice que todas las cosas eran comunes, y que no habia eso de *tuyo y mio*, ó lo que es lo mismo, que no habia propiedad, que es lo propio que los socialistas de ahora pretenden. Y si unos y otros quieren llevarnos á aquella edad, como soy cristiano si no se me antoja que tan Quijotes son los de ogaño como el Quijote de antaño.

—Te diré, Pelegrin: unos y otros pretenden reformar la sociedad y llevarnos como por la mano á la fabulosa edad de oro: con la diferencia que en la edad media los reformadores se llamaron caballeros andantes; y en la nuestra se titulan socialistas: aquellos emprendieron la tarea de defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos: éstos se cuidan poco de la defensa y amparo de las viudas y doncellas, y la han tomado por amparar y defender á los obreros; y así lo que fuéron entónces los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Amadises y Belianises, los Febos, los Platires y los Galaores, puede decirse que lo son ahora los Cabet, los Barbés, los Leroux, los Blanquis, Lúis Blanc, los Raspail, los Proudhon y los Ledrux Rollin. Y no porque los obreros, así como las viudas y doncellas, no deban y merezcan ser socorridos y amparados, sino porque los

medios que para ello unos y otros han escogido, así conducen al objeto como por los cerros de Ubeda. Y repara, yá que este pasaje se nos ha venido á la mano, cómo D. Quijote ponderaba aquel feliz estado diciendo: „Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia:" tres palabras que semejan á las de *libertad, igualdad, fraternidad*, que los modernos socialistas aclaman.

—Pero el Sr. D. Quijote, mi amo, no habló una palabra de igualdad á los caballeros.

—Pero habló á su escudero Sancho. Y si no, acuérdate de lo que ántes te he leido, que cuando se sentaron todos á comer le dijo D. Quijote á su escudero: „Quiero que aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas de mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala." Que es lo propio que hacen los socialistas; comer en un mismo plato con los obreros, y beber por donde ellos beben, porque el comunismo, como la caballería andante, todas las cosas iguala. Aunque si leyéramos hasta el capítulo XX, hallarias que D. Quijote se iba yá arrepintiendo de tanta igualdad, puesto que tuvo por conveniente decirle: „De todo lo que he dicho, has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo,

de señor á criado, y de caballero á escudero: así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto."

—Y diga V., mi amo; ¿qué les pareció á los cabreros y á Sancho Panza del discurso del socialista D. Quijote?

—Ahora te lo leeré. "Toda esta larga arenga dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trajeron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin responderle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho, asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy amenudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino, le tenia colgado de un alcornoque."

—Y hacia grandemente el hermano Sancho, exclamó mi lego, en comer y callar y visitar el zaque, como quien dice: "predica, predica en desierto, y aliméntate de recuerdos y programas, que yo á lo positivo me atengo." Y en lo que toca á volver á los tiempos de las bellotas, única edad en que las cosas pudieron ser comunes, y que tengo para mí que pasó para nunca mas volver, hágales buen provecho, así á D. Quijote de la Mancha como á los nuevos Quijotes de allá del Sena, que yo no estoy por volver tan atrás, aunque pudiera. Y esto es lo gracioso, mi amo, que nos digan los comunistas que quieren marchar muy adelan-

to, siendo así que en lugar de ser gansos son los mas congrejos del mundo, puesto que pretenden volver á lo que se quedó tan atrás, que yá nadie se acordaba de ello, ni puede ser, ni yo lo querria, dado caso que ser pudiera, que estoy por comer pan candeal, y beber del zaque como Sancho, aunque me cueste el dinero, mejor que por la bellota y por las transparentes aguas de aquel tiempo, por mas que las dieran de balde las robustas encinas y las claras fuentes y corrientes rios.

—Sábete, Pelegrin, que en esto del yantar es en lo que no se parecen los socialistas modernos á nuestro socialista de la Mancha: que éste era sóbrio por sistema, y éralo á veces en demasía, y así andaba él de amojamado, acecinado y flaco; miéntras los otros son muy dados á los banquetes, y no de bellotas y aguá como en la edád de oro, sino de otras cosas que da de sí esta edad de hierro, que ellos quisieran trocar por la otra. Y tan aficionados son á las comidas y convites, que además de los que han celebrado en Paris, en Tolosa, en Bourges, en Montpellier y en otros puntos del vecino reino, ahora han acordado organizar un sistema general de banquetes en toda la Francia, y salir á presidirlos los caballeros andantes de la caballería socialista, y comer con los obreros y predicarles la doctrina de la edád de oro, á modo que nuestro hidal-

manchego les predicaba á los cabreros al tiempo que con ellos comia. Del caballero andante Ledru Rollin, se sabe que irá primero á buscar aventuras á Dijon, y despues pasará á Lyon, donde cuenta con un numeroso auditorio de obreros, para cuya defensa y socorro se ha instituido la nueva órden de caballería socialista.

En estos banquetes, Tirabeque hermano, los comensales no se limitan ya á escuchar embobados y suspensos como los cabreros de D. Quijote, sino que hablan tambien y contestan á los brindis de los maestros de la órden. Recomiéndote el brindis del caballero andante Proudhon en el banquete que tuvieron pocos dias ha en Paris en la barrera Poissonnier:

—Revolucion de 1848, (exclamó): ¿cómo te llamas?

—Me llamo el *Derecho al trabajo*.

—¿Cuál es tu bandera?

—La *Asociacion*.

—Y tu divisa?

—La *Igualdad ante la fortuna*.

—¿A dónde nos llevas?

—A la *Fraternidad*.

Y despues de ese original diálogo entre la revolucion y él, continuó: „Oh revolucion! yo te saludo! Yo te serviré como he servido á Dios, con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas!"

—Señor, esa es la parte buena que encuen-

tro en los caballeros andantes de todos los tiempos, el ser hombres de mucha fé. Y veo con gusto que á la manera que D. Quijote y demas caballeros de su tiempo, invocaban siempre con mucho fervor á su Dios y á la dama y señora de sus pensamientos, así los de ahora invocan tambien y sirven con toda su alma á su Dios y la señora de sus pensamientos, que es el comunismo y la igualdad de las fortunas, como hizo el caballero andante Proudhon. Y por tanto, aunque sus pensamientos sean sueños y delirios, puede perdonársele todo en gracia de ser tan devotos y buenos cristianos.

—¿Buenos cristianos has dicho, Pelegrin? Discurre tú lo buen cristiano que será el caballero andante Proudhon, y lo bien que habrá servido á Dios un hombre que ha dicho en una de sus obras: „Tu nombre ¡oh Dios! que ha sido por tanto tiempo la última palabra del sabio, la sancion del juez, la fuerza del príncipe, la esperanza del pobre, el refugio del culpable arrepentido.... Este nombre incomunicable, entregado de hoy mas al desprecio y al anatema, será silbado entre los hombres, porque Dios es simpleza y cobardía, Dios es hipocresía y mentira, Dios es tiranía y miseria!"

¿No te parece una buena jaculatoria esta, Pelegrin? ¿No te parece que será un buen servidor de Dios este Quijote del comunismo?

Hízose Tirabeque mas de dos docenas de cruces ántes de contestarme, y luego exclamó: ¡Señor, si todos los caballeros andantes del socialismo son así, desde ahora, por lo que pueda servir, como mas largamente se contiene, los excomulgo y matematizo, y les echo el abi-retro para siempre jamas, amen. Y dénme á mí Quijotes de la Mancha todos los que quieran, que si eran botarates, alelondrados y locos, eran á lo menos cristianos rancios y hacian reir, y no que estos á mas de ser tan rematados y calvatrunos como los otros, son por añadidura blasfemos y malos cristianos, y nos hacen llorar.

—Verdad es, Pelegrin, que no todos los socialistas son como Proudhon, ni debieran algunos ser confundidos con los de su ralea; aunque en esta distincion no entraré yo ahora. Pero mucho deben haber cundido semejantes máximas y doctrinas, cuando los obreros del banquete socialista de Montpellier gritaban entre otras cosas: *¡Viva el infierno!* como mofándose y haciendo alarde y gala de no creer en él.

—Señor, ¿y el bendito S. Roque, natural de aquella ciudad y abogado de la peste, no hizo venir sobre aquellos ciudadanos el cólera morbo, y que no dejara que se estableciendo por ahí la epidemia á la gente decente y honesta y cristiana? ¿En qué pensaba ese santo de Francia, que santo de Francia habia de ser él cuando tal no hizo?

—Eso es lo que no podré explicarte yo, Pelegrin. Lo que puedo decirte es que ya habrás visto cómo ese libro tan manoseado y viejo, en las primeras páginas que la casualidad me hizo abrir, nos ha enseñado que nuestro D. Quijote de la Mancha fué socialista y aun comunista, y de consiguiente que los modernos socialistas y comunistas no son sino unos Quijotes de imitacion, á quienes tiene que suceder lo que al caballero de la Triste Figura, que es ser curados de sus sueños y sus delirios á fuerza de amargos desengaños y de rudos golpes. Y que si en Francia han necesitado recurrir á la pluma de un Thiers para que los combata, rebata y anonade por lo sério, en su tratado „de la Propiedad," en España no necesitamos mas que este libro del Quijote para dejarlos tan malparados y magullados que mas no pueda ser, y esto por lo alegre y lo festivo, que es mas deleitoso y mas eficaz.

—¡Tonto y séndio y mentecato de mí, señor mi amo! ¡Que muchas veces habia yo leido ese mismo pasaje sin que me viniese á las mientes hasta ahora eso del comunismo!

—Otro tanto habrá acontecido á muchos, Pelegrin. Y aunque podria citar varios otros pasajes del mismo género, para confundir y abochornar á los nuevos transformadores del mundo y caballeros andantes del socialismo, conténtome por hoy con este de

pero pasavolante, que este y otros mas merecidos tienen los que con sus fantásticos delirios son hoy el estorbo principal á la marcha pacífica, progresiva y lenta de los pueblos, á quienes traen asustados, agitados y revueltos los que impiden que se arregle la Francia, y aun la Europa: los que han dividido y aun resfriado á los hombres del verdadero progreso: los que hacen que se teman las revoluciones mas justas; y los que acaso, y sin acaso, están haciendo todo lo posible por su parte por traer sobre el mundo una reaccion hácia el despotismo, que es lo que por todos los medios que estén á nuestro alcance debemos nosotros evitar.

—Pues zurra con ellos, Sr. amo mio, y lo mismo con los Quijotes y caballeros andantes del socialismo, que con los Quijotes y caballeros andantes del despotismo; que tan Quijotes y tan locos y avellanados son en el dia los unos como los otros, y á quien Dios se la dé S. Pedro se la bendiga, y aquí estoy para lo que usted guste mandarme y servir pueda, pues como decia Sancho en el capítulo que V. me ha leido: „estas cosas que los caballeros andantes quieren darme, conviértolas en otras que me sean de mas cómodo y provecho, que éstas, aunque las doy por muy bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo."

(*Revista Europea de Fray Gerundio.*)

ABUSOS

EN LA CELEBRACION DE LOS MATRIMONIOS, Y SUS CONSECUENCIAS.

Dos cosas hay, en nuestro concepto, muy dignas de ser condenadas en la celebracion de los matrimonios.

La primera es esa costumbre que se ha hecho yá tan general, aun entre personas de pocas proporciones; esa práctica de solicitar ante todo dispensacion de proclamas, como si temiesen los contrayentes que se les opusiese algun impedimento, y revelando casi, por decirlo así, que tienen compromisos anteriores. De suerte que en realidad, por lo mismo que se solicita la omision de aquel indispensable requisito, deberia insistirse en que tuviese efecto.

Se dirá acaso que por razones de conveniencia particular que no envuelven malicia, es preciso acelerar muchas veces los matrimonios desde el punto en que se celebran los esponsales; y tambien que suele haber necesidad de proceder en secreto para evitar reuniones y fiestas que traen consigo gastos é incomodidades, simplificándose todo con dar parte á los deudos y amigos despues de verificado el enlace. Convenimos en ello;

mas debe reflexionarse que las proclamas no se han introducido en beneficio de los novios, sino precisamente contra ellos, y en favor del público, de modo que solo éste tendria derecho para pedir la supresion de esa solemnidad.

La dispensacion de proclamas únicamente deberia tener lugar *in articulo mortis*, que es en realidad el verdadero motivo de la relajacion de la disciplina eclesiástica en esta parte; pero como de todo se ha de abusar por desgracia, se ha ido extendiendo la concesion de aquella gracia hasta el grado en que la vemos el dia de hoy, de cuyo mal séanos permitido lamentarnos en fuerza de las razones que nos asisten para ello, las cuales son de tanto peso, que no se atreverán á negarlas ni aquellos mismos que traten de aprovecharse en lo sucesivo de la facilidad con que se prodiga esa dispensacion.

El segundo abuso que se ha hecho igualmente muy general en la celebracion de los matrimonios, es la práctica de administrar este Sacramento en las casas de los particulares, por otro acto de dispensacion, mediante tambien cierta propina como en el caso anterior, aunque de menor cuantía. Dios está en todas partes, y no hay lugar en el mundo que no se encuentre santificado con su presencia; pero en los templos es donde únicamente reside Sacramentado, y no debemos huir de ellos sin necesidad, porque son su

principal morada. *Domus Dei*, este es en realidad el nombre propio y mas adecuado de las iglesias, como palacios de la Divinidad. ¿Por qué, pues, alejarnos de la casa del Señor para aquellos actos en que precisamente invocamos su asistencia, poniéndole por testigo?

Ademas, los templos son lugares públicos, y el matrimonio debe celebrarse públicamente: de lo contrario se convierten en una verdadera irrision aquellas solemnes palabras con que el ministro sagrado invita á los circunstantes á expresar si hay entre los contrayentes algun impedimento, llamándolos á manifestarlo. ¿No toca al ridículo esta formalidad en el pequeño círculo del novio, novia, padrinos y dos ó tres allegados que sirven por lo regular de testigos, los cuales han sido traidos expresamente para esto? *Segunda y tercera vez os requiero:* dice el sacerdote despues de una corta interrupcion, dirigiéndose á los que se hallan presentes. ¿Y quiénes son estos? Yá lo hemos manifestado: unas cuantas personas elegidas de intento para presenciar la ceremonia, escogiéndolas entre las mas apropósito. ¡Que ese acto tan sério y tan sublime se convierta en una verdadera farsa! ¡Que se haga una comedia de uno de los mas santos y augustos Sacramentos!

Pero basta yá de preámbulo: no mas moralidad, y pasemos á referir sencillamente

el hecho que nos ha sugerido estas reflexiones. Puede ser que la simple enunciacion de ese mismo hecho, surta mejor resultado que todas nuestras declamaciones. Prestadme un momento vuestra atencion.

Celebrábase á puertas cerradas en esta ciudad de Mérida un casamiento: eran las nueve de la noche. Ni un solo vecino se hallaba presente: un compadre y dos parientes de la casa, eran los únicos que autorizaban la ceremonia. Al comenzar ésta habíanse notado á través de los vidrios de una ventana, las opacas y confusas formas de una mujer del pueblo, que desaparecieron rápidamente como una vision, casi al punto mismo de haber sido observadas. Nadie hizo caso de de esa circunstancia, y prosiguió los oficios el sacerdote.

Acababa éste de bendecir á los esposos, y preparábase para regresar á su morada tan silenciosamente como habia venido, despues de felicitar á la familia, cuando se oyeron fuertes y repetidos golpes á la puerta de la calle. Abrióse, porque fué preciso abrirla, y dió paso por sus umbrales á una jóven que entró precipitadamente y en el mayor desórden, seguida de una criada con un niño en los brazos, gritando:

—¿Dónde está D. Angel? No puede casarse con otra D. Angel. Me ha engañado vilmente: es un infame, un mónstruo, un mal caballero. ¿Quién alimentará á su hijo?

¿quién le proporcionará los medios necesarios para una educacion conveniente? Me opongo á este casamiento, señor cura: declaro que hay impedimento para él. ¿Lo entiende V? no es libre D. Angel.

—Pero, señora, yá no hay remedio....

—¿Cómo que no hay remedio? ¿Y mi honor, y mi hijo, y mis derechos? Las leyes mé protegen.

—El matrimonio ha tenido efecto, y el que V. alega no es impedimento dirimente.

—Mas aquí está el falso, el infiel, el perjuro: (sin oir al párroco y tirando de D. Angel que procuraba ocultarse detras de una cortina) ¿no acabas de cenar conmigo? ¿no me protestaste que era falsa la voz que corria de tu casamiento? ¿no te despediste de mí prodigando caricias á nuestro hijo? ¿no me ofreciste que pronto legitimaria la iglesia nuestro enlace? Pero hice que te siguieran las pasos, y te cogí, malvado.

—Señora, en nombre de Dios.... por lo mas sagrado del ministerio sacerdotal que ejerzo....

—Vamos: ¿qué esperais? Apagad esas luces y recogeos. D. Angel se retira conmigo, y tened entendido que sabré castigar su perfidia. Adios, pues: buenas noches. Dios guarde á V., señor cura. Buenas noches, buenas noches.

Sucedió á esta escena un silencio profundo que duró algunos momentos, al cabo de

los cuales el sacerdote volvió á decir á la infeliz mujer:

—¡Señora, D. Angel está casado!

—¡Casado! ¡Casado dice V.!

Y sus ojos quedaron como inmóviles, sin viveza, sin animacion, fijos siempre en un solo punto. Aparecieron en aquellos instantes mas dilatados que lo que ántes eran, y estaban saltados cual si fuesen á salirse de sus órbitas. Mas como aún tenia asido á D. Angel, se acercó á la pobre mujer la recien casada, y tocándole suavemente el hombro derecho, le dijo con solemnidad:

—¿Dónde lleva V. á *mi esposo?* Déjeme en paz con él. Y lo atrajo hácia su lado.

—¡Su esposo! ¡su esposo! exclamó vivamente la interpelada, lanzando un espantoso alarido. Hubo en seguida otra breve pausa, y comenzó á cantar y á bailar y á reir con estrépito.

¡¡¡Estaba loca!!!!

Tambien hemos oido referir que allá en tiempos muy remotos, una partera evitó un incesto horrible, porque habiendo asistido á misa de diez en su parroquia, oyó proclamar el matrimonio de cierto caballero con una jóven expósita que era hermana suya, lo que constaba á la buena mujer, quien salió sobresaltada del templo, y con suma prudencia, aconsejada por personas sábias y piadosas, dió los pasos convenientes para impedir el enlace bajo pretextos plausibles, hacien-

do tomar al caballero la determinacion de expatriarse. Véase, pues, la utilidad, ó por mejor decir, la necesidad, la indispensabilísima necesidad de las proclamas y de verificarse en los templos los matrimonios.

Otro abuso no menos lamentable y digno de censura que los anteriores, es el de diferir y retardar indefinidamente hasta el lance de la muerte, las velaciones. Estas son una bendicion del vientre de la mujer y de su futura prole, á fin de que conciba y para dignos frutos de santificacion: son la perfeccion del Sacramento, y aun su falta perjudica para los goces civiles, como se sabe. ¿Por qué entónces dejarlas para despues, y ser tan omisos ó negligentes en cumplir ésta formalidad? Otra farsa, otra comedia se suele representar en muchos casos, cuando se vela alguna casada que está para morir, bendiciéndosele un vientre que no puede yá concebir. ¿Qué aplicacion, qué lugar, qué significacion tienen en tal caso las santas expresiones y las sublimes ceremonias del ritual romano?

Reflexionemos sériamente sobre todo esto, y procuremos evitar en lo sucesivo los abusos de que hemos hablado.

Mérida, febrero 1.º de 1849.—*G. C.*

¡HAY BRUJAS!

Mal, Zorrilla, el siglo nuestro
se amolda á tu fantasía.
Si todo es prosa hoy en dia,
¿dónde alimentar el estro
de tu excelsa poesía?
De aquí nace la aversion
á las presentes Calendas,
y á uno y otro cronicon
demandar la inspiracion
de tus famosas leyendas.
En este pueblo mestizo
¿quién es yá español castizo?
¿Adónde fué nuestra honrilla
negra ó blanca? Qué se hizo
de la sesuda Castilla?
Dió nuestra fé en un abismo
con el inmenso contagio
del moderno escepticismo;
y nuestro rey es el *agio*,
nuestro Dios el egoismo.
Sin embargo, ¡cosa extraña!
aún hay brujas en España.
¡Te admiras! Sí tal, y muchas;
y verás que no es patraña
si con atencion me escuchas.

Si el *untarse* es condicion
de brujas, *sine qua non*,
la que con minio y calostro
y drogas de Sanahuja
adoba el pálido rostro,
es una bruja.

La [illegible] maravillosa
que, á título de prendera,
miéntras con una sortija
la bolsa á la madre estruja,
con otra pierde á la hija,
es una bruja.

Vieja de largos colmillos
que diz que vende palillos
á la vera del portal
donde astrosa se rebuja,
ten por regla general
que es una bruja.

¡Maruja en el ministerio
cada dia!... Aquí hay misterio.
Cuando así mata sus ocios,
una de dos, ó Maruja
es agente de negocios,
ó es una bruja.

Y si bruja y *hechicera*
todo es uno, ¿qué es Glicera,
cuyo rostro, dulce Edem
donde el amor se dibuja,
hechiza á cuantos la ven?
Es una bruja.

No obstante su jubileo,
su rosario y su *Laus Deo*,
y su carita gazmoña,
y su mirada cartuja,
doña.... (me quedo en el doña)
es una bruja.

Y cuando miento favores,
por gozarse en sus dolores,
á Juan, á Pedro y á Andres,
¿qué es en resúmen Catuja
coqueteando con los tres?
es una bruja.

Esa que en el parlamento
toma la primera, asiento,
y en vez de espumar el caldo
ó de aplicarse á la aguja,
lee el *Clamor* y el *Heraldo*,
es una bruja.

Esa comadre de todas
que así en duelos como en bodas
se encuentra, y con várias artes
aquí rie y allá puja....
y merienda en todas partes,
es una bruja.

Y aunque las haya muy santas,
cual la mia y unas cuantas,
diré, para que esto acabe
con una verdad que cruja:
cada suegra (yá se sabe)
es una bruja.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL NO DISIMULADO.

Por mas desapacible y duro que sea un no redondo, expreso y terminante, es cien

veces preferible al *no* disimulado, ésto es, al que va escondido tras de un *pero*, despues de frases dulces, lisonjeras y llenas de esperanza.

¿Por qué Carlitos está de *spleen* perpétuo? ¿Por qué se marchita y se consume, y maldice su estrella y el dia fatal que entró en el mundo? ¿Le desairó Juanita diciéndole categóricamente: no quiero ó no puedo corresponder á la pasion de V? Todo al contrario. Carlitos (le dijo al declararle aquel su atrevido pensamiento), el mérito de V. es incuestionable, y yo ni soy de mármol, ni de bronce, ni de piedra berroqueña. Siento dentro de mí, desde que conozco á V., una cosa que no puedo explicar; una cosa que me inclina á no pensar mas que en V.; una cosa, Carlitos.....pero.... mas adelante, dentro de quince dias contestaré á V. decididamente, y miéntras tanto viva V. sin temor, sin cuidado alguno, sin el menor recelo.

El lector se figurará perfectamente, si es enamorado, con qué ánsias correria Cárlos á casa de su amada el dia que se cumplió el plazo, y cómo quedaria al oir de su boca: *„Cárlos, lo que es por mí..... ya..... lo siento mucho; mas..... francamente, no pienso en casarme todavía.“*

No reniega D. Fulgencio ni maldice á los hombres porque al salir á buscar un amigo que le sacase de un apuro, le hubiesen negado todos su dinero, sino porque uno le dé

jo: *D. Fulgencio, está corriente, pero.... vuelva V. mañana*, y al volver al otro dia: *hombre, no me ha pagado D. Pedro la cuenta que debia pagarme hoy, y en casa no tengo ni una chica, pero vuelva V. mañana;* y volviendo el pobre D. Fulgencio de mañana en mañana, le dijo en una, por fin, su gran amigo: *imposible, D. Fulgencio; es cierto que D. Pedro me pagó, pero tengo que entregar ahora mismo el importe de unos sacos que compré para la Habana: otra vez, D. Fulgencio, otra vez será.*

Un condiscípulo suyo y antiguo camarada, al que acudió tambien en este lance, le dijo así: *„sí, Fulgencio, nada, te puede negar mi amistad: cuenta con ello, pero.... aquí en la calle no puede ser: llégate á mi casa á las tres, y es cosa hecha: cuidado como ocupai á otro, porque me ofenderás con eso.* A las tres en punto se aparece D. Fulgencio en la casa de su amigo, con la seguridad que puede dar una promesa de esa especie, y su amigo le dice: *Fulgencio, acabo de pagar una letra, girada á la vista contra mí, y para completar su valor tuve que tomar dinero al rédito: ¡por cierto que me cuesta al tres por ciento!—Sí, pero tu dependiente entra con dinero ahora.—Es verdad, pero..... ¿Si vieras lo que me pasa? En este momento tengo que mandar á Sisal con los carreteros que salen, una suma que me es indispensable poner allá, y con lo que trae el dependiente apénas po-*

diré reunir la mitad. Si no fuera por mis apuros..... pero otra vez, Fulgencio, otra vez quedarás completamente servido.

Conozco un sugeto que se ha vuelto loco, no porque le negasen en Méjico el ascenso que esperaba en su carrera, sino porque despues de haberle asegurado sus agentes, y hasta el ministro mismo, que era cosa muy justa y que no podia negársele, pero que era preciso que esperase la aprobacion de los presupuestos de este año en el congreso; se encontró, despues de esperar un año por su ascenso, con esta resolucion en la instancia que habia hecho: „no ha lugar."

Yo apuesto que mas de cuatro lectores de este artículo, que confiados en el sentido aparente de las usuales frases *cuente V. con ello: pierda V. cuidado: es cosa hecha*, se han dado cincuenta veces por servidos al arrimarse al prójimo, se habrán quedado cuarenta y nueve con tamaña boca abierta al palpar lo contrario. Yo estoy tan escarmentado, y me he vuelto tan incrédulo, que si el director de la *Miscelánea* al llevarle este articulillo me llega á decir: *está bueno: me gusta mucho: lo publicarémos; pero.... venga V. mañana*, yá sé lo que he de esperar y lo que ha de suceder tarde ó temprano.

Mérida 1.° de febrero de 1849.

D. Gil de las Calzas Verdes.

UNA POETISA.

La Sra. Da. Robustiana Armiño es natural de Gijon, en el principado de Asturias, de edad de 22 años poco mas ó menos, y una de las mujeres mas instruidas de España: reune, ademas, la circunstancia de poseer varios idiomas con perfeccion, los mas de ellos adquiridos sin maestros y por pura aficion. Es hija de D. Buenaventura Armiño, profesor de farmacia. Se casó hace apénas seis meses con un doctor en medicina y cirugía de la misma ciudad de Gijon. Es tambien excelente cazadora, y monta muy bien á caballo. Al publicar una poesía suya, no estarán de mas estas ligeras noticias biográficas que nos ha suministrado un amigo que ha conocido y tratado muy de cerca á la jóven poetisa.

Mérida, febrero 2 de 1849.—*G. C.*

A LA MEMORIA

DEL POETA D. JOSE ESPRONCEDA.

En vano busco en tu agitada frente
Ese rayo de luz que me halagaba,
Esa sonrisa hermosa que calmaba
Mi tormento mental.
En vano ante el Eterno prosternada
Con moribunda voz ruego de hinojos,
Pues yá no se desliza ante mis ojos
Tu figura ideal.

Rugió la tempestad fuerte y sombría
Arrancando los rizos de tu frente,
Y un gemido exhaló tu pecho ardiente
Que tus hermosos labios arrugó. . . . .
Robó á tus flores el azul del cielo,
Quemó tus alas de querub hermoso,
Y al contacto de un féretro espantoso
Tus palmas y tus lauros marchitó.

¡Oh! ¿te acuerdas ahora de aquel tiempo
En que ufano tal vez de tu tesoro,
Pulsaste con placer la lira de oro
Desafiando el porvenir fatal?
¿En que besaba el céfiro tu frente?
¿En que animaba el sol tu poesía,
Y yá tu inspiracion era sombría
Como el eco de un canto funeral?

El genio de la gloria era tu vida,
Esa pasion que el corazon seduce,
Por la que el hombre su pesar olvida
A la idea de un culto y un laurel;
Mas despertó tu espíritu gigante
De la ilusion falaz que le mecia,
Y halló en vez de laurel, la tumba fria.
. . . .¡El cáliz de la gloria. . . . era de hiel!

Que tu mente adormecida
Por mil ensueños de flores,
Bebió inspiracion y vida,
Creyendo tu sien ceñida
Por mil rayos de colores.

Y esa luz que te halagaba,
Era un ligero vapor,

Era el iris que pasaba
Y en tu frente reflejaba
Su caprichoso color.

Duerme.... porque si has perdido
Del mundo las ilusiones,
Aún aman mil corazones
El acento dolorido
De tus lúgubres canciones.

Y de las ebúrneas manos
De alguna mujer hermosa,
Se deslizará en tu losa
Una corona tal vez,
Que vegetando al impulso
De sus perdidos amores,
Reproduzca en lindas flores
Los esmaltes de su tez.

Y esa aureola viviente
Consagrada á tu memoria,
Será tu idea de gloria,
Tu sol de inmortalidad:
Que las fútiles coronas,
Que el mundo cede á la ciencia,
Son de efímera existencia....
No así la de la amistad.

Y cuando de la noche en el silencio,
A ofrecer vaya yo triste plegaria,
Ostentará tu tumba solitaria
Sus guirnaldas de nieve y arrebol,
Que doblarán su delicado cuello
Cual tú lo hiciste en juventud florida,

Cuando prestando al mundo nueva vida,
Tu olvidado sepulcro bañe el sol.

ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

VENECIA.

DEL ESTABLECIMIENTO DEL TRIBUNAL DE LOS DIEZ.

Reinando Justiniano, y hácia los años de 697, se formó en las cercanías de Ravena, en Italia, una república que surgiendo, por decirlo así, en las lagunas del Adriático, debia de extender con el tiempo su comercio á Europa, al Asia y al Africa. Las 72 islas que componen el estado marítimo de Venecia, fuéron en un principio el asilo mas seguro que encontraron los que huian de los ostrogodos y lombardos. Cada una de estas islas formaba una república regida por sus tribunos. Los diferentes choques que tuvieron que sostener para defenderse de los lombardos, los obligaron á confederarse y reunirse en un solo cuerpo de estado, para resistir de este modo con mas eficacia al enemigo comun. Entónces fué cuando los obispos, el clero, los tribunos, los nobles y el pueblo en una asamblea pública, eligieron por primer duque ó dux á Paulo Lúcas, conocido vulgarmente por Paulucio. Le conce-

dieron la autoridad necesaria para convocar el consejo, nombrar los tribunos de la milicia y los jueces civiles, y presidir á la administracion pública.

Bajo esta especie de gobierno y bajo el influjo de la invasion, se rigió la república, cuyo amor á la riqueza le hacia cada dia desear mas y mas el extender sus relaciones comerciales. No cesaba Venecia de llamar la atencion de todos los príncipes de la península de Italia, por sus grandes proyectos marítimos, que yá empezaban á hacer mirar como una potencia formidable. Este mismo poder le suscitó enemigos exteriores, entre los que se distingue en primer lugar, la república de Génova, cuyas rivalidades con la de Venecia fuéron cuna de mil guerras sangrientas. En cuanto á las revoluciones que sufrió Venecia en su interior, basta recordar que de los cincuenta primeros duxes, abdicaron cinco, fuéron depuestos nueve, sacados los ojos y desterrados cinco, y asesinados en várias conmociones otros cinco.

Considerado, pues, el poder marítimo de Venecia, no se extrañará que los cruzados franceses le pidiesen, en 1201, una flota para transportar su ejército á la tierra santa. Componíase este ejército de 20.000 infantes y 10.000 caballos, cuyo inmenso número exigia el que la república no pudiese suministrar el número de bajeles necesarios para su transporte, sin declararse por este mismo hecho

allada de los cruzados. La república supo sacar todo el partido posible, como hábil comerciante, de esta circunstancia y de la impaciencia en que estaban los cruzados animados para cumplir su voto.

Era entónces dux de Venecia Enrique Dandolo, anciano de 94 años y casi ciego. No quiso éste aventurar una empresa tan incierta, sin contar ántes con el pueblo veneciano: con este objeto mandó celebrar y celebró los oficios divinos, é hizo comparecer ante la turba inmensa que llenaba la plaza é iglesia de S. Márcos, á los diputados franceses. Godofredo de Ville-Hardouin, que ha escrito la historia de esta expedicion, arengó al pueblo, y despues de haber acabado su discurso, se echaron él y sus compañeros á los piés del dux, pidiéndole con las lágrimas en los ojos, que les concediese su demanda. Al verlos así el dux y todos los circunstantes, exclamaron á la vez: *¡concedida! concedida!*

Tal era el poder de esta república y tantas las colonias que adquirió desde este tiempo, que pensó sériamente el pueblo abandonar á Venecia y trasladar el gobierno á una de sus posesiones. Esta idea, que tal vez fué concebida por imitar á Constantino, encontró muchos partidarios. Reunido el pueblo, se puso á votacion el abandonar la ciudad; y la opinion contraria, es decir, la que se oponia á la traslacion, ganó el escrutínio

por un solo voto, al que por este hecho se le llamó el voto de Dios. ¡Cuán solemnes debieron ser los debates, de cuyos resultados pendia el abandono de la antigua patria!

Entre las diferentes guerras que sostuvo Venecia, fué una de las mas encarnizadas la que hizo á Génova en el reinado del dux Ceno. Duró once años, y en el de 1256, en que estalló, empezaron á hacer ver estos dos pueblos al mundo entero, cuál es el encarnizamiento con que se combaten dos pueblos cuando les anima el furor que engendran las rivalidades del comercio. Génova, lo mismo que Venecia, sacaba toda su fuerza de la navegacion, pues apénas se extendia á algunas leguas su territorio. Esta navegacion tenia por objeto el ir al Asia á cargar mercancías para transportarlas á Europa. Como en aquella época aún no se conocia la brújula, estaban cerradas, por decirlo así, las puertas del vasto océano, y solo costeando navegaban los bajeles, navegacion cuyos peligros crecian de dia en dia con esta guerra. En vano se interpuso toda la cristiandad entre estas dos repúblicas, para que cesasen en sus querellas; todos los esfuerzos reunidos consiguieron tan solo el que se celebrasen treguas de pocos años. Es tan interesante todo lo que tiene relacion con este pueblo, que no nos parece fuera de propósito detenernos algun tanto en los detalles de su administracion interior.

Habia ejercido el pueblo el derecho de elegir el dux durante los seis primeros siglos de la república; pero en el año de 1173 lo delegó en once electores. Cinco años despues se volvió á mudar de sistema, quedando á cargo del consejo supremo el nombrar cuatro comisarios, de los que cada uno designaba diez electores. Tal era el órden existente en 1249, en que murió Ceno. Prolijo seria hacer una minuciosa descripcion del método de eleccion que en lo sucesivo se siguió: baste decir que ántes de quedar el número definitivo de electores que elegian al dux, habia una porcion de sorteos y de elecciones.

Reunidos, por último, los electores *definitivos*, elegian tres presidentes llamados *priori*: elegidos éstos, pedian tres secretarios que se encerraban tambien. Es de advertir que estos electores definitivos, desde el momento de su eleccion quedaban encerrados en una sala, de la que no salian hasta haber elegido dux. Eran tratados espléndidamente á costa de la república, miéntras permanecian en esta situacion; pero les estaba prohibida toda comunicacion con el exterior, para lo que los vigilaban con la mayor escrupulosidad.

Constituida de este modo la asamblea, eran llamados por órden de edad á la mesa de los *priori:* en ella escribia cada uno, de su propio puño, el nombre de aquel que e-

legia para dux, y echaba la papeleta en una urna. Dos condiciones se exigian para poder ser candidato: primera, ser miembro del gran consejo: segunda, tener mas de treinta años.

Despues de haber contado los billetes, sacaba uno á la suerte el secretario, y leia el nombre que en él estaba escrito. Oido éste, todos los electores podian hacer libremente cuantas observaciones creyesen oportunas acerca del candidato propuesto. Cuando el nombre salido de la urna era el de alguno de los electores presentes, pasaba éste á un gabinete separado, para dejar el campo libre á las acusaciones ú objeciones que se le hiciesen. Despues de haber oido la asamblea cuanto en contra de él se habia expuesto, volvia á presentarse, y uno de los *priori* le hacia relacion de cuanto se habia dicho, callando el nombre del acusador, y el acusado á su vez exponia cuanto creia oportuno para justificarse.

Finalizada esta informacion de todos los nombres contenidos en la urna, se procedia á la votacion por medio de dos urnas, destinada la una para los votos de aprobacion y la otra para los negativos: así que reunia veinticinco votos uno de los candidatos, el *priori* declaraba consumada la eleccion.

Tal es en resúmen el método de eleccion, que tan diversamente ha sido considerado. Los unos han encontrado en él un modelo

de sagacidad y de prudencia; los otros una aglomeracion de ruedas, cuyo movimiento era imposible encaminar á los resultados que el bien del pais exigia. Pero todos han convenido en que estos trámites tan metódicos, tan lentos, solo pueden convenir á un pueblo grave.

Como la aristocracia veneciana temió que con el tiempo llegase tal vez el caso de hacer una mala eleccion, adoptó el medio mas seguro para evitarse arrepentimientos tardíos, y fué el de disminuir insensiblemente la autoridad del dux. Siguiendo constantemente esta política, el consejo supremo se habia apropiado poco á poco la mayor parte del poder: no contento con este aumento gradual de su autoridad, aspiraba á aumentarla mas y mas: ayudábale para la consecucion de sus miras el dux Jacobo Gradenigo. Tres patricios, Marco Querini, Badouer y Baciconte Tiépolo, conspiraron contra él. Fácilmente lograron comprometer en sus proyectos á varios ciudadanos, y una porcion de esos hombres, que abundan en todos los tiempos y en todos los paises, que por amor á la novedad entran en cuantas conspiraciones se les presentan, por descabelladas que sean. El dia 15 de junio de 1310 era el señalado para la ejecucion del plan. El 14 salió Badouer para Pádua, para reunir los parciales que esperábanle, y caer de improviso sobre Venecia durante la noche: todos

los que tenian parte en la conspiracion, se introdujeron disimuladamente en las casas en que yá de antemano estaban prevenidas las armas. Era muy entrada la noche. Las tropas de los conjurados emprendieron la marcha ántes del amanecer, y llegaron á la plaza de *Rialto*, cerca del puente. En ella esperaron á que saliese de su palacio, Querini. A poco rato se presenta éste acompañado de Tiépolo. Los principales jefes de la empresa recorren las filas, procurando exaltar la imaginacion de sus cómplices con la imágen de todo lo que mas poderío tiene en el corazon del hombre: *la gloria, la patria &c.*

Una de las tempestades tan frecuentes en Italia en el mes de junio, retardó aquella noche los primeros albores de la mañana tan impacientemente esperados. Los truenos, la lluvia y la oscuridad produjeron alguna confusion entre los conjurados. Sin embargo, atacaron algunos puntos aislados y dieron fuego al archivo de un tribunal. A pesar de lo recio de la tempestad se pusieron en marcha. Tiépolo mandaba una division. Querini se puso á la cabeza de otra, y entró el primero en la plaza de S. Márcos. Pero ¡cuál fué su admiracion al verla llena de gente armada, que no era la que Badouer debia conducir desde Pádua!

El dux Gradenigo mandaba en persona aquellos hombres de armas. Se trabó el

combate con el mayor encarnizamiento, y despues de disputada pertinazmente la victoria, fuéron derrotados los conjurados á pesar de haber llegado Badouer. Querini fué encontrado entre los muertos: Tiépolo pudo huir: Badouer, mal servido de los suyos, fué cogido y condenado á muerte. Tal fué el resultado de una conspiracion que el espíritu dominante y la tendencia al poder del supremo consejo, habian excitado.

Fué uno de los inmediatos resultados de este movimiento, el del famoso tribunal de los Diez, á quien se encomendó el grave cargo de velar sobre la seguridad del estado, armándole de todos los medios de fuerza y de rigor para cumplir con su instituto. Se le dispensó asimismo de todas las fórmulas legales, y se le absolvió de toda responsabilidad. Cierto es que no debia durar sino diez dias; pero se prorogó por otros diez, despues por veinte, y en seguida por dos meses, y así sucesivamente hasta un año; al cabo del cual se hizo confirmar por cinco años, como si Venecia tuviese que temer nuevas conspiraciones cada dia. Transcurridos estos cinco años, conoció que habia adquirido bastante fuerza para prorogarse á sí mismo por otros diez, hasta que por último, fué declarada perpétua esta terrible magistratura en 1335.

Cuantos esfuerzos habia hecho para prorogarse, conseguida la perpetuidad los di-

rigió este tribunal á ampliar sus atribuciones. Instituido tan solo para conocer en los crímenes de estado, se apoderó tambien de la administracion bajo pretexto de velar por la seguridad de la república, entrometiéndose igualmente en el nombramiento de los empleados, en las cuestiones de paz y de guerra, dispuso de la hacienda, celebró tratados con las potencias extranjeras y se abrogó el poder soberano, pues hasta impuso contribuciones, decretó confiscaciones y derogó las determinaciones del consejo supremo, llegando su poder hasta destituir á un dux nombrado segun los usos y leyes del pais.

En el año de 1454 creó este tribunal otro dentro de sí mismo, mas terrible todavía, instituyendo el de los tres inquisidores del estado, que acabó por someter la autoridad de los otros siete miembros á un despotismo que no tiene igual en la historia.

Tal era la necesidad que aquellos magnates tenian de subdividir al infinito la accion de la arbitrariedad mas sutil, que dos de los tres elegidos de los diez, podian espiar, denunciar, condenar y dar la muerte al tercer cólega, si éste, mas perspicaz, no se habia adelantado á precaver la sentencia, mandando prender á uno de sus denunciadores.

Toda la sutileza metafísica veneciana, no pudo prever el paso en que de los tres in-

quisidores, el uno fuese débil y los otros malvados. Cada uno de estos dos últimos podia, en este caso, obtener el consentimiento del débil, y entónces el dux tenia que firmar dos sentencias de muerte, y el verdugo decapitar á dos jueces, cuyas órdenes, alternativamente, se veia obligado á obedecer. Tal es el famoso tribunal, y tal el gobierno de una república que por tantos años fué dueña de los mares y del comercio de Europa, Asia y Africa.

TODO EL AÑO HAY CARNAVAL.

Asegúrase que estamos ahora en dias de *carnaval*, y que las gentes andan locas trocando á cada paso de vestido, presentándose en público diferentes de lo que son, con una voz que no tienen, con gestos y ademanes que no son los suyos propios, y, en fin, yá lo dijimos ántes, con signos y síntomas y propiedades de carecer absolutamente de cordura. A esto, pues, llaman *carnaval;* pero se incurre en un error grosero, en una grave equivocacion, en una impropiedad notoria, porque mas bien ahora está cada uno en su lugar, ahora se hallan todos con juicio, ahora reina la ingenuidad en el mundo, no hay

simulacion, no hay engaño, no se vende una cosa por otra; resultando por consiguiente que ahora es cuando hay seso, y *todo el año carnaval.*

¿Qué somos en lo general sino unos nécios, unos locos, unos hipócritas y unos embusteros? ¿Y así se cree que estamos en *carnaval* cuando obramos sin tino y sin cordura, ostentando ser lo que no somos, y engañando acá y acullá á diestro y á siniestro? ¡Vaya una simpleza! ¡Decirse *carnaval* al estar cada uno en su cuerda! En todo el discurso del año, cuando nos ostentamos graves, sérios, justos, agradecidos, humanos, afables, eruditos, amantes del órden, solícitos en el cumplimiento de nuestros deberes, patriotas, desinteresados &c., &c., &c.; entónces es cuando real y verdaderamente *jugamos al carnaval,* por mas que se opine de otro modo. Pero nada: ¡si hemos de cambiar siempre el nombre á las cosas! No lo dudeis, amigos lectores; *todo el año hay carnaval.*

¿Veis ese rico heredero que anda vestido de luto, y suspira, y finge que siente la muerte del que le instituyó por tal en su testamento, encareciendo la falta que le hace y elogiando sin cesar su piedad y su buen corazon? Pues ese heredero *está jugando carnaval.*

¿Veis ese comerciante que ha hecho escribir con letras gordas en el dintel de su puerta las voces: *precios fijos, bueno y ba-*

rato, y que á cada comprador le dice: *á V. no mas se lo doy á ese precio, pero no lo cuente á nadie*, y otras cosas por el estilo? Pues ese comerciante *está jugando carnaval.*

¿Veis esa casada que besa y mima y se muestra tan zalamera con su marido en el baile, en el paseo y en las tertulias, cuando todos saben que le es infiel, y que tiene no uno sino varios queridos, á quienes tambien engaña con su refinada coquetería? Pues esa casada *está jugando carnaval.*

¿Veis ese marido que obsequia tanto á su mujer, y compra para ella todos los dias prendas y vestidos nuevos, iguales tal vez á los que compra para su dama? Pues ese marido *está jugando carnaval.*

Juegan carnaval, el médico que al recibir la compensacion de las visitas que ha hecho, retira la mano: el abogado que dice á su cliente que tiene justicia y que las leyes le favorecen, aunque no sea cierto: el boticario que anuncia que sus drogas son frescas: el notario público cuando al abrir un testamento ante el cadáver corrupto y pestífero del testador, certifica que *al parecer está muerto:* el empleado de cualquier ramo y categoría al jurar el buen desempeño de su destino: el periodista cuando llama al público *ilustrado* y *respetables* á sus suscritores por adularlos; y, en fin, la niña gazmoña y mogigata que tiene á pares los novios.

¿Qué es el hipócrita sino un contínuo

jugador de carnaval? Lo mismo es el gobernante que dice que se interesa por el bien de su pueblo, y el pueblo al afirmar que estima á su gobernante. *Jugadores de carnaval* son los jueces que se suponen rectos é imparciales: los padres y madres de familia cuando se jactan de tener bien educados á sus hijos y domésticos: los hijos y domésticos que se precian de sumisos y obedientes: los impresores, los libreros, los retratistas, y, en una palabra, todos los artistas y menestrales que al abrir sus establecimientos aseguran que lo hacen por servir al público.

Los cómicos, operistas y bailarines al anunciar sus beneficios: los maestros al presentar sus alumnos á exámen: los militares al referir el resultado de una accion de guerra: los guardas al aprehender y al dejar pasar contrabandos: los ricos al decir que están pobres: los pobres al aparentar que están ricos: el viejo al encubrir su edad: el jóven al querer ser tenido por hombre hecho para figurar en la sociedad; todos estos *se hallan jugando carnaval.* Pero los mayores y mas intolerables *jugadores de carnaval* que conocemos, son los que escriben biografías, epitafios y necrologías. ¿Y qué prueban cuantos tipos hemos citado? Yá lo dijimos: que *todo el año hay carnaval.*

Leed ese oficio de un funcionario público á otro, promoviendo una cuestion odiosa bajo

todos aspectos, ó suscitando una ágria competencia de jurisdiccion: ¿cómo termina? „Ofrezco á V. mi respeto y las seguridades de mi mayor estimacion." *Carnaval.*

Pasad la vista por esa carta particular injuriosa y depresiva, en que Juan cobra á Pedro cierta cantidad de pesos: ¿cómo acaba? „Su mas afecto amigo y seguro servidor Q. S. M. B." *Carnaval y puro carnaval.*

„Servidor de V.: beso á V. la mano: á los pies de V., señorita: estrechémonos: lo que á V. se le ofrezca." Voces y frases de *carnaval.*

„Dice la señora Da. Timotea que yá la tiene V. á su lado: que se complace sobremanera en contar con tan buena vecindad; y que V. se sirva ocuparla en cuanto guste y la considere útil." Costumbre y fórmula de *carnaval.*

„Que V. los tenga muy felices: acompaño a V. en el sentimiento: ¡qué criatura tan grande y tan hermosa y tan parecida á su padre!" Expresiones de *carnaval.*

¿No es costumbre pintarse el rostro, pecho y brazos, y usar cosméticos y aguas olorosas en los dias llamados impropiamente de *carnaval?* Pues lo mismo se hace todo el año.

¿No es costumbre llevar nalgas y pechos falsos, y desfigurarse el pié y la cintura en esos dias? Pues lo mismo se ejecuta todo el año.

¿No es costumbre gastar peluca en esos mismos dias? Pues tambien la gastan muchos todo el año.

¿No es costumbre ponerse máscara en los dias que han dado todos en llamar de *carnaval*, resultando las personas de dos caras, una propia ó natural y otra fingida ó artificial? Pues tambien se llevan máscaras todo el año, en prueba de lo cual ved la cara que tiene D. Serapio en la calle y la que usa entre su casa: ved la cara que pone un ruin cuando se le confiere un cargo; y ved, sobre todo, la cara con que recibimos á un pobre y á un rico:

—Señor, señor, que tiene V. visita.

—¿Quién es ese majadero que viene á interrumpirme á estas horas? Béstia ¿no te previne que dijeses á todos que no estaba yo en casa?

—Pero, señor, si se coló hasta aquí.

—¿Y quién es el importuno?

—Señor, es aquella infeliz emigrada que llega á demandar un socorro.

—Peor que peor; pero nada: si eres un animal, un pícaro, un canalla.... Hé aquí una *cara*.

—Señor, es el comerciante D. Anselmo que viene á saludar á V.

—¡Ah! esa es otra cosa: que pase adelante. ¡Oh, mi querido Sr. D. Anselmo: ¿tanto bueno por acá? Siéntese V.: aquí, aquí que hay mas fresco y molesta menos el res-

plandor. Dispense V. que le haya hecho aguardar tanto..... Hé aquí una *careta.*

No hay remedio: examínese la cosa como se quiera: reflexiónese bien: discúrrase con crítica; y se hallará que *todo el año hay carnaval.*

Mérida, febrero 5 de 1849.

El Censor Yucateco.

LA CATEDRAL DE MILAN.

En los paises del Norte, el estilo gótico da á los monumentos una apariencia grave y triste, y su interior ofrece espacios inmensos, donde los ecos reproducen el menor ruido, y donde la luz penetra tímida y misteriosa al través de los vidros pintados: todo es allí grande, sublime, misterioso: todo allí invita á la meditacion, al arrepentimiento. No así en los paises del Mediodia, donde la luz penetra brillante en los templos, y sus rayos caen aplomo sobre el mármol, ó juguetean en torno de elegantes columnas, ó se detienen para hacer resaltar el cincel de los bajos relieves; en ellos la religion reina rodeada de toda la pompa, y el alma del cristiano se exalta triunfante. Puede decirse que en los templos del Norte están resonando los salmos del arrepentimiento, y en

los del Mediodia, los himnos de gloria.

Entre todas las iglesias de Italia, ninguna prueba mas la verdad de esta observacion, que la catedral de Milan. Con efecto, despues de la basílica de San Pedro, la iglesia metropolitana del mundo cristiano, no puede citarse otra mas hermosa ni mas rica. El mármol, las estátuas, los metales preciosos, brillan en ella por do quiera, y no bastan muchos dias para hacer un exámen completo de todos los tesoros que encierra.

Lo que ante todo nos asombra es su vasta extension. Tiene 449 piés de largo y 275 de ancho. La altura interior de la cúpula es de 238 piés; y la exterior es de 370. Esta cúpula admirable, una de las mas atrevidas y mas vastas que en el mundo se encuentran, está sostenida por 52 columnas de mármol de 84 piés de alto, y de 24 de circunferencia, es decir, que apénas pueden abrazarlas cuatro hombres.

A vista de esta masa imponente, sostenida en los aires por esa línea de columnas colosales, créese uno transportado al pais de las hadas, y yá no nos admira que los milaneses la llamen la octava maravilla del mundo. ¿Qué son, en efecto, esas pirámides tan celebradas, al lado de la catedral y cúpula de Milan? No son mas que piedras enormes amontonadas á fuerza de brazos y de tiempo, en vez de que, para levantar la octava maravilla, ha sido preciso echar ma-

no de todos los cálculos de la ciencia, de todos los recursos del arte y de todo el poder del genio.

El complemento de esa fábrica gigantesca debia ser obra de siglos, y solo en nuestros dias, cuando Milan fué capital del nuevo reino de Italia, se construyó la fachada, y se adornó el conjunto con esa infinidad de detalles, de estátuas y de bajos relieves que dan al monumento un carácter tan extraño y original. Para apreciar en todas sus partes ese prodigioso trabajo, es menester subir al edificio, y observarlo todo con el esmero con que se examina una coleccion de cuadros. Los bajos relieves de la fachada representan los hechos principales de la historia sagrada. Entrase por cinco puertas, de las cuales la del medio es notable por la dimension colosal de dos columnas de granito que la sostienen, y aparece su inmensa nave noblemente adornada con una doble línea de estátuas.

Desde lo alto de la cúpula, enorme pirámide, especie de montaña de mármol blanco, se goza de un punto de vista admirable. En primer plano, la ciudad, la nueva Paris, con sus soberbios edificios; luego, las llanuras inmensas de la Lombardía que brillan bajo el azul de los cielos, como un océano de un verde esmaltado; y mas allá, las maravillas de los Alpes y de los Apeninos, vistas desde las maravillas de la mano del hombre.

Podrá formarse una idea de la labor, el esmero y el dispendio empleados en la creacion de esta magnífica catedral, por el hecho de haber ocupado mas de cuatrocientos años desde el principio hasta el complemento del edificio. Lo empezó en 1386 Galeazo Visconti, duque de Milan, príncipe celebrado por su régia magnificencia y delicado gusto. Comenzó la ereccion de la espléndida catedral de Milan, en una época acaso la mas favorable para esta clase de empresas, esto es, cuando la universal influencia y poder ilimitado de la corte de Roma hacian á la religion el sentimiento casi exclusivo de la sociedad; principio que ha contribuido siempre mas que ninguno otro á desenvolver y ocupar enteramente las facultades del hombre, produciendo las obras mas perfectas y grandiosas que admiramos en las artes. La devocion pura y santa, prestó su auxilio al entusiasmo de la fé, y aquellas partes de nuestra oscurecida tierra que habian sido hasta entónces guarida de lobos y de zorras, ó cuando mas residencia de bárbaros medio civilizados, se vieron como por encanto, cubiertas de edificios que igualaban en magnificencia las estructuras de la colosal Roma, y aventajaban en efecto cuanto habia producido de bello la clásica Grecia.

Todo, hasta los mas mínimos detalles del interior,. todo en ese admirable monumento concurre á realzar la majestad y el esplen-

dor del conjunto. ¡Lástima que no existan los antiguos vidrios que representaban pasos de ámbos testamentos! parece que se rompieron con la detonacion de los cañonazos que anunciaron la coronacion de Bonaparte, como rey de Italia: se dirá que el conquistador temió no hacer resonar suficientemente el estrépito de su fortuna.

Trabajábase todavía en esa catedral, que está léjos de ser terminada. Solo en el transcurso de siete años hizo construir Bonaparte casi la tercera parte del edificio: su obra se continúa, y el emperador de Austria, ilustrado protector de las artes, consagra anualmente para esa iglesia dos millones de reales. El número de las estátuas de este monumento, cuando estén colocadas todas, ascenderá á cuatro mil quinientas: solo en la fachada principal se cuentan doscientas cincuenta.

UN CANONIGO QUE NO SABIA LATIN.

Nadie ignora en Yucatan que por voto público que hizo la ciudad de Mérida, asistian ántes todos los años á la festividad de la Asuncion de Nuestra Señora que se celebraba en la iglesia parroquial de Izamal, un canónigo y un individuo del cabildo secular.

Un año, el domingo próximo al 15 de agosto, iba yá á comenzar la misa conventual del pueblo de Tixkokob, que cantaba el coad-

jutor de aquella parroquia en razon de que el cura debia predicar, cuando se presentó un mensajero diciendo que se aguardase al señor canónigo D. N.*** que de tránsito para Izamal habia dispuesto cumplir el precepto de la Santa Madre Iglesia, en el referido pueblo de Tixkokob.

Sorprendido el párroco al oir esta nueva, y no creyéndose con la capacidad suficiente para repartir al pueblo el pasto espiritual ante todo un señor canónigo de la Santa Iglesia Catedral de la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Mérida capital de la provincia de Yucatan, mandó que se quitasen los paños del púlpito porque no habria sermon.

Llegó, pues, su señoría al cabo de un corto tiempo, y saliendo á recibirle el cura con el objeto de cumplimentarle, sintióse de repente oprimido por los nervudos brazos del canónigo, (pues todo esto expresa la crónica) quien con la mayor benevolencia y cordialidad del mundo, le decia: „Oh, *amicus, amicus,* servidor de V.: ¡qué placer siento al abrazarle!"

¡*Amicus, amicus!* pensó el párroco instantáneamente: ¡vocativo *amicus!* Pues su señoría es mas negado que yo. Y volviéndose á un sirviente de la iglesia que se hallaba presente, exclamó en voz alta con viveza: „Oye, sacristan: pon los paños del púlpito ahora mismo: hay sermon."

Mérida, febrero 6 de 1849.—*G. C.*

EN EL ULTIMO DIA DEL AÑO DE 1848.

Año fatal, te alejas pavoroso
Cual nube que sembró terror y estrago,
De Dios azote, escándalo del viento
Y que traspone lenta el horizonte
Dejando un rastro lúgubre y sangriento.....
Los dias que abortaste de tu seno
Nos ciñeron cual víboras rabiosas,
En nuestra alma dejando su veneno.
No nos dejas recuerdos de tu vida,
Señales dejas, sí, de nuestra afrenta
Cual de pasado incendio en los hogares,
Y dejas como herencia al pensamiento
Vergüenza, humillacion, remordimiento.
Tu sol desde el Oriente aparecia
Como espectro implacable á presagiarnos
En cada aparicion nuevos baldones,
Y cada sol al pueblo envejecia,
Presa de la invasion y las facciones,
Indigno de gozar la luz del dia.
Tus horas recibió nuestra cabeza
Como ceniza vil, al dispersarse:
Al levantar para gemir el cuello,
Lloramos de dolor: ¡ay! percibimos
En nuestras frentes de ignominia el sello.
¡Providencia, que cuidas al insecto
Que vuela imperceptible; que al gusano
Lecho muelle en el cáliz de la rosa
Le brindas, Dios de amor, y dulce abrigo:

¿No enfrenarás con tu potente mano
Nuestro genio enemigo?
Cansados de dolor nos arrastramos
Cabe la cuna del periodo nuevo
Que abre en Oriente el luminar del dia:
¿Qué veis junto esa cuna?—Miro el rostro
Verdioso de la peste destructora,
Miro disolucion. . . . miro anarquía. . . .
. . . . . .
. . . . . .

Henos, Señor, en el oscuro fondo
De nuestra honda miseria: ¿qué es del hombre?
¿Qué es de la eternidad el heredero?
¿Qué es de ese rey que sin cesar se humilla,
Que entre el mísero polvo desparece,
Miéntras el orbe todo se renueva
Y á cada luz ante el Eterno brilla?
Del seno de mi abismo en el quebranto
Te elevo mi plegaria dolorida,
A tí, Dios de mis padres, mi Dios Santo,
Aroma y esperanza de mi vida. . . .
Lenguaje de la carne, idioma inútil
Sobre el que muere místio el pensamiento
Al elevarse á Dios. ¡Cómo quisiera
Hacer palpable al alma el alma mia
En un acento nuevo, misterioso,
Con perfume, con luz, con armonía!
¿Cómo probar tu augusta Omnipotencia
Con el mar, con el sol y el firmamento,
Si todo el universo te es, Dios mio,
Un átomo invisible, una arenilla
Que engendró el lecho del inmenso rio?
¿Cómo elevar la mente á tus misterios,
Si en lo mismo que vemos encontramos

La duda, la ignorancia
Madre soberbia del orgullo impío?
¿Qué es este mundo en medio de millares
De millones de mundos, que saltaron
Como chispas perdidas de una hoguera,
Y fuéron sempiternos luminares
De otros mundos sin fin, do la mirada
De Dios en otros soles reverbera? . . . .
No á tu poder, Señor, alzaré un canto,
A ese poder que el huracan levanta
Cuando se agita la orla de tu manto. . . .
A tu bondad, á tu alta Providencia,
Mi ternura tributa humilde llanto.
¿No es cierto, Dios de amor, que aquí gemimos
Cual ave al ver de tempestad el velo,
Porque en medio al dolor no presentimos
Tras de la nube el esplendor del cielo?
¿Qué, no es cierto que presa de aflicciones
El alma atormentada siempre gime
Por dejar esta carne que la oprime,
Para volar feliz á otras regiones?
¿No es cierto que el dolor como el contento
Son nubes pasajeras, que ó doradas,
O de furor y tempestad preñadas,
Divaga al fin indiferente el viento? . . . .
¡¡*Solo es cierto el dolor!!* Con hondo grito
El infeliz repite en su demencia.
„¿Por qué se nos concede una existencia
Que tenemos que expiar como delito?"
Así exclama el blasfemo,
Su carne atormentada se rebela,
Mientra en mundos sin fin tranquilo vuela,
El himno santo al Hacedor Supremo.
. . . . . .

Piedad, Señor, piedad; tú eres la fuente
De la vida y del bien; tú de quien brota
Como un mar, la ventura indeficiente. . . .
Una gota, Señor, solo una gota
De tu piedad sobre la patria mia.
Sola una luz de gloria y de consuelo
A los que vemos en su seno el dia
Bajo su dulce y apacible cielo.
Tú eres un Dios de amor, no de venganza
Haz que este sol al renovar su giro,
Conducido clemente por tu mano,
Muestre vindicacion, muestre esperanza,
A mi adorado suelo mejicano.

GUILLERMO PRIETO.

Extincion de los Templarios.

El célebre reinado de Felipe IV, llamado *el Hermoso*, hijo y sucesor de Felipe *el Intrépido*, forma época en la historia general de los grandes acontecimientos. De carácter rígido y emprendedor, sostuvo los derechos de su corona contra las exigencias de un papa orgulloso, y excitó guerras terribles entre Inglaterra y Francia, desenvolviendo con el arte de la mas refinada política, el gérmen de encono que debia algun dia desarrollarse entre estas dos poderosas naciones, por razon de intereses comerciales ó de influencia política, alimentando por este medio el genio de destruccion, verdugo de la industria y de las artes, á cuyo poder han su-

cumbido los imperios mas florecientes del mundo, haciendo de sus ricos campos y populosas ciudades un árido esqueleto, en el que los hombres debieran encontrar lecciones y verdades espantosas.

Felipe *el Hermoso*, implacable en sus iras, allá en lo mas retirado de su palacio, resolvió la extincion de los Templarios, órden de religiosos armados, que cubiertos de gloriosas heridas recibidas combatiendo por la patria, y vástagos, la mayor parte, de las mas ilustres familias, habian adquirido tanto prestigio y riquezas, que llegaron á excitar los celos del monarca frances. Un velo misterioso de muerte encubre el colosal proyecto de Felipe (solo Clemente V. lo sabe), miéntras que los Templarios, tranquilos, no ven la tempestad que rueda sobre sus cebezas, y se creen poseer la confianza del monarca que pone en sus manos sumas considerables de su bolsillo particular, en calidad de depósito. ¡Oh política execrable, que con la sonrisa en los labios clavas el aguzado puñal al mismo que haces deslizarse una lágrima de agradecimiento!

Los muchos impuestos y la malversacion que de ellos hacia el gobierno de Felipe, llenó de indignacion al pueblo de Paris, y se deslizó una espantosa escision, de la que supusieron fraguadores á los caballeros del Temple. El rey no desperdició esta coyuntura para llevar á cabo sus sangrientos

planes; al momento se les instruyó un proceso tenebroso, en el que no resultando cómplices en el motin, se presentaron como delatores de los desórdenes mas horribles de aquella órden militar, un caballero de Beziers, llamado Florian, y un tal Noffodei, templario apostatado, ámbos encarcelados por sus crímenes.

Felipe escuchó aquella execrable delacion, y sumió á todos los caballeros en hondos calabozos. ¿Qué visos de verdad pudiera tener el que un cuerpo de guerreros distinguidos por su nobleza y opulencia, hubieran erigido sus vicios en leyes, obligando á los novicios á la mas torpe prostitucion, á renegar de Jesucristo y á adorar un ídolo?..... El horroroso decreto de muerte yá estaba fulminado, y su inocencia no era suficiente para salvarlos. Sus acusadores se retractan, pero en vano; cincuenta y nueve caballeros son arrojados á las llamas, y sus voces suben hasta el cielo, desde el suplicio, declarando su inocencia.

El gran maestre, Jorge de Molai, pide al sanguinario tribunal que se le oiga, ó se le permita nombrar un defensor..... tambien se lo niegan, y el desgraciado, cuando le leen el primer interrogatorio, horrorizado, llama, con la entereza que presta una conciencia tranquila, impostores y asesinos á los cardenales que la habian firmado, y tanto Molai como Gui, hermano del finado Aubernia, pre-

firieron morir en un cadalso á aceptar el perdon que se les ofrecia, si declaraban públicamente culpables á los caballeros, de los delitos que se les imputaban, dejando á la posteridad un nombre cubierto de oprobio.

Sus bienes confiscados, pasaron á los hospitalarios de Jerusalen, luego á los caballeros de Malta, que acababan de arrojar á los turcos de la isla de Rodas. Algunos historiadores aseguran que las miras ambiciosas de Felipe, los condujo al suplicio para apoderarse de las immensas riquezas que poseian, haciéndose señalar cien mil escudos sobre los bienes de la órden, y sesenta mil á su hijo Luis.

Todos los soberanos de Europa siguieron su ejemplo: extinguieron los templarios, aunque sin manchar su historia con tan sangrientas violencias. Los reyes de Castilla y Aragon entregaron los bienes de la órden extinguida á los caballeros de Calatrava; en Italia, en Inglaterra y en Alemania, á los de Rodas; y el de Portugal instituyó en su lugar la de Cristo.

Así acabó aquella órden esclarecida, que tanto figuró por su arrojo, y cuyas riquezas dispertaron el enojo y ambicion del trono.

MI AMANUENSE PROGRESISTA.

Despues de concluir hoy nuestras respectivas tareas mi amanuense y yo, me dijo aquel: ¿Señor, sabe V. que yá me he vuelto progresista?—¡Cómo! le contesté. ¿Se ha filiado V. en las banderas de los liberales exaltados de España?—No, señor, no es eso. Es otra cosa, como verá V. por esta carta que escribí dias pasados á un amigo que tengo en el interior. Oígala V. „Mérida 5 de febrero de 1849. Estimado Tomas: ¿con que tú no ves el decantado progreso de esta época, ni sabes lo que es siquiera? Yo no lo extraño, rozándote solo, como te rozas, con vacas, indios y culebras, porque yo que soy vecino de esta capital, y tengo en ella mas de cuatro amigos y por lo menos tres docenas de compadres, y entro en todas partes y oigo á todo el mundo, no hace mucho tiempo que me hallaba todavía como tú te hallas ahora; pero yá, gracias al impetuoso torrente de las luces del siglo, como dicen los hombres que lo entienden, ó gracias á Dios, como digo yo, yá me voy civilizando. Sí, querido Tomas, yá voy viendo claro, ó no tan turbio como cuando mé quedaba con tamaña boca abierta, sin entender palabra al oir hablar de los progresos ó adelantamientos del dia. „Cierto es que hasta la fecha me parece cuento eso de que

los ferrocarriles acorten la distancia que hay entre los pueblos, lo cual no sé cómo pueda hacerse sino por milagro ó por brujería; que tampoco veo la ventaja que en ahorrar brazos y tiempo han traido las máquinas al mundo; y que es griego para mí tanto descubrimiento químico y tanta perfeccion en otras frioleras de este jaez, de que tanto se habla; pero no hay duda, querido Tomas, que esta es la época del progreso, y yo lo veo, y no solo lo veo, sino lo palpo, como te lo voy á demostrar, con el sano deseo y la cristiana intencion de que vayas soltando el pelo de la dehesa, y haciéndote poco á poco hombre moderno, es decir, hombre ilustrado.

Mira tú si hemos progresado, que yá nadie va en este mundo á la cárcel, ni en el otro al infierno, por exigir un premio enorme sobre el dinero que dé prestado, así sea aquel á la vuelta de pocos meses tan grande ó mayor que el capital mismo; y tan distante estás yá de ser llamado ladron porque aumentes tu peculio con esta industria, que al contrario ella te da si la ejercitas el sobrenombre de vivo, de buen especulador, de hombre sesudo, y en juntando muchos pesos hasta el de honrado. ¿Qué tal, no es un progreso? ¿Y podrás tú comprender siquiera que comprando á 20 y vendiendo á 30, puedan ganarse 50? Pues eso, Tomas, que solo pende de la destreza de las manos y de la sol-

tura de la lengua, se consiguiendo por un cuartillo tres cuartas partes, y por una libra, cuando mas diez onzas, ó haciendo pasar por el néctar que da la vid, cualquiera cosa que tenga mas de palo de Campeche que de uva.

Tal vez habrás oido decir que en otros tiempos, en tiempos anteriores á este de la ilustracion y del progreso, para ser doctor ó licenciado se necesitaba indispensablemente quemarse las cejas estudiando mucho, y esperar para obtener el título años y años; pues ahora, Tomas, ¡qué diferencia! (en esto se ha dado un paso gigantesco) basta con salir de la escuela, saber formar cuatro silogismos, saludar al *Alvárez* de paso, y pedir dispensa de tiempo al congreso, para ser yá todo un licenciado ó un doctor. Mas en esto hay un peligro, y es que si la peste de viruelas llega á penetrar en nuestra clase literaria, puede hacer en ella mas destrozos que un indio salvaje en pueblo que llega á pisar, porque las viruelas, como tú debes saber (pues no pertenecen á los descubrimientos modernos) acometen mas y con mas furia á los imberbes.

¿Te convencerás ahora de que vamos progresando? Creo que sí, y que mas convencido quedarias si de la noche á la mañana te encontrases, como por encanto y sin saber cómo, de representante del pueblo; porque es uno de los mas grandes progresos de la época que alcanzamos, ser uno un Juan Lanas, y verse de repente convertido en pro-

curador ó representante de un pueblo en el congreso, sin que el pueblo haya pensado en ello, y sin que tenga mas conocimiento de su procurador que este del pueblo, que suele ser ninguno ó poca cosa.

Ni vayas á pensar, Tomas, que solo nosotros los yucatecos vamos marchando ó corriendo por la ancha y florida senda del progreso, porque como dice un refran antiguo, que no sé yo que haya perdido la virtud que los refranes tienen, *en todas partes cuecen habas*. En prueba de ello coge los periódicos del dia, recorre las noticias de la culta Europa, y no te encontrarás en ellos, como en otros tiempos, con la guerra de Francia, con la de España ó con la del ingles, sino que juntas encontrarás las guerras que se hacen todas las potencias que la componen, ó las revoluciones que las preparan, ó los movimientos que preceden á las revoluciones. ¿Y esto, Tomas, no es un progreso formidable?

Pero para que veas que el progreso es fruto natural de este siglo, y que así lo hay en las cosas grandes é importantes como en las menudas y pequeñas, monta á caballo y vente á Mérida: recorre todas las calles, asiste á los bailes y á las tertulias y reuniones en que te puedas introducir, y si conoces á una sola mujer, aunque las veas todas y á todas las hayas conocido ántes, te faculto y autorizo para que me llames embustero y

embrollador y lo demas que quieras.

Al llegar á esta parte de mi carta, sé que vas á decir: „¡Qué majadero! cómo no habia de conocer á las que siempre conocí?" Mas á esto te contestaria yo, si te lo oyera decir, y te lo adelanto para cuando llegue el caso, que no conocerias á ninguna absolutamente, pues han progresado tanto en volúmen, que la que ayer era un fideo, hoy abulta mas que una diligencia de doce asientos; y no creas que es broma ni ponderacion, porque mas de cuatro veces al encontrarme en la calle con alguna que venia de frente hácia mí, he tenido que volverme para atras por no hallar espacio suficiente para pasar junto á ella sin ser estrujado por su bulto colosal.

Por último, para que te convenzas de los efectos del progreso general, te aseguro por mi honor (que es como se jura ahora) que este artículo es puramente mio, lo que es, á no caber duda, un progreso terrible, porque un amanuense nunca escribe nada suyo."

Acabada la lectura de la carta, y sin darme tiempo para decir una palabra, se despidió mi amanuense de mí, muy satisfecho de haberme demostrado que yá se iba convirtiendo en hombre de pró, en hombre del dia.

Mérida, febrero 11 de 1849.

D. Gil de las Calzas Verdes.

FIESTAS

AL

DIOS VERDADERO

ANTES DE LA LEY DE GRACIA.

POR EL VIZCONDE WALSH.

Parte primera.

El mas antiguo de todos los dias festivos es el SABADO. Observóse primitivamente en memoria del dia en que Dios descansó despues de la creacion de todo lo que existe.

En memoria del glorioso reposo que el Eterno goza entre los resplandores del cielo, los patriarcas y la ley de Moisés establecieron el descanso religioso del sábado. Despues de la obra de seis dias, Dios, la fuerza, el poder mismo, no tenia necesidad de reposo: la Omnipotencia no se fatiga; pero el hombre caido y débil, condenado al trabajo, se cansa de sus rudas jornadas, y Dios que lo conoce, Dios que ve sus dolores y sus lágrimas, ha querido, por su bondad, que tuviese un dia de descanso.

Así en el sábado hay recuerdo de poder y de bondad.

Jehovah, el Eterno, despues de haber criado el cielo con los astros que resplandecen en él, y los pájaros que vuelan en su inmensidad;

El mar con sus ondas y con sus abismos, con todos los peces que viven en él, y Leviatan que juega en sus profundidades;

La tierra con sus plantas y flores, sus arroyos y rios, sus desiertos y bosques, y todos los animales que se mueven de dia y que ruedan por la noche;

El hombre y la mujer, aquel con su fuerza y majestad, ésta con su belleza y su gracia;

Se detuvo el Criador, y observando los detalles y el conjunto de su inmensa obra, dijo: „Lo que he hecho es bueno," y bendijo el séptimo dia, y lo hizo santo.

La celebracion del sábado debe recordar estas palabras del Altísimo como complemento de la creacion.

La celebracion del sábado debe mostrarnos tambien, que Dios, condenando en su justicia al hombre al trabajo, se compadeció en su bondad de su debilidad, y quiso, desde los primeros tiempos del mundo, que tuviese un dia de reposo.

Y para que este reposo fuese bueno, la religion le ha reunido la oracion, y ha hecho bien, porque en las agitaciones de la vida y en las inquietudes que se levantan con el sol, lo que tranquiliza mas el alma es orar; y decid ¿para que el cuerpo repose mejor,no es preciso tambien que esté reposado el espíritu?

La reja habia apénas abierto algunos surcos en la tierra aún jóven, y el arte de cultivarla no hacia mas que nacer, cuando los patriarcas, primeros patrones de la propiedad y de la agricultura, reposaban el séptimo dia. Entónces, en lugar de templos no tenian, como Abel, sino altares de césped; pero allí oraban y alababan al Señor que humedece la tierra con el rocío del cielo, así como consuela con sus esperanzas á una alma contristada.

Era acaso en estos dias de oracion y de santo descanso, que Dios les hablaba y que los ángeles del cielo venian á conversar con ellos.

Lo que el uso de los patriarcas habia establecido, la ley de Moisés lo consagraba, y la celebracion del sábado era mandamiento divino. Hé aquí el texto de la ley:

Exodo. „Acordaos de santificar el dia del sábado. Trabajaréis seis dias y haréis cuanto tengais de hacer; pero el séptimo dia es el sábado, del Señor vuestro Dios: no haréis en este dia ninguna obra, ni vos, ni vuestro hijo, ni vuestra hija, ni vuestro servidor, ni vuestra criada, ni vuestros animales, ni vuestro huésped, porque el Señor hizo en seis dias el cielo y la tierra y lo que ellos contienen, y descansó el séptimo; bendijo por esto el séptimo dia y lo hizo santo consagrándolo á su servicio."

Ezequiel dice expresamente, que el sábado

y las otras fiestas de Israel son señales que Dios dió á su pueblo para distinguirlo de las demas naciones. *Sabbatha mea dedi ipsis, ut essent signa inter me et ipsos;* y tambien *Sabbatha mea sanctificate ut sint signa inter me et vos.*

En el Exodo se dice „que Dios ha establecido su sábado entre los hijos de Israel, como una señal que les recuerde que el Señor es quien lo santifica. Cualquiera que haya violado el sábado, será castigado de muerte."

„Y en aquellos tiempos, dice el historiador sagrado, miéntras que los hijos de Israel viajaban en el desierto, hé allí que un pobre fué encontrado recogiendo leña seca el dia del sábado."

„Y la multitud se apoderó de él porque transgredia la ley del Señor, y lo condujeron ante Moisés y Araon, diciéndoles: hé aquí este hombre que recogia leña seca el dia del sábado."

„Araon y Moisés lo hicieron poner en prision sin saber con qué pena debian castigarle."

„Pero el Señor dijo á Moisés: Es preciso que sea castigado de muerte: es preciso que el pueblo lo lapide fuera del campo, porque ha transgredido la ley que prohibe trabajar en obra alguna el dia que yo he hecho santo."

„El hombre fué llevado á la campaña, fuera del recinto del campo, y los que lo vieron

recogiendo la leña, tomaron las primeras piedras y se las arrojaron; luego la multitud lanzó contra él en tanto número, que su cuerpo quedó pronto cubierto; y allí, en donde el culpable fué lapidado, sucedió como un montecillo que se mostró largo tiempo despues á los hijos de Israel, para recordarles que el dia del Señor era un dia santo, y que en él no se debia hacer ningun trabajo."

Al ordenar á los hombres un descanso absoluto, una completa ausencia de toda ocupacion del cuerpo, ha de verse el pensamiento del Divino Legislador de los hebreos: el que habia, ántes de hacer las leyes para los hombres, hecho al hombre mismo, sabia que el alma y el cuerpo están ligados tan estrechamente, que si el uno trabaja mucho tiene el otro poco descanso. El trabajo manual dobla al obrero hácia la tierra, y para descansar se necesita mirar al cielo.

Haciendo Dios la ley que ordena santificar el séptimo dia, quiso que el alma, despegada de los cuidados de la vida ordinaria, tuviese momentos en que pudiese tomar en la soledad y el silencio álas para subir hácia él.

Cuando el pensamiento sube hácia el Señor, acercándose á las nubes, se humedece, por decirlo así, de un celeste rocío, y baja entónces de esas alturas con mas fuerzas para soportar el peso de los dias.

La santificacion del sábado no consistia solamente en este descansó que dan el silen-

cio y el retiro; la oracion en comun delante de los altares la constituia mas bien. Llamados los israelitas al tabernáculo ó al templo al son de trompetas, vénian á él el dia del sábado para cantar las alabanzas del Señor y para darle gracias por sus beneficios. El incienso, la mirra y el aloé ardian entónces sobre el altar de los perfumes, y la sangre de los corderillos ofrecidos en holocausto, enrojecia el altar de los sacrificios en que corrian tambien el vino y el aceite, y al que se traian flores y frutos, primicias de las estaciones. El dia del sábado los sacerdotes ponian sobre la mesa de oro nuevos panes de proposicion y quitaban los viejos. Los ministros del templo entraban de semana el dia del sábado, y los que habian servido la semana precedente, salian en aquel dia.

Se celebraba, en fin, el sábado en todo Israel, así como las otras fiestas, de una tarde á otra: comenzaban despues de puesto el sol y acababan á la misma hora. *A vespera usque ad vesperam celebrabitis Sabbatha vestra.*

Estas oraciones hechas en comun delante de los altares y de la pompa de los sacrificios, esos himnos al Señor tan poéticos, cantados por los levitas y acompañados de arpas, cítaras, salterios, timbales y trompetas, debian elevar las almas de aquel pueblo que, á pesar de sus faltas, sus inconstancias y sus crímenes, valia mas que todas las naciones de entónces.

No eran solamente los sacrificios y las oraciones los que santificaban el sábado entre los israelitas; el reposo completo, la ausencia de todo trabajo entraban en la santificacion: *Non facies omne opus in eo*, habia dicho la ley de Dios, y para conformarse á ella han llevado frecuentemente los hebreos la obediencia al extremo.

Desde el tiempo de los Macabeos respetaban de tal modo el sábado, que aun cuando se estuviese en guerra y los enemigos atacasen, no se creia deber ocurrir á las armas para defenderse en aquel dia.

Despues de aquel tiempo heróico, la nacion judía habia perdido un poco de sus escrúpulos; y cuando hacia la guerra no atacaba al enemigo en el dia del Señor, empero sí se defendia.

Cuando el Mesías recorria los campos de la Judea con sus apóstoles y discípulos, los judíos de entónces se escandalizaron de ver á algunos de los que lo seguian, tomar para apaciguar el hambre, espigas de trigo y frotarlas en sus manos para comerlas.

Era cierto llevar el respeto del descanso del sábado bien léjos. Así fué que Jesus dijo á los fariseos que lo reconvenian por esta accion de sus apóstoles, „¿No habeis nunca leido lo que hizo David cuando se halló en necesidad y que tuvo hambre? ¿El y los suyos no entraron á la casa de Dios en tiempo de Abiatar el sacrificador, y se

comieron los panes de proposicion que solo era permitido comer á los sacrificadores, y no dieron tambien á los que iban con ellos? El sábado es hecho para el hombre, y no el hombre es hecho para el sábado, de suerte que el hijo del hombre es aún señor del sábado."

Correspondia á aquel que es la misma sabiduría, explicar á los hombres lo que debia ser el dia de santificacion y descanso; y los judíos, en verdad, tenian necesidad que el *espíritu* viniese á vivificar la *escritura*, porque es difícil comprender hasta qué punto de exageracion habian llegado algunos fariseos en cuanto á la observancia del sábado. Se ve en algunos rabinos que habia entre los judíos quienes llevaban el escrúpulo hasta no pelar ni cocer una manzana, matar un insecto que los picaba, cantar ni tañer un instrumento.

Los samaritanos no encendian fuego en aquel dia, ni se movian en manera alguna si yá no era para ir á la casa del Señor.

El número de pasos que era permitido hacer el dia del reposo de Dios, era fijado; y esta medida de distancia se llamaba el *camino del sábado*. San Lúcas nos enseña que el monte de los Olivos estaba á distancia de Jerusalen lo largo del camino que se puede hacer el sábado. *Subbathi, habens iter*. De Jerusalen al jardin de los Olivos se cuentan seiscientos veintiocinco pa-

sos. Era, pues, este, el espacio que se permitia recorrer en el dia santo.

No tenian los hebreos que celebrar solamente el sábado con oraciones y descanso: celebraban tambien otras fiestas, y cada una de ellas era una conmemoracion de su historia. Su legislador sabia que no hay memoria durable si no se refiere á una idea religiosa. Y todos los aniversarios gloriosos del pueblo de Dios, se celebraban en el recinto del templo y en derredor de los altares. Así la religion, que dura siempre, presta existencia á las cosas humanas que pasan tan de prisa. Esta es la sabiduría.

El año Sabatico, que vénia cada siete años y que estaba destinado entero al descanso, y el año del Jubileo, que se celebraba al cabo de siete veces siete años, se habian establecido para recordar la memoria de la creacion del mundo por estas diferentes especies de sábado, de *séptimo* dia, de *séptimo* año y de *séptima* semana de años.

Estos años eran descansos concedidos á la tierra y á los hombres que la riegan con sus sudores. Durante el año Sabático y el año del Jubileo, se suspendian los trabajos; el arado permanecia inactivo.

Lo que la tierra producia de sí misma pertenecia al primero que se apoderaba de ello. Los frutos que doblaban las ramas con su peso, los racimos de las viñas, las olivas de los plantíos del llano, podian ser

cosechados por los pobres que no poseian u pedacillo de tierra, y que ni aun tenian un manojito de yerba propio de que disponer.

Aquellos que tenian una pobre parte en la vida, se regocijaban con el retorno de estos años establecidos para ellos. Miéntras que duraban éstos, los extranjeros, los huérfanos y los esclavos venian á ser, como los propietarios, dueños absolutos de cuanto la benévola naturaleza hacia brotar.

El año Sabático comenzaba el 1.º de setiembre y acababa en igual dia, de suerte que se podia recoger toda siega, los frutos del *sexto* año, y hacer las siembras para el *octavo*.

Habia Dios ordenado que los esclavos se pondrian en libertad durante el año Sabático, á menos que ellos quisiesen renunciar libremente á su derecho, dejándose horadar una oreja en presencia de los jueces, para manifestar así que se empeñaban en perpétua servidumbre, ó á lo menos hasta el año del Jubileo, que era á ojos de todos el gran año de gracias y libertad.

Este año del Jubileo, tan deseado del pueblo de Dios, y que tornaba á venir cada cuarenta y nueve años como una larga y gozosa fiesta, tenia aun mas prerogativas que el año Sabático. Libertaba aquel aun á los que habian renunciado á su libertad en otra época, y reponia en posesion de sus bienes y de sus herencias á aquellos que se habian

visto reducidos á la necesidad de venderlos ó empeñarlos.

Con la actual civilizacion, semejantes años de gracia, de compadecimiento y de igualdad, serian imposibles. Las partes están hechas á cada uno, y el pobre no tiene delante de sí la esperanza de un séptimo año de descanso y comodidad: nuestros legisladores han pensado mas en los que poseen, que en aquellos que carecen de un rinconcillo de tierra que sembrar. Dios no habia querido que fuese así en su pueblo. En una vida toda de miseria y trabajo, él dispensaba algunos años como para dar paciencia á aquel que no tenia en la tierra ni dicha ni riqueza; concediéndole algunos años, hacia que el pobre aguardase sin irritacion los años eternos que se encuentran del otro lado de la tumba.

Esta tregua dada al trabajo, á la miseria, es de echar menos, porque me persuado que en los años Sabático y del Jubileo se complacia el Criador en hacer la tierra mas fértil que los años ordinarios, regando sobre ella todo mas abundantemente, como prepara un padre de familia un banquete mas grande si aguarda mas hijos á su mesa. Me figuro que nunca se vieron en los verjeles los árboles mas cargados de fruto, ni los viñedos tuvieron mas racimos, que en estos años de propiedad comun. El que alimenta á los polluelos de los pajarillos, el que tiene los

tesoros de la abundancia, gustaba de hacer buenos los años de gracia instituidos para los pobres, los extranjeros, los huérfanos y los esclavos.

La Pascua venia ántes de las otras fiestas. Era este el gran aniversario de la libertad, el dia en que Israel se sustrajo del yugo de Faraon, el dia en que se rompieron los hierros de la esclavitud: así, para manifestar que no se debe permanecer sentado en casa del extranjero, sino que es preciso marchar hácia la comun patria, habia ordenado Dios que los que celebraban la Pascua se tendrian en pié, ceñida la cintura, con sandalias y báculo, como viajeros presurosos de llegar.

La palabra hebrea *Pascha* significa *paso*. Recordaba así á los israelitas su paso de la servidumbre á la independencia: les traia tambien á la memoria el paso del ángel exterminador entre los primeros nacidos de los egipcios, cuando este mensajero de la venganza del Señor, heria con su terrible cuchilla en todas las casas que no estaban señaladas con la sangre del Cordero.

La Pascua se celebraba el catorceno dia del mes *Abib*. Comenzaba la fiesta en *las dos vísperas*, es decir, entre la caida y el ocaso del sol, ó segun nuestra manera de contar, entre las dos y las seis de la tarde.

El quinceno dia principiaba verdaderamente la gran fiesta, que duraba siete dias: era este el tiempo de los regocijos de familia.

Se comia entónces el cordero en comun, y si habia ódios entre los parientes, debian extinguirse con estos banquetes hechos en nombre del Dios que ha dicho: „No dejarás que el sol se ponga sobre el rencor que guardes á tu hermano."

El cordero que se inmolaba para la Pascua debia estar sin defecto, ser macho y nacido el mismo año.

Teñíase con la sangre de este cordero lo alto y lo bajo de la casa, con el fin de que viendo el ángel exterminador esta señal, pasase adelante y no tocase la familia.

Era tal la obligacion de celebrar la Pascua, que si alguno cometia una pequeña negligencia en esto, era condenado á muerte: *Exterminabitur anima illa de populis suis.* Los que habian tenido legítimo impedimento por enfermedad ó viaje, y los que acababan de asistir á funerales, debian transferir la celebracion de la Pascua al segundo mes del año, al catorce del mes *Phiar*, que corresponde á los meses abril y mayo.

Se ve por todos los reglamentos establecidos para la celebracion de esta gran fiesta, cuánta importancia daba el legislador de los hebreos á que guardasen los hijos de Israel un perpétuo recuerdo de su salida de Egipto, y habia gran sabiduría en querer arraigar en el pueblo la memoria de su libertad, porque los israelitas no podrian recordar el yugo quebrantado de Faraon sin acordarse de

todos los prodigios y de todos los beneficios que Dios hizo á sus padres; y la nacion que no olvida lo que la Providencia ha hecho por ella, y que no se hace ingrata, será una nacion digna de estimacion y felicidad; en tanto que aquella que señale sus anales por el amor del cambio y la inconstancia, será compadecida de los pueblos graves, mas no tendrá en su seno sino tumulto, desórden y turbacion.

Cuando los israelitas celebraban religiosamente las fiestas establecidas por Moises; cuando permaneciendo fieles al Dios de sus padres, no iban á danzar ante el becerro de oro, eran felices y potentes; pero, cuando por el amor de la novedad se dejaban llevar por dioses extranjeros que los arrastraban fuera de los senderos trazados por sus leyes, entónces se embriagaban con blandas delicias en fiestas impías, y como Sanson bajo las tijeras de Dalila, perdian su dignidad, su fuerza y su libertad.

Lo que se veia en los tiempos antiguos lo vemos hoy, y el sol va esclareciendo siempre las mismas desgracias, consecuencias de las mismas faltas.

MIRE V. SI ME COMPRENDE.

No hay frase mas comun ni de mas elasticidad que esta y sus semejantes, tomadas

ya en un sentido, ya en otro, á favor ó en contra, unas veces afirmando, otras preguntando, y muchas en tono de admiracion ó de duda. *Me comprende: ¿me comprenderá?: ¡comprenderme á mí!: mire V. si me comprende;* son voces que oimos todos los dias con bastante repeticion en multitud de materias, políticas, económicas, judiciales &c., &c., &c.

Publica el gobierno una resolucion sobre libramiento de vales para el pago de alquileres de casas, en favor de las familias de los militares que se hallan en campaña; y al momento muchos, con solo ser militares, aunque tengan casa propia ó no estén realmente en campaña, comienzan á comentar, interpretar y tergiversar la órden relativa, y exclaman: „*me comprende, me comprende,* no hay cosa mas clara y terminante: ¡Viva el gobierno! ¿quién podrá dudar que tenemos en el dia una administracion la mas justa, sábia y liberal? ¡viva, pues, nuestra actual administracion!"

Manda en seguida el mismo gobierno que se haga una nueva conscripcion para reforzar los cantones ó activar las operaciones de la guerra, y dispone con este motivo que se presenten todos al alistamiento, desde tal á cual edad. „*No me comprende* lo mandado porque ando enfermizo, soy estudiante, pertenezco á otra vecindad;" dicen muchos, y añaden, por supuesto cuando no se les

declara su imaginaria ó injusta excepcion: „¡maldito sea el gobierno! ¡maldita sea la administracion!"

Que se reparen las fortificaciones de la capital por medio de faginas, previene el jefe político, concurriendo todos á esta obra importantísima. „*¿Me comprenderá?*" preguntan un extranjero, un oficial de secretaría y un ordenado *in sacris*, como si el extranjero, el oficial de secretaría y el ordenado *in sacris* estuviesen libres de la barbarie y crueldad de los indios si desgraciadamente llegase el caso de caer en sus manos. „¡Cargue el diablo con el jefe político!"

Que paguen doble su fagina, por via de multa, cuantos no asistieron el dia y á la hora prefijada, ordena despues la propia autoridad; y se procede á hacer efectiva esta nueva disposicion:

—Pague V. la multa, señor mio.

—¡Cómo! ¿Qué dice V.? ¿Y por qué?

—Porque *le comprende.*

—*¡Comprenderme á mí!*

—Sí, señor; *le comprende.*

—Es que no hubo tiempo de que llegase lo prevenido á noticia de todos, porque la concurrencia debió haber sido el 30 á las seis de la mañana, y el *Boletin oficial* en que se insertó esta disposicion, se repartió á las oraciones de la noche de ese mismo dia, es decir, doce horas despues de la señalada para la consabida concurrencia.

—Pero el bando se publicó el 26.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Lo que tenemos es que *le comprende* á V. la multa.

—No, señor; *no me comprende*, porque bastaba el bando ó no bastaba para que todos quedasen obligados: si lo primero, ¿para qué se le dió lugar extemporáneamente en el periódico del gobierno? y si lo segundo, ¿por qué he de haber incurrido en la pena impuesta á los infractores?

—Dejémonos de cuestiones, y pague V. porque *está comprendido*.

—No, señor; no pago porque *no me comprende*.

Vea V. si me comprende esto; vea V. si me comprende aquello: yá se sabe, favorable. *Procure V. que no me comprenda tal cosa:* por supuesto, adversa; porque el interes y el egoismo son la única regla que rige en las diferentes acepciones y modo de conjugar este verbo tan formidable, al menos para nosotros, que en dias pasados tuvimos que absolver un interrogatorio, y en nada estuvo que nos hubiese acometido un mal cuando el juez nos preguntó *si nos comprendian las generales de la ley*. Y no solo esto, pues poco despues nos sucedió otro tanto al leer en el Boletin oficial número 232 un anuncio del Sr. director de las fortificaciones de esta capital que empieza: „Se avisa *á cuantos comprende* el bando de 26 de enero próximo

pasado &c." No sabemos qué tiene para nosotros este verbo, que nos hace temblar las carnes sin poder evitarlo. Hasta hemos dejado de visitar á una persona cuya conversacion es tal que no dice tres palabras sin interrumpirse ella misma preguntando: *¿me comprende V.?*

¡Quién pudiera excusarse de oir pronunciar mas de hoy en adelante la voz *comprender!* ¡Dios nos libre del verbo *comprender!* ¡Maldito sea el verbo *comprender!* *No comprendemos* por qué nos causa el oir esta palabra un terror pánico invencible, sea cual fuese el sentido en que se use.

Mérida, febrero 12 de 1849.

El Censor Yucateco.

LA VUELTA A LA PATRIA.

POR EL MALOGRADO POETA YUCATECO

D. Wenceslao Alpuche.

Mirad, mirad. Allí por donde asoma
Hermoso el sol la brilladora frente,
Y sin cesar derrama
Lluvias de luz que inflaman el Oriente,
Allí está Yucatan: mansion dichosa
Do al granizo no teme ni á la helada,

Al campo desastrosa,
El ágil labrador: mansion amada
De gozo celestial. Allí esta el aire
Que respiré al nacer. ¡Dios poderoso!
Salta mi corazon, mis miembros tiemblan,
Mi espíritu rebosa de alegria.
¡Y he de volver á verte ¡ó patria mia!
¡Y he de volver á verte! Clavo ansioso
Los ojos fatigados hácia donde
Envidiosa la mar tu seno esconde,
Y no te veo: si volar pudiese
A tu playa feliz que mi alma anhela,
Como salvando las distancias vuela
El libre pensamiento,
¡Cómo volara á tí!
Mas raudo el viento,
Por las fáciles ólas arrebata
La deslizada quilla
Que hoy me conduce á tu anhelada orilla;
Orilla deliciosa
Que embalsaman las auras apacibles.
Allí veré las palmas elegantes
Que en numerosos grupos se levantan,
Y tejiéndose en bóvedas movibles
Las miradas atónitas encantan.
Allí veré los campos, donde quiera,
Cubrirse de verdor, brotar espigas
Que, al hombre alimentando, recompensan
Del labrador las ásperas fatigas.
Allí veré los rutilantes ojos. . . .
Mas decidme ¿por qué, por qué enmudece
La prora resonante?
¿Por qué la blanca espuma borbollante
Que arrojaba ante sí, desaparece,

Y se aquieta la mar? ¿Horrible calma
Vendrá á enfrenar el ímpetu del viento
Y á destrozarme el alma?

Se deshinchen ¡ay! las velas,
Y el viento en ellas no zumba;
El silencio de la tumba
Reina en medio de la mar.
Mi débil nave oprimida
Del agua que la rodea,
Se sacude y bambolea,
Pero fija en un lugar.

Cuán á paso lento ¡ay triste!
Vendrá la noche entre tanto;
Tenderá su negro manto
Como paño funeral.
Entre sus sombras envuelto
Y en el mástil reclinado,
Lloraré desconsolado
Esta rémora fatal.

No invoco las dulces auras
Que blandamente se mueven,
A que fáciles me lleven
Sin peligro á Yucatan.
El viento que me dirija
A su ribera apacible,
Será un viento bonancible,
Aunque fuese el huracan.

Huracan, huracan, á tí te imploro;
Antes que en esta calma,
Que en esta horrible calma me consuma,
Desata tu furor, la mar azota,

Sacude sus cimientos,
Hiervan las aguas. Como débil pluma,
De las ólas juguete y de los vientos,
Compele arrebatada
A Yucatan mi fragil navecilla,
Aunque al llegar me estrelles en la orilla.

Estatutos

DEL TRIBUNAL DE LOS TRES INQUISIDORES DE VENECIA.

En la página 230 dimos una reseña histórica de la república de Venecia, hasta el establecimiento del tribunal de los Diez, y de los Tres Inquisidores del estado. Este último fué creado en virtud de un decreto, del que extractamos á continuacion algunas disposiciones.

„Se declara el consejo de los Tres revestido de toda la autoridad del consejo de los Diez, pudiendo proceder contra toda clase de personas, cualquiera que sea su condicion, privada ó pública. Podrán igualmente imponer penas aun la de muerte, hasta al consejo de los Diez, sea pública ó secretamente.

„Se pondrán á disposicion de este tribunal los pozos y los plomos (*); podrá asi-

(*) Los *pozos* de Venecia son citados frecuentemente. Los pozos eran verdaderamente unos

mismo expedir órdenes á todos los rectores de las provincias ó de las colonias, y á los generales y embajadores que tenga la república en las córtes de los príncipes y reyes."

En virtud de este decreto se reunieron los primeros tres inquisidores nombrados, y redactaron los estatutos en 48 artículos, de los que solo copiamos los mas importantes.

„Todos los reglamentos y órdenes del tribunal se escribirán de letra de uno de nosotros; la forma de los procedimientos será constantemente secreta. El tribunal tendrá el número mayor posible de observadores, procurando que los haya de todas las clases, de la nobleza, del pueblo y religiosos. Se les prometerá en premio de sus informes, cuando éstos sean de alguna importancia, el derecho de nombrar los desterrados cuyo destierro deseen levantar. Cuatro de estos exploradores rondarán constantemente, y sin que tengan noticia los unos de los otros, las casas de los embajadores extranjeros residentes en esta capital, y darán cuenta de todo lo que en ellas noten, así como de todas las personas que entren y salgan.

„Si (lo que Dios no quiera) sucediere al-

---

calabozos, en que á poco que se permaneciese en ellos, caía enfermo el desgraciado que en ellos entraba. Los *plomos* eran la parte mas elevada del palacio ducal, cuyo tejado ó techo era de plomo.

guna vez que uno de nosotros mismos, ó de nuestros sucesores, obrasen faltando á sus deberes, y los otros dos cólegas creyesen necesario remediarlo, siendo precisa la unanimidad de tres votos en los negocios importantes, se reunirán con el dux y procederán contra el culpable."

Así, pues, no contentos estos hombres con la magistratura terrible que desempeñaban, quisieron tambien que alcanzase á ellos mismos el terror que inspiraban, determinando el que dos de los inquisidores pudiesen, cuando les conviniera, juzgar y combinar la condenacion del tercer cólega, buscando un auxilio en el dux.

„Cuando el tribunal juzgue necesario imponer la pena de muerte, nunca será pública la ejecucion; el condenado será ahogado secretamente de noche en el canal Olfano; los observadores pertenecientes á la nobleza estarán especialmente encargados de dar cuenta de todo lo que hayan hablado los nobles en sus reuniones, en especial en las de la mañana á primera hora, porque en éstas es donde se habla con mas libertad.

„Cuando algun artesano transporte su arte á pais extranjero en perjuicio de la república, se le intimará la órden de volver; si no lo verificare se encarcelarán á sus parientes. Si persiste en su propósito, se tomarán las medidas necesarias para hacerle matar.

„Si un patricio se refugiase al palacio de

uno de los embajadores extranjeros, cualquiera que sea su delito, se le hará matar en él sin dilacion.

„ Si un miembro del consejo supremo promoviese disensiones acerca de la autoridad de los Diez, se le dejará hablar sin interrumpirle, y despues se le prenderá, juzgará y matará.

„ En caso de quejas contra un jefe del consejo de los Diez, se encargará inmediatamente la causa á los Tres inquisidores y á tres de los Diez, y en el caso de pronunciarse sentencia de muerte, se empleará con preferencia el veneno; lo mismo se practicará cuando sea el acusado el dux. El noble descontento que hable mal del gobierno, será amonestado dos veces para que sea mas circunspecto; á la tercera acusacion se le prohibirá la entrada en el consejo supremo y en los lugares públicos por espacio de dos años; si no obedeciese, si no guardase un rigoroso retiro, si despues de estas nuevas órdenes cometiese nuevas indiscreciones, se le hará ahogar como incorregible."

Tales son los principales estatutos de un tribunal que inmoló millares de víctimas en sus calabozos, sin respetar la justicia ni la humanidad, siguiendo solo por norte su maquiavélica política.

LOS PASTORES.

Hay dias aciagos, en los cuales no debiera uno dispertar, ó dispertar á lo ménos sordo, ciego, manco y cojo para no pasar por los contratiempos que les son anexos. En uno de esos negros dias, despues de haberme desayunado con la visita de un loco que me recitó, sin decir agua va, la mitad de las Partidas y todo el Fuero Juzgo, se me presentó el casero á cobrarme el alquiler, y tras del casero tres pretendientes desairados á llorar y moquear contándome su funesta historia, que maldita la cosa me importaba; la cocinera á participarme que un gato habia hecho pedazos toda mi vajilla; un mozo de la imprenta avisándome que se habia empastelado un artículo de tres columnas y media; y para darme mas mal, un antiguo conocido recien llegado de la Habana que con tres criados, dos perros y un caballo se venia derecho á mi casa, para que no me incomodase yo si se iba á una posada ó á otra parte.

Por no tirarme al pozo ó levantarme la tapa de los sesos de aburrido y desesperado, salí corriendo á la calle, y apénas pongo en ella el pié ¡otra tempestad! Mi comadre Da. Dorotea, contemporánea de Noé, despues de preguntarme por la salud de todos mis parientes, y referirme circunstanciadamente el

estado de los suyos, me dice con mucho empeño: compadre, solo he salido hoy á convidar á V. para los pastores esta noche en mi casa.—Gracias, comadre (la contesté), yo nunca voy á esas diversiones.—Pero en mi casa..... Oh! si viera V. qué bien lo hacen los muchachos? Se va V. á divertir muchísimo.—Muchas gracias, comadre: lo estimo, pero no puedo concurrir.—Es indispensable, es preciso.—No puedo absolutamente.—¿Me desairará V., cuando contando con su bondad he convidado á las vecinas? Oh! ¡Qué voces las de las vecinas, compadre! Con decirle á V. que se les oye en la alameda, que dista cuatro cuadras de casa.....—Oh! siendo así, aturdirán.—Si, compadre, lo hacen perfectamente. ¿Con que cuento con V.?....

Temiendo yo que la buena de mi comadre tendria tela cortada para largo tiempo, si insistia yo en decir que no iria, la ofrecí concurrir con ánimo de disculparme luego de no cumplirlo, y desasiéndome de este nuevo moscon por este medio, proseguí mi camino, pero con tan mala suerte, que no hubo poetastro que no me leyese sus versos en ese dia, ni perro que dejara de ladrarme, ni curioso que no me detuviese para preguntarme qué habia de nuevo, viéndome, por fin, precisado á ir á los pastores, porque mi comadre tuvo buen cuidado de mandarme á buscar á media tarde.

Tortas y pan pintado fueron todos los aza-

res referidos, comparados con los que se siguieron por la noche. Figúrese el lector una sala de cinco varas de largo y dos de ancho, conteniendo mas de trescientas personas de todos sexos y edades, en una atmósfera de humo de tabaco, en donde los chillidos de los muchachos, las destempladas exclamaciones de las viejas, y los empujones, codazos y pisadas de los que entraban ó se movian en la pieza, ponian á uno á pique de reventar á cada paso, y á mí colocado en este teatro, sudando á mares, ahogándome de calor, sin hallar donde sentarme ni pararme, ni poder pasar adelante ni volver atras, y tendrá una idea de la diversion que me habia proporcionado mi comadre.

Mas de una hora se hizo esperar la comparsa de pastores, hasta que al fin llegó penetrando con mil dificultades en la sala, no sin quebrar el angel una de sus alas, y perder las pastoras, una un ramillete, otra un pañuelo y otra la copia de los versos que debia improvisar en lo mejor del caso. Se ordenaron despues en medio de la sala, frente al altar colocado en un extremo; declamaron en seguida, pegando enormes gritos y dando manotadas; bailaron en eternos intermedios, repitiendo una y mil veces las figuras ensayadas, é hicieron en todo y por todo su papel al vivo, como el suyo las celebradas cantarinas, que al son de dos guitarras y una flauta nos taladraron con sus tre-

mendas y agudas voces los oidos; mas cuando íbamos ya rindiendo el alma de molimiento y de cansancio, quiso la fortuna que terminase aquel drama, con lo cual comenzó á desahogarse la casa, á purificarse su atmósfera y yo á respirar, como si naciese de nuevo, asiéndome de la primera silla que quedó vacante, con mas ánsia que el náufrago á la tabla que le depara la suerte en su infortunio. Mas el demonio, que me perseguia, no estaba satisfecho, é inspiró á mi comadre la idea de obsequiarme con un plato de dulce, que andaba en circulacion entre los que permaneciamos allí despues de concluida aquella farsa, haciéndome tomarlo por la misma y exclusiva cuchara que servia á todos; lo cual acabó de saciarme de los agasajos y finezas de mi comadre, y de apresurar mi despedida y retirada, en cuyo acto, tropezando en un jubon que dejaron por descuido en el suelo los farsantes rapaces al salir satisfechos y victoriosos de su teatro, fuí á romperme las narices contra un esquinero que, por desgracia mia, se hallaba cerca, y con este golpe, que colmó mis contratiempos, salí sangrando y maldiciendo los dias aciagos, y con ellos á mi comadre, á los pastores y á mi nécia y ridícula condescendencia.

Mérida 13 de febrero de 1849.

D. Gil de las Calzas Verdes.

A MI HERMANO D. PEDRO CORONADO.

EL ULTIMO DIA DEL AÑO Y EL PRIMERO.

Aquí tienes al anciano
Terminando su agonía,
Y al niño en el mismo dia
Empezando su vivir;
Escucha cual suena, hermano,
De ese que viene el gemido
Con el adios confundido
Del otro que va á partir.
¿Qué es mas triste, la ignorancia
De aquel que busca la vida,
O de éste, que perdida
Deja la vida, el saber?
¿Qué lloras mas, á la infancia,
Que á padecer se encamina,
O á la vejez, que termina,
Hermano, su padecer?
Tuvo el año lozanía,
Bella fué su primavera;
¿Mas sabes en la pradera
Para qué las flores son?
Para hacernos mas sombría,
Cuando acaba su belleza,
De los campos la tristeza
En la invernal estacion.
¿Dudas? ¡ay! estrecha cuenta
Hoy al año reclamemos;
Y sus penas coloquemos
Al lado de su placer.
Yá verás cuál se acrecienta

Ancho el cerco de sus males,
Y el de sus bienes cabales
Cuán estrecho viene á ser.
Tenemos pena cumplida,
Ventura solo aplazada
Con lágrima anticipada,
Tan ántes pagada yá
Que parece que la vida
Proscrita al placer tenemos,
Y solo que le soñemos
Castigo el dolor nos da.
Tal nos pasa, tal sufrimos!
Tal es el mundo presente;
Tras nosotros otra gente
Mas dichosa ha de venir
Que los pueblos que nacimos
De este siglo entre las guerras,
Para cruzar nuestras tierras
En un perpétuo gemir.
Bardos vendrán mas contentos
En otra edad venturosa
Que la vida hallen hermosa
Y canten solo placer;
Mas nosotros, descontentos
De estos tiempos revoltosos,
Con los ojos lagrimosos
Cantamos el padecer.
Y cuando el año termina
Mas nuestro duelo se aumenta;
Triste el año es que se ahuyenta,
¿Mas cómo el otro será?
Esa aurora que vecina
Sigue yá á la noche esta,
En alas del sol traspuesta,

¿Sabes tú qué luz traerá?
¿Podrán los ojos mirarla
Frente á frente sin recelo?
Brillará pura en el cielo?
Saldrá envuelta en lobreguez?
¿Vendrá algun astro á eclipsarla,
Tanta nube á oscurecerla,
Que nunca logremos verla
En completa brillantez?...
Allá los sabios que miran
Por la noche á los luceros,
En sus cálculos certeros
Lo que averiguan dirán;
Mas á mí que no me inspiran
Profecías las estrellas,
No puedo decir por ellas
Lo que los años traerán.
Pero los temo y los lloro,
Y entre su noche y su aurora
Esta es para mí la hora
Mas triste del corazon.
Del rudo bronce sonoro
Que entrambos años separa,
Temblando aguardo la clara
Y solemne vibracion....
Dos!... Cuatro!... Seis!... (alegría,
Al que nace saludemos).
Ocho!... Diez!... Doce!... (lloremos
Al que deja de vivir).
Es del año la agonía
Y el nacimiento del año,
La esperanza y desengaño,
El pasado y porvenir!

CAROLINA CORONADO.

EL EGOISTA.

No siempre es reprensible la misantropía: hay veces que una larga cadena de infortunios, ó los hombres mismos con su ingratitud, con su maledicencia y con su general depravacion, hacen que nos aislemos casi del todo, desconfiando y huyendo de cuantos nos rodean; pero entre la misantropía y el egoismo hay una distancia inmensa, y este último vicio es el que jamas podrémos disculpar. El misántropo, si se quiere, será tenido por loco ó por maniático; mas nunca ha sido reputada como un crímen, sino como una desgracia lamentable, la pérdida de la razon. El egoista, por el contrario, léjos de excitar la compasion de nadie, se atrae el ódio, el desprecio y aun la execracion del género humano.

Vamos, pues, á ofrecer á nuestros suscritores un tipo ideal del egoista, tomando alguna cosa de cada uno de los asquerosos seres que corresponden á esa degradada clase de la sociedad, baldon y oprobio de nuestra especie; de esta elevada especie cuya perfeccion se encuentra cifrada en una sola virtud, á saber, el amor. Y cuidado con hacer aplicaciones: convencidos de que el medio mejor de inculcar la verdad, es el de personificar las virtudes y los vicios, refiriendo hechos reales ó fantásticos, no se crea por esto que

retratamos á determinadas personas. Puede acontecer que se encuentren no uno sino varios puntos de semejanza individual; pero eso probará solamente que el conjunto trazado es exacto y conforme á la naturaleza. Sucede con los escritos lo mismo que con las pinturas; y seria un nécio cualquiera que al advertir por casualidad en un cuadro algun rostro parecido á otro que conociese, juzgase que se hizo expresamente un retrato y no una fantasía.

Ved á D. Honorato: se halla constituido en una posicion bastante elevada; posee un grueso caudal, un gran talento, instruccion poco comun, y obtiene por añadidura uno de los empleos mas honrosos y lucrativos del estado. Es verdad que cumple religiosamente los deberes públicos de su destino; mas solo aspira por tal medio á conservarse siempre en él. Pero en las grandes crísis políticas, en las graves emergencias de la situacion, cuando su patria se ve amenazada ó envuelta en males de consideracion ó trascendencia, no espereis que se mueva para nada D. Honorato: mudo y frio espectador de los sucesos, no toma parte alguna en ellos ni con su presencia, ni con sus consejos, ni con su influencia, á fin de reguralizarlos y conducirles á un feliz desenlace.

Para justificarse dice que no es revolucionario, que su carácter es naturalmente dulce y apacible, que ama el órden por instinto y que

condena toda conmocion ó motin popular; pero ¿se le exige por ventura que tome las armas y se ponga al frente de alguna faccion? No, señor, nada de eso; mas puede y debe colocarse en el centro de todas, para ilustrarlas, calmar su furor y evitar el choque que se teme; para aproximarlas mútuamente y emplear los medios de la discusion y del convencimiento con el laudable fin de transigir sus diferencias. Esto es lo que deberia practicar, y no estarse en acecho de las distintas faces que va tomando la revolucion, hasta ver quién queda triunfante en ella para pasar el dia siguiente ó protestarle su adhesion y á prodigarle sus inciensos.

Si vence la administracion á quien servia, se excusa con que estaba malo, con que corria riesgo su persona por la exaltacion de sus principios en favor del órden de cosas existente y con otros pretextos frívolos y despreciables; mas si triunfan los innovadores, se presenta tambien al instante á felicitarlos en la persona de su jefe ó caudillo principal, alegando que su conocida aversion á las ideas y á los hombres del poder derrocado, le hizo aparecer neutral, por no convertirse en blanco de su ira y en objeto de su rigor.

Sobreviene una epidemia, una hambre ó cualquiera otra pública calamidad independiente de la política: D. Honorato se concentra entónces mas y mas todavía dentro de sí mismo,

por decirlo así. No se le ve asistiendo á los moribundos en los hospitales, porque es débil ó aprehensivo, y teme contraer el contagio: tampoco concurre á recoger y distribuir pan á los necesitados, porque conmueve mucho su sensible corazon el cuadro general de miseria que se presenta ante sus ojos. En ningun conflicto ó calamidad podrá contarse para nada con la cooperacion de D. Honorato: no espereis, pues, que se digne prestar el mas leve servicio en tales casos.

No se ha casado, ni se casará nunca D. Honorato, por no hacer feliz á una mujer honrada y virtuosa.

Id á pedir un favor á D. Honorato por corto ó insignificante que sea, y veréis cómo os recibe; mas que necesite él de vosotros, y lo hallaréis amable, cariñoso, complaciente y lisonjero. Se arrastrará entónces vilmente ante vosotros como una culebra, os quitará el sombrero desde léjos, se acercará á vosotros para apretaros la mano, se dignará pasar á haceros algunas visitas y aun os sacará á pasear en su carruaje.

Está de viaje y pasa por vuestra ciudad, villa ó pueblo: no titubea un punto en dirigirse á vuestra casa para que lo alojeis, creyendo que os honra con la preferencia, y admitirá sin ceremonia vuestros buenos oficios de hospitalidad; mas venid luego á la capital, y así estuviérais libres de un tabar-

dito como lo estais de que D. Honorato os brinde su mesa ni aun su estrado; y no solo esto, pues ni aun os saludará si os encuentra en la calle, como si en serviros y agasajarle no hubiéseis hecho otra cosa que cumplir vuestro deber.

D. Honorato sigue el principio de no hacer ningun bien sin que le resulte alguna utilidad por leve que sea: no os dará prestado un libro sino porque vosotros le proporcioneis los que él necesita: no os hará un obsequio el dia de vuestro santo sino porque sabe que vosotros le corresponderéis con usura á vuestra vez: no os dará un almuerzo sino con la seguridad de que vosotros le daréis á vuestro turno una comida; y, en fin, no obra sin cálculo ni emprende cosa que no sea por interes ó por especulacion.

No saca D. Honorato carta alguna del correo: sabe que no tiene asunto pendiente con nadie, ni hay motivo ó antecedente que le haga esperar algo favorable en su correspondencia. ¿Qué objeto pueden tener esas cartas, mas que el de pedirle dinero, proteccion, consejo, ó demandarle algun servicio de cualquiera clase que sea? Y si alguna vez cae en la tentacion de recibir una carta porque viene franca ó á la mano, no espereis que la conteste; pero que D. Honorato tenga necesidad de escribiros y no le contesteis á vuelta de correo: entónces veréis cómo se irrita contra vosotros y os trata de groseros,

maloriados é impolíticos. D. Honorato cree que ha nacido para ser obsequiado y servido de todos, pero sin obligacion de obsequiar y servir á ninguno.

Haz bien y no cuides á quién dictan la razon y la humanidad; pero la máxima favorita de D. Honorato es del todo contraria á esta. *Haz mal y no acates á quién: haz bien y te arrepentirás.* Ved aquí la única regla de sus acciones.

Registrad los periódicos á fin de ver si existe en ellos algun escrito de D. Honorato dirigido al bien y engrandecimiento de su país, ó siquiera para dar impulso á la propagacion de las luces; pero os afanaréis en vano. No obstante esto, si D. Honorato necesita formar alguna vez la opinion pública en favor suyo por miras puramente interesadas, tomará entónces la pluma para hacer él mismo su apología, y sabrá darla á imprimir con firmas supuestas y siempre colectivamente ó en el número plural, tales como las siguientes: *Los amantes de la justicia: Los defensores de la razon: La parte sana del pueblo: Una multitud inmensa de ciudadanos, &c., &c., &c.*

Ha llegado el extremo de negarse D. Honorato á cambiar un peso, por no levantarse de su sillon; pero él ocurre cada instante al tendero de abajo, al de enfrente y al de la esquina con igual objeto, sin mas razon que la de estar néciamente persuadido de su

superioridad respecto de todos.

Excusado es decir que ni en una necesidad suprema, ni en el lance mas apurado, os servirá D. Honorato con su dinero, á no ser que le ofrezcais un premio exhorbitante y le presenteis las mas seguras hipotecas; pero él sabe ocurrir á la curia eclesiástica y á las testamentarías en que hay menores, en solicitud de capitales á la usura pupilar de un cinco por ciento al año, para tener mayor suma en giro ó circulacion.

Nunca veréis á D. Honorato en ningun entierro; mas por el contrario, es el primero en asistir á los bailes, conciertos y comilitonas para que se le convida, por el placer que ofrece este género de concurrencias.

Ni aun consejos os dará nunca D. Honorato, para no comprometerse

Si acertais á deber un favor á D. Honorato porque acaso habeis simpatizado con él, lo que es muy raro, y vosotros le prestais algunos servicios, no creais que os dé las gracias ni por mera ceremonia, por no degradarse, y porque juzga que no haceis otra cosa que corresponderle, por mas que vuestros servicios igualen ó excedan al favor que friamente, de mala gana ó á mas no poder, alcanzásteis de él.

Imposible que D. Honorato condezca encargo alguno de nadie; pero se afana porque lleven los suyos, ó mejor dicho, porque se los traigan, en razon de que no es hom-

bre que envia regalos á persona alguna.

Finalmente, sabed que cierta ocasion recibió D. Honorato una carta inclusa, y no la entregó por no hacer ni aun este corto bien, causando un perjuicio enorme al interesado, porque en ella se le proponia una ventajosa colocacion, de la cual le fué imposible aprovecharse por falta de noticia.

¿Qué juzgais, amigos lectores, de D. Honorato? ¿Querríais pareceros á él, ó que os comparasen con él? ¡Cómo! Yá advierto la justa indignacion y el natural enojo que os causan nuestras nécias preguntas. Mas venid acá, acercaos á nosotros; nadie nos ve ni nos escucha; acercaos mas todavía, y habladnos en secreto, con disimulo y sin que lo pueda observar persona alguna; acercaos, pues, y decidnos al oido con toda confianza: ¿Tendréis con él, por ventura, algunos puntos de semejanza?

Enmendaos desde luego, seguros de que nosotros harémos lo mismo por nuestra parte, cuando examinando sériamente nuestra conciencia, luego que nos encontremos desocupados, hallemos por desgracia que participamos de los negros coloridos que presenta el asqueroso cuadro que acabamos de dibujar.

Mérida, febrero 15 de 1849.—*G. C.*

HIMNO A NAPOLEON.

No existes yá, de las batallas hijo,
Gloria del galo, del ingles terror;
Polvo enemigo cubre aquella frente
Que de diademas la victoria orló;
La sien ceñida de funesta adelfa,
Exclama el Sena en congojosa voz:
„No existes yá, de las batallas hijo,
Gloria del galo, del ingles terror."

El Capitolio, la desierta Libia,
El Moskua helado y cristalino Sil,
De inmensas huestes vencedor te vieran,
En una y otra ensangrentada lid.
Son monumentos de tu eterna gloria,
Lodi, Marengo, Jena y Austerlitz,
„El Capitolio, la desierta Libia,
El Moskua helado y cristalino Sil."

Viése á esos reyes, hoy de orgullo ciegos,
Ante tu sólio la cerviz doblar,
Y de tu mano recibir sumisos
La rota insignia de un poder fatal:
La Europa entera se postró á tu númen,
Dictaras guerra ó bienhechora paz.
„Viése á esos reyes, hoy de orgullo ciegos,
Ante tu sólio la cerviz doblar."

Volvió fortuna su inconstante rueda,
Mas no del hombre te venció el poder;

Del yerto polo inesperado aliento,
En ciprés triste convirtió el laurel.
Campos de Wilna, Berezina infausto!
Sin pelear allí, murió el frances.
„Volvió fortuna su inconstante rueda,
Mas no del hombre te venció el poder."

Tú solo hiciste al enemigo frente;
Oye tu nombre, tiembla de pavor;
Siempre luchando en desigual pelea,
Siempre venciendo te encontrara el sol,
Y entre laureles y sangrientas palmas
Cayó aquel trono que la glo[illegible] alzó:
„Tú solo hiciste al enemigo [illegible]te;
Oye tu nombre, tiembla de pavor."

Méngua al infame que en aciago dia
Volvió su espalda al águila inmortal;
Gloria al valiente que sin esperanza
La noble sangre supo derramar.
Su heróico nombre en entusiasmo ardiente,
De siglo en siglo, bendecido irá;
„Méngua al infame que en aciago dia
Volvió su espalda al águila inmortal."

La fé britana te ofreció un asilo,
Paz afectando con atroz doblez.
¡Ay! le aceptaste, y una aislada roca
Fué tu prision, y tu sepulcro fué:
Mudo de horror el universo cubre
De oprobio eterno al fementido inglés;
„La fé britana te ofrecio un asilo,
Paz afectando con atroz doblez."

LA ANDANTE CABALLERIA.

La institucion de la andante caballería tuvo su orígen en aquellos tiempos remotos en que dominó el sistema feudal. Hubo efectivamente caballeros que con sus armas y caballos anduvieron á caza de aventuras, siendo por excelencia el amparo de los huérfanos y doncellas menesterosas, los enderezadores de entuertos y desfacedores de agravios. Otros mandaban compañías de aventureros, y otros, entre quienes se cuentan guerreros ilustres, pusieron sus brazos y espadas á disposicion de algun príncipe ó señor poderoso, para que los emplease en su servicio. Todos animados de un espíritu caballeresco, procuraron siempre distinguirse y hallar ocasiones, que se les presentaban con mucha frecuencia en los torneos, justas y empresas arriesgadas de la época.

Las hazañas de estos guerreros dieron orígen á los primeros libros de caballería; pero como el amor á todo lo maravilloso ha dominado siempre á los hombres, resultó de aquí la creacion de unos seres fantásticos, muy diferentes de los que hubo en realidad. Exaltada la imaginacion de los escritores en favor de sus héroes, y acomodándose, como siempre sucede, al gusto de su siglo, llenaron sus obras de aventuras disparatadas é increi-

bles, de las que siempre salian victoriosos los caballeros, y si sucumbian alguna vez, era en virtud de un poder sobrenatural que no les era dado resistir; de aquí la aparicion de los genios benéficos, encantadores malignos, duendes, trasgos, vestiglos y otras cosas de este jaez tan repetidas en los libros de caballería. A pesar de tanta extravagancia, todavía ofrecian en la parte moral la ventaja que no han tenido otras muchas novelas posteriores. Los héroes eran tan religiosos y valientes, como afables y cortesanos, y sus sentimientos siempre elevados y generosos.

Las mas célebres composiciones de este género, son las que describen los altos hechos de los doce pares de Francia, de los caballeros de la Tabla Redonda y de la numerosa parentela de los Amadises. El tronco de la familia de los Amadises de Gaula, se reputa como el libro mas antiguo de caballerías que se publicó en España, aunque yá desde el siglo IX los habia escritos en verso y en prosa. Entre los primeros merece atencion el de Flores y Blanca Flor, y entre los segundos el de Cleomades y Claremunda, porque yá en ellos se describen la galantería y esplendor de las córtes de Murcia, Granada y Sevilla, con bastantes episodios de amor, devocion y encantamientos que caracterizan á todas las antiguas novelas españolas. Los romancescos libros de los doce pares fuéron escritos por el arzobispo Turbin, y en ellos se descubre

una tendencia á engrandecer la corte y monarquía francesa. Se atribuyen hazañas maravillosas á los poderosos señores calificados con el título de pares por su igualdad en personas y estados. Esta dignidad particular y hereditaria era de tal preponderancia, que nada se ejecutaba en la corte sin la aprobacion de aquellos señores, y Carlo-Magno, uno de aquellos hombres mas memorables que han existido, aparece en los tales libros haciendo un papel ridículo y sin autoridad en su corte. Aquel monarca fué sin embargo de los mas absolutos, y solo en el reinado de sus sucesores, los pares adquirieron tal poderío, usurpando los derechos de la soberanía hasta acuñar moneda, hacer la guerra y sostener su corte independiente, con las armas y la rebelion. Los libros de la Tabla Redonda fuéron escritos en latin por Rusticiano de Pisa, sacados, segun se cree, de las antiguas crónicas de Melchin y Felecin, y en ellos se descubre tambien una afectacion en hablar de todo cuanto puede contribuir á engrandecer la corte, los príncipes y caballeros de Inglaterra, que son los héroes de las aventuras. La tabla ó mesa redonda estaba colocada en Gramalot, donde tenia su corte el rey Artus, y, segun las antiguas leyendas, habia sido construida por el famoso encantador Merlin, que habia apurado en ella todo su saber. Al rededor de la mesa habia trece asientos en memoria de los apóstoles;

pero los caballeros nunca podian pasar de doce, porque el asiento que representaba el del traidor Judas, estaba siempre vacante y se llamaba el *sitio peligroso*.

Un altivo pagano que tuvo osadía bastante para sentarse en él, habia sido tragado por la tierra en el instante mismo, segun se leia en los anales de la Tabla Redonda. Los demas asientos estaban ocupados por caballeros de la mas alta nombradía como Tristan, Lancelot, Bliomberis, Perceval, Treu, Palamedes, Dinadam y otros, con el rey Artus. Al recibirse en la órden, juraban fraternidad, tenian que contar en voz alta todos los hechos de armas y aventuras que habian llevado á cabo, y andar diez dias seguidos á caza de aventuras, durante cuyo tiempo, los otros compañeros podian ir disfrazados á desafiar y probar al novicio. Tenian que sujetarse ademas á otra prueba mas arriesgada: el nombre de cada caballero permanecia mágicamente grabado en su asiento aun despues de su muerte, y el que se presentaba á ocupar la vacante, debia sobrepujar en proezas á su antecesor; de lo contario era rechazado violentamente por una fuerza desconocida. Por esta razon, la nombradía de los caballeros de Tabla Redonda, iba siempre en aumento, y por sostener esta fábula tenian sus historiadores que atribuirles una fuerza extraordinaria y un valor indomable, capaces de terminar felizmente las empresas mas

arriesgadas. Las hazañas de estos y otros muchos caballeros, fuéron algunas traducidas, y otras escritas en un lenguaje duro y pobre que empezó á llamarse *Romance*, hasta que mucho despues, y mayormente desde la época de las Cruzadas y propagacion del arte de la imprenta, se escribieron en un lenguaje mas expresivo, mas correcto y elegante.

Así llegaron á ser tan generalmente leidos y apreciados, particularmente en España, donde fué precisa una mudanza total de costumbres y un esfuerzo de la pluma de Cervantes para darles el golpe mortal. De entónces procede la decadencia de este ramo de literatura hasta su desaparicion. Ahora parece que vuelve á resucitar la andante caballería con la publicacion de Amadís de Gaula, siendo temible que le siga su complicada prosapia. Y qué, ¿burlarán estos paladines la prediccion del inmortal autor del Quijote? ¿Convalecerán, acaso, de las grandes heridas que les hizo su pluma? No, no es posible; malandrin vencido en la arena por aquel célebre escritor, queda imposibilitado de incorporarse. Su aparicion será rápida y repentina, porque los libros de caballería solo pueden ser leidos como una rareza, como un objeto de curiosidad. Sus ficticios héroes con tan encantadores amigos ó enemigos, forzosamente han de hacer la triste figura despues de publicado el ingenioso hidalgo. A los Esplandines, Galaores y Belia-

nises, mándoles yo mala ventura en nuestro siglo, en que se halla mas depurado el buen gusto literario, y en que la verosimilitud se reputa como una de las dotes principales de la belleza.

Hoy dia se requiere en toda novela un fondo de utilidad y una leccion instructiva, ya sea pintando las costumbres domésticas y minuciosos pormenores de la vida privada, ya tomando los asuntos de la historia y aprovechando los tesoros de la antigüedad.

Una de las páginas de la historia nacional en que se introduzcan personajes verdaderos, sin descifrar sus nombres, ni recurrir á lances milagrosos, puede presentarse muy bien bajo la forma de novela ó de drama, aunque engalanado segun la fantasía del poeta. Este género de composiciones desde que fué acreditado por Walter Scott, ha tenido sobresalientes imitadores, y producido obras de un mérito y un interes que nunca podrán disminuir los libros de caballerías. Hallarán siempre simpatías entre los españoles entusiastas por sus héroes, y amantes de los sentimientos caballerescos, de honor y de valentía. Para nosotros mas recomendacion tienen los nombres de un Cortés, un Gonzalo, un Paredes, un Ponce de Leon, que el de todos los caballeros andantes ó parados que hubo en el mundo.

EL DOS DE MAYO.

GLORIOSA REACCION INTENTADA EN MADRID EN IGUAL DIA DE 1808, POR DAOIZ Y VELARDE, CONTRA LOS FRANCESES.

Noche! lóbrega noche! eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime;
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada mi ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo dia
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el ódio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.

¡Dia de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno.
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los aires importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo.
Yerta, asolada y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve, que le oculta el llanto:
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.

Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
Que hasta las rocas y árboles quebranta;
De víctimas sin cuento
Llora la destruccion Mántua afligida!

Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso:
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolaciou habrá que cuente
Que, como lobo en tímidos corderos,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infiel canalla que abrigó en su seno;
Rueda allá rechinando la cureña;
Acá retumba el espantoso trueno;
Y allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con la arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor; la pavorosa
Fatal descarga suena,
Y á luto y llanto eterno las condena.
¡Cuánta escena de muerte! cuánto estrago!

¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
Mirad otro infelice
Quejarse al adalid empedernido
De una cuadrilla atroz. „¡Ah! ¿qué te hice?
Exclama el triste en lágrimas deshecho:
Mi pan y mi mansion partí contigo;
Te abrí mis brazos; te cedí mi lecho;
Templé tu sed, y me llamé tu amigo.
Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaños
Con dura muerte y con indigno ultraje?"—
¡Perdido suplicar! inútil ruego!
El mónstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz clamando *¡fuego!*
Tinto en su sangre el desgraciado espira.

¡Oh Dios! ¿y á dó se esconden,
Dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
A merced de los vándalos la dejan;
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inútil afan. Vosotros solo,
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
Osando resistir al gran torrente,
Dar supísteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre Musa
Jamas el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento;
Allá del alto asiento
A que el valor magnánimo os eleva,

El himno oid que á vuestro nombre entona,
Miéntras la fama alígera le lleva
Del mar del hielo á la abrasada zona.

Mas ¡ay! que en tanto las siniestras álas
Por la inmensa metrópoli tendiendo
La yerma asolacion sus plazas cubre!
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al bronco son de los preñados bronces
Nuevo fragor y estrépito sucede!....
¿Ois cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¿Con qué terrible estruendo
Los dueños buscan, que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
Bramando los rabiosos foragidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan,
Penetrando en los hondos aposentos,
De sangre y oro y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se opone á su sangrienta espada:
Allí matando al dueño, se alborozan:
Hieren aquí su esposa amedrentada:
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta á otro lado la madeja de oro,
Múst'io el dulce carmin de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los piés se humilla
Trémula vírgen, dé amargura llena;

Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
Horrible atrocidad!
Tréguas ¡oh Musa!
Que yá la voz rehusa,
Embargada en suspiros, mi garganta.
Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No: que yá en torno suena
De Pálas fiera el sanguinoso carro.
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga:
Yá el duro casco y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su fulminante acero;
Venganza y guerra, resonó en su tumba,
Venganza y guerra, repitió Moncayo,
Y al grito heróico que en los aires zumba,
Venganza y guerra, claman Turia y Duero.
Guadalquivir sañudo
Torna al bélico son la régia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: *guerra y venganza*.

¡Vosotras, oh infelices
Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
Robó á sus lares, y en fugaz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla!
Miéntras la heróica España al fementido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego

Le retribuye el don; sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron cruento
De oprobio y ménguа, que perpétuo dure,
La vil traicion del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo español al galo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

JUAN NICASIO GALLEGO.

DECIMA

SOBRE LA DIFAMACION.

Quiebra el quinto mandamiento
el asesino por vicio,
y aunque pague en el suplicio
pocos toman escarmiento.
Las culpas del pensamiento
quedan á Dios reservadas;
mas las fieras puñaladas
de las lenguas atrevidas,
están quitando mas vidas
que los cuchillos y espadas.

CONSEJOS DE HIGIENE.

Errores populares.

Curanderos. Se cree generalmente en muchos pueblos que las dislocaciones y fracturas las curan muy bien algunas personas desprovistas de instruccion y de luces. Es imposible. Precisamente no hay enfermedades que necesiten de conocimientos de anatomía mas exactos y que exijan de mas cuidado y destreza. ¿Y qué diremos de esas *curadoras* por antífrasis, que malaxan y estrujan despiadadamente el vientre inflamado, ocasionando dolores atroces y haciendo acaso mortal un mal curable? Qué de esos hombres crueles, que á un hueso roto ó dislocado le contunden y estirajan hasta producir el síncope, ó que con sus maniobras torpes y bruscas pretenden colocar en un sitio un tendon acaballado? Ignorantes! Los tendones están muy bien contenidos en sus vainas y fijos de modo tan sólido, que no pueden entrecruzarse. Este afecto consiste las mas veces en desgarros parciales de fibras que precisamente necesitan de quietud y de calmantes.

Golpes, caidas. No es ya vulgar sino de personas de educacion escogida, la funesta idea de que es preciso andar y no enfriarse despues de un golpe ó caida, en la que ade-

mas de contusion, suele haber dislocacion ó entorsis.

Tos. Tambien está generalizado el golpear en la espalda á los niños que tosen, aumentando así su ansiedad y anhelacion. Igualmente se hace beber á los adultos en el mismo caso, ignorando que la tos se efectúa en conducto distinto del esófago.

Medicinas secretas. Los secretos litontríplicos tan alabados, no podrian disolver los cálculos en la vejiga, sin atacar á ésta; y los emplastos para curar las hérnias no pueden estrechar un anillo extradilatado. Estos son otros tantos lazos tendidos á la credulidad.

Los inventores de los remedios secretos, copian las recetas de los libros de medicina, y ni aun tienen el cuidado de desfigurar su composicion. Todas las facultades de Europa se ven anualmente consultadas para varios centenares de descubrimientos y de secretos, por la razon vana de que es preciso que todo se examine. Así suelen perder su precioso tiempo los cuerpos científicos, atendiendo á tantas inepcias.

Cáncer. ¿Cuántas mujeres pobres al enseñar al cirujano su pecho canceroso, llevan sobre él pedazos de ternera ó de vaca? Suponen las desgraciadas que su mal es un mónstruo hambriento, y quieren para saciarle y conservarse algun tanto, presentarle otro pasto que su seno. Estas infelices suelen

gastar contra la malhechora actividad de un supuesto animal, lo que bastaria acaso para alimentar á sus hijos.

Purgas. El pueblo conserva por tradicion las preocupaciones de algunos médicos, y de aquí la falsa idea de que no pueden curarse muchas enfermedades sin el uso de las purgas. Cada generacion debiera producir un Moliere que ridiculizase á los purgones.

Leche derramada. Pocos errores son tan universales como el de las enfermedades lechosas, ó sea la leche derramada: su orígen viene de algunos médicos, y contribuye á que se esparza y arraigue, la coincidencia de la supresion de la leche con la aparicion de la enfermedad que se deplora. Segregada la leche ¿á dónde están los vasos que la han de conducir á otra parte que al pezon? ¿En qué órgano ha sido hallada sino en los naturales?

Sarna. Creen muchos que la sarna pasa de la periferia al centro. Así podria ser si consistiese en un vírus particular capaz de repercutirse; pero ¿cómo puede creerse tal absurdo, cuando constituye la sarna un gran número de insectos (*acarus scabieri*) que viven, caminan y se propagan prodigiosamente debajo de la epidermis?

Ahogados. Se cree que los que mueren ahogados pierden la vida porque entra agua en sus pulmones y los sofoca. Suele suceder que ni una sola gota de este líquido se

introduce en las vias del aire hasta que transcurre algun tiempo. En este error se funda la práctica de colgar al ahogado por los piés para que vuelva el agua que no ha tragado, con lo que se consigue hacer morir de apoplegía, al que no lo fué por submersion.

Resfriado. La denominacion de resfriado de cabeza supone que el líquido mucoso que sale por la nariz, procede del mismo cerebro. Sabido es que no existe comunicacion entre este órgano y las partes externas, y que los agujeros que tiene el cráneo en su base se hallan herméticamente cerrados con vasos y nérvios. Los dolores que se experimentan en la frente cuándo se padece el romadizo, son debidos á que la inflamacion de la pituitaria se propaga hasta los senos frontales.

Gastronomía. La gastronomía progresa de un modo tan vergonzoso como sorprendente. ¡Qué de Sancho-Panzas en nuestros dias! Cuántos viven para comer, que debieran comer para vivir! Cuántos abren su sepultura con los dientes! En toda mesa debiera leerse este aviso: *Plures occidit gula quam gladius.*

Vasos. ¡Qué funestas consecuencias ha causado el error de que el cristal y el vidrio no transmiten mal alguno! Millares de personas han contraido la sífilis y el vicio herpético por beber en el vaso de otro. Da náuseas y aun estremece el ver pasar una copa brindada. Sobre ser altamente puerco, es más altamente expuesto. (*Copiado.*)

Mount-Vernon. (*)

(UN FRAGMENTO DE MI VIAJE.)

Abril 30 *de* 1848.—Despues de una larga residencia en la capital de los Estados-Unidos, habria sido en verdad imperdonable dejar de hacer una visita á la tumba del in-

(*) Agradecemos tanto mas á nuestro apreciable amigo y antiguo sócio en empresas literarias y útiles al público D. Justo Sierra, la remision de este interesante fragmento inédito de su *Viaje á los Estados-Unidos*, cuanto que se halla empeñado en la redaccion de un periódico casi todo original, y de un mérito exquisito, que le absorve inmensos materiales; pero á los génios laboriosos que se encuentran favorecidos de una rica imaginacion, y que cuentan ademas con suficiente fondo de conocimientos y una facilidad extraordinaria para escribir, nada los detiene, y casi viene á ser en ellos una necesidad el comunicarse, al modo que un rio caudaloso necesita derramarse por todas partes. El Sr. Sierra es uno de los hombres mas ilustrados y útiles de Yucatan; y si alguno pusiese en duda esta verdad, ó creyese que nos ciega la pasion, no tiene mas que recurrir á sus largos y luminosos escritos sobre todas materias, y mas particularmente en lo relativo á la historia del pais, *de la cual se ha apoderado*, como él mismo ha dicho con muchísima propiedad y sobrada razon.—*G. C.*

mortal Washington, que solo dista diez y ocho millas de aquella. El crudo invierno me habia impedido hasta allí hacer esta excursion campestre; pero venida la bella y deliciosa primavera, creí que era yá tiempo de emprender mi respetuosa romería á *Mount-Vernon*. Queria, en la presente calamidad de mi desgraciado pais, hacerle propicio aquel genio sublime que fundó la independencia de su patria venturosa, marcándole el sendero por donde habia de llegar á la admirable prosperidad material y social de que hoy disfruta.

¿En qué ánimo el nombre de Washington deja de inspirar admiracion y respeto? ¿A dónde no ha llegado la fama preclara de ese hombre justo é intachable, honra del género humano y orgullo de su pueblo? Washington, sin haber sido un personaje que deslumbrase por el prestigio de pomposas y extraordinarias acciones, es sin embargo el hombre mas grande de los tiempos modernos. Esa grandeza consiste solamente en su modestia, en su integridad sin mancilla, en su amor á la patria, en su abnegacion espartana y, sobre todo, en la rectitud y sabiduría de sus miras políticas. Ciudadano pacífico, y consagrado, cual moderno Cincinato, á las tareas del campo, aceptó, en una peligrosa crísis, la grave comision de mandar el ejército independiente; y en una lucha de seis años, mostró todas las eminentes cualidades de un general prudente en el consejo, é intrépido y

sereno en la batalla, venciendo con su constancia los numerosos obstáculos de todo género que se le presentaron. Reconocida la independencia de los Estados Unidos, en vez de reclamar nada para sí, ni mezclarse en la direccion política del pais, resignó su comision en manos del congreso, y retiróse á *Mount-Vernon* á cuidar de la conservacion de su finca familiar. Yo he visto la cuenta original que presentó despues de la campaña: es un modelo de exactitud, escrupulosidad, desinteres y pureza.

Cuando se estableció definitivamente la constitucion actual de la república, fué llamado por el voto unánime de sus conciudadanos á ser el primer presidente de los Estados Unidos. A pesar suyo, dejó su modesto retiro por ocho años mas, que fué el tiempo de su dificil y mesurada administracion. Se necesitaba, en efecto, de un hombre como Washington, para colocar la nueva y complicada máquina sobre el carril que ha seguido hasta hoy. La gratitud de sus compatriotas hubiera prolongado por mas tiempo esa ilustre y memorable administracion, apoyada por todos los hombres mas grandes del pais, por todas las opiniones y teorías, por Jh. Adams y Th. Jefferson, por Alex. Hamilton y Aaron Burr, por los demócratas y federalistas; pero el padre de la patria resistió aceptar esa nueva prueba de la admiracion y amor de sus compatriotas. Retiróse defi-

nitivamente á su finca, y allí falleció el dia 14 de diciembre de 1799, despues de una ligera enfermedad.

Washington no tuvo hijos, y las posesiones de familia, despues de muerta su esposa, pasaron á los parientes colaterales, conforme á su testamento. En manos, pues, de esta familia está *Mount-Vernon;* y casi me atreveria á decir, en vista de la no muy civil conducta del actual poseedor, que le pesa tener en guarda los restos de su ilustre deudo. *Mount-Vernon* es como si dijéramos un sitio clásico, y naturalmente refluyen allí muchos viajeros, lo cual molesta sin duda á Mr. Washington; y en verdad que hace cuanto está de su parte, si no para alejar, á lo menos para no atraer á los viajeros. En la anterior sesion del congreso se hicieron várias iniciativas para que la república comprase la finca, destinándola para un hospital de marina; y aunque el propietario exigia algunas condiciones exageradas, no es improbable que dentro de poco se realice la compra, y de esa suerte *Mount-Vernon* venga á ser, como era debido, una propiedad nacional.

Cuando se construyó el esplendido Capitolio de *Washington City,* la capital de la Union, se destinó el primer cuerpo de la gran rotunda para colocar allí los restos del que habia sido „Primero en la paz, primero en la guerra y primero en el corazon de sus conciudadanos." (*First in peace, first in war,*

and first in the hearts of his countrymen.) Mas la familia se resistió á entregar aquellas preciosas reliquias, y han permanecido en *Mount-Vernon*. Sin embargo, serán mas tarde colocadas en un sitio correspondiente. Hace pocos años se formó una sociedad para erigir un monumento digno de Washington y de su patria. El dia 22 de febrero (1848) ví colocar la primera piedra de esta vasta y colosal construccion que tardará, sin duda, algunos años mas.

A las ocho de la mañana (30 de abril de 1848), D. Federico Claucken comerciante aleman de Méjico, D. Pedro Fajardo (que estaba conmigo á la sazon en Washington City), un jóven amigo nuestro llamado Charles Tyson, y yo, tomamos un coche y emprendimos el viaje de *Mount-Vernon*. En vez de un coche, podia haberse preferido el vapor que va y viene constantemente de esta ciudad á la de Alejandría, bajando el rio Potomac hasta esta última ciudad; pero por ser domingo, dia en que cesa todo tráfico, temimos encontrarnos allí sin carruaje para llegar á la finca. Así, pues, nos resolvimos á emprender por tierra la excursion, para mayor seguridad.

Cruzamos el *Long-Bridge* (puente echado sobre el Potomac, y que pone en comunicacion el distrito de Columbia con el estado de Virginia); y seguimos el camino de la orilla derecha del rio. El arte presentando

puentes, canales y dilatados campos cultivados; y la naturaleza desarrollando toda la hermosura de la primavera, fué lo que se ofreció desde luego á nuestra vista. Preciosas casas de campo colocadas en las mas felices situaciones, puentes, flores, bosquecillos y pequeñas cascadas cubren un terreno quebrado y sembrado de ribazos.

A las nueve y media llegamos á Alejandría, desde la cual se ve perfectamente el Capitolio. Esta ciudad pertenecia al distrito federal; pero por un acto reciente del congreso, se ha devuelto al estado de Virginia. Es muy graciosa, de risueña apariencia, con casas muy elegantes, huertas y jardines. Solo me desagradó infinito cierto lugar en que se prepara y beneficia el pescado, porque exhala un olor que ofende. El principal tráfico de esta poblacion es la pesca, de que abunda el Potomac, y cuya extraccion, para muchos estados y aun para el extranjero, sube á una considerable suma anual.

Detuvímonos allí cerca de dos horas, y luego seguimos nuestro camino, subiendo por várias cuestas y colinas. Cuando entramos en el vasto parque de *Mount-Vernon*, sentí una profunda tristeza al ver aquel abandono. Todo estaba montuoso, cubierto de zarzas y espinas. A la una llegamos á la hacienda, que es grande y con una multitud de dependencias.

Antes de examinar cosa alguna, corrimos

ansiosamente al sepulcro de Washington. Es un modesto, no sé si diga un ruin monumento, que consiste en dos pequeñas bóvedas de ladrillos, la una delante de la otra. La primera tiene dos rejas de fierro, y está muy sucia y abandonada. A la derecha hay un sarcófago de mármol blanco, que tiene encima un primoroso relieve representando las armas de la república, con esta única y expresiva inscripcion: WASHINGTON; y á la izquierda otro sarcófaco de la misma materia y construccion, dedicado á *Marta Washington*, esposa del general. Ambas piezas fuéron presentadas el año de 1837, por un artífice extranjero residente en Filadelfia, á Mr. Lewis, último ejecutor testamentario de Washington.

La segunda bóveda está cerrada con una puerta de fierro, y allí están los restos de los dos esposos. Aunque la puerta, por via de adorno, tiene algunas caladuras, la profunda oscuridad que reina en el interior de la bóveda, no permite examinarla. Y tiene tal fama de poco complaciente el actual propietario de la finca, que no tuvimos valor de suplicarle nos franquease las llaves para examinar detalladamente aquel santo recinto. Sobre el arco exterior hay una especie de ático en que se lee esta simple inscripcion:

WITHIN THIS ENCLOSURE

REST

THE REMAINS OF

GENERAL GEORGE WASHINGTON. (*)

Algunos sicómoros y sauces dan sombra al monumento. En la parte superior de éste crecen algunas zarzas y arbustillos, de cuyas ramas escogimos algunas para recuerdo de nuestra visita. (†) No fué en este sitio en donde estuvo primitivamente sepultado el cuerpo de Washington, sino en otro mas cercano á la orilla del Potomac, á la falda de una colina. Tambien visitamos este lugar, que es mas lúgubre y majestuoso. Allí está la pequeña y modesta sepultura en que se descompuso el cadáver; y es muy sensible que haya sido removido, pues la situacion no podia ser mas propia, y si eso hubiera sido para colocar los restos en un monumento mas digno del ilustre americano, podria bien explicarse. Pero el actual es de muy mal gusto, y de una figura y proporciones nada notables. Al lado de éste hay un sepulcro mar-

(*) „Dentro de este recinto reposan los restos del general George Washington."

(†) Yo envié una de ellas á mis amigos los padres Camachos, de Campeche.

cado con una pirámide de mármol, que pertenece á una señora de la familia.

Volvimos despues á visitar la finca. Toda ella se encuentra en la mayor decadencia. Muchas oficinas y dependencias están en una situacion ruinosa: el jardin y la huerta casi no existen. La habitacion principal, en que Washington pasó tantos años de su vida tranquila y apacible, nada ofrece de notable. Es una casa de madera con una fachada sobre el Potomac, y otra sobre el parque. Es la misma casa, sin variacion, que existia en tiempo de su ilustre propietario, y por tanto es del gusto del pasado siglo; pero es bella, ámplia y bien distribuida, segun lo que pudimos observar por la parte exterior pues el dueño estaba encerrado en ella, y solo por la condescendencia de un esclavo pudimos ver, por medio de una escalera aplicada exteriormente, la pieza en que murió Washington. Tambien nos introdujo el mismo esclavo en una especie de pasadizo, donde se ve, dentro de una caja de cristales, la llave de la Bastilla presentada á Washington por su amigo y compañero de armas Laffayette, despues del memorable 14 de julio de 1789. En uno de los corredores, que del edificio principal llevan á las oficinas, encontramos á una anciana esclava, que nos dijo haber pertenecido al insigne ciudadano. Se acuerda perfectamente de todos los sucesos de la guerra de independen-

cia, pues tiene como cien años.

Despues de dar otro paseo por la orilla del rio, al cual se baja por una pendiente rápida, pues toda la finca, así como ámbas márgenes del Potomac, están situadas sobre colinas, volvimos á comer á las tres de la tarde. Charles Tyson, conociendo mejor la poca hospitalidad del dueño actual de *Mount-Vernon*, y los pocos medios que allí habria de proporcionarnos cosa alguna con que matar el hambre, cuidó de llevar consigo un buen tenate de provisiones frias. Escogimos un bosquecillo espeso del parque, y allí, á la sombra de sauces y encinos, sobre un mullido banco rústico, hicimos nuestra suculenta comida, y bebimos el agua de un arrollo cercano, para no molestar ni en esto á los sirvientes de la finca.

Despues de comer, fuímos otra vez á la tumba del héroe y al sitio de su primitivo enterramiento. Aquí se arrodilló D. Federico, y nosotros seguimos su ejemplo, despidiéndonos de aquel humilde monumento.

A las cuatro de la tarde entramos en el coche para regresar, agradeciendo al actual propietario de *Mount-Vernon*, que no hubiese puesto una cerca impenetrable al parque para impedir la entrada de los viajeros, y llevando en el ánimo cierta especie de sentimiento religioso por nuestra visita. Volvimos á Alejandría por un camino diferente, que no era menos bello què el otro; y sin

embargo de habernos detenido un rato en *Jackson-City*, todavía llegamos á *Brown's Hotel*, nuestro alojamiento, á la hora en que estaba sirviéndose el té.

Así terminó nuestra excursion de este dia.

J. Sierra.

FIESTAS

AL

DIOS VERDADERO

ANTES DE LA LEY DE GRACIA.

POR EL VIZCONDE WALSH.

PARTE SEGUNDA Y ULTIMA.

Cincuenta dias despues de la Pascua, los hebreos celebraban la solemnidad de Pentecostes: esta fiesta era la conmemoracion de la ley dada sobre el monte Sinaí, cincuenta dias despues de la salida de Egipto. Magnífica memoria, que recordaba que Dios mismo, en medio de los rayos y relámpagos, habia hecho venir á su servidor Moisés para conferenciar con él, y darle santas y sábias leyes para su pueblo.

Contábanse siete semanas despues de la Páscua hasta Pentecostés, lo que hacia que los judíos llamasen á esta fiesta, de las SEMANAS.

La fiesta de las TROMPETAS anunciaba el principio del año, y como el dia en que comienza es igual á aquel en que acaba, así como el sol no es ni mas bello ni mas resplandeciente cuando nace que cuando se pone, han creido los hombres deber señalarlo de algun modo: nosotros tenemos nuestras visitas, nuestros deseos de buen año; los israelitas tenian sus salvas de trompetas el dia primero del año que empezaba. Era esta fiesta en Israel mas bien civil que religiosa: sin embargo, Moisés ordenó que se ofreciesen sacrificios en este dia al Señor de los siglos.

La NEOMENIAS, ó los primeros dias de cada mes, eran como una sucesion de las fiestas de las trompetas. Eran éstas aun una señal en la division del tiempo. No obligaba la ley al descanso en los dias de las Neomenias, pero ordenaba sacrificios y oraciones en el templo.

La fiesta de la EXPIACION se celebraba el décimo dia del mes *Tizri*, que era el primer dia del año civil: llamábase tambien fiesta de *Cihppur* ó *Kippur*, que significa perdon. Habia sido instituida para desarmar la justicia de Dios por el arrepentimiento, las lágrimas y los sacrificios.

Así, para que el año que comenzaba fuese feliz, se arrepentian de los pecados cometidos el año que concluia. Desde aquel tiempo se sabia que el arrepentimiento es la segunda inocencia de los hombres, y que nada es tan agradable al Señor como un corazon contrito y humillado. Así, Israel en esta fiesta del perdon se humillaba en el polvo, lloraba y gemia delante del Dios de las misericordias; y todos sus hijos, prosternándose á un tiempo como un solo hombre, aguardaban en silencio que algunas gotas de la aspersion de los sacrificios, viniesen á caer sobre ellos para lavarlos de sus manchas y borrar sus faltas.

En esta fiesta, que era una de las mas solemnes, el gran sacerdote, despues de haberse lavado no solamente los piés y las manos como para los sacrificios ordinarios, sino despues de sumergirse enteramente en la piscina, se revestia los vestidos de simple lino: los vestidos espléndidos, los ornamentos de oro, no iban bien á los sacrificios expiatorios; y no se adornaba con ninguna de la pompa de los altares, pero se avanzaba hácia el *sancta sanctorum* con la túnica de los demas sacerdotes.

Llegando al altar de los sacrificios, inmolaba primero un becerro y un carnero por sus propios pecados y los de los demas sacerdotes; ponia las manos sobre la cabeza de las víctimas, y confesaba sus pecados y los de su casa; recibia despues de los prín-

cipes de las tribus dos cabrones por el pecado, y un carnero para ofrecer un holocausto en nombre de toda la multitud.

Sorteaba para saber cuál de los cabrones se inmolaria al Señor, y cuál se dejaria en libertad.

Cuando se habia designado la víctima, el gran sacerdote tomaba fuego sobre el altar de los holocaustos y lo ponia en un incensario; y echando incienso en él entraba al santuario, envuelto en una nube de perfumes.

Despues de su oracion, levantaba el velo sagrado, volvia al altar de los holocaustos, y ofrecia en sacrificio el cabron que por suerte debia inmolarse.

Tomaba despues sangre del becerro sacrificado al principio, y la llevaba en un vaso de oro detras del velo del *sancta sanctorum;* y allí, poniendo los dedos en la sangre de la víctima, salpicaba siete veces en rededor de la arca.

Despues de esta aspersion, salia de nuevo del santuario, tomaba sangre del cabron inmolado, y se servia aún de ella para hacer aspersiones en el santuario, en el tabernáculo y en el recinto del templo. Miéntras duraban estas purificaciones, estaba solo en presencia de Dios: ningun sacerdote lo acompañaba, y la multitud que permanecia fuera de la tienda sagrada ó del templo, no podia verlo.

Purificados así el santuario, el recinto del

templo y el altar, se traia al gran sacerdote el cabron emisario ó *Azazel*, como algunos lo llamaban, y poniendo el pontífice la mano sobre la cabeza de aquel, confesaba sus propios pecados y los del pueblo.

Concluida esta ceremonia simbólica, y cargado el cabron con los pecados de la multitud y las imprecaciones del sacerdote, se le llevaba á un lugar desierto y se le dejaba allí en libertad, ó era, segun otros, empujado por su guia en un precipicio en donde pereciese.

Y solamente despues que se cumplia con todas estas cosas, volvia á tomar el pontífice del Señor sus vestiduras de gran solemnidad, el superhumeral, el racional y la ropa color de jacinto; y revestido así con magnificencia, inmolaba en holocausto dos carneros, uno por él y el otro por todos los hijos de Israel.

Terminábase así la fiesta de la Expiacion entre los hebreos, fiesta llena de figuras proféticas. Para apaciguar al Altísimo, y que su misericordia desarmase su justicia, los hombres que vivian bajo la antigua ley, no tenian que ofrecer mas que toros y becerros, cabrones y carneros, corderillos y palomas, pan y vino, frutos y flores; y Jehovah, aguardando la grande expiacion, el gran sacrificador y la gran víctima, se dignaba aceptar estas ofrendas, símbolos misteriosos del sacrificio de la ley nueva, que es el único digno de la Majestad Divina, puesto que es todo un Dios que se inmola á Dios.

La fiesta de los TABERNÁCULOS era para los judíos lo que la del *Corpus* es para nosotros; la fiesta mas risueña, la mas poética, la fiesta de los campos y de los bellos dias, la fiesta de las palmas y de la verdura.

Esta solemnidad que el pueblo de Dios gustaba tanto celebrar, habia sido instituida para recordar á los hijos de Israel el largo tiempo que habian permanecido en el desierto, cuando no tenian moradas fijas, ni casas, ni ciudades, y que iban donde placia á Dios conducirlos. Al pensar en los dias que pasaron en el desierto y los de marcha, cruzando los paises de Moab y Amalec, se forzaba á los judíos á traer á la memoria todos los prodigios obrados, y todos los beneficios extendidos sobre ellos; la nube durante el dia, y la columna de fuego por la noche, y el agua que surtió de la roca al golpe de la vara de Moisés, y el maná que caia del cielo como un dulce y misterioso banquete; y, sabedlo, para las naciones así como para los individuos, es bueno y saludable recordar los dias primitivos, los dias de la niñez, porque cuando estos pensamientos de inocencia llegan al espíritu, uno se siente mejor, se hace mas puro para que haya menos distancia entre nosotros y los dias pasados.

Y con grande alegría, en la última bella estacion del año, cuando la tierra habiéndose yá cubierto de abundancia, habia dado á los hombres las mieses y los frutos, salia Is-

rael de las mansiones de piedra de sus ciudades ceñidas de altas murallas, y se extendia en los campos para vivir en ellos por siete dias, bajo las frescas bóvedas que forman los árboles.

Allí no habia trabajo, inquietud, negocios ni tumulto, como en la ciudad. Allí el aire, embalsamado por las flores, al aspecto risueño de los campos, la alegría de las comidas tomadas en comun bajo la enramada; allí la armonía de los cánticos mas sagrados, su poesía y este apacible contentamiento que acompaña las fiestas religiosas.

En aquellos dias los jóvenes iban á los bosques y sobre el borde de los torrentes, y arrancaban de los árboles las ramas mas frondosas; y agobiados bajo esta carga de verdura, volvian á sus padres, á sus madres y hermanas; y la familia junta levantaba, consolidaba y adornaba la tienda ó tabernáculo que debia habitar la santa y gozosa semana.

Nosotros vemos pueblos amantes de fiestas, y reyes que quieren procurárselas para evitar que aquellos se irriten contra el poder; mas estas fiestas, á pesar de decretos, edictos y leyes hechas para establecerlas y hacerlas populares, se quedan sin movimiento del alma, sin himnos de gracia, sin probabilidad de duracion. Bajo los pórticos, levantados á fuerza de gastos, pasa la multitud indiferente, la curiosidad hace abrir los ojos, pero ningun entusiasmo hace latir el corazon;

¿y sabeis por qué?... Porque el Dios de la vieja patria, el que ha regocijado la juventud de nuestros padres, no ha sido llamado á estas fiestas, y el pensamiento que las ha establecido no ha sido puro, justo ni religioso.

Entre el pueblo de Dios no era así; y hé aquí por qué sus regocijos han pasado al través de todos los dolores de los siglos, y que aún hoy, en las tristes sinagogas de los judíos, hay como un pálido reflejo de la fiesta de los Tabernáculos.

¡Oh, cuán bellas debian ser estas poéticas solemnidades en los campos de Idumea, bajo su cielo azul, cuando los habitantes de las ciudades, juntándose á los de los campos, animaban las soledades, y erizaban los valles y las colinas, las caidas de los ribazos y el borde de los torrentes con sus millares de habitaciones de ramos! ¿Veis esa larga fila de hombres y mujeres, de viejos y niños? En medio de todos los tabernáculos del pueblo, marchan en órden hácia el tabernáculo del Señor. Los niños y sus madres, los jóvenes y las vírgenes, los viejos y los sacerdotes, llevan todos en sus manos ramos de palmas, de sauces, de mirtos y limoneros. De estos últimos penden aún los dorados frutos, y toda aquella multitud parece de léjos un bosque móvil.

Al rededor del altar de los holocaustos, en donde á cada mañana y á cada tarde se ofre-

con sacrificios, riegan los sacerdotes vino, aceite y agua pura de la fuente de Siloe; y miéntras que el gran sacerdote, revestido con su ropa color de jacinto con campanillas de oro en el borde, ruega por Israel, agita el pueblo sus ramos y sus palmas y grita al Señor: ¡Hosana! ¡Hosana! Esto ha hecho que se llamen tambien estas fiestas, que se celebran á principio del otoño, fiestas de los *Hosanas* ó fiestas de las *Palmas*.

Habia aún la fiesta de las SUERTES, ó de *Purim* ó *Phurim*, fundada en memoria de la libertad de los judíos que Aman quiso hacer perecer: venia en el mes *Adar*, que corresponde á febrero. Antes de tirar la suerte, daban siempre limosna los hebreos cerca de la urna en que estaban los dados, y colocaban allí otra urna para dejar caer en ella la moneda destinada á socorrer á los que comen con sus lágrimas el duro pan de la miseria.

Se ve, pues, así que ha largo tiempo que los hombres quisieran ganar á Dios para ponerlo de su lado: cuando iban á tentar la fortuna para procurarse una suerte favorable, hacian un bien. Puede esto ser supersticion, pero yo no la reprobaré.

El dia en que Judith libertó á Israel dando la muerte á Holofernes, habia sido mirado como una fiesta por mucho tiempo despues que la mujer fuerte de Bethulia bubo bajado con su gloria al sepulcro de Manasés.

Los aniversarios de la *Dedicacion del Tem-*

plo, de la *Muerte de Nicanor*, del *Descubrimiento del fuego sagrado bajo Nehemias*, de la fiesta de la *Gilofora*, en la cual se llevaba al templo la leña, eran dias santificados por el reposo y la oracion, por himnos y sacrificios.

Estos dias, agradables al pueblo, lo eran tambien á Dios, porque eran todos recuerdos de la patria, siendo Dios mismo quien ha puesto el amor de la patria en el corazon del hombre. El dia en que él les ordenó honrar las tumbas de sus abuelos, seguir las leyes dadas á sus padres, guardar sus usos, defender el altar, el templo ó el tabernáculo en que habian orado, aquel dia les hizo el mandamiento de amar la patria, porque la patria es lo *pasado* guardado por lo *presente* y legado al *porvenir*. Es la generacion viva que vela sobre las cenizas de las generaciones muertas, y que dice á las que deben seguir: amad lo que hemos amado, honrad lo que hemos honrado, y que nuestro Dios sea para siempre vuestro.

¿El pueblo que ama el cambio ama á la patria? yo no lo creo. El hombre que trastorna la casa paterna, y que para vivir á su gusto desacomoda la tumba de su madre, no es hijo respetuoso.

ALOPATIA, HOMEOPATIA E HIDROPATIA.

(HISTORIA DE TRES SEPULTUREROS.)

Composicion leida por el autor en el Liceo de Madrid.

Era de noche, y la luna,
económica y discreta,
por no gastar luz en casa
fué de tertulia á la ajena.
A sus vecinas las nubes
les entregó la linterna,
y entre todas la ocultaron,
dejando á oscuras la tierra.
El gasómetro del cielo
no iluminó las estrellas,
porque el sol en tabardillos
le gastaba la cosecha;
y el de Madrid, que es un gas
muy gastador y tronera,
(cuya gloria se va en humo
como otra gloria cualquiera)
ardia esa noche altivo
respetando las tinieblas;
es decir que no alumbraba;
cosa ya en él harto vieja.
Así, la noche era oscura,
oscura como la ciencia
que perdió su luz, sin darla
á Hipócrates y á Avicena.
Noche de duendes y trasgos,
de fantasmas y quimeras;
noche de volar las brujas.

por tejados y azoteas,
asustando á los tutores
y alegrando á las doncellas.
Noche de clubs, de misterio,
de sociedades secretas,
instante del que conspira
y siglo del que gobierna.
Consuelo de los amantes,
tormento de los poetas
que no pueden del rocío
contar las líquidas perlas,
ni ver si la blanca luna
sobre las aguas riela,
ni si es de plata el arroyo
que entre rocas serpentea.
Y como siempre extasiados,
por las regiones aéreas
en alas del ruiseñor
su fantasía les lleva,
ni ven al novio atrevido
que á oscuras abrió la puerta
que entornada le dejara
su enamorada Filena;
ni cuidan del cazador
que ántes que el alba despierta,
y sale y deja en su casa
lo que no habrá cuando vuelva.
Esas cosas terrenales
nunca las ven los poetas:
para hombres como yo pasan,
y hombres como yo las cuentan.
Dígalo, si no, esta historia,
historia sepulturera,
que el romántico de antaño

diera un Potosí por ella,
y ocurrió noches pasadas
á la puerta de una iglesia.
El santo templo está oscuro;
tres hombres hay á la puerta
que acalorados disputan,
y enfurecidos pelean.
Razon quieren llevar todos,
y á sus testigos apelan.
—Cien personas (que Dios haya)
dice el uno, yo os pudiera
presentar, que mi doctrina
y mi razon defendieran.
—¡Cien personas! dice el otro.
Cien personas! gran cosecha!
Mis testigos á millares
en el cementerio esperan.
—Y yo, les gritó el tercero,
tengo yá una millonésima
parte de la humanidad
enterrada por mi cuenta.
—¿Quieres callar, miserable?
dice el primero: ¿vergüenza
de ser pigmeo no tienes
al ver mis fórmas atléticas?
Tú que por átomos matas,
y que por átomos cuentas,
¿te has de comparar conmigo
que mato y cuento á docenas?
Yo mato cortando un brazo,
mato rasgando una vena,
quito la vida comiendo,
la quito mandando dieta;
con nieve hielo los cascos

si hay calor en la cabeza,
y helado de frio muere
el que abrasado viviera.
Refresco al que está irritado,
irrito las pieles frescas,
y alopático seré
toda mi vida, *per secula*.
Al que tiene pulmonía
matar con otra, es quimera,
porque puede suceder
que se equilibren las fuerzas,
y se curen las dos solas
sin médicos ni recetas.
Querer lograr con un grano
lo que no alcanzan cuarenta,
es dar tiempo á los enfermos
á que de viejos se mueran.
Sacar un clavo con otro
es medicina de albeitar,
y no se saca ninguno
si dentro los dos se quedan.
Nada; *contraria contrariis*
curantur es cosa cierta;
es decir, *á entendimiento*
me ganarás, mas no á fuerza.
Y tú, hidropático imbécil,
siempre con la cuba á cuestas,
recetando agua en ayunas,
agua al comer y á la cena,
baños frios á los piés,
bautizos á la cabeza,
paños húmedos al pecho,
rocíos de agua á las piernas,
¿no ves que á los taberneros

has de dar estrecha cuenta
del agua que desperdicies
en tus curas estupendas?
¿Qué dirán los boticarios
al ver que van tus recetas
á las fuentes de Cibeles,
á la del Berro y la Teja?
Créeme, pásate al moro,
y tu hidropática ciencia
logrará que los infieles
en la ley de Cristo mueran.
Bautízalos sin reparo.
Haz de su suelo una acequia,
y dejarán de ser moros
si cristianos los entierras.
Y aunque digan por allá
que los de Europa se queman,
no hagas caso, que sin agua
yo haré que frescos se mueran.
Tú, homeópata indivisible,
átomo de la centésima
parte de una gota de agua
del mar, en que fué disuelta
la octava parte de un grano
de sal, no te vayas, queda
á mi lado, que sin tí
tantos enfermos no hubiera.

Yo sé que te quieren mucho
porque no los atormentas;
que les das harina en polvo
en cantidades milésimas,
y una gota de agua clara
en ciento de idem disuelta,
con lo cual la enfermedad

se hace crónica, y es fuerza
llamar al médico antiguo
para que eche la tremenda.
En fin, tú me los preparas
para que á mi mano mueran;
la homeopatía amortaja,
y la alopatía entierra.
Dió fin con estas palabras
el alópata á su arenga:
ni el homeópata replica,
ni el hidrópata contesta.
Y así á la puerta del templo
por largo rato se queda
en silencio sepulcral
la gente sepulturera,
hasta que alzándose en pié
un hombre casi problema,
de indiviaible estatura
y de impalpable materia,
con medio óbolo de voz
respondió de esta manera:
—Has hablado como un sabio,
si sabios hay en tu escuela;
pero la causa es perdida,
y perdida la defensa.
Este siglo en que vivimos,
en que todo es apariencia,
tu arte de curar rechaza
como cosa tosca y fea.
Yá los caldos de gallina
al débil no se recetan,
ni indigestiones se curan
propinando la dieta.
Hoy los dolores de dientes

los cura un dolor de muelas;
la fractura de una mano
haciendo otra en la muñeca;
la irritacion irritando,
el frio con cosas frescas....
En fin, *similia similibus*,
ahí tienes nuestra bandera.
Un clavo saca á otro clavo;
la oveja con su pareja;
y á los que no quieren caldo
se les da la taza llena.
Pero no creas por eso
que mi mision en la tierra
tan solamente se cumple
duplicando las dolencias.
¡Yo tambien doy medicinas,
tambien yo pongo recetas!
y con medio grano de ópio
que en la atmósfera suspenda,
hago dormir, si me apuras,
una poblacion entera.
Por ejemplo, las tercianas
las curo con la centésima
parte de un grano de quina
mezclado con otras treinta
de harina, y esto se pone
en cien porciones perfectas,
y tres por semana toma
hasta que la fiebre cesa.

Así no abraso al enfermo
con cantáridas ni friegas;
y las jóvenes acuden
á la homeopática ciencia,
porque respeta sus rostros,

y su hermosura conserva.
Con lo cual, si á Dios le cumple
llamarlas á su presencia,
el doctor Simon las halla
tan intactas y tan bellas,
que á gusto de la familia
embalsamadas las deja.
Sentóse la homeopatía
satisfecha de su arenga,
y aunque el hidrópata quiere
defender sus acuarelas,
el alópata replica
y se hace escuchar por fuerza.
—Callad, les dice, callad,
y no deshonreis la ciencia
que infatigable sostiene
la raza sepulturera.
Llegad á los cementerios,
y allí veréis, para prueba,
las víctimas á millares
enterradas por mi cuenta.
¡Preguntadlas de una en una
si fué mi pluma ó la vuestra
quien las visó el pasaporte
para la mansion eterna!
—Eso no prueba otra cosa,
el hidrópata contesta,
sino que tú eres antiguo,
y tus doctrinas muy viejas:
hace mas años que matas,
y así mas víctimas cuentas.
Pero hoy que la humanidad
en nuestras manos se entrega,
verás cómo infatigables

te hacamos la competencia;
y en fin, si como tú dices,
es cosa sabida y cierta
que el homeópata amortaja
y la alopatía entierra,
no desdeñeis el auxilio
de la hidropática ciencia.
Al enfermo que resista,
y con *glóbulos* no muera,
mátale tú, sin reparo,
con una sangría suelta,
y para que no se escape
yo lo ahogaré en agua fresca.
Unámonos, Esculapios,
que en la union está la fuerza:
de tres escuelas distintas
hágase una verdadera,
y al prójimo desdichado
que caiga por nuestra cuenta,
por leve que sea su mal,
séale leve la tierra.

ANTONIO FLORES.

EL IMPERTINENTE.

No hay medalla sin reverso, ni accion por mala ó indigna que sea que no pueda justificarse, al menos aparentemente, con las impertinencias y debilidades humanas. ¿Sabeis lo que dice D. Honorato, aquel tipo por excelencia del egoismo de quien os hablamos el otro dia? Dice, pues, que D. Tadeo con

sus majaderías, con sus importunidades y sobre todo con su chocante y sempiterna *charlomanía*, le ha obligado á concentrarse todo entero dentro de sí mismo como un crustáceo, para libertarse de ciertos entes, lo que le ha hecho contraer yá un hábito, huyendo de servir á alguno con el fin de que todos se retiren de él, dejándole disfrutar tranquilamente de su aislamiento. Mas no tiene razon, á pesar de esto, D. Honorato, porque si la cosa es del modo que la explica, no deberia buscar y acercarse él á los hombres cuando tiene necesidad de sus servicios. Pero será bueno que os hagamos conocer en pocas palabras á D. Tadeo.

En primer lugar, no tiene oficio alguno, ni renta, ni industria, ni beneficio; y vive por consiguiente á costa de los que tienen la desgracia de ser contados por él entre el número de los que llama sus amigos.

Vedle, apénas se levanta, en casa de uno de éstos con el doble objeto de tomar el desayuno y leer los periódicos. Para cohonestar su visita á tales horas, finge que ha oido decir que se halla malo el dueño de la casa, y que su fina amistad no le ha permitido detenerse ni un momento en pasar á informarse por sí mismo del estado que guarda su importante salud. Entre tanto, el desventurado amigo de D. Tadeo, que ha madrugado hoy contra su costumbre por arreglar una cuenta, no puede proseguir su urgente tra-

bajo, por mas que manifieste el disgusto que le causa aquella visita, y se mantenga con la pluma en la mano mojándola de cuando en cuando en el tintero, y revuelva cada instante los papeles que tiene á la vista, y sus respuestas sean concisas, vagas ó incoherentes por hallarse distraido con las ideas que le ocurren relativas á la tarea que ha emprendido. Nada: no espereis que D. Tadeo se dé por entendido y abandone el campo hasta que sea hora del almuerzo; y pase á hacer sufrir igual tortura á otro desgraciado á quien cupo ese dia la mala suerte de ser objeto de su predileccion.

Lo tenemos yá al lado de ese segundo amigo, que se halla en la mesa comiendo á toda prisa unos bocados por ser demasiado tarde y tener que asistir á una cita de importancia; y aunque desde que vió llegar á D. Tadeo preguntó á un criado con intencion si estaba listo su carruaje porque le urgia mucho salir en aquel instante sin la menor demora, no creais que el importuno se dé por notificado. Almuerza desaforadamente, tal vez sin que se le haya convidado, y no espereis que abandone á su víctima hasta las doce. Preguntas impertinentes, relaciones insulsas, cuentos pesados y detracciones amargas, han sido el único pasto de su fastidiosa é insolente conversacion.

Sigámosle ahora á las oficinas públicas: allá conduce un gran cúmulo de cartas pa-

ra sellar, defraudando su porte á la renta de correos: acullá distrae al secretario en lo mas crítico de alguna comunicacion grave y delicada: en esta parte, por echar mano de la salvadera para distraerse, da un codazo al tintero manchando varios expedientes: en la otra, toma un apesgador, siendo causa de que el viento se lleve los papeles; y, finalmente, no hay lugar en que no canse y no importune y no fastidie á todos con su presencia. Y lo peor es que siempre entra diciendo que no trata molestar, siendo sus primeras palabras despues de los buenos dias, si es que acostumbra darlos, las de *un momento, seré breve, veo que se hallan W. muy ocupados,* y otras semejantes.

Todo esto se supone que es por curiosidad solamente ó por simple pasatiempo, sin que D. Tadeo tenga negocio alguno pendiente, pues cuando le tiene no espereis que se mueva de la oficina desde que se abre hasta que se cierra, martirizando despiadadamente al jefe y á los subalternos, de manera que muchas veces por desembarazarse de él hay que acceder de liso y llano á su solicitud Adula, ruega, insta, importuna y hasta se prostituye si es preciso; pero nada le importa esto con tal que consiga su fin. D. Tadeo sigue la máxima de que quien porfia siempre vence.

Son las tres de la tarde, y por tanto es yá hora de que D. Tadeo se dirija á los

billares, á las tabernas, á las fondas y á las sociedades en solicitud de la pitanza. Come, bebe, fuma buenos puros de la Habana y hasta junta algunas monedas que arranca á los jugadores que han sido favorecidos por la suerte. Y como D. Tadeo no puede vivir sin molestar á alguno, en estas reuniones se acerca regularmente á los que observa que hablan en secreto, dirige la palabra al que está leyendo algun periódico y distrae con cualquiera impertinencia al que cuenta dinero.

Antes de esto, en su tránsito de una oficina á otra, mantuvo parado mucho tiempo en medio de la calle, á pesar del rigor del sol, á un infeliz marido que marchaba apresurado en solicitud de médico para su mujer, que se hallaba fatigada con un parto difícil y peligroso. No hay poder humano capaz de atajar á D. Tadeo cuando toma la palabra.

¡Cuántos se han quedado sin oir misa por D. Tadeo, y cuántos han llegado al teatro al concluirse la representacion, y cuántos no han encontrado asiento en los toros! Así es que no hay quien al verle no huya de él como de una fiera ó de un perro rabioso.

Despues de la comida, y despues tambien de haber importunado á cuantos ha podido, hé aquí que D. Tadeo se asocia al que tiene lista su volanta en la puerta, á fin de que lo saque á paseo; y lo consigue en efecto,

apegado constantemente á su máxima favorita que hemos citado anteriormente. ¡Desgraciado del que caiga en las crueles y terribles manos de este hombre pelma y fastidioso!

Si hay por la noche baile, concierto, cosmorama ó cualquiera otra diversion, no juzgueis que se privará de asistir á ella D. Tadeo; pero yá debeis suponer que tampoco le costará un centavo, y que para ello habrá tenido precision de cansar y de moler y de hacer desesperar á algun conocido. Y así cierra el perpétuo círculo de sus impertinencias y de sus majaderías, para repetir lo propio, ni mas ni menos, el dia siguiente.

Pero ¡Dios santo! ¿qué es lo que vemos? ¿Qué negra fortuna nos persigue? D. Tadeo se acerca apresuradamente hácia nosotros. Concluyamos, pues, este artículo ántes que nos tome á cargo, si es que queremos que no quede pendiente hasta el fin de los siglos.

¿Y qué dirémos para darle punto? Dirémos, en resúmen, que casi estamos por dar la razon á D. Honorato; que el cielo nos proteja contra los impertinentes; que la Iglesia establezca oraciones para preservarnos de ellos; que se mueran todos de peste en un dia y á una hora, y que carguen con sus ánimas doscientas mil contradanzas de á doscientos mil millares de parejas de demonios cada una, con D. Tadeo á la cabeza, aunque se le lleven como á cuerpo de rey.

Mérida, febrero 22 de 1849.—*G. C.*

LA VILLA DE GUADALUPE.

(Dia 12 de diciembre.)

Quien ha observado en los paises ingleses la monotonía y tristeza de los domingos; quien ha visto ciudades de mas de cuatrocientos mil habitantes, desiertas y melancólicas en los dias festivos, no puede menos que asombrarse de lo mucho que nos divertimos los mejicanos en la multitud de fiestas religiosas que hay cada año, ademas del séptimo dia de la semana, en el cual Dios descansó; y nosotros, que en verdad trabajamos muy poco en nuestra noble calidad de mortales, nos vestimos con nuestros mejores trapitos, como decia el otro, y salimos lustrosos, olorosos y amorosos á la Pata de Cabra, á los toros y los paseos de Bucareli y de la Viga. Pero entre los meses del año, el mas privilegiado para divertirse es el de diciembre; y tanta es la costumbre de armar frascas en este tiempo, que no hay patriota que no piense en pronunciarse en esa época, ni político que no quiera mudar gobierno, para que el año nuevo haya, como quien dice, ropa limpia.

El dia 8 es la funcion de la Purísima, y todas las monjas componen la iglesia, limpian la plata, lavan al convento y se preparan para oir los sermones de los *picos de oro*,

como candorosamente llaman á los padres que á su juicio predican bien.

El dia 12 es el dia de la patrona de Anáhuac: luego siguen las posadas ¡oh, las posadas! eso es delicioso, y nos ocuparémos de ellas en otro artículo: luego la noche buena, con sus opíparas cenas, sus misas de gallo; luego la pascua. . .... ¡Magnífico es vivir en un pais donde así se pasa la vida. . . ! Nápoles es un páramo. La risueña Italia, un desierto.

Mas nuestro propósito por hoy se reduce solo á dar unas ligeras pinceladas para hacer un boceto del cuadro que presenta la villa de Guadalupe el dia 12 de diciembre. Todo el mundo sabe la sencilla y poética tradicion de la Vírgen. No quiso favorecer á esos nobles y poderosos españoles que habia por estos mundos de Dios en otro tiempo; no quiso fijar su residencia en las huertas y flores de Mixcoac ó Coyoacan, sino que escogió por favorito á un humilde y rústico indígena, y por residencia unas montañas áridas y llenas de abrojos. La imágen, pues, de la casta madre de Dios, estampada en una grosera tela, tuvo despues una magnífica catedral; y el sitio eriazo, lamido por las salobres aguas de la laguna de Texcoco, se vió habitado por multitud de gentes piadosas y sinceramente devotas de la Vírgen, la que se eligió por patrona de la Nueva España. Cuando se proclamó la independencia, en vez de

las águilas que todos los guerreros habian acostumbrado estampar en sus banderas, el cura Hidalgo colocó á la imágen de Guadalupe; y al rededor de ese estandarte que tenia la doble significacion política y religiosa, se reunieron todos los indígenas, todos los mejicanos, y numerosas legiones de gente armada recorrieron, precedidas algun tiempo de la fortuna y de la victoria, la vasta extension del territorio. Desde entónces la fiesta de Guadalupe no solo es religiosa, sino tambien civil, y el dia 12 de cada año se celebra con gran pompa la memoria de la aparicion.

Como suponemos que no todos los lectores foráneos conocerán la villa de Guadalupe, harémos una breve descripcion. Está situada á cosa de una legua al Norte de la ciudad de Méjico, al pié de una cordillera de montañas áridas. Antes de llegar á la garita, hay necesidad de atravesar, ó por el barrio de Santa-Anna, compuesto principalmente de una calle de casas la mayor parte bajas, desaseadas y muchas ruinosas, ó por unos terrenos despoblados, eriazos, sembrados de casas de adove enteramente arruinadas, que llaman paredones, y de albañales y tiraderos de basura, que tienen constantemente cargada la atmósfera de emanaciones dañinas. El esfuerzo que por la prensa han hecho todos los escritores, ha sido inútil, y Méjico ha recorrido todos los sistemas de gobierno, ha visto entrar y salir gobernantes de todas las sectas

políticas, sin que ninguno de ellos haya pensado quitar ese foco de infeccion, esa mancha fea que precisamente tiene Méjico en las cercanías de una de las mas importantes garitas. Una vez que se llega á la de Guadalupe, la escena cambia. La atmósfera se siente mas despejada, y la vista se recrea en una hermosa y plena calzada de álamos frondosos á la derecha y á la izquierda, en un camino de piedra elevado en medio de una ciénega cubierta muchas veces de agua. Aun cuando el sol esté en toda su fuerza, los devotos que van á pié pueden caminar por la calzada protegidos por las sombras de los álamos. Una vez que se llega al Santuario, se puede observar una hermosa catedral, al lado de ella un convento de monjas Capuchinas, y en la cumbre del cerro mas inmediato y mas pequeño, una pintoresca capilla pintada de blanco. La plaza tiene casas muy extensas y cómodas, y algunas de bella apariencia. Por lo demas, y salvo las mejoras que ha hecho el arte, no hay cosa que mencionar, pues el terreno es eriazo é ingrato hasta un grado increible, y nada de árboles ni de flores, ni de ese fino y menudo césped que embellece tanto otros pueblos del valle de Méjico.

Todo el año, y particularmente el dia 12 de cada mes, se encuentran en la puerta de la catedral diez ó doce carruajes, ademas de los viejos carromatos de los canónigos; pero

el dia 12 de diciembre es cuando presenta el pueblo una escena animada y digna de describirse. La víspera en la noche hay maitines solemnes y fuegos artificiales, y muchas familias están presentes á esas prévias solemnidades.

El 12, desde las seis de la mañana, las dos calzadas están cubiertas de gente. Todos los coches simones se hallan en perpétuo movimiento, haciendo viajes y conduciendo á todas las costureritas de las modistas con su larga cauda de primos, á todas las familias de los cesantes y jubilados con sus manojos de chicuelos, á todas las Maritornes con sus enaguas lujosas de musolina blanca y sus ricos paños de seda, acompañadas de sus efímeros esposos de un dia, que por su parte se atavian con un ancho pantalon azul celeste, y ponen á sus sombreros jaranos las toquillas mas gruesas y las chapetas de plata que encuentran. Otros coches están cargados con una servidumbre entera. La vieja cocinera, la recamarera, las dos pilmamas, y á veces los chicos de la casa, quienes en tales bureos suelen aprender á beber grandes tragos de pulque y á hablar palabras no muy castellanas. Los coches simones, á pesar de la agitacion del dia, no salen de su paso, sin embargo que las delgadas y macilentas mulas reciben algunas docenas mas de cuartazos. Atravesando rápidos por estas líneas de simones, que se van moviendo al parecer con

la misma lentitud que un boa que acaba de devorar una ternera, atraviesan rápidos algunos brillantes carruajes ingleses tirados, ó por negras y erguidas mulas de Tamaulipas, ó por airosos frisones. En las portezuelas de esos coches se suelen ver engastados algunos lindos rostros, y á pesar de la violencia, aun pueden notar los enamorados, los vivos rayos que despiden algunos ojuelos negros. En el fondo del carruaje suele ir como engastada la rechoncha figura de la tia, ó el escuálido rostro del rico hacendado, ó del propietario impío y tirano padre, que cuida á sus hijas como un Argos, de las persecuciones de los jóvenes de moda.

Mezclados entre estos carruajes van los caballeros, y decimos caballeros porque van á caballo. ¡Qué piruetas, qué saltos no hacen dar á los animales para ostentar su destreza y valentía delante de las que van en los coches! Entre esta gran reunion de briosos ginetes, con sus caballos cubiertos de espuma y de sudor, suelen verse algunos viejos con el pantalon subido hasta media pierna, sus paraguas colorados para guarecerse del sol, y sus hijas por delante con los rebozos terciados y grandes sombreros de hule, que á cada movimiento del caballo se les vienen á los ojos.

En la calzada de piedra solo va regularmente gente de á pié. Mujeres que hacen *manda* de hacer la peregrinacion sin zapatos,

grupos de indios vestidos envueltos en sus telas de lana azul bordadas de encarnado, que no abandonan su trote ni cesan de hablar en todo el camino. Familias enteras que van rezando el Rosario, y Maritornes alegres con sus zapatos de raso blancos y azules, sus enaguas á media pierna y sus sombreros de petate en la cabeza. En medio de las dos calzadas van los muchachos con sus perros, que corriendo, saltando y retozando hacen el camino.

Toda esta concurrencia se aglomera en la plaza, y de allí se reparte la gente del pueblo al pocito á beber la agua sulfurosa en gran cantidad, al cerro á clavarse los piés con abrojos, y á la iglesia á recibir empujones de la multitud. La funcion de la catedral es suntuosa. Siempre asiste el presidente y sus ministros; la misa es pontifical, y el sermon lo predica un eclesiástico de fama. El aspecto que presentá el templo con su crujía de plata, sus columnas blancas y relucientes, su altar de mármol y oro, y todo esto lleno de incienso, de las armonías de la orquesta, de los cánticos religiosos, es de un efecto incomprensible.

Concluida la funcion, la algazara y la batahola por afuera es infernal. Los indios bailan sus danzas, hablan en sus diversos idiomas, y muchos, ébrios con el pulque, gritan y lloran. Las vendedoras se esfuerzan en pregonar la bondad de sus tortillitas y de su

fruta. Los cohetes alborotan á los caballos, y los grupos de gente se agitan como en un inmenso remolino. Miéntras, otros sentados en las puertas ó en el cerrito, devoran mas bien que almuerzan, las piernas de chito con salsa de chile borracho, y sorben grandes cajetes de pulque. En cuanto á las familias principales, ó regresan despues de haber dado un paseo, ó se quedan á comer en casa de un canónigo, lo cual es una calamidad anual que tienen que sufrir. En cuanto al presidente y empleados que asisten de oficio, despues de la funcion, los conduce el abad al colegio de los coloraditos, y allí el pulque de piña, el champaña, el tinto y el mole de guajolote y los fiambres, indemnizan á los asistentes del largo tiempo que tuvieron que permanecer de rodillas en la iglesia. Por supuesto, en esta comida religiosa, diplomática, se elogia el sermon, se desean los aumentos de la lotería, y se admira por los cortesanos entre tajada y tajada, y entre trago y trago, el poder de la Vírgen de Guadalupe.

A las cinco de la tarde, unos con dolor de cabeza, otros con los piés hechos lástima, los indios andando un paso adelante y tres atras, regresan á la ciudad. Toda la gente del pueblo ha de traer precisamente tortillitas, agua del pocito, una rama de álamo y una medida de la Vírgen. El 12 de diciembre es el paseo mas popular; y en el cual

los sirvientes gastan un mes de salario, y los artesanos lo que han ganado en la semana. Al dia siguiente nunca deja de referirse que hubo dos ó tres heridos, y multitud de aporreados: los celos y el pulque convierten, particularmente á las mujeres, en unos basiliscos, y á los hombres, en unos antropófagos.

Y despues..... venian aquí como mandadas hacer, las reflexiones sobre el espiritualismo de la religion, degenerado hasta el extremo, celebrando sus fiestas tan llenas de idealismo y de poesía con comilonas y desórdenes; vendria tambien muy acomodada una meditacion sobre el modo de evitar que esos pobres hombres que se llaman pueblo, en nombre de la civilizacion y de la causa de la humanidad, desperdiciasen el fruto de su tabajo; pero esa seria una tarea que sin duda no emprenderá ahora el que solo ha tratado de bosquejar la escena que se representa en la villa de Guadalupe los dias 12 de diciembre.—*YO.*

UN NUEVO GENERO DE INDUSTRIA.

Venid conmigo, seguidme y penetremos juntos, silenciosa y recatadamente, en aquella casa. Yá estamos dentro ocultos detras de una cortina, y nadie nos ha observado. Ved ese hombre que está cerca de su bu-

fete, con un libro en la mano..... Pero llaman á la puerta del gabinete: escuchemos.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Y quién es yo?

—D. Fulano de Tal.

—Adelante.

—Buenos dias, Sr. D. Pánfilo.

—Servidor de V. ¿Qué se le ofrece?

—Vengo, señor, á que V. se digne hacerme un epitafio para el sepulcro de un tio que me queria mucho, y acaba de morirse dejándome un legadillo.

—¡Vaya en gracia! ¿Y cómo se llamaba el bueno del difunto?

—D. Prudencio Aguayo, para servir á V.

—Para servir á Dios que lo merece. ¿Y qué empleo tenia?

—Capitan, señor.

—¿Viven sus padres, estaba casado ó dejó hijos?

—Nada de eso, Sr. D. Pánfilo: hace años que fallecieron aquellos; y por lo que toca á lo que respecta á él, permaneció siempre soltero.

—¡Vaya en gracia!

Y tomó un enorme registro con forro de vaqueta encarnada, que comenzó á hojear leyendo: Epitafios para casados con hijos: Epitafios para casados sin hijos: Epitafios para clérigos: Epitafios para mujeres: Epitafios para parvulitos: Epitafios para solte-

ros. Y aquí se detuvo, hasta que despues de haber leido atentamente algunos instantes, echó mano á la pluma y escribió:

Aqvi llase

el capitan D. Prudensio Auallo.

fieles rogad por el.

—Muy bueno, señor, excelente. ¿Y cuánto debo darle á V. por su trabajo?

—Lo que V. guste.

—Pues hé aquí un par de pesos, y perdone V. la cortedad.

—¡Vaya en gracia!

Con lo cual se marchó el parroquiano.

En seguida entró otro con la misma pretension; mas expresando que la obra habia de ser en verso: dió las explicaciones necesarias, y D. Pánfilo escribió la redondilla que sigue, despues de haber consultado detenidamente su voluminoso y abundante registro:

†

Doña Anacleta Torrija
Llase bajo aquesta loza:
Vuena madre, vuena esposa,
Y sobre todo vuena ija.

Fayesio el 20 de fevrero de 1849.

A los 39 de su edad

descance en pas.

Así fué D. Pánfilo despachando ese dia epitafios en prosa y en verso, y recibiendo monedas por un buen rato, porque hubo entónces muchos concurrentes.

Para un canónigo hizo este:

Llase en esta sepoltura
El bachiller Juan Barriales,
Arsediano y antes cvra:
Ruegen por el los mortales.

Para el sarcófago de un niño compuso el siguiente:

En este lugar repoza

el ninio Pedro Regalado Mejia.

Su alma bolo al sielo

en alas de su inosiensia.

Y D. Pánfilo lo pasa mas que medianamente con su industria, pues no faltan en ningun tiempo quienes le proporcionen ocupacion: siendo lo peor de todo que sus epitafios lucen en los cementerios y aun en algunas igle-

sias. Y otros perecen de hambre y de miseria con mejores elementos que D. Pánfilo; mas esto consiste en que en todas partes es mayor el número de los ignorantes que el de los sabios: ***stultorum infinitus est numerus***, dice la Sagrada Escritura.

Pronunciémonos, pues, contra D. Pánfilo y contra sus prosélitos; y haga la policía un rigoroso escrutinio de lápidas é inscripciones sepulcrales, como el que sufrió la librería del Héroe Manchego.

Mérida, febrero 24 de 1849.

El Censor Yucateco.

LA FLOR DEL AGUA.

A LA SEÑORITA DOÑA ROBUSTIANA ARMIÑO.

¿Por qué tiembla?—No lo sabe.
—Qué aguarda en el lago?—Nada.
De las aguas enlazada
A los hilos su raiz,
El movimiento suave
De la linfa va siguiendo,
La cabeza sumergiendo
Del agua al menor desliz.

Así la halló la alborada,
Así la encuentra el lucero,
Siempre el esfuerzo postrero
Haciendo para bogar;

Y en las olas la encallada,
Vaga y frágil navecilla,
Sin poder la florecilla
Impelar ni abandonar.

Movimiento que no cesa,
Ansiedad que se dilata:
Ni el agua que sus piés ata
Sostiene á la débil flor,
Ni deja, en sus olas presa,
Que vaya libre flotando;
Quiere que viva luchando,
Siempre en contínuo temblor.

¡Ya se inunda!... ¡ya se eleva!
¡Ya la corriente la traga!...
¡Ya navega.... ya naufraga!
¡Ya se salva.... ya venció!
¡Ya el agua otra vez la lleva
En sus urnas sepultada!
¡Ya de nuevo sobrenada
En el agua que la hundió!...

Flor del agua ¡cuántas flores
Viven en paz en la tierra!
Sola tú vives en guerra
En tu acuático jardin!
Te da la lluvia temores,
El manso pez te estremece,
Y tu belleza perece
Sin gozar descanso al fin.

Robustiana, flor del lago,
Por amante, por cantora

Has venido en mala hora
Con tu lira y tu pasion;
Que en el siglo extraño y vago
A quien vida y arpa debes,
Donde quiera que le lleves
Fluctuará tu corazon.

Que las cantoras primeras
Que á nuestra España venimos,
Por solo cantar sufrimos,
Penamos por solo amar;
Porque en la mente quimeras
De un bello siglo traemos,
Y cuando este siglo vemos,
No sabemos do bogar.

Las primeras mariposas
Que á la estacion se adelantan,
Y su capullo quebrantan
Sin aguardar al abril,
Nunca saben temblorosas
Adónde fijar las alas;
Siempre temen que sus galas
Destroce el aire sutil.

Las ráfagas las combaten,
Las extrañan los insectos,
Y de giros imperfectos
Si cansado el vuelo yá
Sobre las plantas abaten
Buscando el capullo amigo,
Hallan que néctar ni abrigo
La flor en boton les da.

Las orugas que encerradas
Aún están en sus clausuras,
Mañana al campo seguras,
Podrán sus alas tender;
Mas aquellas desdichadas
Que ántes cruzan la pradera,
Morirán la primavera
Risueña sin conocer!...

¿Cuál es tu barca?—Una lira.
—Qué traes en ella?—Sonidos.
—Vuélvete, que no hay oidos
Para tus sones aquí:
Vuélvete, jóven, y mira
Si en tu barca, mas sonoro,
Puedes transportarnos oro
U otro cargamento así.

¿Quién te llama? ¿á qué nos vienes
Con peregrinas canciones?
El trueno de los cañones
Del siglo el concierto es;
Y en vano sus anchas sienes
Pretendes ceñir de flores:
¡Ay! sus piés destrozadores
Hollarán cuantas le des!

¿Vienes de nuevo, alma mia?
Qué traes en la barca?—Amores.
—Torna á otras tierras mejores,
Torna el camino á emprender;
Si es oro nuestra poesía,
Nuestros amores son.... nada:
Ve si la nave cargada
De cetros, puedes traer.

Que si no de amor, tenemos
Tan elevadas pasiones,
Que sentimos ambiciones
De un cetro cada garzon;
Y cada garzon podemos,
Con nuestros genios profundos,
Media docena de mundos
Fundir en una nacion!

¿Otra vez? ¿Qué traes ahora?
Siempre en el mismo camino
Sobre el sáuce cristalino
En su barquilla la flor:
Así la dejó la aurora,
Así la encuentra el lucero,
Siempre en el afan primero,
Siempre en el mismo temblor.

Robustiana, flor del lago,
Por amante, por cantora,
Has venido en mala hora
Con tu amor y tu cantar;
Que en el siglo extraño y vago
A quien vida y arpa debes,
Donde quiera que la lleves
Puede el alma naufragar.

Mas escucha; no estás sola,
Flor del agua, en el riachuelo;
Contigo en igual desvelo
Hay florecillas tambien,
Que reluchan contra la ola,
Que vacilan, que se anegan,
Que nunca libres navegan
Ni en salvo su barca ven.

Pero enlazan sus raices
A la planta compañera,
Y viven en la ribera
Sosteniéndose entre sí;
Y cual ellas mas felices
Desde hoy serán nuestras vidas,
Si las pasamos unidas,
Hermana, las dos así.

CAROLINA CORONADO.

Pompeya y Herculano.

Era cosa sabida que una erupcion del Vesubio, habia destruido ó sepultado várias poblaciones en la Compañía. Su memoria en cierto modo estaba yá olvidada, cuando un acontecimiento en 1720, es decir, 1641 años despues del suceso, los sacó del olvido en que yacian. A un príncipe aleman que estaba construyendo una casa de recreo en Pórtici, á las orillas del mar, se le presentó un extranjero vendiéndole varios fragmentos de estátuas antiguas, halladas por éste en una excavacion que habia hecho para abrir un pozo. El príncipe no solo le compró las estátuas, sino tambien el terreno donde habian sido encontradas. Practicó en él várias excavaciones, de cuyos gastos le indemnizaron con usura las columnas, los fragmentos de

edificios, los muebles y utensilios, que diariamente coronaban los esfuerzos de los trabajadores. Estos descubrimientos llamaron la atencion del gobierno napolitano: las excavaciones se hicieron con mas profundidad, y por último, cuando se profundizó á mas de 80 piés, no quedó duda de que se habia encontrado una de las ciudades sepultadas.

Se despejaron las calles, y el mundo moderno gozó del espectáculo de una ciudad realmente antigua. En el dia se puede pasear por las calles subterráneas de Pompeya, y entrar en sus casas. Aún existen las anchas aceras ó espolones, y los sepulcros, que por ámbos lados se extendian por el camino que conduce á la puerta de la ciudad; y en el que todavía se ven los carriles de los carruajes. Los comedores, las casas de baños y las habitaciones de los principales edificios, están adornadas con multitud de pinturas al fresco. Las murallas, los cuarteles están intactos, y se conservan aún en sus paredes los groseros dibujos con que los soldados las emborronaron. Puede visitar el viajero dos teatros, un anfiteatro y casi todas las casas de la ciudad, de las que muchas conservaban una porcion de utensilios, muebles y otros objetos curiosos. Tambien se han hallado en ellas, manuscritos; pero hasta el dia casi ha sido imposible desdoblarlos sin que se deshagan, á causa de la calcinacion que han sufrido. Ultimamente

se han extraido tres mosáicos de Pompeya, los mas magníficos tal vez de los que nos ha dejado la antigüedad. El más notable representa el combate de Alejandro con Darío.

Todos los monumentos extraidos de Pompeya, se llevaban en un principio al Museo fundado en Pórtici; posteriormente se ha trasladado éste, y en el dia existe en Nápoles con el nombre de Museo Borbon.

Se preguntará tal vez ¿qué se hicieron los habitantes de Pompeya?.... Es indudable que casi todos tuvieron tiempo para huir, y llevar consigo los objetos mas manuables y preciosos. Confirma esta asercion el pequeño número de esqueletos hallados en la ciudad, y la ausencia casi total de plata que en ella se ha notado. Sin duda huyeron los habitantes cuando la erupcion ó lluvia de cenizas, en que quedó sepultada la ciudad, empezó á ejercer sus estragos. Aun hay mas: todo prueba que algunos dias despues volvieron á aquellos parajes de desolacion, excavaron las cenizas é intentaron buscar lo que fuese susceptible de transportarlo. En 80 pies de espesor, que separa el nivel del suelo actual del antiguo, se han encontrado ocho capas distintas de productos volcánicos, y es indudable que la última ha sido removida. Así, pues, de estos hechos resulta no solamente que la última capa de cenizas ha sido excavada, sino tambien que ocho erupciones consecutivas han tomado la misma direccion.

Casi al mismo tiempo que Pompeya, ha sido hallado el Herculano, sepultado bajo torrentes de lava; y tal vez debia haberse reconocido éste con preferencia á aquella, en razon que es infinitamente mayor y mas rico; pero tal vez el cálculo de los inmensos gastos que habia que hacer, unido á la dejadez ordinaria de un gobierno italiano, ha sido la causa de que así no se hiciese!

En estos últimos tiempos, el doctor Zhan ha descubierto la ciudad de Toro, y cada dia se anuncian nuevas excavaciones.

EL ESPIRITU DE SUPRESION,

Ó COSAS DE MI AMANUENSE.

Meciéndome en la hamaca á pierna suelta y con un tabaco en la boca (á usanza del pais), apuraba yo esta mañana mi paciencia, esperando para escribir un artículo, la inspiracion de algun pensamiento feliz, y la llegada de mi amanuense, que se hacian desear mas de lo que fuera menester, cuando uno de esos ciudadanos que tutean á todo el mundo, y que se introducen *sans façon* y sin rodeos hasta lo mas recóndito de las casas, puso en mis manos una carta, cuyo tenor literal es el que sigue: — „ Señor D. Gil

de as Calzas Verdes.—Casa de V., febrero 26 de 1849.—Muy Sr. mio: hace yá algunos años que han dejado á nuestras pobres pascuas sin lúnes y sin mártes; nuestro último carnaval pasó sin aguas arrojadizas y sin huevos; Francia se ha quedado sin rey; Roma sin papa; el vapor va dejando los mares y los rios sin velas, y sin bestias de cuatro patas los caminos terrestres; tenemos en Mérida una catedral sin canónigos; periódicos sin suscritores y casi sin lectores; y hasta nuestro invierno se ha dejado venir este año sin nortes y sin frio. Dígame V. ahora, Sr. D. Gil, con esa claridad con que V. dice las cosas: ¿no es cierto que el espíritu de supresion es el espíritu reinante? Pues, bien, si es cierto, y si como dice un refran *un buen dia meterlo en casa*, y como dice otro *cuando pasan rábanos, comprarlos* ¿no seria una ridiculez, una extravagancia mia no amoldarme á ese espíritu de la época, suprimiendo siquiera de los dias en que acostumbro trabajar las dos aproximaciones del domingo, es decir, los lúnes y los sábados?. Ademas de que en hacer esto no haria yo una cosa nueva y nunca vista, pues V. sabe muy bien que, desde tiempos que quedan muy atras, es célebre San Crispin (patron de los zapateros) por sus famosos lúnes de ocio y de vagancia.

Por otra parte, Sr., hablándole á V. con franqueza, todo lo que yo he aprendido en los 42 años que llevo de peregrinar por este

valle de lágrimas, todo lo qué me ha enseñado el mundo, es que el hombre debe ser todo lo que se le proporcione, menos tonto. En esta virtud no me espere V. hoy ni el sábado, ni los lúnes y sábados sucesivos, y si quiere V. seguir mi consejo, acomodado á aquello de que:

El que mucho trabajó
nunca buena vida tuvo;

déjese V. de discurrir artículos ni cosa alguna por lo menos seis dias de la semana, y aun así llevará V. mucha ventaja á las tres cuartas partes de los hijos de Adan, que no discurren ni una vez al año. Queda, por tanto, reposando hasta el mártes su afectísimo—El Amanuense."

Pronunciado mi amanuense contra el trabajo en este dia, y sordas á mis ánsias las inspiraciones felices, ¿qué podré hacer? Continuar tambien reposando tendido á la larga, viendo cómo el tiempo va reduciendo ó minorando las horas que nos quedan, sin que nosotros podamos reducir ó minorar la rapidez con que lo verifica.

Mérida 26 de febrero de 1849.

D. Gil de las Calzas Verdes.

D. Nuño de Mendoza,

ó

EL ACAECIMIENTO AMOROSO.

I.

En el vecino reino de Portugal, y no muy distante de las fronteras de Extremadura, hay una extensa cañada entre dos cadenas de montañas; un país agreste en donde se ostenta la naturaleza con toda su imponente majestad. En el hondo del valle corre un torrente cuyas azuladas ondas, deslizándose con rapidez, han socavado los áridos peñascos, formando á trechos precipicios espantosos: del otro lado de la corriente, y elegantemente situado en la ladera de la montaña, se ve el castillo de *Val di Reyes*, que desde tiempo inmemorial da nombre al valle y á todo el condado de que es poseedor el señor de aquel castillo. Una mañana, al romper la aurora, se bajó el puente levadizo, y levantándose los rastrillos permitieron la salida á un jóven caballero de atléticas formas y gallardo continente.

Era D. Nuño de Mendoza, hijo primogénito del señor del castillo, y educado léjos de la corte, en medio de los combates y turbaciones de aquella época. A juzgar del ademan del caballero, parecia que solo habia salido á disfrutar la frescura de la mañana, y con-

templar la salida del sol br[illante] que empezaba á dorar los umbrales de algun[as] montanas, produciendo mil fantásticos paisajes pintorescos. Dejaba á su caballo bajar lentamente por el sendero que descendia al valle, y parecia con alguna profunda reflexion. Pensaba en Tavira, en la sensible Tavira, hija única tambien del señor de la próxima fortaleza, jóven criada en la corte y venida hacia poco tiempo á aquella tierra, para hacerle perder su tranquilidad. Enamorado de ella desde el punto que la vió, y alimentadas sus esperanzas con el favor de su querida, maldecia en secreto la enemistad feudal que reinaba entre sus padres, que oponia un obstáculo á su porvenir, y que no le permitia ver y hablar como quisiera á la señora de sus amores. Entónces se dirigia á un paraje solitario donde solia verla algunas veces, porque Tavira tambien amaba la soledad, y salia, al romper el alba, á gozar del grandioso espectáculo de la naturaleza. Así caminando, la aurora comunicaba á todo su ser cierta belleza y exaltacion; le parecia que su alma, mas tierna y mas generosa y pura, se elevaba en aquella inmensidad, y se sentia capaz de emprenderlo todo por su dama y el amor de la gloria: bien pronto se le presentó ocasion de someter á una rigorosa prueba este ardor juvenil.

II.

Un sordo rumor se sintió de repente en todo el valle: los rebaños huian despavoridos, y la cabra saltando de risco en risco olvidaba á sus hijuelos. Gritos lejanos de „ al oso! al oso!" se escucharon confusamente, y entónces el caballero, tendiendo su vista por la llanura, distinguió á una jóven que perseguida por un animal enorme, se dirigia despavorida hácia el torrente.—„ Oh, Dios mio! exclamó D. Nuño, es Tavira, es mi querida; socorro! socorro! y al decir esto se dirigió á todo correr de su caballo, hácia donde el oso perseguia encarnizadamente á la jóven. Pero ¡oh desesperacion! el torrente estaba por medio, y el caballo no podia salvar de un brinco la distancia que mediaba entre ámbos bordes. En esto se ofreció á su vista un antiguo y carcomido tronco lanzado al través del precipicio. Sin titubear un instante, se arroja del caballo, y lanzado en el frágil madero, pasa rápidamente á la otra orilla, abandonando el rústico puente que, como si solo estuviese asegurado hasta el instante necesario, se hundió en el abismo apénas el caballero llegó á la otra orilla.

„ Tavira! Tavira! aquí estoy" gritaba, y sus ojos brillantes manifestaban la desesperacion: corrió con la espada levantada en el aire á tiempo que su querida habia caido al suelo y el oso se precipitaba sobre ella. La

llegada de D. Nuño distrae un momento á la fiera, y volviéndose al instante hácia él, empieza un espantoso combate. Tavira lanzaba gritos lastimeros, el oso rugia de furor, y D. Nuño, herido yá por una garra del formidable animal, burlaba sus ataques, y hacia volar su espada en todas direcciones. Solo reinaba un silencio mortal: el jóven atacaba y resistia á la vez, y el oso rechazado por su brazo vigoroso, se veia forzado á abandonar su presa. En fin, el caballero, haciendo el último esfuerzo, empuñó la espada con las dos manos, y haciéndola brillar como un relámpago, la descargó acertadamente sobre la fiera que, herida en el cráneo, fué rodando algunos pasos. D. Nuño, aprovechando esta ocasion, se arrojó sobre ella ántes que se levantara, y el oso atravesado por la espada, allí quedó sin vida. El caballero, sangriento y desfallecido, se dejó caer á corta distancia. Tavira, de rodillas, á su lado, lloraba, rasgando su vestido para atajarle la sangre. „¿Por qué has venido? le decia, yo hubiera muerto pensando en tí."

Entónces llegaron las gentes del castillo, que habian dado una gran vuelta para pasar el torrente, y entre ellas venia el padre de Tavira.—„Hija mia ¿no tienes mal ninguno?" exclamó el anciano estrechándola sobre su corozon: despues se precipitó hácia el herido, que apoyado en su espada, no se cansaba de mirar á Tavira.—„Mí querido Mendoza,

le dijo abrazándole; esa confusion es insignificante para vuestro valor; sin vos, yo hubiera hoy quedado solo en el mundo... Sin vos, Tavira no existiria yá... sé que vos la amais... yo os la concedo."

A estas palabras contestaron mil gritos de aprobacion de todas aquellas gentes: Tavira lloraba de alegría, miéntras que D. Nuño, embriagado de felicidad, estrechaba con su mano nerviosa la débil mano del anciano, que le dió su bendicion llamándole su hijo.

III.

Al través de los escarpados riscos de la montaña, se veia desfilar desde léjos una larga comitiva de hombres, que caminaban en hilera por no permitir otra cosa aquellos estrechos y peligrosos senderos. Eran las gentes del castillo, que iban subiendo á él lentamente llevando consigo á sus señores. Era una verdadera marcha triunfante; todos salian al paso á contemplarlos, y su tránsito era acogido con gritos de alegría. El oso iba tendido sobre una especie de parihuelas, formadas de pronto con ramas de árbol, y llevadas con destreza por cuatro escuderos. Tavira cerraba la marcha en medio de su amante y de su padre. Este se avistó aquel mismo dia con el padre de D. Nuño, y le dijo:

„Mi Tavira y vuestra hijo se aman hace tiempo. Hasta ahora, enemistades de familia

nos han tenido desunidos, y yo no he querido consentir en esta boda. Esto no será un obstáculo de hoy en adelante: yo soy viejo, y les dejaré mi castillo y todas mis posesiones. D. Nuño ha salvado la vida á mi pobre Tavira, y es preciso que sea feliz."

El padre de D. Nuño consintió desde luego en unas proposiciones tan ventajosas. Las circunstancias particulares que habian preparado aquella boda, el amor de los dos jóvenes, el peligro que habia corrido la una, el esfuerzo y audacia del otro, á la vez interesaban en su favor

El valeroso jóven se restableció bien pronto de su herida, y condujo á Tavira á la capilla del castillo, donde ámbos recibieron la bendicion nupcial.

El editor.

No trato quedar á deber voluntariamente cosa alguna á la posteridad.

En 1846 comencé á dar á luz en el *Registro Yucateco*, de que tuve la honra de ser editor y colaborador al mismo tiempo, una novela eminentemente local, titulada UN PACTO Y UN PLEITO, que si no terminé entónces, fué por la interrupcion que ha sufrido y sufre aún aquella interesante publicacion; mas temiendo casi del todo concluida mi obra, y sintiéndome altamente estimulado con la que de igual naturaleza está publicando en el

Fénix de Campeche (LA HIJA DEL JUDÍO) mi laborioso amigo D. Justo Sierra, ¿por qué no he de darle punto á este trabajo reproduciéndolo íntegro en la *Miscelánea?*

Manos, pues, á la obra; pero es preciso que mis buenos y tolerantes suscritores, tengan la dignacion y la paciencia de volver á leer la parte que llevo publicada, porque es preciso que así sea, tanto para recordar las especies, cuanto porque tengan íntegra en un solo cuerpo dicha composicion, con aquellas notas y correcciones que el tiempo y las circunstancias hacen absolutamente indispensables.

Toda la obra constará de 180 á 200 páginas, segun he computado, é irá correlativa; mas para no abandonar el grande y escogido acopio de materiales con que nos hemos propuesto amenizar esta *Miscelánea*, harémos una cosa: darémos los dias de costumbre dos entregas de á 32 páginas, á saber, una del tomo I con variedad de asuntos como siempre, y otra del II con la novela exclusivamente, sin interrupcion, repartiéndose unidas ámbas, por el mismo precio de dos reales.

Empezaré por tanto la publicacion el 10 de marzo próximo venturo, dedicándola, como desde luego la dedico, á mis apreciables compatriotas en general, cuya noble y generosa proteccion solicito, siquiera por mis largos y constantes afanes en favor del progreso y de la creciente difusion de las luces en nuestra patria.

¡Quieran desde luego los yucatecos todos, acoger benignos esta composicion!

Mérida, febrero 26 de 1849.—*G. C.*

ESTADO

DE LA RELIGION EN EL MUNDO.

Hace veinte siglos que no habia mas religion en la tierra que la pagana y la judaica, la cual habia disminuido considerablemente desde la cautividad de Babilonia. La distincion mas esencial entre la religion de los judios y la de los gentiles, consistia en que los primeros adoraban á un solo Dios de quien habian recibido, por medio de los profetas, libros y escritos que contenian los preceptos que habian de observar, y los ritos que habian de practicar para complacerle, miéntras que los gentiles, aunque reconocian un Ser Supremo, tributaban adoracion á una infinidad de dioses imaginarios y de objetos materiales, por no tener libros en que la voluntad de Dios estuviese manifestada. La religion tomó nuevo aspecto con la venida de un Mesías mandado del cielo, para enseñar á los hombres una vida eterna en gloria, y mostrarles el camino para conseguirla. Los judios rehusaron admitir á aquel Dios celestial, por venir en pobreza y oscuridad, en lugar de aquel poder y majestad con que creian debia venir revestido; pero los gentiles, que no tenian profecías ni circunstancias anunciadas con la venida de un legislador espi-

ritu[illegible] examinaron solo la pureza de la doctrina, y hallando que la del Evangelio tenia mas derecho á su aprobacion que ninguna otra, la fueron abrazando, hasta venir á ser universal en todo el imperio romano, que comprendia entónces toda la Europa con parte del Asia y Africa. Dos lenguas eran entónces las predominantes del imperio, la griega y la latina, y pronto comenzaron las disensiones entre las dos liturgias, envolviendo disputas que despues de dos siglos causaron una division, mas en la ceremonia que en la sustancia.

Enervada en parte la eficacia de la religion cristiana en Asia por la subversion del imperio romano, con el cual estaba identificada, mucho mas por la negligencia de los ministros griegos y latinos, y mas que todo por la ignorancia y supersticion grosera del pueblo, estaba expuesta á cualquier choque que le opusiera un hombre atrevido. Mahoma observó la ocasion, y estando dotado de todas las cualidades que posee un buen impostor, se presentó al público, y declaró su mision. El atrevido árabe no tenia talentos ni influencia para predicar una religion diferente; pero tenia sagacidad bastante para descubrir abusos, resolucion para atacarlos, impudencia para proclamarse profeta, y fanatismo para sostener sus soñadas revelaciones. Léjos el apóstol de la Mecca de las metropolitanas griega y latina, tuvo tiempo para

diseminar su doctrina por gran parte del Asia, sin contradiccion alguna, y cuando se consideró poderoso por el crecido número de prosélitos, tomó el sistema de propagacion seguido muchos siglos ántes por Moisés, Josué y David. En lugar de ministros de paz enviados á predicar la ley á naciones extranjeras, á pié, con una sola túnica y sin mas fuerza que la de la palabra y el ejemplo, como habian hecho los apóstoles del Evangelio, Mahoma marchaba al frente de ejércitos irresistibles, proponiendo á los pueblos la dura alternativa del Alcoran, ó del tributo de la esclavitud ó la muerte: por este medio quedó extendida su ley por casi toda el Asiá, llevada despues por sus emires al Africa, por los tenientes del califa á España, y por los turcos á la Grecia.

La religion cristiana continuó por varios siglos reducida á la parte occidental del imperio romano, bajo el carácter distintivo de la iglesia latina, y en gran parte del Oriente y Norte de Europa, bajo el nombre de iglesia griega, hasta que por el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, fué llevado el Evangelio á las costas de Asia por los portugueses, y promulgado en el Nuevo Mundo por la navegacion y conquistas de los españoles.

A este mismo tiempo se preparaba una nueva division en la iglesia latina, con los predicadores de la herejía de Lutero y otros

jefes de ella. Por desgracia intervinieron intereses políticos los mas complicados, ocasionando guerras civiles y persecuciones crueles, las que produjeron un rompimiento eterno entre la iglesia romana y las várias sectas que protestaron contra las decretales pontificias. Estas diferencias religiosas tenian tal carácter, que era un dicho muy comun que si Felipe II de España se hubiera hecho protestante, Holanda é Inglaterra se habrian reconciliado inmediatamente con el Papa, y á esto se debe atribuir la anomalía de un cisma irreconciliable entre dos iglesias que profesan el mismo credo, sin variar una coma, y los mismos artículos de fé, á excepcion de uno ó dos.

Así, pues, hallamos el presente estado de religion dividido en *judios*, *cristianos*, *mahometanos* y *paganos*. Entre los judios no hay division con respecto á sus artículos de fé, ni interpretacion de las profecías, aunque tengan en cada nacion un ritual particular. Los cristianos están divididos en griegos, católicos y protestantes, y estos últimos están subdivididos en sectas numerosas, entre las que hay enemistad no menor que la que todos ellos profesan á los católicos. Los mahometanos se dividen en dos sectas: 1.ª la secta de Omar, seguida por los árabes, turcos y africanos: 2.ª la secta de Alí, seguida por los mahometanos de Persia y de la India; y en honor de estas dos clases debemos observar

que no hay el menor ódio ni persecucion entre los que profesan el Alcoran. Los paganos se dividen: 1.° en indostanes, sianeses y chinos: 2.° en paganos, que, reconociendo un Ser Supremo, le adoran bajo formas materiales y groseras, como el Sol, el fuego, rios, animales &c.: 3.° paganos con una idea perfecta de Dios y de sus atributos, y ciegamente engañados por sus fetises, shamams y agoreros miserables, tienen lugares consagrados á los viles insectos que adoran, y algunas ceremonias religiosas, como los africanos é isleños del Mar Pacífico: 4.° paganos que no tienen idea clara de divinidad alguna, lugares de adoracion ni ceremonias religiosas, como los indios pampas y patagones en el Sur y otras várias tribus en el Norte de América.

La tabla siguiente da una idea la mas exacta que hemos podido deducir de las várias relaciones hechas por los mas sabios escritores sobre este particular.

Habitantes del mundo, setecientos sesenta millones. 760

CREENCIAS.

Judíos, cuatro millones. . . . . 4.
Cristianos griegos, setenta millones. . . . . 70.
Católicos romanos, ciento treinta y cinco millones. . . . . 135.

Protestantes, ciento treinta y un millones	131.
Mahometanos, ciento diez millones	110.
Paganos, trescientos diez millones	310.
Total	760.

Cuadro ciertamente consolador, y cuyas dimensiones va extendiendo cada dia prodigiosamente Dios. La voz de los apóstoles que resonó un dia en todo el universo, vuelve á sonar de un modo poderoso en nuestro siglo, en todas las partes del mundo. La sangre de los misioneros de la Cruz, ha recorrido y está empapando la tierra de la Cochinchina, de la China, de Toukin y de la Gorea: allí está el altar donde se continúa de una manera sangrienta el sacrificio de Jesucristo, allí se atraen inmensas bendiciones sobre todo el catolicismo, y particularmente sobre esos paises áridos, hasta el presente, para la fé católica, y que van á ser fecundados por la gracia. Yá las puertas eternamente cerradas, se entreabren, y no es solo la civilizacion europea la que va á entrar por ellas, sino otra cosa mas poderosa, mas permanente y eterna, la Cruz y la palabra de Jesucristo. En otro tiempo, las legiones de Roma recorrian vencedoras el universo, y abrian por todas partes esos grandes caminos por donde la Cruz triunfante

ha pasado para ir hasta las extremidades de la tierra: hoy es el cañon de la herejía, la Inglaterra, la que nos abre los caminos de esas regiones, y cuando la puerta se abre para el error, la verdad sabrá penetrar bien por ellas; muy pronto verémos la Cruz llevada á las almas que gimen *en las tinieblas y en las sombras de la muerte;* verémos la sangre de nuestros misioneros producir nuevos cristianos, y esta simiente de eternidad manifestarse por frutos de eternidad. Hay signos que no podemos interpretar de una manera completa, pero que indican que el espíritu de Dios va á pasar por allí, y que va á consumarse en aquellos paises una gran renovacion. Los hombres de la China van á ser nuestros hermanos, y la iglesia los adopta por sus hijos.

En la Oceanía, todas las maravillas hechas en otro tiempo por los misioneros del Paraguay, se renuevan bajo una influencia toda cristiana, episcopal y apostólica. Hombres groseros, de aspecto y costumbres salvajes, horribles hasta el punto de devorar á sus semejantes, y alimentarse de sangre humana, se convierten hoy en sumisos como corderos, y dóciles á la palabra, se dejan conducir como niños, y lo son en realidad, porque los pueblos ignorantes de todo, se hallan en una verdadera infancia; empero la palabra de Jesucristo ha penetrado en sus corazones, les ha dado el instinto de la ver-

dad, y con esta palabra, la dulce caridad se ha insinuado en sus almas, y el instinto feroz que los inspiraba, se ha trocado por una dulzura evangélica; marchan por el camino de la civilizacion conducidos por la religion; y cuando la influencia cristiana es combatida en esos paises, es por la herejia, ó por el espíritu de impiedad ó de irreligion; pero Jesucristo triunfa, la Cruz se pasea al través de este Océano, y todas sus islas llevan sobre sí la marca del signo santo de la Cruz.

En Argel, si los ejércitos han triunfado y arrancado á los bárbaros ese pais, de que habian hecho un inmenso calabozo para atormentar á los cristianos que cautivaban en sus atrevidas piraterías, aún no han sido sus armas bastante poderosas para plantar en él la civilizacion. El cristianismo solo le humanizará, y mas han adelantado en poco tiempo, para la causa de la verdad, los trapenses y las hermanas de la Caridad que han marchado á aquellos abrasadores climas, que las legiones de Luis Felipe; porque es preciso que sea la palabra y no el acero el que mueva los corazones.

La América del Norte se halla dividida en sus creencias como en su estado político, y las sectas se destruyen allí por sus subdivisiones mismas, de modo que la victoria, el triunfo definitivo, está reservado á la comunion, que no se divide jamas. Solo el ca-

tolicismo no se fracciona allí, porque es inmutable, porque tiene una base eterna, y así crece y se extiende todos los dias, y muy pronto absorverá todas esas partículas, todas esas fracciones, que diariamente van disminuyéndose en torno suyo, y concluirá por sepultarlas en su unidad.

Lo que sucede en Inglaterra es providencial, y da grandes y consoladoras esperanzas á los corazones llenos de fé. Cincuenta años hace, cuando una horrible tempestad revolucionaria descargó sobre la Francia, cuando un furioso aquilon destruyó los templos, derribó los altares, proscribió el culto, y barrió hasta las ideas religiosas y morales, la tempestad llevó la simiente de la verdad á la Inglaterra. Así, el grano arrebatado por el viento va á caer sobre una roca desecada sobre que hay una poca de tierra, y prende en ella, y se arraiga, y se convierte en frondoso árbol. Esta tierra árida, seca, era la Inglaterra, donde la simiente del cielo ha dado yá admirables frutos, donde una generacion educada por los emigrados sacerdotes franceses ha crecido, y ha llegado yá á emancipar á los católicos, donde diariamente se ven desertar de las filas del protestantismo numerosas familias para pasar á la iglesia católica. Sí, nosotros nos atrevemos á profetizarlo, la Inglaterra, donde tantos prodigios de fé y de caridad ha obrado Dios, la Inglaterra, patria otro

tiempo de tantos santos, donde tan esplendente se mostró el culto del catolicismo, volverá á ser otra vez hija fiel de la iglesia de Dios.

Con tales caractéres de vida se presenta el porvenir del cristianismo; la voz de nuevos apóstoles resuena por todas partes, la Cruz va avanzando hasta los últimos confines de la tierra teñida en sangre de los discípulos de Jesus. La Cruz ha prendido con hondas raices en la tierra, la vemos brillar en lo alto de las torres, en medio de los caminos y plazas públicas, presidiendo en los tribunales y en las asambleas populares, resplandeciendo en el pecho de los valientes escapados del peligro de la guerra, protegiendo la cabaña del pobre, honrando la casa de los ricos, cubriendo el sepulcro de nuestros abuelos, hasta que resplandezca triunfante de los siglos, en los últimos dias del juicio, en manos de la víctima del Gólgota, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo.

LA SUPREMA FELICIDAD.

Discurria yo en vano sobre la felicidad terrestre una mañana de esas en que se levanta uno de mala gana, bostezando y en disposicion de no hacer nada, cuando recibí el

recado de un amigo que me convidaba con vivísimas instancias á almorzar con él un corpulento *jaleb*, que habia comprado y que habia puesto inmediatamente bajo la ordinaria jurisdiccion de su cocinera.

El tal amigo, que en sus viajes por el mundo no ha pasado de Kanasin y de Cauquel; que nunca ha abierto un libro, ni sabe mas historias que las de las muchachas enamoradas, y las de los maridos celosos que se cuentan en las tertulias; que no ha entrado jamas en otras discusiones que las que promueve entre la gente imberbe el uso de los fraques anchos, el de las peinetas de diversas dimensiones y el del jabon de olor y el agua de la Florida, es ciertamente un hombre con quien no se puede hablar de cosa alguna; pero entónces no se trataba mas que de almorzar, y yo no podia resistirme á la invitacion que se me hacia en uno de esos dias de la semana en que, como huyendo de la ordinaria monotonía de los otros, salimos todos, y todas nuestras cosas, de madre; en uno de esos dias en que van las calesas sin cubierta; en que se vende á puertas cerradas en las tiendas, por estar prohibido que se abran despues de cierta hora; en que los balcones y las ventanas usurpan á las hamacas la residencia comun de las niñas y las viejas; en que descansando los preceptores y maestros por estar cerradas las escuelas, se redoblan el tormento y las fatigas de

los padres; en uno de esos dias, en fin, en que es costumbre hacer algo extraordinario en el modo de vivir. Respondí, pues, afirmativamente, me proveí de tabacos, cogí mi sombrero y me fuí en derechura á participar del *jaleb*.

Encontré yá en casa de mi amigo á otros varios convidados, y no tardamos mucho tiempo en comenzar la gastronómica funcion, en la cual abundó el *tapalarga* y el champaña, y en su consecuencia las bromas, los chistes, las improvisaciones poéticas y los cuentos colorados, concluyendo con convertir la casa en una Babilonia, y no entendernos yá, como sucede por lo comun en estos casos. Giraba la conversacion, miéntras se apuraban las copas, simultáneamente sobre la política, la sátira, los indios bárbaros y las muchachas de quince años, y no faltó quien, por una rara coincidencia con la idea que pasó por mi cabeza al despertar en ese dia, sometiese á discusion el controvertible punto de la suprema felicidad humana. Aquí fué el discurrir, aquí fué el desbarrar en diversas y encontradas direcciones. Uno hacia consistir la felicidad en la salud, otro en el dinero, otro en el saber, alguno en la ignorancia y en la imbecilidad, y cada cual en lo que le parecia, gritando á todo gritar para dejarlo demostrado, cuando uno de la compasa que hasta entónces habia hecho mas caso del tinto y del blanco que de la dis-

cusion pendiente, alzó la voz sobre las otras, y llamando la atencion con una manotada sobre la mesa, que hizo rodar por el suelo mas de cuatro vasos y botellas, se expresó de esta manera: *„dejaos de discusiones y de argumentos: la suprema felicidad es esta"* y apuró tres copas consecutivas de champaña y dos de rom, que como era yá *llover sobre mojado*, convirtieron á nuestro hombre en un demonio, y al teatro del almuerzo en campo de Agramante. Desde este punto no se oyeron yá sino blasfemias, bravatas y desafios, hasta que paró todo en que viniese la justicia, y echásemos á correr á toda prisa, huyendo de ella y de la *suprema felicidad*, que por poco nos hace ir á la cárcel.

Mérida 4 de marzo de 1849.

D. Gil de las Calzas Verdes.

POESIA.

La siguiente composicion fué leida en el teatro de la Cruz (Madrid) el dia del aniversario de la muerte del ilustre Moratin.

Carta que escribe desde el otro mundo el peor poeta del siglo pasado, con motivo de representarse hoy la mejor comedia de su época. Por las señas dadas, se comprenderá que la car-

te no puede menos qué ser de D. Luciano Francisco Comella.

Yo, Comella, aquel fatal
Comella, que daba á luz
un disparate mensual
para el Príncipe ó la Cruz,
ó los caños del Peral:
Yo, que los campos Elíseos
habito al fin desde que
mis pecadillos purgué;
tiempo ha, madrileños, quíseos
decir lo que hoy os diré.
Escribiendo mal y pronto
al público traje tonto
con mi *Teresa en Landan*,
mi *Federico en Torgan*,
mi *Esclava del Negro ponto*.
Padres bobos de familia,
madres de familia bobas,
dieron prez á mis vigilias,
aplaudiendo mis *Cecilias*,
llorando con mis *Jacobas*.
La sociedad alta y fina,
como la gente común,
se pasmó de mi *Cristina*,
mi *Natalia y Carolina*
y mi *Escocesa en Lambrun*.
Cómico y lírico al par,
¡cuánto no hicieron ganar
mis óperas españolas!
Ellas se cantaban solas:
señores, no es ponderar.
Prodigamente aplaudido,

y mal pagado, segun
costumbre de España ha sido,
(la cual, dicen que ha seguido
sin alteracion aún);
Señaló á mis glorias fin
un mozuelo botarate,
narigordo y chiquitin
que fué platero y abate;
Don Leandro Moratin.
Este, sin hacer misterio,
me retrató cé por bé,
con superior magisterio,
en aquel Don Eleuterio
de su comedia *el Café*.
Púseme yo furibundo
al verme tratar así.
Me desquité.... me morí....
El tambien saltó del mundo
y encontrámonos aquí.
Como todo lo miramos
yá sin pasion los difuntos,
pronto nos reconciliamos;
lo que es ahora, tomamos
los dos chocolate juntos;
Union tan rara y tan bella,
que quien ponga duda en ella
debe dejarse enterrar,
y venir á merendar
con Moratin y Comella.
En el diario leí
que hoy en escena poneis
la hermosa comedia el *Sí*
de las *Niñas*, que yo ví
estrenar el año seis.

Obra de gusto exquisito,
si no de sublime genio,
proclamada á voz en grito
como la mejor que ha escrito
el buen *Hinarco Celenio*.

Obra que por el autor
fué y es á la vez mirada
con júbilo y con dolor,
como que le fué inspirada
por un desgraciado amor.

Esa hechicera, Paquita
se llamaba, y era así,
bella, amable, regordita;
yá con nosotros habita;
la tengo enfrente de mí.

Tambien la tal doña Irene
retrato al natural es;
¡y qué semejanza tiene!
Mas de esto hablar no conviene;
voy á la comedia pues.

Sin bautizo y sin entierro,
sin mono, urraca ni perro
que haga de primer galan,
ó madre ó niño en encierro
transidos de hambre y sin pan;

Con una decoracion
de bien poco relumbron,
sin trajes ricos, vejete,
versitos de sonsonete,
ni chistes de bodegon;

Entusiasmo sin igual
excitó en las gerarquías
todas de la capital,
durando veintiseis dias,

parando en el Carnaval.
Grito inmenso, inaudito,
que de un revés fué ocasion:
vedó su continuacion
aquel tribunal bendito
de la Santa Inquisicion.

¡Muy bien hecho! ¡voto á San!
¡Tizonazo al perillan,
que, horrorizando almas pías,
dijo que eran chucherías
los santos de mazapan!
Pero despues ocurrió
lo que yá la historia escribe;
la España se transformó,
la Inquisicion pereció
y el *Sí de las Niñas* vive.
Porque así triunfa el talento;
así al error da castigo
el tiempo justo, aunque lento:
yo escribí cien obras, ciento
se sepultaron conmigo.
No así Moratin; su nombre
cada vez cunde mayor.
¡Loor eterno, loor,
al que tan bien pinta al hombre
para volverle mejor!
El enseñó á la vejez,
él honró la ancianidad,
él condenó, recto juez,
á eterna ridiculez
la pedante vanidad.
El estafador tembló
de su voz grave y severa,
y de sí se avergonzó

la hipócrita zalamera
cuando su imágen miró.
El al paterno poder
línea trazó decorosa:
¡él defendió á la mujer!
Su mision no pudo ser
mas noble ni mas hermosa.
Duramente me trató;
mas (con orgullo lo digo)
mi honradez reconoció.
Le alabo, y fué mi enemigo;
pocos hacen lo que yo.
Modelos de arte y buen gusto
dejó; pero con derecho
le dirá el crítico adusto
que no es útil siempre y justo
seguir un camino estrecho.
Con poetas de otra edad
Moratin sus glorias parte.
El ingenio, aunque es verdad
que necesita del arte,
vive de la libertad.
Y gloria de su nacion
será el insigne varon
que logre juntar al fin
al genio de Calderon,
el arte de Moratin.

Es copia.—Juan Eugenio Harzenbutsch.

Chateaubriand y Lamartine

ANTE EL SEPULCRO DE JESUCRISTO.

—o—

Mr. de Chateaubriand.

Los lectores cristianos preguntarán tal vez cuáles fuéron los sentimientos que experimenté al entrar en este lugar: no puedo realmente decirlo. Tantas cosas se ofrecian á la vez á mi espíritu, que no me detuve en ninguna idea particular, y permanecí como una media hora de rodillas en la pequeño sala del Santo Sepulcro, fijas las miradas en la piedra, sin poder arrancarlas de allí. Uno de los dos religiosos que me acompañaban, permanecia prosternado junto á mí, tocando con su frente el mármol; el otro con el nuevo testamento en la mano, me leia á la luz de las lámparas los pasos relativos al Santo Sepulcro. Al concluir cada versículo recitaba esta oracion: „Señor Dios Jesucristo, que despues de haber caido el sol en su ocaso bajásteis de la cruz y descansásteis en los brazos de la mas tierna madre, y cuyo cuerpo inánime, fué colocado á la última hora del dia en este Santo Monumento &c. . . . .” Todo cuanto puedo asegurar es que á vista de este Sepulcro triunfante, solo experimenté el sentimiento profundo de mi debilidad, y cuando mi guia

exclamó con San Pablo: „Oh muerte, dónde está tu victoria; oh muerte, dónde está tu aguijon?" Escuché atentamente, como si la muerte fuese á responder que habia sido vencida y encadenada dentro de este monumento.

Recorrimos las estaciones hasta la cumbre del Calvario. Dónde buscarémos en la antigüedad nada mas tierno, nada mas milagroso que las últimas escenas del Evangelio? No son por cierto las aventuras singulares de una divinidad lanzada en medio de los hombres: es la historia mas patética, que no solo ha hecho derramar lágrimas por su belleza; sí que tambien por sus consecuencias, aplicadas al universo, ha mudado enteramente la faz de la tierra. Acababa de visitar los monumentos de la Grecia, y tenia todavía muy presente su grandeza; pero cuán léjos estaban de haberme inspirado lo que sentí á vista de los Santos Lugares!

El templo del Santo Sepulcro, compuesto de muchas iglesias levantadas sobre un terreno desigual, y alumbradas por una multitud de lámparas, es singularmente misterioso, y reina en él una oscuridad favorable á la piedad y al recogimiento del alma. Los sacerdotes cristianos de las distintas sectas habitan las várias partes del edificio: de lo alto de las arcadas, donde puededo cirse que anidan á modo de palomas, y del fondo de las capillas y de los subterráneos, hacen re-

sonar sus cánticos á todas horas del dia y de la noche: el órgano de los religiosos latinos, los címbalos de los sacerdotes abisinios, la voz sonora del monje griego, el rezo del solitario armenio, y la especie de lamento del fraile Cofto, resuenan uno tras otro á nuestros oidos: uno no sabe de dónde salen esos conciertos: uno respira el olor del incienso sin ver la mano que le quema: únicamente se ve pasar, escurrirse por detras de las columnas y perderse en la sombra del templo, al sacerdote que va á celebrar los mas respetables misterios en los lugares mismos donde se cumplieron.

No salí de este sagrado recinto sin detenerme delante de los monumentos de Godofredo y de Beduino, que se encuentran frente de la puerta de la iglesia, apoyándose en la pared del coro. No pude menos de saludar las cenizas de esos monarcas caballeros que merecieron descansar junto al Santo Sepulcro que habian restaurado. Son cenizas francesas, únicas que están sepultadas á la sombra de la tumba de Jesucristo! Qué título de honor para mi patria!

Mr. de Lamartine.

Despues de un momento de meditacion profunda y silenciosa, dedicada en cada uno de estos lugares sagrados al recuerdo que suscitaba, volvimos al recinto del templo, y pe-

netramos en el monumento interior que sirve como de cortinaje de piedra al sepulcro mismo, y está dividido en dos pequeños santuarios. En el primero se encuentra la piedra en que estaban sentados los ángeles cuando respondieron á las santas mujeres: *yá no está aquí, pues ha resucitado:* el segundo y último santuario encierra el Sepulcro, cubierto todavia de una especie de sarcófago de mármol blanco, que cerca y oculta enteramente la sustancia misma de la roca primitiva en la cual se abrió el Sepulcro. Alumbran muchas lámparas esta capilla, y se queman en ella perfumes de noche y de dia, de modo que el aire que se respira dentro, es tibio y embalsamado. Entramos uno á uno separadamente, pues no podiamos consentir que ninguna mirada turbase la solemnidad del lugar, ni la intimidad de las impresiones que podian inspirar á cada cual, segun su pensamiento y segun su fé. Todos permanecimos dentro como un cuarto de hora, y nadie salió con los ojos enjutos. Para el cristiano como para el filósofo, para el moralista como para el historiador, esta tumba es el linde que separa dos mundos, el antiguo y el nuevo; es el punto de donde parte una idea que ha mudado la faz del universo, de una civilizacion que lo ha transformado todo; de una palabra que ha resonado en todo el globo. Esta tumba es el sepulcro del mundo antiguo, y la cuna del mun-

do nuevo: ninguna piedra acá en la tierra fué jamas el cimiento de tan vasto edificio; ningun sepulcro ha sido tan fecundo; ninguna doctrina sepultada por espacio de tres dias ó de tres siglos, ha abierto así la roca que la encerraba, dando tan solemne mentís á la muerte.

Entré á mi vez y el último en el Santo Sepulcro, lleno el ánimo de ideas inmensas, conmovido el corazon con las impresiones mas íntimas que quedan como un misterio entre el hombre y su alma, entre el insecto pensador y el Eterno: estas impresiones no se escriben; exhálanse como el humo de las lámparas, como el incienso, como el vago y confuso murmullo de los suspiros, y caen como las lágrimas que asoman á nuestros ojos al recuerdo de los primeros nombres que pronunciamos en nuestra infancia: todas las alegrías, todas las tristezas del pensamiento se renuevan en el fondo del alma, se confunden, nos enternecen, y en vano buscaríamos entónces palabras, porque no hay otras que el llanto, que la opresion del pecho, miéntras inclina uno su frente y besa silenciosamente la piedra del Sepulcro. Permanecí mucho tiempo así orando al cielo: mi súplica fué ardiente y fuerte; pedí luz y valor ante la tumba del que derramó la verdad por el mundo, y murió por ella: siempre recordaré las palabras que pronunciaron mis labios en esta hora de crísis para mi vida

moral. Acaso fuí oido, porque una grande conviccion entró en mi inteligencia, y separó mas claramente la luz de las tinieblas, los errores de las verdades. Momentos hay en la vida en que los pensamientos del hombre, por mucho tiempo vagos y flotantes como las aguas de un rio sin alveo, llegan por fin á dar en la orilla donde se estrellan, volviendo despues sobre sí mismas con nueva forma, y con corriente contraria á la que hasta entónces los habia impelido. Uno de estos momentos experimenté yo entónces: bien lo sabe aquel que penetra en los pensamientos y en los corazones.

EPITAFIOS.

—

Hay algunos en los templos de esta capital, adornados con las mas bellas y ricas formas, que seguramente no corresponden á la coleccion de los de D. Pánfilo, y nadie dirá que han salido de su voluminoso y abundante registro. Darémos como muestra los que siguen, reformando no obstante la ortografía, por ser este el único defecto que se nota en ellos.

EN EL SAGRARIO DE LA CATEDRAL.

Bajo de esta losa fria
está un Espejo enterrado,
su nombre José María,
rogad por él os encargo.

EN LA TERCERA ORDEN DE S. FRANCISCO.

Los restos yacen aquí
de D.ª Isidora Alfaro:
su hija pretende así
honor á un objeto tan caro,
y ocasion, cristiano, á tí.

Sin que con el mundo trueque
en su vida y juventud,
fuiste ejemplo de virtud
¡oh, Petrona Palomeque!

EN SAN JUAN BAUTISTA.

Depósito de los huesos de Luis María Avila, de edad de 730 dias.

EN SAN CRISTÓBAL.

Aquí yacen los despojos
de Candelaria Guzman,
podre, huesos, tierra, nada.
Tema y tiemble todo humano.

Aquí yacen los despojos de Francisco Carrillo,

que falleció el 11 de julio de 1831, á los 45 años de su edad, y se trasladó en esta el año de 1833.

Aquí yace el cadáver yerto de Ana,
Gamboa por sobrenombre conocida,
que ansiosa de alcanzar la eterna vida
para siempre ha dejado la mundana.

Desde el santuario sublime y religioso
fugaz partió para el empíreo inmenso
este digno sacerdote, hijo virtuoso: (*)
yacen sus restos entre justos inciensos,
su alma junto á Dios Todopodereso.

Y para que no se diga que somos unos voluntariosos, porque hemos alterado la puntuacion y uso de las letras al copiar estas inscripciones fúnebres en prosa y verso, concluirémos colocando aquí, por fin y postre, una tal cual se halla escrita, bien ó mal, que eso no lo entendemos nosotros, y desearíamos se nos explicase para salir de dudas.

EN SANTA ANA.

En este sepulcro yacen las cenizas de Santiago Zapata, que por su alma pide un requies cant impase.

Creemos que será del gusto de todos este articulillo, en que no hemos hecho otra cosa

---

(*) El presbítero D. Juan I. Vázquez.

que reproducir unos pocos epitafios, con el mismo derecho que lo hizo el editor del almanaque de 1845, sintiendo ser tan cortos por falta de espacio, que si lo tuviéramos copiariamos otros muchos con su podre y su tierra y su nada, sin omitir por supuesto aquellas lindezas tan poco comunes y generalizadas, de buena madre, buena hija y buena esposa &c.

Puede ser que algun dia hagamos una incursion al Cementerio general, y allí tal vez hallarémos no pocas producciones de D. Pánfilo, con su mala diccion y peor ortografia, y sus vaciedades y sus fechas en números romanos mal esculpidos y pésimamente combinados. ¡Vaya en gracia! Es mucho hombre el consabido D. Pánfilo.

Mérida, marzo 5 de 1849.

El Censor Yucateco.

MI ESPERANZA.

—

SONETO.

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda puesta sobre el ramo erguido
Fragancia esparce la naciente rosa;
Mas si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra del can en llamas encendido,

El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.
Así brilló un momento mi ventura
El alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegría;
Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mia.

JOSE DE ESPRONCEDA.

Cárlos II.

Sin sucesor la corona que rigiese la nave del estado, vió la España disputarse su posesion á dos partidos. La corte de Madrid fué testigo de las intrigas que la nulidad del rey, y su estado de contínua enfermedad, alimentaban.

Fluctuaba el ánimo débil y supersticioso del monarca, al nombrar un heredero que tomase á su cargo el patrimonio de la gran familia española. La reina su esposa, Livenza, el cardenal Portocarrero, el almirante de Castilla, y varios magnates de la corte, procuraban hacer caer la eleccion del heredero en un individuo de la casa de Austria. El embajador de Austria Narrach, y su partido, contaban yá casi por segura la victoria, cuando llegó á Madrid el marques, despues duque D'Earcourt, enviado de Luis XIV, rey de Francia.

La altanería y mezquindad del enviado de Austria, la rivalidad que suscitó entre Olivenza y Portocarrero la pretension de ámbos á la presidencia del consejo, el disgusto que en el pueblo se notaba contra la rapacidad de la condesa de Berlips, camarista y favorita de la reina, fuéron circunstancias de que hábilmente supo sacar partido el diplomático frances.

Ganó á la de Berlips, enemistada con Narrach, porque éste le habia echado en cara sus procederes; y ofreciendo el capelo de cardenal al jesuita aleman Chiusa, confesor de la reina, supo atraérselo á su partido. Ganadas estas dos personas, logró establecer una correspondencia secreta con la misma reina, á quien indispuso con Narrach, consiguiendo enfriar su celo hácia su familia, dejándola entrever la esperanza de un matrimonio con el delfin de Francia, en caso que muriese Cárlos II. El triunfo que demostró mas los talentos del frances, fué la conquista de Portocarrero, personaje que por su posicion, talentos é influencia, inclinaba mucho la balanza, y que, celoso del almirante, se decidió á perder el mismo partido que ántes con tanto celo habia servido. ¡Ejemplo muy comun en política!....

La reina, desengañada tal vez de las débiles esperanzas que le habia hecho concebir D'Earcourt, abrazó con el calor que es consiguiente á un desengaño, la causa de la

familia de Austria. Oropesa siguió su ejemplo, el almirante recobró toda su dignidad, y el inquisidor general Mendoza se unió á esta coalicion, de la que no desertó el P. Froilan Diaz, confesor del rey, á pesar de ser hechura del cardenal Portocarrero.

No era el cardenal á quien detenian los obstáculos, y supo aprovecharse de los medios que su posicion, su habilidad y dignidad le proporcionaron.

Consiguió hacer creer á Cárlos II, que sus dolencias eran causadas por algun hechizo, esparciendo rumores que achacaban á la reina, á Oropesa y al almirante, estos tres criminales procederes. Pocos dias hacia que habia sido entregada la endemoniada de Gaagas, cuando una mujer, toda desgreñada y dando alaridos, se presentó en palacio pidiendo hablar al rey, el que dió órden de que la dejasen entrar. Ignórase lo que pasó en esta entrevista, pero al momento que salió, mandó el rey que la siguesen. Entró en una casa, en la que se averiguó que habia dos endemoniadas. El rey mandó que se procediese á exorcismarlas, lo que verificó Froilan Diaz asistido por un capuchino aleman. El demonio contestó que el rey estaba hechizado, y aun designó várias personas culpables. La reina no perdonó al confesor esta imprudencia, y fué reemplazado por el P. Nicolas Torres, y denunciado y entregado á la inquisicion como sospechoso á la fé.

Las desagradables escenas que produjeron estas intrigas, que algunos atribuyeron mas que á mala fé, á la ignorancia de la época, no dejaron de causar en el público cierto disgusto hácia el partido de la reina: ademas, el orgullo castellano, á pesar de la especie de veneracion con que ha mirado á sus reyes, se resentia de verse gobernado por un hombre débil, y no miraba sin avergonzarse enriquecerse á su costa tanto extranjero que le disputaba quién le habia de oprimir.... Por muy envilecido que esté un hombre en un pais en que hay leyes, su amor propio no tolera que le desprecien hasta el punto de verse saqueado por quien juzga que no tiene fuerzas ni mente para conseguirlo.

D'Harcourt y Portocarrero eran demasiado diestros para dejar de explotar esta disposicion de los ánimos, y aprovechándose de la carestía de pan que sufrió por aquel tiempo la capital, lograron que estallase una bullanga ó motin. Sublévase el populacho, y en su indignacion prorumpe en imprecaciones contra el almirante y Oropesa, que se les señalaban como causa de sus males. Numerosos grupos se presentan á las puertas de palacio pidiendo *pan* y *justicia*, y amenazando, si no obtenian ámbas, tomársela por su mano. No atreviéndose el rey á presentarse á aquel pueblo furioso, se decide la reina á salir al balcon. Un profundo silencio sigue á la gritería, todo el mundo calla,

solo se oye la voz balbuciente de una boca régia que dice al pueblo.... „Hijos, tranquilizaos.... retiraos, ahora no os puede oir vuestro rey pues está reposando".... apénas pronunciadas estas palabras, una ronca y siniestra voz retumbando en el régio palacio, exclamó: „Hace mucho tiempo que está durmiendo, y ha llegado yá la hora de que las calamidades del pueblo le despierten." El tumulto aumenta; las súplicas, las reflexiones, todo es inútil. El desgraciado monarca tiene que presentarse al pueblo, y pálido y consternado concederle cuanto pedia.

La turba se retira, se esparce por las calles, y ufana de lo que ha hecho, se entrega á mil desórdenes, que ni la presencia del regidor Ronquillo, ni la del Santísimo Sacramento, bastaron á contener. Al fin todo vuelve á quedar tranquilo.... El pueblo en el mismo estado que ántes, y el almirante y Oropesa destituidos, desterrados.... Portocarrero dueño del campo.

¡Pluguiera á Dios que las lecciones de la historia no se olvidasen!.... ¡Pobre rey! ¡pobre nacion!

HONORES FUNEBRES

DE ALGUNOS PUEBLOS ANTIGUOS.

Todas las naciones, cualquiera que haya sido su creencia religiosa, cualquiera á la altura á que se hayan encontrado en la carrera de la civilizacion, han respetado los cadáveres de sus individuos, estableciendo ceremonias para la exhumacion, mas ó menos conformes á la naturaleza, segun que su religion distaba mas ó menos de la verdadera.

Desde el idólatra sanguinario, hasta el fanático inquisidor, todas las fracciones en que desgraciadamente se hallaba dividida la religion, consideraron inviolables los terrenos en que se depositaba algun cadáver, imponiendo grandes penas á los impíos que osaban profanarlos.

Razones de la mayor gravedad y que existen, por decirlo así, en la naturaleza del hombre, establecieron los funerales en todas las naciones. El huérfano desvalido, la viuda inconsolable que hallaba desierto el lecho nupcial, la vírgen apasionada que miraba desvanecidas sus ilusiones, el padre que veia desaparecer un hijo idolatrado en quien volvia á reproducirse; todos consideraban como una propiedad estos restos inanimados, propiedad que debian conservar á toda costa,

y que de no hacerlo, cometian un error de la mayor trascendencia á los ojos de la Divinidad.

¿Qué cosa mas grata puede ofrecerse á la consideracion de los hombres grandes que ilustraron al mundo con sus virtudes y su saber? ¿Qué recuerdos no encierran los restos del Capitolio, los sepulcros de los Virgilios y de los Horacios, y cuantas ruinas hermosean la pintoresca campiña de Roma? ¿Cuán glorioso no seria para España un panteon que, conteniendo las cenizas de los Corteses y Pizarros, de los Cervantes, de los Alfonsos, de los Gonzalos y de tantos otros varones ilustres que la engrandecieron un tiempo con sus conquistas y talentos, renovara contínuamente la memoria de sus hazañas?

Desgraciadamente, la mayor parte de los pueblos antiguos que tan pocos adelantos habian hecho en la civilizacion, cayeron en errores funestos, debidos únicamente á la barbarie y supersticion en que se hallaban sumidos; y queriendo manifestar el sentimiento que los devoraba, cometieron excesos abominables, repugnantes á la razon, y que ni aun pueden dispensar las tinieblas de que estaban rodeados.

Recorriendo las memorias de los mas respetables historiadores de la antigüedad, se ve con asombro en los honores fúnebres de una gran parte de los pueblos que existian en

aquella época, confundida la religion y el fanatismo, la naturaleza y la barbarie, el deseo de honrar la memoria de sus allegados, y la práctica de ceremonias sangrientas, cuya descripcion sola es capaz de estremecer el corazon al hombre mas insensible.

Si se consulta la historia de los troglodítas, se verán en ella los funerales de aquella nacion bárbara llenos de novedad, por lo extraordinario de su ejecucion. Los cadáveres de este pueblo grosero, eran liados fuertemente, uniendo el cuello con las piernas, y en esta ridícula posicion conducidos á una altura, desde la cual los arrojaban al llano, lanzando gritos de alegria, y despidiendo sobre el muerto multitud de piedras que en breve le cubrian: practicada esta singular ceremonia, fijaban un cuerno de cabra en el sitio que ocupaba el cadáver, y se retiraban.

No ofrecen menos novedad, aunque sí mas cultura, los funerales de los etiopes: disecados sus cadáveres, los bañaban con una especie particular de yeso, sobre el cual ponian los mismos colores que habian usado durante su vida: despues los colocaban en unos fanales de vidrio, á través de los cuales se veian aquellos cuerpos inanimados, que, conservando la mayor semejanza con el hombre que representaban, eran acatados con las mayores ceremonias, y conservados durante un año en la casa del pariente mas cerca-

no: pasado este tiempo, los llevaban á ocupar su puesto entre los demas cadáveres que adornaban el circuito del pueblo.

Los persas, á la muerte de sus magnates, se cortaban los cabellos, y despojaban de las crines á sus caballos, bañando los cadáveres con cera ántes de sepultarlos.

Los habitantes del monte Cáucaso, que consideraban la vida como una série continua de calamidades, celebraban con grandes fiestas la muerte de sus amigos; y se entregaban al mayor dolor cuando algun nuevo individuo aumentaba sus familias.

Entre los dervises, la edad de 70 años se miraba como término indispensable de la vida, y privaban de este hermoso presente que nos hace la Divinidad, á todos los que pasaban aquel plazo, alimentándose los parientes mas cercanos con la carne de estas víctimas, sacrificadas á la barbarie.

Mas crueles los cáspios en sus costumbres, dejaban morir de hambre á los mayores de 70 años, arrojando despues al desierto sus cadáveres, y juzgando de su bienaventuranza por la clase de fieras que los despedazaban.

Pero ningun pueblo de la antigüedad observo en sus funerales, prácticas mas supersticiosas, ninguno cometió mayores excesos y sacrificó mayor número de víctimas para solemnizar las tristes ceremonias del acto mas solemne y religioso, que los scitas á la muerte de sus reyes. Parece ilusoria la existen-

cia de una nacion cuya ignorancia fuese tal, y cuyo envilecimiento hubiese llegado á tan alto grado, que para expresar el dolor que causaba á todos sus individuos la muerte de los que habian ejercido sobre ellos el despotismo mas execrable, sacrificasen en su honor á todas aquellas personas que, mas inmediatas á sus tiranos, les habian prestado mas señalados servicios.

Los scitas bañaban con cera el cuerpo del rey difunto, y llenando su vientre de aromas, le colocaban en un magnífico carro, llevándole á recorrer todos sus dominios. En cada provincia se recibia el cadáver con las mayores ceremonias, y los habitantes se cortaban el cabello y la extremidad de las orejas, se desgarraban la frente y la nariz, y se herian en la mano izquierda con una flecha. Recorridos todos sus estados, le dejaban en el pais de los Cerrhes, destinado para sepulturas: los habitantes de esta provincia, ponian el cuerpo del rey sobre un lecho, que rodeaban de lanzas; ahogaban una de sus concubinas, y la colocaban en el ataud, bastante capaz para contenerla con su dueño: el mayordomo, el escudero, el mensajero y jefe de cocina, eran igualmente ahogados, muertos los caballos, y destruidos sus vasos de oro y plata, concluyendo las ceremonias con elevar un pilar de tierra á la mayor altura posible.

Al año siguiente se renuevan los funera-

les; cincuenta caballos son muertos, y llenando el vientre de paja, los colocan sobre una especie de perchas, les ponen recto el cuello, y adornándolos con todos los arreos de montar, les dan por ginetes los cadáveres de otros cincuenta criados del rey, á los que atraviesan el cuerpo con un palo para que se mantengan derechos; despues de colocada esta gran guardia de caballería al rededor del sepulcro, le abandonan para siempre.

Las mismas crueldades, y aun mayores, practicaban todos los pueblos de la antigüedad para la exhumacion de los cadáveres; y á excepcion de Egipto y alguna otra nacion, cuyas costumbres carecian de ferocidad, todos los demas pueblos debian considerar como una calamidad extrordinaria, la pérdida de un solo individuo. ¡Tal era la barbarie que reinaba en aquella época, y los excesos á que arrastraba la crueldad en que estaban sumidos los hombres!

D. TRANQUILINO.

No hay vez que me encuentre D. Tranquilino, que no se lamente con amargura de su mala suerte, taladrándome sin cesar los oidos con la interminable relacion de sus dolencias y de su penuria: ya le duele el oido,

ya el pecho, ya la cabeza; y en cuanto á numerario, siempre le faltan, segun su frase favorita, siete y tres cuartos reales para un peso.

—Pero, D. Tranquilino, le dije un dia; V. tiene buena pluma, esto es, buena letra, y podia agenciar por ese medio alguna cosa.

—Sí, señor, me contestó: tengo *una pluma* bastante regular; ¿mas se ha olvidado V. de que ando sordo hace mucho tiempo?

—No crea V. que me he olvidado de esa circunstancia; mas no encuentro que sea preciso escribir siempre lo que le dicten: saque testimonios, haga cópias.

—¿Pero, señor, y las asentaderas? ¿tambien se ha olvidado V. de.... de que no puedo estar sentado arriba de cinco minutos por hora?

—Es verdad, hombre: sin embargo, procure V. ingeniarse de otro modo: hágase *tratante* de efectos y manufacturas del pais: por ejemplo, vaya V. todas las mañanas temprano, muy temprano, ántes que salga el sol, á la Cruz de Gálvez, y....

—¿Y el dinero, señor? ¿dónde está el dinero? ¿no ve V. que no tengo capital alguno? Si V. me hiciera el favor de....

—¿De qué? acabe V., por Dios.

—De proporcionarme una corta *habilitacion* con que poder *atravesar* algunas partidillas de manteca, maiz, frijol y otros efectos que vienen de los cantones.... y tambien de los

pueblos en que no hay tales cantones....

—No prosiga V., hombre, porque yá eso seria hacerlo todo uno mismo: ¿no ve que yo le dí el consejo?

—¿Y qué?

—Que por prudencia, ó por consideracion, deberia V. recurrir á otra persona para que lo colocase en aptitud de.... de.... quiero decir, en posibilidad de realizar mi consejo.

—¿Yá lo ve V., señor? ¿no le he dicho que soy muy desgraciado?

—Aprenda V. un arte, un oficio mecánico; la zapatería, por ejemplo.

—¡Ah, señor! no quiero perjudicar á los de ese gremio de menestrales.

—¿Cómo?

—Sí, señor: es tan ingrata mi suerte, que si me dedicara á ese ramo de industria, no pasaria un mes despues de haber aprendido el oficio, sin que desapareciese totalmente la costumbre de llevar zapatos.

—¿D. Tranquilino, está V. desesperado?

—Señor, algo de eso; mas con sobrada razon.

—Pues, hombre, juegue V.

—¿Pero, señor, no sabe V. que el juego me tiene sumido en la miseria? ¿No ha llegado á noticia de V. que mas de una ocasion he perdido un mil y dos mil pesos en una *sentada?*

—Entónces, no se queje V. de su situacion.

—¿Pues y qué debo hacer?

—Conformarse.

—¿Cómo? eso no: de ninguna manera puedo conformarme con mi adversa fortuna.

—Oiga V., D. Tranquilino: me ocurre otra cosa: ejercítese V., como muchos, en hacer escritos solicitando *reservas;* devolucion de víveres que han caido en poder de los sublevados, ó que han sido distribuidos entre la hacienda pública y las tropas, con arreglo á las leyes y órdenes circulares del gobierno y de la comandancia genèral; en fin, sobre cualquier asunto, por ridículo ó injusto que aparezca, pues aunque la resolucion sea contraria, lo que es el honorario, habrá sido legalmente percibido, y embolsado, y....

—¡Ah, señor! son tantos los del oficio.... (Y me designó á un hombre bajo de cuerpo, enjuto de carnes, de ojos bizcos y cargado de hombros, que acertó á pasar á tiempo cerca del lugar en que estábamos.)

Esto es, poco mas ó menos, lo que pasa entre D. Tranquilino y yo siempre que nos juntamos: sus enfermedades y la total carencia de recursos pecuniarios que le abruma: no tiene casi mas tratado que ese; de modo que el otro dia me causó extrañeza el verle venir hácia donde yo estaba, con semblante alegre, y pasando el dorso de la mano derecha sobre la copa de su sombrero blanco.

—¿Qué es eso, D. Tranquilino? ¿por qué

está V. hoy tan placentero?

—Señor, no hay mal que dure cien años, ni....

—¿Qué tenemos?

—¿Qué hemos de tener, señor, sino que Dios me ha venido á ver, y he descubierto yá un nuevo modo de ganar dinero?

—¿Y qué arbitrio?...

—Me he hecho redactor de anuncios para los periódicos, lo que no ha dejado de proporcionarme algunos realillos de pocos dias á esta parte; y para que V. me crea, aquí traigo uno que acabo de arreglar por encargo de un tendero.

—Veámosle.

Y leyó de esta manera, despues de un fuerte desgarro:

„En el establecimiento de pulpería del que abajo suscribe, se hallan de venta JABONES DE OLOR acabados de llegar de la India, muy fresquecitos, y á precios sumamente bajos, con la mayor equidad posible. Tambien se encontrarán en la misma, licores de todas clases, semillas del reino, jarros, cestos, frutas en aguardiente y almívar, manta cruda, sombreros de pelo, petacas, anteojos de larga-vista, lentejas, aceitunas gordales, frenos, acicates, pañuelos de seda, aceite de higuerilla, listados de Hamburgo; y otros efectos del mayor gusto, propios para señoras y caballeros."

—Hombre! eso mas que anuncio, parece

una tarifa de derechos de importacion y de exportacion juntamente.

—Pues no ha visto V. lo mejor.

—¿Qué?

—El título tan propio y tan altisonante que he puesto al anuncio, para llamar la atencion.

—¿Y que titulo es ese?

—El siguiente: AVISO A LOS AFICIONADOS: JABONES COSMETICOS.

Mérida, marzo 15 de 1849.

El Censor Yucateco.

LA FE CRISTIANA.

—

DEDICADA Á MI QUERIDO PADRE.

Notre esprit la reçoit, á son premier reveil,
comme les dons d'enhaut, la vie y le soleil.

Lamartine.

Al eco blando de la ebúrnea lira
arde en mi corazon vívida llama:—
no de mundano amor la sed me inspira,
no la belleza terrenal me inflama.
Cristiana fé mi cántico respira,
ella en mi pecho su dulzor derrama,
y siento por su influjo soberano
armoniosa la voz, diestra la mano.

Musa de la verdad! tú que en la cumbre
del *Sinái* viste al Redentor divino,
vueltos los ojos á la azul techumbre,
abrir de salvacion ancho camino:
tú que á él debiste la celeste lumbre
del rayo de tus ojos peregrino,
ilumina mi oscuro pensamiento,
presta á mi labio tu sonoro acento.

Y tú, cándida fé, lucero hermoso
que en los revueltos mares de la vida,
al hombre ofrece perenal reposo
y con seguro puerto le convida;
oye mi voz, que el eco tumultoso
de la mundana bacanal olvida,
y rebosando inspiracion cristiana
sentimiento mortal no la profana.

Compañera feliz de la esperanza,
hija del cielo, misteriosa y pura!
Tú, faro de salud y de bonanza,
del náufrago disipas la amargura.
Tú prometes eterna venturanza,
y á tu brillo inmortal que amor fulgura,
rasga lo porvenir su oscuro velo
y halla el dolor la fuente del consuelo.

Por tí, desnudo de pavor el sabio,
en luminosa plática, felice,
la ponzoña letal llevando al labio
el sacrificio de Jesus predice.
Sereno y libre de mortal resabio
Job entre angustias al Señor bendice,
y el franco rey que por Salem suspira
en la ceniza vil mártir espira.

Así del circo en la sangrienta arena,
de libios tigres al rigor un dia,
riente el labio y con la faz serena
impávido el cristiano perecia.
Brotaba de sus miembros ancha vena,
y por ella el espíritu partia;
pero brillaba su postrer mirada
en tu inefable claridad bañada.

¿Quién el pecho inflamó del eremita
cuando su voz, que estremeció la Europa,
de Dios la tumba á rescatar concita
y en torno junta numerosa tropa?
No lujoso pendon al aire agita,
no de deleites regalada copa
brinda á los buenos que en la lid empeña....
¡Es el árbol del Gólgota su enseña!

Tú de Ezequiel engendras las visiones
y de Jacob la misteriosa escala:
tú infundes vida á los acordes sones
en que el profeta su plegaria exhala.
La flor de sus queridas ilusiones
Abram por tí cual víctima señala,
y por tu influjo al descender su acero,
en vez del hijo caro halla el cordero.

¿Qué no consigue quien en tí confia,
quien á tu manto protector se acoge?
Por tí las olas de la mar bravía
abren paso á Moisés, por tí descoge
su llama el sol cuando sucumbe el dia
porque el infiel lebnita se sonroje,
y copioso raudal la peña brota
que el fatigado ejército no agota.

Tú acompañas al santo anacoreta
que del mundo y sus pompas se retira:
tú el corazon enciendes del poeta
que por un nombre sin cesar suspira.
A tu mágico imperio se sujeta
cuanto en la tierra mísera respira,
todo contigo y tu favor se alcanza,
sin tí no hay gloria, dicha ni esperanza.

Almo consuelo al corazon imprime,
vírgen hermosa, tu celeste encanto:
tú alivio das al que doliente gime
presa de la amargura y del quebranto.
¿Qué mas, ó diosa?—A tu poder sublime
del huérfano infeliz sécase el llanto,
y calla y sufre, y resignado espera
el que la prenda de su amor perdiera.

Solo por tí, sin esperanza alguna,
el audaz musulman la frente humilla,
postrando la profana media-luna
ánte las rojas cruces de Castilla.
Siete siglos, contraria la fortuna,
sufrió el ibero tan fatal mancilla;
pero su arrojo terminó en Granada
la empresa en Covadonga comenzada.

Por tí penetra impávido el guerrero
en selva inmensa dó el incendio crece:
tú diriges el golpe de su acero
que el quimérico encanto desvanece.
Y por tu influjo despreciando fiero
horrible muerte que dó quier se ofrece,
Godofredo inmortal la enseña santa
sobre la tumba del Señor levanta.

Todos siguieron tu radiosa huella,
á todos protegió tu fuerte egida,
divina fé, y á salvacion por ella
fué su nave insegura conducida.
Ay del mortal que las virtudes huella,
y en los placeres la verdad olvida,
viviendo esclavo de la triste duda
sin que jamas á su favor acuda!

Ese no mira del Eden cristiano
los montes y los valles peregrinos,
ni escucha en el alcázar soberano
del querubin los encantados trinos;
ni sentir puede en su ateismo insano
dulces transportes, éxtasis divinos,
cual los siente y los mira en panorama
el que en tu fuego bienhechor se inflama.

Soplo sutil de embriagador aroma,
manso correr de cristalina fuente,
arrullo de la cándida paloma
que cruza por el éter transparente;
eterna y dulce luz, cual la que asoma
al rojo amanecer por el Oriente,
hermosas nubes de carmin y de oro,
de ángeles mil el armonioso coro.

De nácar y cristal rico palacio
al que dan esplendor iris sin cuento,
y al que los ígneos mundos del espacio
sirven de tachonado pavimento.
En trono de esmeraldas y topacio
Jehová que presta á la natura aliento,
el sol, la luna, entre riquezas tantas,
por escabel de sus divinas plantas.

Un trasunto, por fin, de la alta gloria
que aguarda en las mansiones celestiales
al que, fijas en Dios alma y memoria,
despreciara las pompas mundanales,
fé soberana, en óptica ilusoria,
al vivo lampo de tus mil fanales,
tú presentas al ánima creyente
que fiel te busca, que tu influjo siente.

Yo lo siento tambien, que por fortuna
la dulce madre que perdida lloro,
en el alma imprimió desde la cuna
la creencia en el Dios á quien adoro.
Con ella, ó fé, mi corazon te aduna,
y los hados sacrílegos no imploro:—
niño te amaba con fervor, adulto
eres mi norte, mi fanal, mi culto.

Casta, inmortal deidad! mi voz espira:
sé que no es digna de cantar.—Perdona
si hoy en la tosca y destemplada lira
himnos, osada, á tu virtud entona.
Ella ni á lauros ni á renombre aspira;
mas si su audacia por ventura abona
este en que tú me enciendes fuego santo,
acepta con bondad mi humilde canto.

Madrid 19 de noviembre de 1848.

NARCISO DE FOMA.

EXPLICACION DE LA SEÑA.

La seña es una ceremonia que se hace en las catedrales y colegiatas, alusiva al triunfo que Jesucristo alcanzó en la cruz. Se hace ésta con un estandarte negro con una cruz roja, el que se prepara ántes de esta ceremonia en la capilla del Sagrario, en reverencia de la institucion que el Señor hizo del Santísimo Sacramento, ántes de entrar á orar al huerto, que esto significa el coro, adonde es conducido por los padres capellanes y acólitos: al comenzar el himno "Vexila Regis &c." comienzan á salir los capitulares de uno en uno, desde el coro hasta el altar, cubiertos con el capuz negro desde la cabeza, con cauda larga: éstos representan á los profetas que anunciaron los misterios de la redencion, pero lo hicieron en sombras y no con claridad. El signífero sale tambien con el mismo capuz, para manifestarnos que aunque Jesucristo, á quien representa, era verdadero Dios, se vistió de nuestra naturaleza y quiso parecer pecador: acompañan al expresado signífero dos capitulares llevando las extremidades del estandarte, y en esto se figura á los mártires y demas varones mortificados que ayudaron á llevar la cruz. Las dos dignidades de dean y arcediano, se quedan dentro del

coro, representando á Enoc y á Elías, á quienes Dios tiene reservados para predicar al fin del mundo, y testificar la verdad del Evangelio. El salir el estandarte del coro, significa que el misterio de la cruz estuvo oculto en la Sabiduría de Dios. Al llegar á la grada del altar, todos los capitulares se ponen de rodillas para adorarlo, como imágen y representacion de Jesucristo nuestra vida.

Durante la segunda estrofa del himno, se tiende el estandarte en forma longitudinal, tocando con la extremidad el ara del altar, ceremonia que corresponde á la longitud de la cruz, en que se simboliza la virtud de la paciencia.

A la tercera estrofa, se extiende el estandarte hácia los capitulares, primero por el lado derecho y despues por el izquierdo en forma latitudinal, en lo que se significa la virtud de la caridad.

A la cuarta estrofa, se enarbola y levanta en alto, significando la virtud de la esperanza, y que por medio de los misterios obrados en la cruz, elevamos nuestros deseos al cielo.

A la quinta, el signífero echa primero el estandarte sobre el hombro derecho, y despues sobre el izquierdo, ceremonia que significa el peso en que corresponde la igualdad de la virtud de la justicia.

A la sexta, se postran totalmente en tier-

ra todos los capitulares y resto del coro, para recordarnos que Jesucristo nos predicó la virtud de la humildad, abatiéndose y humillándose hasta la muerte ignominiosa de la cruz; y tambien se postran en este tiempo, por saludarse en este verso el sacrosanto madero.

A la última estrofa, se vuelven á poner de rodillas todos los capitulares, y el signífero da una vuelta con el estandarte enarbolado, hasta llegar á la grada de donde salió, significándonos que Jesucristo y sus discípulos predicaron la ley evangélica y misterios de la redencion.

Desde la grada del altar se muestra el estandarte hácia el cuerpo de la iglesia, y formando con él una cruz, se bendice al pueblo, para darnos á entender que por no haber querido los judios recibir la doctrina evangélica, se pasó la predicacion al pueblo gentílico.

Recógese el estandarte, y enarbolándose otra vez, da el signífero otra media vuelta por el presbiterio al lado de la epístola, y en esta ceremonia nos anuncia que al fin del mundo se convertirá el pueblo judío á la ley evangélica.

Finalmente, se coloca el estandarte sobre el altar mayor, en donde se queda; y los capitulares vuelven á su coro por el mismo órden y modo con que salieron, para advertirnos que al fin del mundo se conmo-

verán las virtudes de los cielos, y aparecerá en el juicio el madero santo de la cruz, para gloria de Dios, gozo y alegría de los justos, y confusion de sus enemigos.

INSTRUMENTO PÚBLICO.

Nos ha parecido oportuno publicar en esta Miscelánea, la siguiente escritura, bajo cuyas recíprocas obligaciones se dirigieron á la isla de Cuba en el vapor español *Cetro*, ciento treinta y cinco indígenas prisioneros, con el fin de emplearse en la agricultura. Es este un documento curioso y digno de ser leido; teniéndose presente que esos miserables se han hecho acreedores, á la pena de muerte por el atroz delito de conspiracion contra las otras razas, de suerte que no han podido haber salido mejor librados, con provecho suyo, y en bien del pais que se ha libertado de tales enemigos sin presentar nuevos y mas horrorosos espectáculos de efusion de sangre, en medio de tanta como ha corrido y corre aún, de una parte y de otra, en los frecuentes y casi no interrumpidos encuentros de armas que todos los dias se suceden en nuestras poblaciones y en nuestros campos. Hé aquí el tenor literal

de dicho importante documento, al que se han referido en su número de 5 del actual nuestros apreciables amigos y compañeros los Sres. redactores del Fénix de Campeche, diciendo haberlo leido en español y en lengua maya, lo que nos ha inducido á solicitarlo y darle publicidad, deseosos de agradar á nuestros suscritores.

Mérida, marzo 18 de 1849.—*G. C.*

Yo natural del estado de Yucatan en la república mejicana, de edad de años, de oficio labrador, declaro que me he contratado libre y voluntariamente con el Sr. D. agente de la comision encargada para embarcarme en el buque y pasar á la isla de Cuba, obligándome desde mi llegada á dedicarme en ella á la órden de los referidos Sres., por el término de diez años, en los periodos y divisiones que establezcan (no pasando de dicho tiempo), para servir á la persona ó personas que designen en los trabajos de campo, ya sean ingenios, cafetales, potreros, vegas y cualesquiera otra clase de fincas, ó en alguno otro trabajo de caminos, fábricas, talleres ó servicio doméstico, pues me comprometo á trabajar en todo aquello á que se me destine y pueda ejecutar en las horas del dia que son de costumbre, y en aquellas faenas extraordinarias que estén establecidas en los campos de aquella isla.—Si yo lleva-

se mujer que se contrate libremente, se ocupará en el campo en mi cuidado y asistencia, y ademas en las faenas ordinarias de su sexo, como cocinar, lavar ó asistir enfermos &c., y en las ciudades ó pueblos, en el servicio doméstico. Nuestros hijos estarán bajo nuestro especial abrigo y proteccion hasta la edad de nueve años, sin estar obligados á ninguna clase de trabajo; pero pasada esta edad hasta la de 14, aunque seguirán bajo nuestro abrigo, podrán ocuparse en aquellas cosas ligeras que puedan desempeñar, ya sea en el campo, en las fábricas ó servicio doméstico.

El tiempo de diez años de mi contrata, empezará á contarse desde el dia de mi llegada á cualquier punto de la isla á donde se me conduzca; bien entendido que por via de gratificacion ó enganche, deberá pagárseme el pasaje y mantencion á bordo, gastos de desembarque, traslacion &c., &c., sea cual sea la suma que esto importe; y sin que en ningun tiempo pueda deducirse por cuenta de mi salario ó raciones ninguna cosa de estos gastos.

En retribucion de mi trabajo se me darán mensualmente dos pesos fuertes en moneda corriente, y ademas racion semanal de tres almudes de maiz siendo soltero, y seis siendo casado, y diariamente una taza de café ó atole endulzado para el desayuno, ocho onzas de carne salada, doce onzas de plátа-

nos ú otras raices alimenticias, (ó algun frijol en lugar de estas raices) todo cocinado con sal, al uso de la isla ó al de mi pais; y si el trabajo fuese en pueblo ó ciudad, la carne, arroz y frijol que sea de costumbre, ó bien la racion señalada para los empleados en el campo, si yo la prefiriese. Se me darán tambien gratis, así como á mi mujer é hijos, si los tuviese, ganen ó no salario, dos mudas de ropa de algodon al año, una chaqueta ó chamarra de abrigo, un sombrero y un par de sandalias ó alpargatas de cuero. Si yo quisiese hacer uso de algun aguardiente, se me dará en corta cantidad el que desee, deduciendo su importe de mi salario mensual.

Si cayésemos enfermos, mis hijos, mi mujer ó yo, nos curará un facultativo, y tendrémos toda la asistencia médica que éste prescriba y requiera la enfermedad, no debiendo ser de nuestra cuenta los gastos que en ella se eroguen, sino por la de nuestro patron, quien no podrá obligarnos á trabajar hasta despues de estar enteramente buenos y recobrados.

Los domingos y dias clásicos, despues de cumplir con los preceptos de la iglesia, podrémos emplearlos, si queremos, en trabajar en nuestro propio provecho dándonos al efecto algun pedazo de tierra donde poder sembrar, siempre que no estemos destinados al servicio doméstico, y estándolo, no tendrémos

derecho á esas ventajas, pero se nos dará en cambio toda la ropa y calzado que necesitemos, segun á lo que se nos destine.

Si yo falleciese ó alguno de mis hijos, ó mi mujer, los gastos del entierro religioso serán por cuenta del patron á quien sirva, y nada por la mia.

Si llegase yo á inutilizarme en el servicio, quedará á mi arbitrio y voluntad retirarme á mi pais ó á donde mejor me convenga, ó bien seguir trabajando en lo que pueda; debiendo entenderse por inútil, quedar ciego, baldado ó en cualquier otro estado que imposibilite un trabajo regular.

Si mi mujer, ó hijas mayores, se empleasen en el servicio del establecimiento á donde se me destine, ganarán, sin perjuicio de mi asistencia, el salario mensual de un peso fuerte, lo mismo que nuestros hijos varones desde la edad arriba indicada de nueve hasta catorce años; pero pasando de esta edad, ganarán lo mismo que yo en todas sus partes.

Durante el expresado tiempo de mi contrata, no podré ausentarme ni variar de amo sin justas y legales causas, ni dejar de prestar mis servicios á la persona con quien me he ajustado ó á la que éste me designe, á quien deberé respeto y obediencia absoluta, y á los agentes encargados del trabajo, pudiendo legalmente obligárseme al cumplimiento de mi contrato, quedando sujeto en los

delitos comunes que pueda cometer, á las leyes del pais y á sus autoridades constituidas.

Espirado el tiempo de mi contrato, quedaré en plena libertad de regresar á mi pais natal con toda mi familia, ó de hacer nuevo contrato bajo las condiciones que tenga á bien estipular.

En fé de lo cual, y para debida constancia, hacemos dos de un tenor en los idiomas castellano y maya, siendo testigos D. y D. vecinos de esta ciudad.

ADORACION DEL SOL.

La primera idea que afecta la imaginacion del hombre, es la idea de un ser creador, de un ser vivificador; lanzado, por decirlo así, en medio de este globo, y rodeado de objetos grandiosos á quienes impele á determinado destino una mano misteriosa, no puede menos de concebir la idea de un ser omnipotente superior á lo creado, colocado en una esfera independiente, y presidiendo la suerte de los mortales.

La naturaleza presentaba á sus ojos un cuadro lleno de vida y de grandeza: el sol esparcia su brillantez sobre la tierra, los cam-

pos se vestian de verdura, los árboles se cubrian de frutos deliciosos, las flores embalsamaban el aire con sus perfumes, los truenos retumbaban, las lluvias, las nieves se sucedian en constantes periodos, la noche misma en medio de su tristeza ofrecia un espectáculo sorprendente con sus astros luminosos y las diversas fases de su luna: el hombre sabia que existia, ignorando el por qué, sabia que en un tiempo incierto dejaria de ser; pero su entendimiento inculto y con ideas confusas sobre la Divinidad, no podia resolverle el problema de su existencia, ni darle á conocer el orígen de tantos prodigios como le rodeaban. Semejante á un aldeano que colocado delante de una linterna mágica, ve pasar las figuras, ignorando la mano que las pone en accion, admira los efectos desconociendo las causas, admira la obra del mundo sin descubrir su fundador.

Sin embargo, en medio de su ignorancia, el hombre sospechaba un primer ser, autor y conservador de aquellos objetos que afectaban de mil modos su imaginacion; este *ente* debia estar dotado de inmortalidad, debia ser grande, sublime, sorprendente como su obra; debia ser en un todo superior á su creacion. Todos los objetos materiales que veia en torno de sí, perecian en un periodo mas ó menos largo; de consiguiente, no podian ser los autores de la naturaleza: en este caso ¿á quién era deudor de sus dias? ¿quién vivi-

ficaba tantos seres como poblaban la tierra? el hombre dirigió al cielo sus miradas, y un pensamiento luminoso reflejó en su entendimiento; su frente se bañó de un sudor helado, sus rodillas se doblaron involuntariamente, y sus brazos convulsos se dirigieron hácia el ser sagrado ante cuya presencia se postraba la vez primera: el hombre adoró al sol. Este fué el hombre natural, el hombre religioso.

En aquel culto todo era sencillo, todo era digno del objeto á que se dirigia, ni podia ser de otro modo; el velo de la inocencia no se habia rasgado, las pasiones no se habian desarrollado, y el hombre postrado ante el sol, no abrigaba otro designio que adorar la Divinidad; era el hijo de la naturaleza que prestaba homenaje al que imaginaba su Creador. Tal fué la religion de los primeros pueblos; sin una, cualquiera que fuesen sus ritos, no podian existir las naciones, ni marchar hácia la civilizacion; las sociedades nacientes conocieron su mision, y establecieron un dogma; en él no habia ceremonias, no habia templos ni altares: cada familia se postraba en tierra á la salida del sol, y le dirigia sus plegarias; pero introducidos en adelante algunos ritos, fué preciso un hombre que los celebrase, era indispensable custodiar el fuego sagrado, símbolo de la Divinidad; y de aquí tuvo orígen la ereccion del sacerdocio en aquellos pueblos salvajes.

La mayor parte de las naciones del Oriente, adoraron el sol aunque bajo nombres diversos: los egipcios le nombraban Osíris; los caldeos y fenicios, Bel ó Baal; los cananeos y ammonitas, Molech; los moavitas, Belfhegor; los persas, Mithras; los chinos, Mangti; los asirios, Sadais; los griegos y romanos, Febo. Los etiopes, y en general todos los pueblos del Africa, le tuvieron por único dios: la isla de Rodas le estaba consagrada, y en ella se le habia elevado una estátua, conocida despues por *el Coloso de Rodas*. Figuran entre las naciones que prestaban su culto al sol, los massagetas, los tártaros, los indios, los habitantes de la isla de Ceilan (antigua Trapobana), los de Sumatra, Java, Célebes, Molucas y Filipinas, los de la isla de Thule y los scandinavos, la mayor parte de los pueblos del Norte de Europa, conocidos por Celtas, y en España los habitantes de la Bética.

Pero no siempre estos pueblos conservaron el culto de la naturaleza, que aunque falso, carecia de absurdos mas peligrosos. Los ministros de su religion, desconociendo la mision de paz que estaban destinados á ejercer sobre la tierra, ambicionaron el poder; y en vez de ilustrar á los hombres, los sumieron mas y mas en la ignorancia, haciéndolos de este modo instrumentos de sus pasiones. Los príncipes, bien por supersticion, bien por debilidad, no daban un paso sin con-

sultar los oráculos, gobernando por consecuencia segun los deseos de estos falsos sacerdotes, que al fin se alzaron con la soberanía: en la India gobernaban los bracmanes, en la Persia disfrutaban los magos una autoridad sin límites, en el Egipto los sacerdotes educaban á los príncipes, los juzgaban despues de su muerte, y frecuentemente se erigian en soberanos: los pueblos marchaban de error en error; al culto de la naturaleza habian sucedido los ídolos mas repugnantes, y llegó el caso de verter sangre humana en los altares de sus dioses.

Pasando á recorrer los pueblos de América, se observa que cuando los europeos descubrieron este continente, encontraron nuevas producciones, nuevos usos y costumbres, un órden, en fin, enteramente diverso, tanto en lo físico como en lo político y moral; sin embargo, sus habitantes adoraban al sol, la luna y las estrellas. Los Incas decian traer su origen del sol, le habian erigido templos y altares á este astro, instituyendo fiestas en su honor, de las cuales participaba la luna, á quien creian su hermana y mujer. El mismo dogma se habia establecido en Méjico con toda la grandeza de un pueblo rico; el mismo se conocia entre los iroqueses, entre los habitantes del istmo de Panamá y de todo el país llamado Tierra-firme; el mismo dios adoraban los pueblos del Brasil, los caribes, los indios de la parte de Cumaná, los

salvajes de la América Septentrional, y los habitantes de la isla de Cayenna. Los virginios le adoran, y en honor suyo se sumergen todas las mañanas en un rio desde la aurora hasta que brilla sobre el horizonte; despues de esta ceremonia, le presentan ofrendas de tabaco, y le hacen homenajes. Los habitantes de la Florida que viven á la falda del monte Apalache, le atribuyen la creacion del mundo, y creen serles deudores de la vida; finalmente, en el Canadá, cuando sale el sol, las mujeres le presentan sus hijos, y cuando se pone, los hombres salen al campo á bailar *la danza del grande espíritu.*

En América fué sin duda donde el culto de la naturaleza permaneció inalterable mas largo tiempo; aún adoraban sus habitantes el sol, cuando en el antiguo continente la religion cristiana habia difundido sus luces en la mayor partes de las naciones; el nombre de Jesucristo habia resonado con entusiasmo en todas ellas, levantando numerosos ejércitos, que, bajo la conducta de príncipes ilustres, habian pasado al Asia para arrancar del poder de los ismaelitas el sepulcro del Redentor de los hombres. Pero los pueblos de América permanecian en la misma oscuridad, y sólo cuando arrojados los moros de Granada, Cristóbal Colon, al frente de un puñado de españoles, llegó á las costas de aquel *hermoso continente*, sus habitantes emprendieron la senda de la verdadera religion.

CHAPULTEPEC.

Por el yucateco D. Wenceslao Alpuche.

No en Méjico, niña hermosa,
Tan amartelada estés:
¿Ese ruido de sus coches
Te puede causar placer?
Rumor de trueno parece;
Tan melancólico es.
Si á los balcones asomas
¿Qué tus ojos lindos ven?
Una inmensa multitud
Asquerosa, descortés,
Que las anchas calles puebla
En numeroso tropel,
Y á cuantos pasan ensucia
Torpe, mugrienta, soez;
O una turba de extranjeros,
Que aunque vestidos estén
De ropajes ajustados,
Con el sombrerillo inglés,
Siempre rizado el cabello
Y siempre limpia la tez,
No tu airoso cuerpo miran,
Ni tu muy pulido pié,
Ni tus gracias le conmueven,
Ni en tu amor pueden arder;
Que á Méjico los arrastra
Del oro hidrópica sed;
Solo piensan y cavilan
En el villano interes.

Huye de esa mansion triste,
Huye luego, niña, y ven,
Ven conmigo al apacible
Bosque de Chapultepec.

Bajo los árboles bellos,
Que al cielo con altivez
Sus verdes copas levantan,
Bajo el umbroso dosel
De sus ramas, mi cariño
Y mi amor te juraré:
Como tórtolas amantes
En solitario verjel,
Mano á mano pasearémos:
Tú embriagada de placer,
Yo loco de amor, absorto
Embebido miraré
Las rosas de tus mejillas,
Y en ellas me gozaré;
La sonrisa de tus labios,
Del deleite nuncio fiel,
Tu cuello que ostenta gracias,
La sensible languidez
De tus ojos, si con ellos
Mi pasion llegas á ver;
Y el acento delicioso
De tu voz escucharé.
Ven, flor de Méjico hermosa,
Ven luego á Chapultepec,
Ven á gozar las caricias
Que te consagra mi fé;
Ven, tortolilla inocente,
No así tan remisa estés;
Ven, delicia de los hombres,
Ven, amor del mundo, ven.

EL AÑO.

Entendemos por *año*, el tiempo que emplea la tierra en hacer una revolucion entera en su órbita, miéntras el sol nos parece que corre toda la eclíptica, ó los doce signos del Zodiaco, conocidos con los nombres de Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. Y aunque el tiempo que invierte la tierra en dicha operacion, es el de 365 dias, 5 horas, 48 minutos, 45 segundos y 30 terceros; es indudable, no obstante, que no siempre ni por todos los pueblos se ha conocido dicho tiempo con la precision y exactitud que correspondia y era de apreciarse. Los egipcios 1500 años, y los babilonios 700, ántes de la era vulgar, componian su año, lo mismo que posteriormente los romanos, de 365 dias cabales, sin comprender que se equivocaban visiblemente tambien; pues que como al mismo tiempo que la tierra hace una revolucion entera en su órbita y sobre su eje, da relativamente al sol 365 vueltas y un cuarto, poco mas ó menos; resultan al *año* 365 dias y cerca de 6 horas, que forman casi un dia cada 4 años, y que atrasaron en efecto los equinocios de una manera tan sensible como reparable.

Fué por esta causa que en tiempo de Julio César, dos años despues de la batalla de Farsalia, y 46 ántes de Jesucristo, se arregló de órden suya y por Sosígenes, célebre astrónomo de Alejandría, el inconveniente que se presentaba; acordándose que de las 6 horas excedentes en cada año, se formase un dia al fin del cuarto, de modo que éste constase de 366, y al cual se le dió el nombre de *año bisiesto*, como verémos mas adelante. Inscribióse en su consecuencia el año lunar establecido por Rómulo, y pésimamente corregido por Numa, uno de sus sucesores mas afamados. Pero ¿quedó con esto conseguido completamente el objeto que se deseaba? No siendo 6 horas cabales las que sobraban en cada año, ¿no es evidente que no podian existir las 24 al fin del último del cuatrienio, y que el llamado *bisiesto* tendria una fraccion de menos, que lo desfiguraria á los ojos del verdadero sabio? Tal es la reflexion que ocurre á primera vista, y que se comprueba de un modo pleno con el indisputable hecho de haberse adelantado los equinocios 10 dias, hácia fines del siglo décimo sexto. Así es que el papa Gregorio XIII, mandando por su bula de 24 de febrero de 1582, que se suprimiesen los referidos 10 dias de mas, y que el 5 de octubre del mismo año se contase por el 15 del propio mes (lo que se llama *Reforma del calendario;*) y Enrique III de Francia, previniendo por su edicto publi-

cado en París en el mes de noviembre del citado año, que el 10 de diciembre siguiente se contase por el 20; nos suministran las mejores pruebas de la verdad de lo que avanzamos.

Sin embargo de todo, nada parece que se habia hecho en favor de la reforma de que hablamos, miéntras que no se rectificase la operacion para lo venidero. Verdad es que se habian remediado los antiguos errores; pero verdad es tambien que subsistia la misma causa, y que ésta renovaria con el tiempo los mismos idénticos resultados. ¿Qué arbitrio, pues, para evitarlos? ¿Qué hacer de los 11 minutos ó cerca de ellos, que se habian dado de mas á cada año, para formar el *bisiesto* en el cuarto? Los mismos astrónomos, computando que los dichos minutos formaban un dia entero al cabo de 133 años, propusieron que en el curso de 400 se omitieran tres *bisiestos;* por cuya razon ni los años de 1700 y 1800 fuéron *bisiestos*, ni lo será tampoco el de 1900, pero sí el de 2000, y así en adelante.

El *año*, pues, que (segun Varron en el libro V. de la lengua latina) se dice de *annulo*, esto es, de *anillo*, como para significar que el uno está unido al otro; se divide en Solar ó Trópico, en Anomalítico, Bisiesto, Civil, Grande año de Hiparco, Lunar, Platónico, Sideral, Gregoriano, Juliano, Emergente, Eclesiástico, Incipiente y Completo.

Año *Solar ó Trópico*, es aquel cuya duracion exacta es de 365 dias, 5 horas, 48 minutos, 45 segundos y 30 terceros, y del cual hablamos mas ántes. Llámase año *Anomalítico*, el tiempo que corre desde que el sol está en su apogéo hasta el punto en que llega nuevamente á él, despues de una revolucion entera; y este año es 26 minutos y 35 segundos mas largo que el Solar; porque todo ese tiempo necesita el sol para correr los 65 segundos y medio que su apogéo adelanta cada año. *Bisiesto* se llama al año compuesto de 366 dias, del que tambien hablamos ántes, lo que sucede cada 4 años, por las 6 horas poco menos que sobran en cada revolucion solar. Ese dia de mas se coloca ántes del 24 de febrero, que, segun el modo de contar de los romanos, era el sexto ántes de las calendas de marzo, y por ese motivo se le dió el nombre de *Bis Sextus*. Año *Civil* es el nuestro, que componiéndose unas veces de 365 dias, y otras de 366, empieza siempre en 1.° de enero, sin variacion de ninguna clase. *Grande año de Hiparco*, se llama el compuesto de 304 años, en cuyo espacio hay 1760 meses lunares sinódicos exactamente: Hiparco fué su inventor. Titúlase año *Lunar*, el que se compone de 12 ó 13 lunaciones, segun los casos; y como 12 de aquellas no forman mas que 354 dias, resulta que al cabo de 8 años, se hallan de mas 33 dias, de los cuales se toman 30 pa-

ras componer un mes lunar, que se añade al dicho año. *Platónico* es el tiempo en que todas las estrellas fijas hacen al parecer una revolucion entera, por aquella mutacion anual que se observa en sus longitudes, y que se llama *precesion de los equinocios*. Año *Sideral* es la duracion del *año solar* con respecto á las estrellas fijas; ó lo que es lo mismo, el tiempo que pasa desde que el sol está en conjuncion con una estrella, hasta el momento en que vuelve á estar nuevamente en conjuncion con la misma. La duracion de este año es de 365 dias, 6 horas, 9 minutos, 10 segundos y 30 terceros. *Gregorianos* se llaman los años que han pasado desde la reforma al calendario, hecha por el papa Gregorio XIII en 1582. *Julianos* se dicen los que han transcurrido desde la correccion del mismo calendario, hecha por Julio César 46 años ántes de Jesucristo, hasta la citada reforma de 1582. Año *Emergente* es el que se empieza á contar desde un dia cualquiera que se señala, hasta otro igual al del siguiente año. *Eclesiástico* se llama el que gobierna las solemnidades de la iglesia, y empieza en la primera domínica de Adviento, ó sea el primero de los cuatro domingos que preceden á la fiesta de Navidad. Año *Incipiente* es aquel que ha comenzado; y *Perfecto*, finalmente, el que está completo y ya cumplido y terminado.

Ahora bien: sabido el orígen, naturaleza y

division del año, (cuyas clasificaciones parecen tan indiferentes como innecesarias; pero que envuelven una utilidad real y efectiva para el científico y el literato,) examinemos cuáles son las reglas por las qué deberémos regularlo. Examinemos, vuelvo á decir, los principios establecidos por los teólogos y canonistas, que son los seguidos generalmente en todas partes; y tendrémos sin mayor pena el objeto deseado.

En primer lugar: si las leyes, bulas, decretos, estatutos ó cualesquiera otras disposiciones superiores, asignan el año en genitivo, (como si dijeran que no puedan obtar á tal empleo sino los mayores *de* 20 *años*), entónces debe entenderse que se requiere el año *completo* y no incipiente. Pero si las mismas prevenciones señalan dicho año para acusativo con la preposicion *á* (v. g. *á los cuatro años* de vecindad puede obtarse *á los cargos públicos*), entónces el año debe ser *incipiente* y no completo, segun el sentir de muchas autoridades.

En segundo lugar: si los años se asignan en el mismo acusativo con la preposicion *por*, (como si se dijera *por diez años* se gana la naturaleza), en este caso se requiere que los indicados años sean *completos*, para la adquisicion del derecho precitado: no así si estando la propia voz en el referido caso de acusativo, se le agrega la preposicion *ántes*, v. g. ántes de los 25 años no puede el huérfa-

no administrar sus bienes; en este supuesto basta que los dichos años sean *incipientes*, es decir, que hayan comenzado.

Finalmente: si aquellos se señalan en acusativo con el adverbio *despues*, se han de entender *completos:* si se designan en ablativo con la preposicion *en*, deben reputarse *incipientes;* y si en las susodichas leyes, decretos, bulas, estatutos ú ordenanzas, no se encuentra ninguna de las referidas particularidades, y el asunto es dudoso, entónces debe atenderse á la materia de que se trata. Si es odiosa, se entenderán los años *completos*, y solo *incipientes* si fuere por el contrario favorable.

Tales son indisputablemente las reglas que han servido en todos tiempos para la inteligencia del asunto en que nos ocupamos, y que creemos no deberán olvidarse por aquellos á quienes toque su aplicacion como jueces, ó su reclamacion como interesados. ¿Se necesitarán de mayores ilustraciones, de explicaciones mas detalladas?

Pero aun hay mas: el año no ha tenido un mismo principio en todas partes, es decir, no ha comenzado ni comienza un propio dia en todos los pueblos, ni para todos los actos. En la antigüedad, tanto los hebreos como los ethnicos, principiaban á contar su año en las calendas de marzo, ó lo que es lo mismo, el primer dia de dicho mes; á diferencia de los modernos, que lo

inician el primero de enero así, para todos los actos privados y comunicaciones epistolares, como para los judiciales en sus respectivos tribunales. La era de Solenco, 312 años ántes de Jesucristo, comenzaba en el equinoccio de otoño, y los rusos y griegos del dia, la principian en setiembre. No hay un solo pueblo que no siga á los modernos; es decir, que no comience su año en 1.º de enero, á excepcion de los que quedan anotados, y es hoy la regla universal y constante. En Italia, para los actos públicos é instrumentos de la misma índole, comienzan sus notarios el año el 25 de diciembre, dia de la Natividad del Redentor, segun lo acredita una decision de la Rota romana, verificándose el mismo cómputo ó cuenta en los breves pontificales. No así en las bulas expedidas por S. Santidad, en las que debe entenderse que principia el año el dia de la Encarnacion del Divino Verbo, ó lo que es mas claro, el 25 de marzo. En conclusion: en los decretos dados por las Sagradas Congregaciones, se empiezan á contar los años el dia de la Circuncision del Señor, ó lo que es lo mismo, el 1.º de enero, á imitacion de lo que los modernos han adoptado.

Tanta variedad, pues; diferencia tanta en el modo de contar los referidos años, nos obligan á estar muy sobre aviso en tan delicada materia, para no incurrir en errores cuyas consecuencias pudieran producir per-

juicios de gran tamaño.

Ni seria de otro modo tampoco, á vista de lo que queda manifestado El año, fraccion de tiempo miserable, mezquina, imperceptible casi en la gran cadena de la eternidad, cuyo principio se pierde en la noche oscura de los tiempos, y cuyo fin se oculta en la inmensidad profunda de los futuros siglos; es, sin embargo, un ser interesante al hombre; es un periodo precioso que puede decidir quizá su ventura ó su desgracia; es el áncora, en fin, de sus lisonjeras esperanzas. Por eso lo vemos afanarse por la llegada del año nuevo; por eso lo vemos calcular sobre las ventajas y ganancias que conseguirá en él; y por eso, en conclusion, lo vemos mústio y abatido cuando, despues de haber dejado deslizar el *tiempo* infructuosamente, contempla horrorizado que no tornando para él una nueva era, ha perdido la dulce ilusion que formaba su delicia, y se halla condenado casi irremisiblemente á la desdicha y al infortunio mas deplorable.

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

Lanzaba el sol su fuego á medio dia
Sobre las tristes rocas del Calvario,
El campo estaba ardiente y solitario,
Y hoja ninguna en su árbol se movia.

Busca el leopardo en medio de arenales
Las tibias aguas del Jordan revuelto,
Busca las sombras el venado esbelto
Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena
El cuello tuerce el espinoso cardo,
Y entre las grietas del peñasco pardo
Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre Dios allá pendiente
En la cumbre del Gólgota gemia,
Y sudaba y temblaba en su agonía
Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, Madre del Señor, que cerca estabas
Del patíbulo horrendo, y casi muerta,
A ratos lloras con la faz cubierta,
La vista á ratos en el Hijo clavas.

Al mirarle temblar, suda tu cuello,
Y tu alba frente suda y te estremeces;
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,
Y dos veces se eriza tu cabello.

¡Espectáculo atroz! su sangre roja
Brota caliente, y al brotar humea,
Y á propercion que de Jesus gotea,
El rostro y manos de su Madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento,
Eres pobre, y oscura, y despreciada:
No le debes siquiera una mirada
Piadosa al legionario desatento.

A cada queja que el tormento arranca
De la boca sedienta del Ungido,
Exhalas profundísimo gemido,
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aún no acababa algun desapiadado
De blasfemar del inocente Verbo,
Cuando escuchabas con dolor acerbo
La risada insultante del soldado.

En tanto, el mundo estólido levanta
Hasta el cielo á sus héroes y sus sabios,
Que no eran dignos de poner los labios
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¿Cómo pudo una mano delincuente
Aplicar en el labio moribundo
Amarga hiel al Hacedor del mundo,
Su misma Madre hallándose presente?

¿Cómo no derribó muro y santuario
El furor de estruendoso remolino?
¿Cómo de fuego inmenso torbellino
No derritió las peñas del Calvario?

¿Cómo es, Hija de Abram, que ver pudiste
Los furores de escena tan tremenda?
¿Cómo al tronar la tempestad horrenda,
Sin desmayar tu corazon resiste?

Tus lágrimas rodaban á tu seno
Y mojaban tus pechos virginales,
Que nutrieron al Dios de los mortales
Allá de niño en tiempo mas sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo
Todo desgarra tu profunda herida,
El muro y torres, la ciudad querida,
El templo augusto, el Olivar tremendo.

En medio del dolor mas inhumano,
En contorno buscabas un asilo,
Y en contorno encontrabas muy tranquilo
Al verdugo y al bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos
Diste gemidos tristes y dolientes,
Cual suelen las palomas inocentes
En los sauces amargos de los rios;

Y las manos blanquísimas torcias,
Y las alzabas al tremendo cielo,
Y no encontrabas á tu mal consuelo.
¡Cuán otra estabas en mejores dias!

Todo á tu blando corazon aterra;
Cercada estás de pálidos tiranos,
Se palpan las tinieblas con las manos,
Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba
De esparcir el terror, y tú entretanto
Temblabas ¡ay! atónita de espanto,
Sobre el Calvario que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos,
Y entre las rocas puesta de rodillas,
Enjugas en tus pálidas mejillas
El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos
Todos estremeciéronse tus huesos,
Y en mortal languidez, ni darle besos,
Ni tampoco pudiste darle abrazos.

Pero despues le das ósculo ardiente,
Y mil abrazos que el amor demanda,
Acariciando con tu mano blanda
Sus ojos muertos y su helada frente.

¿Quién creyera al mirar á este hombre muerto
Reclinado en el seno de su Madre,
Que fuese el mismo resplandor del Padre
Y el Jehová del Mar Rojo y del desierto?

Del Gólgota no léjos algun dia,
Para vengar tan bárbaro delito,
Pondrá sus tiendas el romano Tito,
Y entónces ¡ay de la nacion judía!

¡Ay de Jerusalen que yá le espera
Hambre y matanza, y fuego pavoroso!
La ceñirán de inmenso contrafoso,
La ceñirán de sólida trinchera.

La estrechará feroz infantería,
Y en medio del furor de la batalla
Por la brecha entrarán de la muralla.—
¡Vírgen, perdona á la nacion judía!

SEGED.

CUENTO ARABE.

Seged, rey de Etiopia, monarca de cuarenta naciones, distribuidor de las aguas del Nilo, hablaba asi á los veinte y siete años de su reinado: „Al cabo, Seged, tus afanes han llegado á su término. Has aquietado á tus desafectos, sofocado á los rebeldes, acallado las envidias de tus cortesanos, ahuyentado la guerra de tus confines, y erigido fortalezas en tierra de tus enemigos. Dos, que te han ofendido, tiemblan en tu presencia, y se obedece tu voz do quiera que se escuche. Tu trono está rodeado por ejércitos, numerosos como las langostas del verano, é irresistibles como el aliento de la peste.

Tus almacenes están llenos de municiones, y rebosa tu tesoro con los tributos de los reinos conquistados. La abundancia ondea sobre tus campos, y en tus ciudades brilla la opulencia. Tu ceño es como el terremoto que sacude las montañas, y tu sonrisa como el alba de un dia de primavera. En tu mano está concentrada la fuerza de miles, y tu salud es la de millones de hombres. El himno de la alabanza alegra tu palacio, y el aliento de la bendicion perfuma tus huellas. Tus vasallos ven tu grandeza, y no temen

ninguna miseria ni peligro. ¿Por qué, Seged, no gozas de los bienes que prodigas? ¿Por qué tú solo no disfrutas de esta general felicidad? ¿Por qué anublan los cuidados tu frente, cuando el último de los que te llaman soberano, pasa el dia en gozo y la noche en paz? Al fin, Seged, reflexiona, y sé prudente. ¿Qué producen las victorias sino seguridad? ¿Para qué se acumulan riquezas sino para comprar la ventura?"

Ordenó, pues, Seged que se preparase para recibirle una quinta situada en una isla del lago de Dambea. „Me retiraré, dijo, por diez dias del tumulto y cuidados de los consejos y decretos. Los que rigen á las naciones, no pueden gozar una larga quietud; pero no puede negárseme una separacion de diez dias, y me es fácil asegurar este corto intervalo de dicha, contra el temor ó el anhelo, contra el pesar y disgusto. Excluiré de mi morada toda inquietud, y apartaré de mi mente las ideas que puedan turbar la armonía de los conciertos y las delicias de la mesa. Llenaré de gozo mi alma, y probaré lo que es vivir en la plena satisfaccion de todos los deseos."

Cumpliéronse al punto las órdenes de Seged, y pasó éste al palacio de Dambea, que estaba en una isla sembrada de cuantas flores despliegan sus tintas al sol, y de cuantos arbustos esparcen al aire sus perfumes. En un ángulo de aquel vasto jardin, habia

calles de árboles para paseos matutinos; y en otro, bosquecillos espesos, grutas oscuras y fuentes murmuradoras para descansar al mediodia. Cuanto podia halagar la imaginacion, ó solazar los sentidos; cuanto puede sacar la industria de la naturaleza, ó proporcionar la opulencia al arte; cuanto puede adquirir la conquista ó atraer la beneficencia, estaba allí reunido, para excitar y satisfacer todos los apetitos voluptuosos.

A aquella deliciosa morada llevó Seged todas las personas de su corte, que parecian propias para recibir ó comunicar gusto; los jóvenes, las hermosas y los ingenios, vinieron apresurados á saciarse de felicidad Navegaron alegremente por el lago, que parecia suavizar ante ellos su cristalina superficie; los acentos de la música resonaban en todos los oidos, y todos los corazones estaban llenos de esperanza.

Desembarcado Seged con su comitiva, pasó á su cuarto á pensar dónde empezaria su círculo de ventura. Tenia delante á todos los artistas del placer, y no sabia á quién llamar, puesto que no podia gozar uno sin dilatar el goce de otros. Pensó y arrepintióse, resolvió y mudó sus resoluciones, hasta que fatigado y confuso volvió al salon en que le aguardaban, con un aspecto lánguido y triste, que al punto se comunicó á todos los presentes. Notólo Seged, y se ofendió, porque aumentaba su mal humor el de los otros,

que esperaba se lo disipasen con sus obsequios. Volvió, pues, á su aposento, y buscó el consuelo en sí mismo. Unos pensamientos se le acumulaban tras otros, y una larga série de imágenes ocupó su mente. Pasósele el tiempo sin sentirlo, hasta que yá mas tranquilo alzó la cabeza, y vió que el lago reflejaba en sus aguas los últimos resplandores del sol, que yá se ponia. „Tal, dijo suspirando Seged, es el dia mas largo de la existencia humana: ántes que aprendamos á aprovecharlo, termina."

Su sentimiento por haber perdido la mayor parte del primer dia, le quitó el humor necesario para disfrutar la noche; y despues de haber procurado afectar gusto, para forzar á sus cortesanos á mostrar una alegria de que él no participaba, redujo sus esperanzas á la mañana siguiente, y se acostó á gozar del sueño, como los esclavos del trabajo y de la miseria.

Levantóse temprano al segundo dia, y resolvió ser feliz. Fijó, pues, en la puerta de palacio un edicto, para que todo el que en aquellos nueve dias se le presentase con aspecto triste, ó profiriese cualquiera expresion de pesar ó disgusto, fuese echado para siempre del palacio de Dambea.

Este edicto se supo luego en todos los cuartos de palacio y en todos los ángulos del jardin, y heló en todos los ánimos la jovialidad: los que danzaban en los céspedes, ó

cantaban á la sombra, se ocuparon desde luego en solo cuidar de sus miradas y acciones, para que Seged fuese puntualmente obedecido, y no cayesen ellos en el [illegible]ero que les amenazaba.

Seged vió todos los semblantes [illegible]dados á una sonrisa; pero sonrisa que indicaba solicitud, timidez y violencia. Habló á sus favoritos con familiaridad y dulzura; pero ellos no osaron contestarle sino con premeditacion y estudio. Propuso diversiones, en que todos consintieron porque á cualquiera objecion hubiera mostrado disgusto; pero las vieron con frialdad los cortesanos, que solo querian señalarse con clamorosa alegria. Entabló várias conversaciones, y solo obtuvo chanzas forzadas y risa laboriosa; y despues de muchas tentativas inútiles para animar á la sociedad, tuvo que confesar la impotencia del mundo, y abandonar otro dia al disgusto y al tédio.

Por fin, se encerró en su cuarto para combinar á solas la felicidad de los dias siguientes. Arrojóse en el lecho, y cerró los ojos al descanso; pero soñó que una inundacion asaltaba su palacio y jardines; y despertó con todos los terrores de un hombre que lucha en las aguas con la muerte. Volvió á dormirse; mas le aterró una irrupcion imaginaria de sus enemigos, y luchando en sueños sin poder moverse, creyó que le entregaban los suyos, y al cabo despertó lleno

de horror é indignacion.

Era yá de dia, y estaba tan aterrado que no pudo volver á dormirse. Levantóse; pero con la fantasía ocupada por el diluvio y la invasion, que no le dejaban libre el ánimo para divertirse. Al cabo cedieron á la razon sus inquietudes, y resolvió no dejarse afligir por males imaginarios; pero yá entónces habia pasado la mitad del dia. Volvió á conocer la incertidumbre de los proyectos humanos, y no pudo menos de lamentar la flaqueza del hombre, cuya quietud bastan á turbar los vapores de la imaginacion. Inquietóle un sueño, y luego sentia que un sueño le hubiese inquietado. Al fin descubrió que su sentimiento y sus inquietudes eran igualmente vanas, y que perder lo presente en lamentar lo pasado era prolongar voluntariamente una vision melancólica. Entretanto, espiraba yá el tercer dia, y Seged resolvió de nuevo ser feliz al siguiente.

Al alba del cuarto dia se levantó Seged fresco, alegre y vigoroso. Entró en el jardin, seguido por las princesas y damas de la corte, y viéndose rodeado de alegria, comenzó á pensar que aquel dia seria venturoso. La luz del sol brillaba sobre las aguas, los pájaros cantaban en los árboles; y las brisas jugaban entre los bosquecillos odoríferos. Seged, vagando por el jardin, oia los cantos; se mezclaba con los que danzaban; se abandonaba á cavilaciones voluptuosas, ó

proferia reflexiones graves y máximas sentenciosas; y se gozaba en la admiracion con que los cortesanos las recibian.

Todos los que veian al rey, se [illegible]aban á su aspecto, y él gozaba la felici[illegible]d que producia; mas habiendo pasado tres horas en estas inocentes satisfacciones, le alarmó un clamor general que levantaron las mujeres, y volviendo la cara, vió que todos huian despavoridos. Un cocodrilo habia salido del lago, y retozon. ó hambriento, correteaba por el jardin. Seged le vió con indignacion, como perturbador de su felicidad, y lo hizo echar otra vez al agua; pero no pudo persuadir á la reunion que se tranquilizase. Las princesas aún no se consideraban seguras encerradas en el palacio. Todos pensaban en el peligro pasado, y nadie tenia humor para charlar ni chancearse.

Seged quedó, pues, reducido á contemplar las innumerables casualidades que yacen emboscadas por todas partes, para interceptar la felicidad del hombre, y turbar sus horas de paz y deleite. Tuvo, empero, el consuelo de pensar que no tenia culpa en el accidente que habia burlado las esperanzas del dia, y cuya repeticion podia impedirse con precauciones prudentes.

A fin de proveer al gusto de la mañana siguiente, derogó su edicto penal, pues yá conocia que el disgusto y la tristeza no se ahuyentan por las amenazas de la autoridad,

y que el placer solo reside en el seno de la libertad y franqueza. Invitó, pues, á todos sus cortesanos á ilimitada jovialidad, proponiendo premios á los que se distinguiesen al dia inmediato en producciones festivas: las mesas de la antecámara estaban cubiertas de oro y perlas, vestidos y guirnaldas, para premiar á los que refinasen la elegancia y los placeres.

Al ver tantas riquezas, todos los ojos centellearon, y todos los labios celebraron la liberalidad y magnificencia del emperador. Pero cuando entró Seged en esperanzas de gran placer por la emulacion universal, encontró que toda pasion fuertemente agitada, termina la tranquilidad necesaria á la alegria, y que el alma debe estar en calma total para que la muevan los blandos impulsos del deleite. Cuando apetecemos con ardor alguna cosa, debemos temer su pérdida en el mismo grado; y el temor y el gusto son incombinables.

Todo era, pues, afan y solicitud; todos hablaban de un modo tan afectado que fastidiaban, aunque se hacian admirar á veces, y Seged conoció que sus premios influian mas que él mismo en los ánimos de sus cortesanos. Al llegar la tarde, se acaloró la contienda, y los vencidos empezaron á descubrir su despecho maligno, primero con miradas coléricas, y luego con murmullos de menosprecio. Seged participó de las agitaciones

del dia; porque, juzgándose obligado á distribuir con exacta justicia los premios, no distrajo un momento su atencion del certámen, y pasó el tiempo en el potro de la duda, balanceando diferentes clases de mérito, y acallando las pretensiones de todos los competidores.

Persuadido, al fin, de que ninguna exactitud podia satisfacer á aquellos que veian burladas sus esperanzas, y creyendo que en un dia destinado á la felicidad, seria dureza afligir á alguno, declaró que todos le habian agradado igualmente, y distribuyó á cada uno un regalo de igual precio.

Presto conoció Seged que su prudencia no habia surtido el efecto deseado. Los que se creian seguros de obtener los primeros premios, no gustaron de verse nivelados con los otros, y aunque por la liberalidad del rey recibieron aun mas de lo que debian esperar, partieron disgustados porque no se les habia distinguido, y no pudieron triunfar de sus rivales, ni humillarlos. „Hé aquí, dijo Seged, la suerte del que cifra su dicha en la de otros." Retiróse á meditar, y miéntras los cortesanos murmuraban su generosidad, vió acabar disgustado el quinto dia.

En el sexto, renovó su resolucion de ser feliz; mas conociendo cuán poco le valian proyectos premeditados y medidas preparatorias, creyó mas prudente abandonar á la ca-

sualidad un dia, y dejó á todos en libertad para divertirse como quisieran.

Esta disposicion causó general complacencia, y el emperador creyó que habia descubierto al cabo el secreto de obtener un intervalo de felicidad. Mas cuando vagaba solo entre los descuidados cortesanos, oyó que uno de ellos murmuraba solo en un cenador, diciendo: „¿Qué mérito es el de Seged, para que todos le temamos y obedezcamos? Cualesquiera que hayan sido sus hazañas anteriores, su actual molicie nos prueba que tiene las mismas flaquezas que nosotros." Esta murmuracion le afectó mas, porque salia de uno de sus mas abyectos aduladores. Al principio se indignó, y quiso castigarle; mas reflexionando que lo que se decia sin intencion de que se oyese, no pasaba de un pensamiento, y solo era tal vez un impulso de mal humor casual y momentáneo, inventó un pretexto decente para despedirle, á fin de que el soplo de la envidia no atacara su ausencia, y cuando se le disipó todo deseo de venganza, pasó la tarde, no solo con tranquilidad, sino con gusto, aunque nadie mas que él sabia su victoria.

El recuerdo de esta clemencia, serenó el principio del séptimo dia, y nada turbó la satisfaccion de Seged, hasta que, alzando los ojos al árbol cuya sombra le cubria, recordó que bajo uno de la misma especie habia pasado la noche siguiente á su derrota en

el reino de Gósama. Las reflexiones que hizo sobre su pérdida y deshonor en aquel suceso, y los males que de él habian resultado á sus pueblos, le llenaron de amargura. Al cabo alejó aquellas tristes imágenes, y empezó á gozar sus placeres acostumbrados, cuando volvieron á perturbarle los celos producidos por el último certámen; y no pudiendo pacificar con la persuasion á los contendientes, tuvo que acallarlos con autoridad.

Al octavo dia despertó muy temprano á Seged una gran agitacion que habia en palacio, y preguntando el motivo, supo que estaba enferma la princesa Balkis. Levantóse, llamó á los médicos, y recibió de ellos un pronóstico funestísimo. Terminaron las diversiones, y todos los pensamientos de Seged se concentraron en su hija moribunda, cuyos ojos cerró al décimo dia.

Tal fué el periodo que Seged de Etiopia destinó á respirar de las fatigas de la guerra y afanes del gobierno; y dejó su historia á las generaciones futuras, para que ninguna hombre presuma decir: „Este dia seré venturoso."

EL MORO DESDEÑADO.

A cumplir con la mision
Que austero su rey le ordena,
Se apresta con suma pena
El mas ilustre campeon,
Que vió la estirpe agarena.
De la morisca Granada,
En recóndito palacio,
Ha tiempo que vió guardada
Entre perlas y topacio,
No una mujer, una fada.
Es nazarena y gentil
Como la suntuosa Alhambra;
Tan pura como el Genil,
Y de mas brillo en la zambra
Que la rosa en el pensil.
Llora la triste, cautiva
Del monarca que detesta,
Y como el vivir le cuesta
La inobediencia, no esquiva
Concurrir á toda fiesta.
Mil veces puso á sus piés
El egrégio personaje,
Como por digno homenaje
A su virtud y altivez,
Su amor y su vasallaje.
Pero como al fin la hermosa
Mas que la vida, el honor,
Tiene por prenda valiosa,
Siempre escuchó desdeñosa
Los delirios de su amor.

Pensando en su extraña suerte,
Yá de la noche á deshora,
Armónica voz y fuerte
Le hizo olvidar de la muerte
El beneficio que implora.
Era el canto con que el moro
Que á ciudad algo lejana
Iba por órden tirana,
Requebraba con decoro
A la cándida cristiana.
Despues de preludio largo
En que con afan prolijo
Reveló cuánto era amargo
Aquella vez el encargo
De su monarca, le dijo:
„¿Qué me importan los harenes
En que la vistosa hourí
Huella zofras de alelí
Y ostenta sus blancas sienes
Ornadas de oro y rubí?"
„De qué me sirven las zambras
Con sus mágicos placeres,
Si de mi alma reina eres,
Y como no hay dos Alhambras
No hay como tú dos mujeres?" . . .
„. . . Ay! cristiana, si este ardor
Que me consume, tirano,
Lo premias con el amor,
Hasta el culto mahometano
Olvidaré sin dolor."
„Yá detesto el capellar
Y abomino la marlota:
Si me sabes adorar,
Te juro que has de pisar

Las plumas de mi garzota."
„Tengo para tí topacios;
De oro y perlas pebeteros;
Para guardarte, guerreros,
Y gigantescos palacios
Que alumbran ricos flameros."
„Las flores que no has tenido
Te brindará mi pensil;
Y para halagar tu oido,
Guardo de cristal bruñido
El mas sonoro añafil."
„El ámbar de tus salones
Dará á mi monarca enojos,
Y tendrás de mis campeones
A tus piés los corazones
Con solo mover tus ojos."
„Todo te dará mi amor
Si al fin me adoras, cristiana;
Mas, yo parto.... la mañana
Viene á aumentar mi dolor
Con su velo de oro y grana."
„Adios, de mi Eden soñado
Triste y cándida paloma:
No hagas que por tí olvidado
Muera de amor un soldado
Del imperio de Mahoma."
Así dijo; y larga queja
Dado hubiera al ténue viento;
Mas de eperanzas exento,
Ruido escuchó en una reja,
Y de la hermosa el acento:
„Id, (contestó con enojo,)
A buscar hijas del Dauro,
Que á mí me inspirais sonrojo:

Ellas os darán el lauro
Que merece vuestro arrojo."
„De odaliscas id en pos,
Que es digno de vituperio
Cuanto decir puedais vos
A quien ama á un solo Dios,
Y esquivar supo un imperio."

Con el alma atribulada,
Casi yá sin ilusion,
Partió el moro de Granada,
Llevando en el corazon
La imágen de su adorada.

LA CRUZ RUSTICA.

Siento una emocion dulce, cada vez que, paseándome en el campo, encuentro una cruz. Mi imaginacion la rodea con todas las inspiraciones santas que ha producido, con todos los consuelos que ha dispensado. El pobre labrador, que sale al trabajo desde el alba, ha ofrecido allí frecuentes votos al Autor del dia, y la cruz le ha recordado que la culpa del primer hombre, condenándole á regar la tierra con amargos sudores, condenó tambien á un Dios á morir en ella. La cruz le ha exhortado á que abra tambien algunos surcos en el campo de la

eternidad, cuyas semillas serán su resignacion y su paciencia en medio de sus duras fatigas. Miéntras que millares de avecillas bendecian á Dios en los árboles inmediatos, venia tal vez un mendigo á pedirle ante la cruz que no le olvidase, como á ellas no las olvida. Luego quizás volvia á comer allí el pan recibido en el umbral de alguna casa hospitalaria, y aquel madero amigo del afligido, le inspiraba instrucciones llenas de esperanza. En efecto, el que abrazó su ignominia, y se deleitó en la abnegacion y las necesidades, reserva al pobre sus miradas mas dulces y su sonrisa mas tierna. Si veo una cruz junto á un manantial, recuerdo al Dios que es „la fuente verdadera de agua viva;" y si la encuentro en el lugar mas retirado de un valle, „así, me digo, habita la calma á la sombra del Señor."

En otros dias, un respeto poético protegia esos monumentos humildes, y el tiempo no mas tenia derecho para deteriorarlos ó destruirlos. El campo limitado por ellos se tenia por bendito; y parecia que Dios debia complacerse en fecundarlo. Nadie tocaba al musgo que lo cubria; solamente las aves le arrancaban algunos fragmentos para construir sus nidos; ó tal vez alguna madre jóven, que, atribuyendole cierta virtud, llenaba con él un escapulario, para colgarlo al cuello de su hijo recien nacido.

No ha mucho tiempo que repetia yo es-

tas reflexiones al pié de una cruz, alzada en las inmediaciones de cierto pueblo. Qué melancolía respiraba su silencio, y qué atmósfera de santidad parecia rodearla! Qué bien se habia escogido aquel sitio para elevar en él una cruz! Al rededor suyo crecian árboles majestuosos, agrupados en la falda de un cerro, que parecia interceptar el bullicio del mundo, como el de los vientos. En frente de la cruz se tendian las aguas azuladas y tristes de un estanque, y los suspiros de la brisa entre sus juncos, producian en el alma un eco poético indefinible.

Habia permanecido allí casi una hora, respirando como un perfume de paz, amando y admirando á Dios, cuando ví llegar al cura del pueblo vecino, que me habia indicado aquel sitio, para que allí nos viésemos.

—Yá sabia, me dijo, que os gustaria este lugar solitario. En él halló asilo uno de los hombres privilegiados á quienes inspira Dios un gran menosprecio á los placeres del siglo, concediéndoles á la vez una vislumbre de los que guarda el cielo. En estío, el césped le servia de cama, y las copas de estas encinas eran su techo: durante el invierno, vivia en esa oquedad que forma la peña viva, y pagaba con oraciones el pan de la caridad; pero con oraciones que hacian prosperar á la familia que habia tenido la fortuna de alimentarle. Al fin murió, lleno de años y de virtudes; y desde entónces se re-

puta santa esta tierra. Jamas se coge para usos profanos el agua de esta fuente que él bebia, y solamente la fé se acerca á ella. Esta cruz es un recuerdo de aquel justo, y en cada aniversario de su muerte, concurren aquí numerosos peregrinos, á cuya devocion ha sonreido mas de una vez el cielo. He visto á várias madres de soldados hacer novenas á esta cruz, y la vuelta de sus hijos sanos y salvos, entre los peligros de la guerra, ha galardonado su fé piadosa. Mas de un hijo ha implorado aquí la salud de su padre: mas de un hermano la de su hermana; y tal vez no pasa dia en que el bálsamo de la resignacion y la esperanza no endulce ante esa cruz algunos dolores del alma y del cuerpo.

—A esa cruz, prosiguió despues de una breve pausa, debo uno de los recuerdos mas dulces de mi vida, uno de aquellos recuerdos que alientan á un sacerdote en el desempeño de sus funciones dificiles, haciéndole sentir qué frutos de paz y dicha puede proporcionar con ellas á sus prójimos.

Estas últimas palabras picaron mi curiosidad. Insté al cura porque se explicase, haciéndole sentar junto á mí, sobre el césped fresco y suave que tapizaba la orilla de la fuente. ¡Ojalá pueda reproducir su historia con la amable y tierna sencillez que la adornó al salir de sus lábios!

—Habia ido á media noche, me dijo, á

visitar un enfermo, que vivia lejos de aquí: cuando me despedia, me suplicó su mujer que encomendara su curacion al santo ermitaño, y le ofrecí hacerlo. Tomé, pues, la senda que conduce á esta cruz, para cumplir desde luego mi promesa. Al llegar aquí, aun no se habia puesto la luna, y yá blanqueaba el oriente. La alondra despertaba y salia de los trigos, anunciando con sus primeras notas el fin del sueño de las aves. Al pié de la cruz estaba una jóven, y la luna iluminaba su rostro vuelto hácia la parte de que yo venia. Me detuve, y la miré sin que ella me percibiese.

Ví junto á ella un niño, que parecia tener pocos dias de nacido. La pobre parecia temer que el viento frio del alba helara sus mejillas delicadas, y se las calentaba con su aliento. Sus miradas respiraban á la vez amor y tristeza; y la amargura de una separacion próxima, vislumbraba entre su sonrisa maternal.

¡Qué idea me ocurrió entónces!... La deseché, porque me afligia y me avergonzaba; pero al fin tuve que ceder á ella. La jóven se conmovia mirando al niño, y se cubria los ojos con las manos, como si temiera ver su ignominia. Su oracion, cuando alzaba la vista hácia la cruz, estaba llena de misterios. Parecia al mismo tiempo buscar á Dios y huirle; vertia lágrimas de las que anuncian una conciencia perturbada, y su

corazon exhalaba sollozos, que solo podian ser hijos del arrepentimiento.

Sí, pensé; esta jóven ha ofendido á Dios, y el remordimiento la castiga. Yá no merece el honor de que los ángeles velen al rededor de su lecho. Yá no ruboriza su frente el amable pudor, sino la triste conciencia del menosprecio ajeno y del suyo propio. Yá no tiene derecho á ser feliz, puesto que es culpada; y ninguna severidad es excesiva para quien ha hollado la mas santa de las leyes prescritas á la mujer.

No me engañaba; pero, ¿debia pronunciar contra la infeliz un fallo tan duro? ¿Quién era yo? Representante del que habia dicho á los fariseos que le traian la mujer adúltera. „Que el que no haya pecado entre vosotros, la tire la primera piedra." No me bastaba decir que tales palabras eran sublimes, sino que debia ponerlas en práctica. La reprension, el insulto, no disonarian tanto en otras bocas; pero en la mia! ¡en la de un sacerdote!... ¡Oh! no! Sus palabras son el rocío que refrigera los corazones enfermos, y nunca debe pasar ante el samaritano, sin echar algun bálsamo sobre sus heridas. Me arrepentí de aquel primer movimiento duro, y pedí perdon á Jesucristo, que me manda ser siempre manso con el afligido, é indulgente con el débil.

La jóven tomó al niño, le alzó mirando al cielo, y creyendo que solo él podria es-

cularla:—Hé aquí, exclamó inundada en lágrimas, el depósito que una madre os confia. He venido á ponerle bajo la proteccion de la cruz, porque ella os recuerda, oh Dios mio, que prometisteis perdonar á los pecadores. Os lego á mi hijo.... ¡Dichosa la mujer que no tiene por qué avergonzarse del suyo, que puede mecerlo sobre su corazon, y velarle su sueño!...

Por qué no me han dicho: ¡Ve á mendigar tu pan de puerta en puerta, ve á dormir sobre la paja ó al suelo duro, pero conserva á tu hijo!... Conducid aquí á una mujer, que apiadada de su infortunio, le adopte, y nunca le deje sospechar que le abandonó su madre!....

La faltó fuerza para continuar. Cubrió de besos á la criatura, que extendia hácia ella sus manecitas, como si entendiera su triste suerte.

Me habria sido bien dificil no compadecerla. Su lenguaje me conmovió, y lloraba. Sí, lloraba, y sobre todo por ver que la pobre habia tenido tanta confianza en esta cruz. ¡Haber escogido este lugar para exponer á su hijo! Persuadirse de que al arrancarle á su seno, le daba á Dios por padre!.... Sentí una viva necesidad de consolarla y fortalecerla, y me dirigí á ella. Al verme dió un grito, y la faltó muy poco para desmayarse.

—Hija mia, le he oido, la dije, he admi-

rado tu fé, y he llorado tu yerro.

—¡Dónde, dónde me ocultaré! exclamó retorciéndose los brazos, y dejándose caer de rodillas, mas bien por no poder sostenerse, que por orar. Su temblor y palidez me hicieron temer algun accidente.

—¡Cómo! la dije; ¿nunca me has oido hablar de Jesucristo, que junto al pozo de Samaria conversaba con una mujer mucho mas culpada que tú, y la dijo que podia entrar en su reino? ¿No te le he mostrado abandonando sus piés á los besos y lágrimas de Magdalena, y despidiéndola en paz, porque, segun decia, la perdonaba mucho, por lo mucho que habia amado? Yo pronunciaria mi condenacion, querida hija, si despues de referirte las misericordias del Señor, no fuera misericordioso; si habiéndote dicho que él tiene sus brazos siempre abiertos para el pecador, te cerrara los mios.

Estas palabras no la tranquilizaron, ó por mejor decir, no las entendió; y repetia:

—¡Dónde me ocultaré! ¡Dónde me ocultaré!

—Vamos, hija mia, la dije; ten alguna mas confianza en mi ministerio de paz y de perdon. Tú eres mi oveja querida, puesto que te has extraviado, y te debo mas apoyo, por lo mismo que eres mas débil. ¿Temes que salga de mi corazon el secreto de tu afrenta? Seria injuriar no solo á mí, sino á Dios, cuyo sacerdote soy. El me ha en-

cargado que examine y cure las llagas mas secretas de las almas, y mi mano izquierda debe ignorar el bien que haga mi mano derecha.

Por fin, se atrevió á levantar los ojos, y á mirarme.—Hablais de perdon, me dijo, y sé bien que no lo merezco.

—Hija mia, la respondí, si solo te arrepintieras levemente de tu falta, no te hablaria como consolador, sino como juez. Te diria que la mujer cuando nace, recibe el pudor como un adorno santo, y que su profanacion desagrada tanto á Dios como á los hombres. Pero deseo tranquizar tu conciencia, léjos de prestarla nuevas armas para que te aflija. Dios te perdona, por lo mismo que te crees indigna de ser perdonada, y acepta en expiacion de tu culpa el homenaje de tu humildad y de tu confusion.

Así logré calmarla poco á poco, y al fin la inspiré una entera confianza. Refirióme, pues, la historia de su culpa, con tanta ingenuidad como vergüenza. Os la diré en pocas palabras. Su padre habia hecho un viaje largo para recoger una herencia. Era un labrador; pero habia educado bien á su hija. Durante su ausencia, vendieron la granja que él arrendaba; el jóven que la habia comprado, vino á verla, y le encantó la belleza de Maria. Por desgracia, ésta no solo era bella, sino amable é instruida. Presto correspondió al afecto que inspiraba, ha-

lagando su vanidad la idea de casarse con un hombre rico y de alto nacimiento. Este, sin embargo, la habia exigido que no comunicara á la madre sus promesas, y tal circunstancia la hubiera abierto los ojos, si ella no hubiese querido cerrarlos. Cuando al fin cayó en una falta, á que la condujo la vanidad no menos que el amor, conoció que el desprecio que sigue á la caida de una mujer, comienza muchas veces por el hombre mismo á quien ella cree destinado á repararla.

Entónces recurrió á su madre, que era su única esperanza; porque el seductor habia desaparecido. Gracias al aislamiento de la granja, y á la distancia á que estaba del pueblo, la vergüenza de Maria no tuvo mas testigos que su infeliz madre, y una criada que la amaba mucho para perjudicarla con alguna indiscrecion. El nacimiento de su hijo precedió muy pocos dias á la vuelta de su padre; y este anciano, que adoraba á su hija, sobre todo porque la creia honrada, recibió tal golpe con lo que vió y supo, que una hora despues se hallaba en cama, atacado por una fiebre agudísima. Declaró que si no sacaban de su casa al bastardo que era su afrenta, le daria muerte. Por eso la triste Maria vino á exponerle al pié de la cruz, y yá sabeis cuánto la costaba tal sacrificio.

—Hija mia, la dije cuando concluyó su narracion, el corazon de una jóven debe ser

diáfano para los ojos de su madre. Yá has visto cómo Dios te castiga severamente por haber disimulado con la tuya. Ella habria suplido tu inexperiencia, diciéndote que un hombre que se rodea de misterios, tiene el corazon lleno de falsedad y malicia; porque si sus esperanzas fueran puras, se honraria en publicarlas. Ella habria convertido en dolor saludable el gusto con que oias sus requiebros y alabanzas, enseñándote que esa vanidad ofendia á Dios, y comprometia el tesoro de tu castidad, tan grato á sus ojos. Pero, hija mia, conozco que tu corazon necesita mas consuelos que reprensiones y cargos. ¡Qué bien has hecho en confesármelo todo, ó mejor dicho, cuánto debes agradecer á Dios que me haya conducido aquí!... Toma á tu hijo.... Yo no creo que te sea lícito abandonarle.... ¿No serias tambien demasiado miserable, atormentada por la idea de sus padecimientos? Voy á llevarte á la casa de tu padre, y le haré ser para tí como el padre del hijo pródigo. Le presentaré ese angelito, cuya sonrisa atraerá sobre él la bendicion de Dios, y estoy seguro....—¡De que me permitirá criarlo á mis pechos! exclamó. ¡Ay! no: el cielo no querrá que nazca tanta dicha de una culpa que detesta.... Casi me serian indiferentes los sarcasmos de mis compañeras, con tal de no abandonar á mi hijo. Su mirada primera me reveló una fuente de placeres tan dul-

ces, que casi olvidé todas mis aflicciones. Pero mi padre prefiere su honor á la vida. ¡Demasiado lograré si me perdona, y permite que le asista mi arrepentimiento en los últimos dias.... acaso en las últimas horas de su vejez....

Profirió estas últimas palabras con una emocion tan viva, que me enterneció. Procuré alentarla, y al fin la decidí á que volviese con su hijo al techo de que le desterraba una cólera que me parecia injusta.

Jamas olvidaré el momento solemne en que el padre de Maria la volvió á ver con su hijo. Se incorporó en su lecho, y el furor le inflamaba el rostro. Puso á Dios por testigo de que su hija no le tenia respeto, y hollaba su autoridad; y le pidió que vengara sus canas, que le demandaban justicia. Todo fué con tanta violencia, que no tuve lugar de interrumpirle, y volviéndose á mí, continuó:

—Pues sois sacerdote, debeis ratificar la maldicion que pronuncio sobre ese niño y sobre su madre. La iglesia no os ha establecido para que defendais la causa de la ingratitud y de la impiedad filial. Decid á esa miserable que no merece el perdon de Dios, y que algun dia la condenará con estas palabras: Te habia prescrito en mi cuarto mandamiento que honraras á tu padre y á tu madre.

Maria estaba moribunda.

—¿Sabeis lo que está escrito en el evangelio? dije al anciano. Que un hijo se echó á los piés de su padre, diciéndole: ¡He pecado contra el cielo y contra vos! Que las entrañas del padre se conmovieron de piedad, que levantó al culpado, y le estrechó á su corazon.... ¡Cuán digna de compasion fuera vuestra alma, si compareciese ante Dios en este momento! Le pediriais misericordia, y él os responderia: Debias usarla con tu hija, debias usarla con un inocente que no te habia ofendido. ¡Ah! cómo olvidais mi santa mision de caridad, al querer hacerme cómplice de vuestros anatemas! No: miéntras salian de vuestros labios, yo suplicaba á Dios que cerrara el oido, y en nombre de su inefable bondad os aseguro que no ha querido escucharos.

Quizá el acento de mi voz aumentó la fuerza de estas palabras, y causó alguna confusion al irritado viejo. Reprendiale su mujer aquel acceso de cólera, que podia causarle la muerte; no atreviéndose á hablar de la pobre Maria, porque él imputaba su ruina al exceso de la indulgencia maternal; pero sus ojos me expresaban cuánto me agradecia que defendiese á aquella desventurada.

—No alcanzo, dijo al fin, por qué os obstinais así en perseguirme. ¡Qué! ¡tendré qué decir á quien me deshonra: Eres mi hija querida!... Ella es causa de que yo no desee levantarme de este lecho; porque si me

levantara de él, si saliera en público, todos me señalarian con el dedo, y se dirian: „¡Allí va el padre de aquella desdichada!"

—¡Cuán duro es, señor, continuó apretándome la mano y llorando, no merecer yá que me pidan la mano de mi hija, y que se honre alguno con mi parentesco!... Yá sabeis la estimacion que disfrutaba mi nombre, aunque no soy rico.... A la verdad, no tengo valor para mirarla.... Bien veo que padece, pero la he amado mucho para perdonarla.

—Con todo, respondí, es preciso que yo no haya dicho en vano al entrar: ¡Paz á esta casa!

—¡Paz á esta casa! repitió con una sonrisa de intensa amargura.

—Sí, ¡paz á esta casa! continué: ¡paz, en nombre del Dios que perdonó á la culpada, siendo el Santo de los santos, y que se indignaria si vos, pecador como ella, quisierais ser mas severo que él mismo! ¡Paz, por el tesoro de indulgencia que ha puesto en las entrañas de todo padre! Paz, en nombre de la sola humanidad, que os grita: Violariais sus leyes, si dejárais perecer á vuestra hija, cuando podeis salvarla. El peso de vuestra maldicion la abruma, y morirá si no la retractais.

—Pues bien; que viva en paz, dijo tendiéndola su mano. Mi alma hace un esfuerzo que abreviará los pocos dias que me restan.

Maria se hallaba realmente en el estado mas lastimoso; pero cuando la dije:—Tu padre te perdona, pareció que renacia. Se precipitó sobre sus manos y rostro, mezclaba los besos á las lágrimas, y su ternura y humilde gratitud triunfaron al fin de la frialdad rencorosa que todavía conservaba el anciano.

—La creia mas culpada, dijo: la virtud no se ha extinguido en su corazon.

Ella le respondió:—No pretendo que excuseis mi conducta: demasiado sabeis que es inexcusable.

—¿Por qué? dijo yá conmovido: la inexperiencia hace cometer faltas á los jóvenes, y la experiencia hace indulgentes á los viejos.

—¡Os he ofendido tanto!...

—¡Pero estás tan arrepentida!

Así la piedad iba arraigándose por momentos en el corazon del anciano. Yá no se contentó con recibir los besos de su hija, sino que le dió uno. ¡Con qué amor se lo volvió ella! Luego decia besándole los ojos:—¡Ojalá ciegue yo la fuente de sus lágrimas! En sus labios: ¡Ojalá no vuelvan á exhalar palabras de ira! En sus canas: ¡Os hare olvidar la mancha que por mí han recibido! Enternecíase el anciano; y apretaba la mano á Maria, diciéndola con ojos llorosos:—Eres una buena hija.

—Aun tenia que pedirle un favor, y le

faltaba el ánimo. Volvió la vista á su hijo, y los ojos del padre tomaron la misma direccion.

—Pues perdonais á la culpada, le dijo Maria, ¿no perdonaréis al inocente?—No respondió.—Padre mio, continuó ella, retractad, retractad la maldicion que pronunciásteis contra él, y que haria el tormento de toda su vida.

Parece que tal súplica exigió al anciano un esfuerzo doloroso. Alzaba al cielo sus ojos, y en cada uno de ellos temblaba una gran lágrima. Sin embargo, dijo al fin:—Tráeme á tu hijo.... Maria lanzó un grito de júbilo, y se arrodilló ante su cama, presentándole al niño. El viejo le tomó, y le arrimó á su pecho.

Por una feliz casualidad se sonrió entónces la criatura; y aquella sonrisa inocente disipó del todo el leve rencor del anciano. Le miró, pero con ojos de abuelo, llenos de bondad y amor, y no pudo menos que decirle:—Tu madre hubiera sido bien cruel en abandonarte, porque eres lindo como un ángel. En seguida le bendijo, y luego se puso á jugar con él. Cada vez que me ocurre la memoria de aquel momento, se me refrigera el alma.

Salí de aquella casa, dejándola llena de júbilo, cuando habia encontrado en ella tanto dolor. Empero mi obra solo estaba empezada, y me parecia poco haber vuelto á

Maria el corazon de su padre, si no la restituia el del hombre que la habia seducido.

Tomé vários informes sobre este sugeto, á quien apénas conocí de vista cuando vino á nuestro pueblo, y supe algunos actos de generosidad, que me dieron buenas esperanzas. Averigué que residia en una hacienda, junto á un pueblo que dista dos leguas de aquí, y cuyo cura era mi íntimo amigo. Escribí á éste que para tal dia me aguardase á comer, y cuidara de convidar á D. Manuel F.*** Mas no pudiende esperar buen resultado sin interesar á Dios en él, dije una misa por la pobre Maria. Volví á esta cruz, la encomendé á la intercesion del santo ermitaño, y aun hice voto de vestir á tres pobres en cada aniversario de la muerte de aquel justo, si el cielo coronaba mi empresa.

El dia prefijado pasé al pueblo de***, cuyo cura habia obsequiado mis deseos, convidando á comer á D. Manuel, sin decirle que obraba por súplica mia.

Le hallé paseándose en su huerta con aquel jóven, cuya hermosa presencia me previno á favor suyo. Sus facciones respirahan dulzura y bondad, aunque parecia nublarlas una leve sombra de tristeza. Tenia los modales mas afables, y parecia deberlos á su índole, no menos que á la educacion. ¡Qué problema! Tan bello exterior, y tan mala conducta.

Necesité recordar enérgicamente el infor-

tunio de María, porque su seductor me iba seduciendo. Su carácter era tan amable como su fisonomía. Hablaba con respeto y estimacion de cuanto sabia que yo respetaba y estimaba: hacia el mas bello elogio de la piedad, y añadia que el sentimiento religioso era el don mas alto que Dios pudo conferir al hombre. Pudiera creerse que hablaba de él por experiencia, segun la conviccion que manifestaba su tono. Yo no podia menos que repetir: ¡Qué problema! ¡qué problema!

Nos habiamos sentado á la mesa, y despues de haber discurrido sobre las necesidades de nuestras parroquias, dijo mi amigo el cura:

—El Sr. D. Manuel es una providencia para la mia, y, gracias á él, no tengo apuros en socorrer á mis pobres. Temí hace algun tiempo que nos abandonara, y fuese á vivir en la ciudad. Pero, al fin, ha resuelto fijarse, y permanecer en un paraje donde es tan útil, y donde sin él habria muchos mas desgraciados.

Se casa con la mas amable de mis feligresas, y añadiria con la mas rica, si esto fuera un mérito ante Dios y ante un hombre virtuoso. Yo mismo le indiqué tal eleccion, que conviene mas que ninguna otra á sus circunstancias y carácter, pues la novia es un ángel de compasion y caridad para los pobres.

—¡Se casa! dije interiormente.... Luego se cree con el corazon bastante duro para que los remordimientos no le despedacen. Porque al fin, siempre que recuerde á la pobre Maria, no podrá menos de pensar: Ella, solo ella debió ser mi esposa. Yo la he condenado á llorar ante Dios, y á bajar el rostro ante los hombres, hasta el último dia de su vida. Si no me traia riquezas, tenia una dote que debia ser sagrada á mis ojos, y esta dote era su ignominia. Me amó con el candor de la paloma, me guardaba en su corazon un tesoro de felicidades, y acaso la será menos duro su deshonor, que la triste necesidad de aborrecerme.

La conversacion recayó luego sobre el matrimonio, y sobre las calidades mas estimables en una esposa.—Feliz, dijo D. Monuel, el hombre que al elegir una compañera, no pregunta: ¿Es hermosa? ¿es rica? sino ¿es piadosa? Porque si se hace amable á los ojos de Dios, lo será tambien á los suyos. ¡Qué bello cuadro presenta la mujer cristiana en la casa conyugal! Nadie creerá que sus obligaciones son austeras, al ver la facilidad con que las cumple. Sacrifica á su esposo todas sus inclinaciones, y hace depender su alma de la suya: es una madreselva que adorna á la encina con sus perfumes y flores. ¡Cuán feliz soy en unirme á la señorita de B.***! La amo como ella merece, con un afecto que prefiere á las gracias de

su figura, las nobles prendas de su razon y entendimiento.

No era la primera vez que un hombre habla bien y obra mal. El corazon humano se halla tan lleno de contradicciones, que al cabo no era imposible que aquel fuese un hipócrita. Quizá hablaba sinceramente.... Pero entónces, ¿qué pensar del abandono en que dejaba á la pobre Maria?

Me convidó á su matrimonio, y me negué.—Cuando salgo de mi parroquia, le dije, aunque solo sea por algunas horas, hago un robo á mis pobres y á mis enfermos.

—Pues lo habeis hecho hoy, me respondió sonriéndose, reincidiréis solo por otro dia.

Me turbé un poco; pero me ocurrió una idea feliz.

—Al mas jóven, le dije, toca honrar ántes al mas anciano; y yo aceptaré vuestro convite si ántes venis á pasar un dia conmigo.

Su fisonomía se alteró.

—Quizá os pareceré impolítico, dijo; pero tengo razones para no aceptar la invitacion que os dignais hacerme.

En fin, yá se descubria; y este era un motivo mas para que yo no me descubriese.

—No os negaréis, le dije, á partir el pan conmigo, y á beber la copa de amistad en mi mesa.

Le hablé de esta cruz, que, como os he dicho, tiene bastante celebridad. Mostré de-

seo de enseñársela, y aun le indiqué la idea de erigir aquí una capilla en que se dijera misa en los aniversarios de la muerte del santo ermitaño. Mi proposicion le agradó, y aun me propuso que contribuiria á realizarla. Respondí que le seria fácil dar un paso tan corto, y que yo apreciaria saber sus ideas sobre la construccion de la capilla. Al cabo logré picar su curiosidad, ó mas bien comprometer su afabilidad natural, y no pudo yá negarme una condescendencia tan leve. Sin embargo, me dijo que no llegaria conmigo hasta el curato, pues tenia motivos poderosos para no presentarse en mi pueblo. Yo no quise contradecirle, cuando yá obtenia mucho mas de lo que él pensaba concederme.

Envió por su carruaje, y partimos. Cuando estuve junto á esos fresnos, cuya cima se distingue desde aquí, le invité á que nos apeásemos, pues me interesaba hablarle á solas.

Don Manuel tenia aficion á la pintura, y como ademas su carácter le inclinaba á gustar de los lugares que inspiran una dulce melancolía, me dijo que este merecia pintarse, y que sentia no haber estado ántes aquí. Añadió que mas de una vez habria venido á cavilar al márgen de esta fuente y bajo estas encinas silenciosas; que habria orado con amor al pié de esta cruz, y alimentado su alma con la poesía de sus recuerdos.

—¿Con que erais alguna vez? le dije.

Buscó una sonrisa en mis labios, creyendo que me chanceaba. Pero me encontró sério.—No, añadí, no puedo creer que oreis. Nada pedis á Dios, porque sabeis que él tiene mucho que exigiros.

—¿Qué enigma es ese? preguntó con voz algo trémula.

—Mirad bien esa cruz, le respondí. Ayer estaba arrodillada ante ella una jóven. Si registrais este musgo, quizá encontrareis todavía algunas de las lágrimas amarguísimas que derramó.

Se demudaba. Yo continué:—No solo trajo á las plantas de Dios su dolor y arrepentimiento, sino que venia á confiar á su providencia un hijo cuyo padre....

Me interrumpió con un grito tan agudo, como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho—Cuyo padre, repuse, no ha tenido vergüenza de decir: ¡Sea para mí un extraño! ¡Si no es huérfano por los decretos de la muerte, séalo por mi abandono desnaturalizado!...

—¡Un hijo! exclamó.

—¡Pobre criatura! continué. No tenia mas cuna que ese musgo, mas techo que el cielo, y sus miembros débiles temblaban de frio.

—¡Basta! dijo, y permaneció mudo algunos instantes. Fijaba sus ojos en el lugar donde le dije que estuvo arrodillada la muger, y su fisonomía expresaba sucesivamen-

te el espanto, el dolor, la ternura. El nombre de María brotó de su corazon; digo de su corazon, por la profunda lástima que expresaba su acento.—¡Un hijo!... repetia; y dejaba caer sus brazos, como quien ve delante un grave infortunio, y no le encuentra remedio. Por fin, levantó sus ojos á la cruz, como para darme á entender que conocia su culpa, y que aquel símbolo de misericordia le inspiraba la esperanza de ser perdonado.

—Yo levanté á esa pecadora, le dije, que esperaba como vos en la misericordia divina, pero con mas motivo. La restituí á la casa de su padre, que, indignado por la afrenta que mancillaba su cabeza emblanquecida en la honradez, habia lanzado sobre la suya los carbones ardientes de su maldicion. Encontré á ese triste anciano en un lecho de dolor, que temo sea lecho de muerte, ¡pues aborrece la existencia, desde que se ve forzado á odiar á su hija! Pues bien, señor, vos que gustais de los recuerdos que inspira esa cruz; ¿no vendréis á alimentaros con este? ¿Os parecerá tan poético y dulce como los otros?

No podia responderme, ni aun lo intentaba.

—¿Cómo, continué, he podido ocultar mi indignacion al saber que ibais á casaros con la señorita de B.***?

—La amo, exclamó.

—Esa razon no será bastante para que os

absuelva Dios de haber abandonado á María.

—¡He cesado yá de amarla! dijo, con el acento de la consternacion.

—Pero no habeis cesado de haberla quitado el honor, de haber destruido la tranquilidad, la dicha de su padre: todo esto debeis restituirla.

Sentóse, ó mas bien se dejó caer en el césped. Sus miradas imploraban mi compasion, y se la concedí. Si ántes pudo adormecer sus remordimientos, aquel golpe los habia despertado, y conocia que semejante culpa no es una carga leve para un hombre que tenga conciencia.—No puedo resolverme, dijo, á renunciar la mano de la señorita de B.***, á quien amo con toda la fuerza de mi alma, y, sin embargo, soy bastante honrado para deplorar la suerte de María. Si pudiera remediar su infortunio cediéndole la mitad de cuanto poseo....

—Aun cuando la cubriérais de oro y diamantes, no borrariais con ello su ignominia.

—¡Pero es imposible casarme con ella!

—Es imposible que no lo hagais, á ménos que despreciéis el temor de Dios. El no os pone á elegir entre dos caminos: solo uno os señala, y yá os agrade ó no, teneis que seguirlo. ¡Yá no amais á María! Creedme: la dulzura de su reconocimiento, su tierna solicitud por agradaros, resucitarán vuestros afectos antiguos. ¿Amais á la señorita de B.***? Ese es el Isaac que debeis

sacrificar en el Calvario. ¿A quién no le han impuesto tales holocaustos en esta vida? Alegraos, señor, de que este os parezca duro; porque vuestro casamiento con María, no hubiera bastado á lavaros ante Dios de la culpa que contrajisteis al seducirla. Ella podia tener excusa: su candor fué una venda que ocultó el peligro á sus ojos. ¿Pero qué excusa podrá paliar la torpeza de vuestra accion?

—¡No he sido pérfido! exclamé. Se detuvo, y continuó ruborizándose: Acabo de mentir.... ¡Ay! es demasiado cierto que en mi corazon se abrigaba el perjurio, cuando mis labios juraban á la infeliz que seria mi esposa.

Lloró. Eran las primeras lágrimas que salian de sus ojos. Le abrí mis brazos: se levantó, y vino á echarse en ellos. Le estreché tiernamente á mi seno, y no pude contener el llanto.

—¿Qué resolveis? le dije.

—¡Por una parte el deber, por otra la dicha! exclamó con voz sofocada.

—¡La dicha! respondí; ¡oh! no la esperais en el camino de la injusticia. Dios no permite que haya goces verdaderos en el delito, y sí derrama un bálsamo celestial en los padecimientos de la virtud. Haréis una accion virtuosa casándoos con María, y habrá consuelo y dulzura en la tristeza misma que os cause. Vuestro casamiento con la

señorita de B.*** seria criminal, y solo os produciria frutos de dolor y engaño. Entregado á la inquietud de vuestra conciencia, al fin os reprenderiais aun al amar á vuestra esposa, conjurando entre vos y ella la imágen de la pobre Maria, á quien volveriais á amar, porque la compasion resucita los afectos amorosos. La idea de sus padecimientos atormentaria vuestra alma; y sobre todo, ¡qué sentiriais recordando á su hijo!... Creeriais oirlo suspirar, cuando se acariciasen los hijos que os diera vuestra esposa; veriais su tristeza en el júbilo, su pobreza en la opulencia de ellos. No, señor, el interes de vuestro reposo está de acuerdo con el de Maria. No os aseguro que seais perfectamente feliz casándoos con ella; pero sí os afirmo que seréis el hombre mas infeliz si os casais con otra.

No fuéron estas las únicas palabras que dije á D. Manuel; mas aun cuando nada le hubiese dicho, este lugar era sobrado elocuente. La escena que habia pasado aquí el dia anterior, le afectaba mas que todas mis exhortaciones.

Estaba confundido. ¿Cómo ántes de incurrir en semejante falta, no reflexionó sus consecuencias? ¿Cómo no se dijo: Voy á comprometer la paz de toda una familia, la reputacion de una pobre muchacha, que es su única fortuna, la mia propia; y todo por no triunfar de un capricho pasajero? Tales

eran las ideas que le atormentaban. Insistia sin cesar en las virtudes y gracias de la señorita de B.***, y repetia mil veces que la idolatraba. A medida que alimentaba su corazon con tales quejas, advertí que le iba pareciendo mas leve el infortunio de Maria. Me acerqué á la cruz, alcé la mano hácia el Cristo, y dí á mi voz un tono solemne:

—En nombre de ese Dios, le dije, respondedme: ¿Sois cristiano?

—Lo soy, respondió.

—Fácil es decirlo ¡pero cuánto cuesta probarlo! Algun dia, proseguí, se os preguntará si vestisteis al pobre, cuando estaba desnudo; si le alimentásteis, viéndole hambriento. Habrá tal vez un pobre á quien no háyais vestido ni alimentado. Y ¿quién será? Vuestro hijo; el de la desdichada Maria.

—¡Ay! mi mayor deseo es....

—¡Tirarle algun socorro!... Antes que lo reciba, su madre mendigará para mantenerle.

—¡Cielo! exclamó; ¿cómo salir de tantas dudas?....

—Tambien se os preguntará, continué, si habeis observado esta ley: *Haz á otros lo que quieras que te hagan.* ¿Quisiérais, pues, que os colmasen de ignominia, que atropellasen vuestro honor, que teniendo en la mano el remedio de vuestras heridas, se contentaran con decir: ¡Cuánto padece! y pasaran de largo?

—¡Qué cruel sois!

—Acusad á Jesucristo, porque mi labio no es mas que un órgano suyo.

Estas palabras le hicieron una impresion terrible. Se figuró citado ante el tribunal de la justicia divina, y creyó ver llegar á su hijo diciéndole: ¡Me abandonaste! y á la madre de su hijo, diciéndole tambien: ¡Me abandonaste!... Se dejó caer de rodillas, y exclamó fuera de sí:—¡Perdon, Dios mio, perdon para este pecador!...

—¡Reparacion, reparacion para su delito! exclamé.

—Pronunciaba luego el nombre de su novia, y repetia:—¡Qué sacrificio! ¡qué sacrificio!

—Mucho menos costoso que el de la conciencia, le respondí.

Por fin se levantó.—Yá veo, me dijo, por lo que sufró ahora, que el infortunio de Maria envenenará el resto de mi existencia. Mucho cuesta ser hombre de bien; pero cuesta mas dejar de serlo. Estoy decidido: me casaré con esa pobre muchacha.

—¡Oh! ¡excelente jóven! le dije abrazándole: ¡cuántas gracias doy á Dios por tal victoria!... ¡Cada dia le pediré que os prodigue sus bendiciones!...

Me hallaba tan enternecido, que no pude proseguir. El se sonrió, como para probarme que yá empezaba á disfrutar el premio de su buena resolucion, y que renacia la

tranquilidad en su espíritu.

—No dejemos para mañana esta restitucion de felicidad á una familia, me dijo; vamos luego á ver al padre de Maria, y á pedirle su mano.

Volví á abrazarle con la emocion mas tierna de júbilo y agradecimiento. ¿No le debia yo mucho, cuando me proporcionaba la gloria de restituirle á Dios y á la virtud?

Llegamos á la granja. Aún no se levantaba el anciano, pero le habia bajado un poco la calentura.

Maria estaba junto á él, hablándole y acariciándole; pero apénas vio á D. Manuel, dió un grito agudo; vaciló y cayó en los brazos de su madre. D. Manuel se conmovió excesivamente con aquel espectáculo. El viejo no le conocia: le preguntó su nombre con aspereza, y yo se lo dije.

—Yá no quiero su granja, exclamó; se engaña el miserable, si cree que he de respetar su riqueza.

—¿Cómo?... le dije.

No me permitió acabar.—¡Callad! continuó furioso. No le perdonaré como á ella.

Al decir esto, buscó un puñal en la cabecera de su cama. La pobre Maria habia vuelto en sí, y se precipitó hácia su padre, que la repelió indignado. Aquella cólera era justa, y no pude menos de admirarla. D. Manuel me expresó con una mirada que le sucedia lo mismo.

—No os engañais, dijo al anciano; teneis delante al autor de todos los males que han abrumado á esta familia. Pero....

—¡Qué! prorumpió el viejo, apretando los dientes y empuñando su arma.

—No soy bastante vil.... continuaba el jóven.

—¡Bastante vil!... ¡Y abusó de mi ausencia! ¡de la consideracion que le debia mi hija como propietario de esta granja!... Y abusó:.... De qué no abusó el miserable!...

—Por eso, dijo D. Manuel, viene á implorar perdon ante el padre de la familia ofendida con su exceso.

Y se arrodilló junto al lecho del anciano; que se irritó mas.—Estais en vuestra casa, dijo, y no tengo derecho para lanzaros de ella.... ¡Ayudadme á levantar de esta cama! Está escrito: No matarás; y yo ofenderia al Cielo vengándome de vos, como pensé hacerlo al principio.... y arrojó su puñal.... ¿No he dicho que me ayudeis á levantarme?.... Ven, hija, dame la ropa.... Prefiero morir á la inclemencia, que en una casa que pertenece á tu seductor.

Pugnaba por apearse, y yo le detuve.—El señor D. Manuel, le dije, no se contenta con deploraros su falta: desea repararla, y viene á pediros la mano de Maria.

El viejo me miró fijamente, y se quedó inmóvil.—Sí, repuso D. Manuel, si aún me creeis digno de obtenerla, os pido la mano de Maria.

Esta, al oir estas palabras, ocultó el rostro en el seno de su madre, que exclamaba: —¿Es posible? ¿es posible?

Al fin respondió el viejo:—Os felicito, porque volveis á ser hombre de bien.

—Pues bendecid á vuestros hijos, le dije; y tomando á María por la mano, la puse junto á D. Manuel, sobre el cual no osaba levantar sus ojos. Ella se puso tambien de rodillas, y su padre enternecido profirió estas palabras:—Dios mio, perdónales el dolor que me causaron, pues yá me hacen dichoso!

A los pocos dias tuve la dicha de bendecir su union; y acaso sabréis con gusto que sucedió á D. Manuel lo que yo le habia predicho. Halló en María tanta dulzura, tanto anhelo por agradarle, que presto olvidó á la señorita de B.***, y cada dia tomó mas afecto á su hechicera esposa. Fué imposible ocultar la flaqueza en que ésta incurrió; pero su caridad y sus otras virtudes han hecho que nadie la mencione."

Calló el buen cura; y yo no le dirigí los elogios que tanto merecia, y de que en su sencillez evangélica estaba léjos de reputarse digno. Habria contristado su conciencia; porque temiera haber cedido á un movimiento de orgullo comunicándome este tierno episodio de su vida pastoral. Pero todos mis lectores le tributarán sin duda su admiracion y dirán: El hombre que procede así ¿no es un ángel en la tierra?

A LA RELIGION.

ODA.

Sobrado tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones,
Y en ligeras y fútiles canciones
Los afectos vertí que Amor inspira.
Hoy, santa RELIGION, quiero cantarte,
Y con piadoso anhelo
Mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono
Con tu solemne inspiracion solias
Animar el acento de Isaías,
O del profeta rey el noble tono;
Oye mi voz humilde que te implora:
Mi tibio pecho inspira,
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera suspirando alzar el vuelo,
Y á su perenne luz juntar mi vida.
Este secreto instinto me revela
En soledad y calma,
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura
Vela el Criador su ceño majestuoso,
Y circundan su trono misterioso
La eternidad pasada y la futura.
Compadece del hombre la miseria,
Y su acento profundo
Por la revelacion instruye al mundo.

Augusta Religion! de luz cercada
Bajas al mundo, que el error oprime,
Mostrando el cielo en ademan sublime.
Y con la santa cruz tu diestra armada.
Cubre tus ojos venda misteriosa,
Y majestuosamente
Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura
Tú nos anuncias el primer pecado,
Al hombre por su mal degenerado,
Y la inefable redencion futura.
Viene al mundo Jesus, de los humanos
(¡Venturoso destino!)
Reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
La feroz impiedad tachar no puede:
La voz de los profetas le precede,
Y el universo átonito se inclina.
Enfrénase á su voz el mar airado,
Y á su mandato fuerte
Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
Y de su inmenso amor víctima santa,
Entre tormentos, cuyo horror espanta,
Pálido el Hombre-Dios gime y espira.
Núblase el sol, y yerta se estremece
La tierra oscurecida,
En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado
Triunfa Jesus, y con glorioso vuelo
Sube despues al esplendente cielo,
Vencedor de la muerte y del pecado.
Milagros inefables! Confundido
¡Oh Cristo! yo te adoro,
Te confieso mi Dios, gimo y te imploro.

Mas la persecucion fiera fulmina
Del infierno frenético lanzada,
Y con su pura sangre derramada
Sellan mártires mil su fé divina.
Triunfas ¡oh RELIGION! y al vasto mundo
Sojuzgas con presteza,
Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado,
Que á la luz de tu antorcha contemplado
La mitad perderá de sus horrores.
Yá la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza:
Al terminar su vida borrascosa,
Enciendes en la tumba misteriosa
Luz de inmortalidad y de esperanza;
Y su afligido corazon llenando
De inefable consuelo,
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío,
De hierro asolador el brazo armado,
Teñirlo en sangre, y de terror cercado
En crímenes fundar su poderío;
Y despreciando audaz á tierra y cielo,
Con sonrisa ominosa
Vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud, gobierna
La tierra alguna vez el crímen fiero;
Mas es breve su imperio y pasajero:
La justicia de Dios vigila eterna.
De la virtud y la maldad existe
Un inmortal testigo.
Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

Dogma sublime! Celestial consuelo,
Que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir á la opresion sangrienta,
Eterno galardon busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
Con Dios y su conciencia,
Opone al crímen firme resistencia.

Triunfas, ¡oh Religion! De tu victoria
Irritados los genios infernales,
Preparan las serpientes y puñales
Para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire yá, retiembla el suelo,
Y del Orco agitado
Lánzase al mundo el Fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;
Brama, blande el puñal con faz umbría,
Y el humo negro de la hoguera impía
La pura luz oscureció del cielo.
Víctima suya, el hombre te maldice,
Y con grito blasfemo
Feroz insulta al Hacedor Supremo.

¡Bárbara Inquisicion! Cueva de horrores,
Descubre al universo tus arcanos!
Y de tus sacerdotes inhumanos
Los crímenes revela y los furores!
¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas
En tu infernal abismo,
Apelaban á Dios del Fanatismo!

¡Divina RELIGION! Tú que veias
Al insolente mónstruo dominando,
Y en tu nombre á la tierra devorando,
En el seno de Dios tierna gemias.
El te escuchó. Retumbará la esfera
Con su decreto eterno,
Y el Fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,
Como despues del huracan violento
En el atormentado firmamento
Con mas cándida faz brilla la luna;
Y el mundo te verá, desengañado,
Dictar con dulce tono
Leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio
Del ódio y la fanática venganza,
Se abrirá el corazon á la esperanza,
Y adorará tu celestial imperio,
Que ha de sobrevivir, cuando se aduerma
El tiempo fatigado,
En escombros del mundo aniquilado.

Máximas.

No reproches á nadie por sus debilidades, ni menciones sus faltas para humillarle y elevarte á tí. El crímen mas escandaloso, el camino mas falso y peligroso de llegar al templo de la fama, es el de elevar uno su reputacion sobre las ruinas de la de otros.

—La mejor felicidad de la vida es la inocencia: una conciencia tranquila es un banquete contínuo. Ella es una especie de música que regocija el corazon: ella es la que hace sonreir á la víctima, miéntras el verdugo tiembla.

—Escucha mas bien á un enemigo que á un lisonjero; un enemigo te llamará necio injustamente; pero un lisonjero hará que realmente lo seas.

—Hay hombres y mujeres que cuidan demasiado de adornar su cuerpo, y descuidan totalmente de embellecer su alma: se parecen á una píldora, que sin embargo de estar plateada, es droga de sabor desagradable, y muchas veces de fatales consecuencias.

RAMIRO.

„Es un morisco que viene
Solo desde la Alpujarra
A matar un hombre. . . .“
CALDERON.

I.

Era la noche: el desgraciado Ramiro desde las ventanas de su prision, contemplaba á la luz de la luna la melancólica tranquilidad de las selvas cercanas, escuchando el lento y monótono murmullo de las olas que rodean el terrible castillo de Aliatar, donde vive hace yá mucho tiempo prisionero. En aquella triste mansion pasaba su vida el desgraciado caballero, sin mas consuelo á sus melancolías que los recuerdos siempre dulces de las pasadas venturas. Pensaba en su amada Zelma, á quien tanto amaba á pesar del tiempo y de la distancia, y de no saber si yá tal vez aquella hermosa mora vivia feliz, olvidándole entre los brazos de su rival Aliatar, que traidoramente le tenia encerrado en su castillo, contra todas las leyes del honor y de la caballería.

Sumergido estaba en profundas reflexiones cuando oyó el sonido de un cuerno, anunció sin duda de la llegada de un extranjero al

castillo, y sintió poco despues pasos cerca de su estancia como de hombre cubierto de pesadas armas. Abrieron la puerta de su prision, y distinguió Ramiro, al pálido resplandor de la luna, un guerrero de talla gigantesca, y armado de punta en blanco: parecia de edad algo avanzada y de complexion robusta; su rostro, tostado por el sol, estaba cubierto de cicatrices y anublado de profunda tristeza, como si algun amargo sentimiento le atormentara interiormente; pero entre la nube sombría que daba á su semblante un aire siniestro y melancólico, se descubria una serenidad á todo trance y un valor impertérrito. Cerró la puerta tras sí con gran violencia, y quitándose el casco y la espada, presentó á Ramiro su mano cubierta de una manopla de hierro.

—Toca esa mano, dijo con voz bronca y destemplada: Ramiro, ¿me conoces?

—No me acuerdo, respondió éste, de haberte visto en mi vida, y aun me admiro de que sepas mi nombre; pero sin duda, añadió suspirando, la fama de mis desgracias le habrá hecho llegar á tus oidos. Extranjero, dime ¿quién eres, cómo te llamas y con qué objeto vienes á buscar á un desgraciado, hace tanto tiempo privado de la libertad?

—Con el de volvértela, respondió el guerrero: vengo á volverte una libertad que te han arrebatado indignamente; pero ¡tiemblo! añadió frunciendo las cejas y apretándole la

miento con violencia, que el mismo que hoy rompe tus cadenas no te arranque la vida. ¡Oh, Ramiro! piensa en Almanzor!

—Poco temo tus amenazas, respondió Ramiro con tranquilidad; pero quien quiera que seas, tú que me hablas con tanta arrogancia, sospecho que tus promesas tendrán el mismo efecto que tus amenazas.

—En efecto, respondió con una sonrisa irónica, te cumpliré con la misma exactitud las unas y las otras. Sígueme, y verás como digo verdad. Pero en cambio del beneficio que te hago rompiendo tus cadenas, exijo tu palabra de caballero español, de que me seguirás en cualquiera ocasion en que yo te llame, aun cuando estuvieres á los piés de tu querida, ó rezando sobre la tumba de tu madre.

—Lo juro, respondió el cristiano.

Y esto diciendo, salieron juntos de la prision, y despues de haber bajado várias escaleras de caracol, y atravesado algunas piezas alhajadas á la morisca y escasamente alumbradas, llegaron á un salon donde habia una mesa servida con dos cubiertos y cuatro esclavos negros al rededor.

—Sentémonos, dijo el guerrero, y comeremos juntos; y haciendo séña á los esclavos para que se retirasen, se colocó en la mesa en frente de Ramiro.

—Sin duda, le dijo éste, serás grande amigo de Abatar, pues mandas de esta manera

en su castillo; pero, á pesar de todo, dudo que te perdone el haberte atrevido á dar libertad á su mayor enemigo.

—Si estuvieras en estado de defenderte, respondió levantándose el extranjero con ojos centellantes, esas palabras hubieran sido las últimas de tu vida.

—Serénate, dijo Ramiro, serénate; y si mis palabras te ofenden, echa la culpa al misterio con que me tratas, y á que no sabiendo quién eres, y viéndote en los dominios de Aliatar tranquilo y seguro, no puedo menos que pensar sino que eres su amigo.

—Algun dia me conocerás, y puede que te pese, Ramiro; pero ahora no quiero decirte mi nombre: bástete saber que soy musulman y enemigo mortal de Aliatar.

—Si es cierto lo que dices, te aconsejo que no te detengas mucho tiempo en este castillo, si no quieres exponerte á hacer en él mas larga mansion de lo que quisieras. Créeme, salgamos de aquí, haz que me den armas, y vámonos á algun sitio donde puedas cumplir tus amenazas: entónces veré si tus hechos corresponden á tus arrogantes palabras.

—¡Por la cabeza del profeta! respondió el musulman levantándose repentinamente: te juro que satisfaré tu deseo; pero ahora es menester que nos separemos: algun dia me encontrarás, y entónces conocerás quién soy. Ahora vuelve al campamento de los cristianos, y sé feliz por algun tiempo; pero graba es-

tus palabras en el fondo de tu corazon: „no durará mucho tu felicidad, porque la sangre del justo pide venganza y la consigue, y tú has derramado la sangre del justo. ¡Oh, Ramiro, piensa en Almanzor!"

—Sí, respondió Ramiro con tristeza, yo he derramado la sangre de Almanzor; pero ha sido en combate singular: he libertado á mi patria y á mi religion de su mas terrible enemigo, y no me arrepiento.

—¿Quién sabe? respondió el guerrero: acaso te arrepentirás algun dia.

Llamó en seguida á dos esclavos negros, y les mandó trejesen una armadura completa, que Ramiro vistió al punto con muestras de alegría, como quien abraza tras larga ausencia un amigo querido; examinó la espada, que le pareció de buen temple, igualmente que el yelmo y el escudo, y llegaron en seguida al puente levadizo, donde hallaron un poderoso caballo blanco ricamente enjaezado; montó en él Ramiro, despidiéndose de su libertador, y partió á todo galope siguiendo las encantadas orillas del Genil. Cubrióse el rostro con la visera del casco, por empezar yá á dejarse sentir los rayos del sol, y al cabo de algunas horas perdió de vista las almenadas torres del castillo que le habian servido de prision. Poco mas de cinco leguas habria andado, cuando llegando á un espeso bosque que habia á la derecha del camino, resolvió detenerse en él, tanto por la fatiga de su caballo, como para

gozar de la frescura y amenidad del sitio. Desensilló el troton, dejándole pacer libremente, y se tendió á la sombra de unos espesos robles, llena la imaginacion de los extraordinarios sucesos de aquella noche, que mas le admiraban cuanto mas pensaba en ellos. Aquel extranjero que sabia su nombre y ejercia tanto dominio en el castillo ¿quién era?. Se decia enemigo de Aliatar, y sin embargo permanecia tranquilo en sus dominios; revolvia en su imaginacion mil conjeturas que se destruian por sí mismas, y no sabia á qué resolverse, cuando oyó una voz que parecia salir de no léjos del sitio donde él estaba. Puso atento el oido, y percibió algunos sollozos y suspiros que parecian arrancados de lo mas hondo del pecho: movido á compasion se dirigió al lugar de donde salia la voz, y vió un jóven, como de diez y siete á diez y ocho años, vestido á la morisca, que era el que tan tristemente se quejaba. Pareció al principio no advertir la llegada del caballero: tanto estaba sumergido en su dolor; y así tuvo tiempo Ramiro para mirarle despacio, y luego que le hubo contemplado, le pareció que mas hermoso jóven no habia visto en toda su vida. Tenia la cabeza rodeada de un blanquísimo turbante, y le descendia por la espalda una larga cabellera de ébano rizada naturalmente: el fuego de sus ojos negros y rasgados estaba algo templado por el agudo dolor que le traspasaba el corazon:

era de talla mediana y bizarro en extremo. Pendia de su cintura un alfanje morisco; tenia en la mano una jabalina, y un arco á su lado.

Luego que vió al caballero se levantó repentinamente blandiendo el acero, y mirándole con semblante amenazador. Ramiro le dijo:

—He oido tus suspiros y conocido por ellos que eras desgraciado; pero por grandes que sean tus penas, está seguro de que nunca igualarán á las mias. Solo el deseo de consolarte en tu afliccion, me ha movido á turbar tu reposo.

—Mis penas son de tal naturaleza, respondió el jóven moro, que no admiten consuelo alguno; pero no por eso agradezco menos tu cortesía y buen deseo. Si no estás de prisa, y el escuchar males ajenos no aumenta los tuyos, siéntate á mi lado y te contaré la historia de mis desgracias.

—Te oiré, interrumpió Ramiro apretándole afectuosamente la mano; te oiré, amigo mio, y acaso te servirá de consuelo el ver un mortal mas desgraciado que tú.

Dicho esto, se sentaron á la orilla de un manso arroyo que por allí serpeaba, y el jóven árabe empezó en estos términos.

II.

„Nací en Granada en el tiempo en que nuestro rey Muley-Hasem reinaba pacífica-

mente entre nosotros, protegiendo las artes y las ciencias, adorado de sus vasallos, respetado y temido de sus enemigos. Mi padre, de la famosa tribu de los Abencerrages, vivia tranquilo á la sombra del trono, gozando del favor del rey y querido de todos: casóse bastante jóven con una hermosa granadina de la tribu de los Gomeles, siendo yo y una hermana mia menor llamada Zelma, el fruto de sus amores. Un dia llamó el rey a solas á mi padre, y le dijo:

—„Reduan, he sabido que los cristianos reunen todas sus fuerzas para caer sobre nosotros y aniquilarnos; si hasta ahora he podido mantener la desunion entre ellos, yá cansados de hacerse la guerra entre sí, se reunen contra nosotros, llevando por única divisa: *Enemigos del islamismo*. Pero todas sus fuerzas reunidas, me darian muy poco cuidado, á no ser por las divisiones intestinas de mi reino. Tú lo sabes: á pesar de todos mis esfuerzos, no he podido apagar la rivalidad que existe hace tantos años entre los Zegríes y los Abencerrages, las dos mas poderosas tribus de mi imperio. Mi hijo Boabdil protege á la primera y conspira contra mí, fomentando entre mis vasallos el espíritu de rebelion: amigo mio, dame tus consejos y dime qué debo hacer para libertar á mi pueblo del pelibro que le amenaza.

„No me sorprende lo que me dices, respondió mi padre; hace mucho tiempo que

tu hijo protege á los pérfidos Zegríes con el objeto de colocar tu corona sobre su frente; pero por grande que sea su partido, no debes temerle, pues los Abencerrages no te abandonarán, y los Abencerrages son invencibles. Créeme, Muley-Hasem, arroja de Granada á esa infame tribu que es la peste de tu reino; y si el amor de padre te impide castigar á Boabdil, desprecia al menos á un hijo indigno de tí.

„Entónces fué cuando los cristianos, reunidos bajo las banderas de Fernando é Isabel, empezaron de nuevo una guerra suspendida hacia yá tantos años, y que debia ser mas terrible y sangrienta que todas las pasadas. Indignados los españoles de ver á los enemigos de su fé, pacíficos posesores de la parte mas hermosa de su territorio, resolvieron arrojarlos de ella, y vengar de una vez ocho siglos de oprobio y esclavitud. Penetrarón en nuestras tierras haciendo en ellas terrible destrozo, y el formidable monarca de Aragon llevó el terror y el espanto hasta los muros de Granada. Guerreros invencibles, inmensos ejércitos salieron de todas partes de España para pelear contra nosotros, y el estandarte de la cruz tremoló bien pronto en muchas de nuestras mezquitas. En vano implorábamos á Mahoma; Mahoma se habia retirado de nosotros y nos abandonaba á nuestros enemigos, que nos destrozaban con furor, como los leones del de-

siesto al tañido del rebaño. El pueblo, agolpado á las puertas de la Alhambra, pedia á gritos marchar contra los cristianos; Muley lo deseaba tambien, pero Almanzor yá no existia; Almanzor, el más valiente guerrero, el mas firme baluarte del islamismo, el espanto de los soberbios, el amparo de los débiles, el rayo de los combates, el querido de las bellas. Almanzor derrotó mil veces á los cristianos; y si viviera todavía, los hijos de Pelayo no hubieran osado salir de las cavernas donde los sepultó el valor de nuestros padres.

„Un dia, fatal para nosotros, en que se celebraban unas magníficas justas para celebrar el aniversario del nacimiento de nuestro rey, se presentó de repente en el torneo un guerrero, que, á juzgar por sus armas, parecia cristiano, y que despues de haber desazonado á nuestros mas valientes paladines, arrancó tambien la vida, con la punta de su lanza al nunca hasta entónces vencido Almanzor. ¡Dia terrible! ¡dia de muerte y destruccion! Llorad, hijos de Omar; con Almanzor acabó vuestra gloria y vuestro imperio; Alá nos abandona á la rabia de los partidarios del Crucificado. Venid, hijos de Cristo, y hartaos de nuestra sangre; profanad nuestros templos, derribad nuestros altares: nuestros guerreros, que un tiempo os vencieron, caerán á vuestras espadas como las hojas de los árboles al impulso de los aquilones...!"

„Con no poca dificultad logró Muley-Hasem, ayudado de sus guardias, sustraer al caballero cristiano, que Ramiro se llamaba, al furor del pueblo. Llevóle á uno de sus palacios en los alrededores de Granada, y allí le tuvo oculto algun tiempo, hasta que habiéndose el infame Boabdil apoderado de la corona de su padre, le entregó en manos de su consejero Aliatar, uno de los hombres mas vengativos y perversos del mundo, y rival, á lo que luego se supo, de Ramiro, en sus amores con mi desgraciada hermana Zelma."

—¡Tu hermana! interrumpió el guerrero.

—„Sí: ¡pobre Zelma! En el palacio de Muley-Hasem conoció al caballero cristiano, y desde entónces empezó para ella una vida de amargura: el cielo ha querido castigarla por haber amado á un infiel. Ella misma me ha contado sus amores con el cristiano, y no he podido ménos de perdonarla, porque debe ser un muy cumplido caballero el que ha vencido á nuestro Almanzor. Pero la hermosura de mi hermana conmovió el corazon del pérfido Aliatar, y éste al punto encerró á su rival en uno de sus castillos, recreándose en los terméntos que le preparaba: empezó desde entónces á galantear á mi hermana, y obtuvo permiso del rey para casarse con ella.

„Sin duda habrá llegado á vuestros oidos la fama de aquella horrible noche, que fué la última para los desgraciados Abencerra-

gas, en que el tirano Boabdil hizo perecer traidoramente á casi todos los guerreros de aquella famosa tribu. Mi padre, que mandaba una expedicion contra el rey de Fez, fué uno de los pocos que se salvaron; pero le confiscaron todos sus bienes, y se ofrecieron inmensas sumas al que entregase su cabeza. ¡Qué horror! tambien mi inocente madre fué sacrificada al furor del tirano...! Yo estaba entónces peleando contra los cristianos, y apénas supe las horrorosas escenas que habian pasado en Granada, dejé el ejército, y fuí á reunirme con mi padre, á quien hallé entregado á la mas horrible desesperacion. Corrí bañado en lágrimas á arrojarme en sus brazos, diciéndole algunas palabras de ternura; pero en vez de estrecharme en ellos como tenia de costumbre, me repelió con horror diciéndome:

—„No, Abenamar, tú no eres hijo mio; si fueras mi sangre, no derramarias esas lágrimas indignas de un hombre. Abenamar, ¡venganza! ¡venganza!!

„Diciendo esto me miró con ojos tan encendidos que parecia salirsele por ellos el corazon á pedazos; pero á pesar de todos sus esfuerzos, lanzaba de cuando en cuando algunos gemidos tan profundos, que no pude menos de horrorizarme al verle en aquel estado: paseábase por la estancia á grandes pasos, alzaba los ojos al cielo, y parecia amenazarlo en su cólera; algunas veces exclama-

ba en sacrílegas imprecaciones contra Mahoma: miraba sus armas, y entónces una horrible sonrisa daba á su semblante el aspecto de una hechicera poseida de los espíritus infernales. Yo le dije:

—„Padre mio ¿qué debo hacer?

—„¿Qué debes hacer? interrumpió mi padre apretándome la mano; ¿y tú me lo preguntas? Abenamar, si eres mi hijo no debo decirte cuál es tu obligacion. Boabdil vive, y reina en Granada; toma este puñal y sepúltalo en el corazon de ese pérfido rey, que ha derramado la sangre de tu madre.... Pero no, yo le reservo una muerte mas digna de él, lenta, terrible y que servirá de escarmiento á los tiranos. ¡Oh! sí..... algun dia sufrirán los culpables el tormento que me hacen padecer. Ahora vuelve á Granada, que pronto te seguirá tu padre, y..... prepárate á ayudarme en mi venganza.

„Desde entónces, señor caballero, no he vuelto á ver este padre querido; pero cuando volví á Granada, donde permanecí oculto algun tiempo, ví varias veces á mi pobre hermana Zelma, que su amante Aliatar tenia encerrada en una de las prisiones de la Alhambra. Allí la pobre niña pasaba la vida en medio de las lágrimas, pensando en su perdido amante; yo logré algunas veces introducirme disfrazado en su jardin, y entónces procuraba consolarla, aunque no era á la verdad mi situacion menos triste que la suya.

No había vuelto á tener noticias de mi padre, y yá le creia víctima del rencor de Boabdil cuando supe que en vez de entregarse á su venganza, había logrado granjearse la privanza del rey y hacerse gran amigo de Aliatar. Por su influjo fué desterrado de Granada Muley-Hasem, y no pasaba dia, en fin, que no trajese á mis oidos la noticia de algun nuevo crímen de mi padre. Acrecentaban estas nuevas el horror que me inspiraba aquella ciudad bañada en la sangre de mi madre, con lo que me era en extremo odiosa la existencia. Resolví, pues, salir de Granada con mi hermana, para libertarla de su horrible amante Aliatar, y la fortuna favoreció este proyecto: me introduje en el jardin donde yá otras veces había visto á Zelma, y salimos los dos en traje de cautivos sin que nadie reparara en nosotros: aquella misma tarde nos hallamos á bastante distancia de Granada. Anduvimos toda la noche, y llegamos esta mañana á ese bosquecillo inmediato, donde entre las sombras de los árboles dejé descansar á Zelma, que se hallaba rendida á la fatiga del camino. Ahora es nuestro intento llegar á tierra de cristianos, y entregarnos á la proteccion del generoso Gonzalo de Córdova, amigo del valiente y malogrado Ramiro."

III.

Desde que éste oyó que Zelma se hallaba descansando á corta distancia, no le fué posible atender mas al discurso de Abenamar; le echó los brazos al cuello con extraordinaria agitacion, diciéndole al mismo tiempo su nombre. Contóle luego lo que le habia sucedido aquella mañana, y por las señas que dió del guerrero que le habia abierto las puertas de su prision, conoció el jóven árabe que aquel era su padre Reduan. Oyeron en esto la voz de Zelma que llamaba á su hermano, y ámbos se dirigieron al bosquecillo inmediato, donde hallaron á la hermosa mora bastante sobresaltada de ver llegar á su hermano en compañía de un guerrero armado de punta en blanco y cubierto el rostro con la visera; pero cuando supo que aquel guerrero era Ramiro, estuvo á punto de caerse desmayada de sorpresa y de alegria. Estaba yá en esto el sol bastante adelantado en su carrera, y á pesar de ser caloresísimo el dia, se pusieron en marcha los tres jóvenes, dirigiéndose, á lo que podian juzgar por la luz, hácia el campamento de los cristianos, y al cabo de algunas horas de camino se encontraron con un pequeño destacamento de españoles, á cuyo frente caminaba el jóven Gonzalo de Córdoya. Apénas se dió á conocer Ramiro, resonaron en las filas de los soldados mil gritos de alegría, y ensa-

cos momentos llegó la fama de aquel feliz suceso hasta las tiendas de Isabel, y se extendió por todo el ejército: do quier resonaban acentos de júbilo y entusiasmo por la vuelta de aquel valiente mancebo que creian perdido hacia yá mucho tiempo. Salieron los reyes á recibirle acompañados de los principales jefes del ejército: todos querian estrecharle entre sus brazos, y estaban impacientes por oir la relacion de los sucesos que le habian salvado del furor de los enemigos. Al verle llegar acompañado de una jóven y un mancebo árabes, entreveian todos algun novelesco misterio; y la reina Isabel, con aquella amable perspicacia que tanto la distinguia, conoció muy pronto que en la llegada de su campeon se encerraba algun amoroso suceso. Tomó inmediatamente bajo su proteccion á los dos jóvenes infieles, y se encerró despues en su tienda con su esposo y con Ramiro, para que éste le refiriese cuanto le habia pasado desde que cayó en poder de los musulmanes. Hízolo así Ramiro, sin ocultarle su amor á Zelma, y pidiéndole al mismo tiempo su permiso para darle la mano de esposo. Pero la reina le dijo que estaba determinada á poner sitio á Granada al dia siguiente, añadiendo que si lograba conquistarla, sus bodas con Zelma serian la primera ceremonia cristiana que se celebraria en los infieles muros de Granada. Díjole tambien que tenia secretas inteligencias

con alguno de los enemigos, y que si un traidor habia perdido á España, un traidor iba á facilitar á los españoles la conquista de una parte de su territorio. En efecto, el vengativo Reduan habia escrito en secreto á los reyes católicos, designándoles el siguiente dia para que asaltasen la ciudad, cuyas puertas estaban encomendadas á su defensa, y les ofrecia libre entrada por ellas, si consentian en entregarle la persona de Boabdil. Agitaban, pues, todo el campamento cristiano los preparativos del asalto, y todos se daban el parabien de ver terminada en breve aquella sangrienta guerra, á cuyo fin debia contribuir no poco la llegada del valiente Ramiro.

IV.

Verificóse al siguiente dia el asalto de Granada, y poco despues la toma de aquella hermosa ciudad, en el cual desplegó Ramiro el heróico valor que tan célebre le habia hecho en todo el ejército. Hicieron los reyes católicos su entrada triunfal con toda pompa y solemnidad; y se distinguian entre su comitiva los trajes árabes de Zelma y de Abenamar, á cuyo lado iba caracoleando en un hermoso caballo el valiente héroe de nuestra historia. Uno de los primeros cuidados de la piadosa Isabel, fué hacer consagrar al punto para el culto cristiano todas las mezquitas y templos profanados ántes con

las ceremonias del islamismo; y fiel á su promesa, hizo que al dia siguiente celebrara Ramiro sus bodas con la hermosa hija de Reduan. Dió la reina un gran baile á la juventud mas lucida del ejército en uno de los salones de la Alhambra, y no se separó aquella numerosa concurrencia hasta yá muy entrada la noche. Quedaron solos los recien casados, y ántes de retirarse á su estancia rogó Zelma á su tierno esposo que se paseara con ella un rato por el jardin, para gozar de la hermosura de la noche. Paseábanse los dos venturosos amantes por aquellas deliciosas alamedas, platicando amorosamente, llenas las almas de una dulcísima esperanza: llevaba Ramiro el brazo sobre la cintura de la amable Zelma, y ella reclinaba su lánguida cabeza sobre el pecho del cristiano. Iban así los dos jóvenes, cuando salió de entre los árboles inmediatos una especie de fantasma cubierta de negro, la cual llegándose á Ramiro le puso en las manos un billetito cerrado, con lo cual desapareció entre la sombra de los bosques. Abrió Ramiro el misterioso billete, y leyó á la claridad de la luna las siguientes palabras:

„Acuérdate de la promesa que me hiciste en el castillo de Aliatar: *Aun cuando estuvieres á los pies de tu querida, ó rezando sobre la tumba de tu madre*, juraste que me seguirias. Ven, pues, ¡oh Ramiro! y ¡piensa en Almanzor!"

Estremecióse Ramiro al leer esta carta, y estrechó á Zelma entre sus brazos con la mayor ternura; una voz interior le decia que nunca mas volveria á verla. Salió entónces de la Alhambra, y se encontró en [illegible]le á Reduan, embozado en un ancho alquicel, con aire sombrío y amenazador: hízole seña el árabe de que le siguiera, y ámbos echaron á andar por el camino que conduce al hermoso sitio llamado la Vega de Granada. Brillaba la luna en mitad del cielo con un esplendor que pudiera competir con el del mismo sol; y habiendo llegado á lo mas espeso de la Vega, vió Ramiro lleno de horror un cadáver ensangrentado cubierto de un riquísimo traje musulman, y desfigurado con un sin fin de anchas y profundas heridas. Quedóse, al verlo, pálido como la muerte: Reduan le dijo con mucha serenidad:

—¡Oh, Ramiro! hé aquí lo que queda de un monarca en otro tiempo tan poderoso; hé aquí lo que queda de Boabdil.

Este infame tirano derramó la sangre de mi esposa querida, y yo he derramado la suya: despues de haberle privado de su reino le he quitado la vida. Porque „la sangre del justo pide venganza y la consigue. ¡Oh Ramiro! piensa en Almanzor!"

Diciendo estas palabras cayó de improviso sobre el cristiano, que con los brazos cruzados sobre el pecho estaba contemplando aquella víctima del furor de Reduan, y le cla-

vó en el pecho un puñal que llevaba escondido debajo del alquicel. El infeliz cayó al suelo derramando un torrente de sangre.

—Sí, prosiguió Reduan, „la sangre del justo pide venganza y la consigue. ¡Oh, Ramiro! piensa en Almanzor!"

EUGENIO DE OCHOA.

EL JUEVES SANTO.

„Vexilla Regis prodeunt"
Yá tremolan del rey los estandartes.
Himno eclesiástico.

JAMAS han dejado de ser muy gratas y tiernas mis emociones en el *juéves santo*, y no puedo evitar hablaros de ellas en tan solemne dia. Trazábaos la negra historia del conde de Peñalva en el *folletin* de mi periódico; pero he debido suspender esta laboriosa tarea, y dejaros en suspenso, á trueque de no manchar, con odiosos recuerdos, los sublimes y augustos misterios del mas bello dia de la religion cristiana. Perdonad que os diga algo por mí mismo, en vez de reproducir los sentimientos tiernos, nobles y elevados de Klopstock, Chateaubriand ó Lamartine. ¡Tambien mi corazon siente, mi espíritu compren-

de y mis potencias todas admiran, alaban y bendicen, por mas que mi lenguaje sea tosco y poco adaptable al objeto!

Desde que yo era muy niño, experimentaba un placer infinito, una suavísima delicia, cada vez que llegaba este majestuoso dia. Yo no podia entónces comprender sus divinos misterios sino de una manera vaga é indefinible. Pero si no estaba en aptitud de admirar los preceptos del Salvador y su moral profunda, la pompa, el fausto y la espléndida solemnidad con que la Iglesia celebra esos misterios, herian de lleno mi tierna imaginacion y hechizaban mi ánimo. El solo aparato es capaz de conmover al mas indiferente.

Y si no, venid conmigo á la catedral de Mérida el juéves santo del año de 1821, que es el primero del cual conservo un vago y fugitivo recuerdo, y os haré ver lo que ví entónces. Desde la mañana muy temprano, la ciudad estaba bulliciosa, alegre y llena de vida y animacion. Las campanas de todas las iglesias, el rumor de los caruajes y el sonido de la música militar, parecian celebrar de acuerdo la belleza matutina de aquel dia, refrescado con las impetuosas rafagas del viento Sud-Este, de ese viento de Semana Santa, que así envia nubes de polvo calcáreo, como los suavísimos aromas de la rosa, la amapola, el eneldo, la ruda y la albahaca.

Desde las siete y media de la mañana fuí

llevado á la noble y majestuosa catedral, para esperar los divinos oficios.

Al toque de las ocho, el dean Martínez, el arcediano Gonzalez, el maestrescuela Zepeda, el penitenciario Herrero, el canónigo Calzadilla y el racionero Zavalegui, cubiertas las cabezas de enormes capuces negros, y arrastrando inmensas caudas, ocuparon el coro bajo, acompañados de los capellanes y una numerosa clerecía. Entónces comenzó el solemne canto de las horas canónicas. Despues de la *nona*, todo aquel imponente grupo, bajo de masas, se dirigió primero á la puerta mayor para recibir al capitan general D. Juan María de Echéverri, al cabildo secular y demas autoridades; y en seguida se encaminó á la puerta lateral del Sur, en donde permaneció en espectativa un solo minuto.

Porque al espirar, apareció, en medio de un acompañamiento mas imponente todavía, un ilustre y venerable anciano casi octogenario, de aspecto amable y risueño, de ojo vivísimo y penetrante y de espaciosa y despejada frente. Su talla era elevada; y si bien el peso de los años la habia hecho inclinarse un tanto, conservaba sin embargo toda su majestad; y la rapidez y firmeza de su andar, indicaban un vigor apénas creible en edad tan avanzada.

Era el Sr. Estévez.

El venerable obispo, despues de una aspersion sobre la comitiva, se dirigió al pié del

altar, y, bendiciendo ántes á su pueblo, hizo una breve oracion. Incorporóse de nuevo, y se encaminó á la sala capitular para revestirse. Allí, conservando su calzado blanco como la nieve, se despojó de su caudal roja, y sobre el roquete se vistió el alba; se ciñó despues el cíngulo, se colocó el pectoral, la tunicela, las dalmáticas, el manípulo, la casulla, el anillo y la mitra, tomando en sus manos el báculo de oro, símbolo de sus funciones pastorales. Entre tanto, doce sacerdotes y catorce diáconos y subdiáconos estaban yá revestidos esperando al prelado. Concluido el ceremonial de la sala capitular, encabezó la procesion una elevada cruz de plata, y todo aquel numerosísimo acompañamiento entró en el templo por la puerta de la sacristía. La solemne procesion se dirigió por la nave meridional, y cruzando la central en el trascoro, subió por la del Norte hasta el presbiterio. Colocado el Sr. obispo en el primer escalon del altar, comenzó la misa pontifical á toda orquesta.

Cuando entonó el coro los solemnes *Kiries*, el oficiante fué á ocupar su sede episcopal al costado derecho del altar mayor, teniendo á sus lados á los canónigos, y formando enfrente el acompañamiento un vasto semicírculo. Despues se puso en pié el Sr. obispo, y con voz algo quebrada y vacilante, cantó el *Gloria*. En el momento mismo sonaron por la última vez las campanas todas de la ciu-

dad: como por encanto cesó instantáneamente el tráfico de carruajes en las calles, el pabellon nacional se abatió á media hasta, las tropas pusieron sus armas á la funerala, y perdiéronse en las espaciosas bóvedas de la catedral las últimas modulaciones del órgano. De allí en adelante, la misa continuó en el tono ferial.

Al ofertorio comenzó la imponente ceremonia de la consagracion de los óleos. A la testera de una mesa cubierta con un rico tapete, y colocada enfrente del altar, sentóse el oficiante vuelta la espalda al pueblo. Entónces, todo el clero, acompañado del coro, bajó hasta la sacristía, y en solemne procesion se trajeron á la mesa tres vastas ánforas de plata llenas de aceite de olivo, y un vaso del propio metal conteniendo el bálsamo que habia de mezclarse con el óleo para formar el santo *Crisma*. El Sr. obispo hizo las preces prescritas por la iglesia, arrojó su aliento por tres veces sobre cada una de las ánforas, y saludó en diversos tonos la nueva materia yá consagrada. En seguida, cada uno de los sacerdotes, haciendo genuflexiones, venia acercándose á las ánforas, y soplaba sobre ellas elevando en progresivo tono el significativo saludo de la Iglesia. Aquella ceremonia, si bien parecia bastante larga y un tanto monótona, no podia menos de causar un respeto profundo, y mas viendo al anciano prelado alzar su diestra y bendecir á los asis-

tentes, conforme se acercaban á la mesa. La ceremonia no concluyó en un acto solo, pues todavía despues de la comunion volvió el prelado á entonar nuevas preces sobre los óleos.

Pasada mas de hora y media en la consagracion de ellos, subió otra vez el Sr. obispo al altar, y la misa continuó con el mismo aparato de solemnidad imponente. Despues de la comunion, todo el clero se prosternó á recibirla de sus manos, y luego subieron varios capitulares y empleados á participar tambien de la sagrada mesa. Entre tanto, el oficiante habia separado una forma, colocándola en una riquísima copa de oro, que fué cubierta con un blanco y delicado cendal, para depositarla en el monumento. Muchos años han transcurrido yá desde que esta vasta y colosal obra ha dejado de colocarse en la catedral, y apénas conservo una incompleta idea de lo que se llamaba por antonomásia *Monumento*. Recuerdo, sí, que era una especie de templete de madera pintada, de órden dórico, compuesto de tres cuerpos, con cuatro frentes, y que se elevaba en el crucero del Sur desde el pavimento hasta la bóveda. Cada cuerpo constaba de ocho columnas con vistosos basamentos, capiteles y cornisas, decorando el conjunto hermosas crujías con candelabros en que ardian mas de mil velas de blanca cera. En la parte central del primer cuerpo estaba el tabernáculo destinado

para el depósito del Sacramento desde el juéves hasta el viérnes santo. En el segundo y en el tercero se colocaban el *Señor Grande* y la Vírgen de los Dolores, que en procesion se sacan algunos dias ántes de la Semana Santa desde la iglesia de las *Monjas* á la catedral. Aunque el monumento ha caido yá en desuso, todavía se ven anualmente esas dos colosales imágenes, construidas al parecer con el exclusivo objeto á que estuvieron destinadas, que era el de ocupar un lugar en el gigantesco monumento. Hoy se colocan en los dos colaterales del altar mayor, y pueden mirarse, no como una primorosa obra artística, sino como un recuerdo de los tiempos antiguos. En los intercolumnios del templete se veian algunas estátuas de los profetas de la ley antigua con los signos de sus profecías, y remataba la obra una estátua colosal de la Fé. Tal era el monumento.

Concluida la misa, se formó la procesion para llevar al depósito el pan eucarístico. El dean, arrastrando su inmensa cauda negra, abrió la marcha llevando enarbolado el estandarte de la cruz roja. Venia en pos un alto funcionario civil con el guion. Todo el clero seguia en dos alas, alternando con el preste los versículos del expresivo himno *Pange lingua*. Los capitulares y empleados cerraban la marcha, presididos por el capitan general. La procesion bajó por la nave de la derecha, y concluyó al pié del monumento.

cuando eso, el reloj acababa de dar el toque de las doce, y la gran carraca, por el silencio de las campanas, habia hecho la señal de la oracion del medio dia. El oficiante echó al cuello del capitan general una vistosa cadena de oro, de la cual pendia la llave del tabernáculo.

Vuelto el Sr. obispo á su silla pontifical, agobiado de fatiga y de cansancio, despidió al mayor número de sus asistentes. Despojóse de sus ornamentos sagrados, y quedando en alba y estola, comenzó á rezar las vísperas. Al último salmo, se hizo bajar al cuerpo de la iglesia, acompañado de unos pocos sacerdotes, y procedió á la no menos imponente ceremonia de desnudar los altares. A la repeticion de la antífona „Dividiéronse mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes" dos asistentes recogian los manteles, y el altar quedaba desnudo.

Hasta cerca de la una pudo el anciano prelado volver á su palacio. El secretario era especial amigo de mi familia, y me tuvo siempre un cariño particular desde que era yo un niño de tres años. Dióme, pues, la mano, y subí hasta las habitaciones del prelado, en donde el Sr. Estévez no iba á descansar, sino á proseguir sus tareas. Despues de haber tomado una ligerísima refaccion, se presentó en el gran comedor. Allí habia doce pobres mendigos, vestidos muy decentemente á sus expensas y coronados de flores.

Ocupaban los dos lados de una ámplia mesa cubierta de los mas exquisitos platos, y servida de sacerdotes. Colocóse el Sr. obispo á la testera, y dirigiendo al cielo unas preces, comenzó aquella comida significativa de la última cena del Divino Maestro. No puedo recordar los términos de la expresiva y tierna plática que dirigió á los pobres en seguida. Tengo sí presente que su noble y majestuoso semblante estaba cubierto de lágrimas, y que todos los concurrentes sollozaban. Ni podia menos de ser así. ¡Es tan bello y sublime el misterio de la última cena! ¡Y el difunto Sr. Estévez era tan sabio, piadoso y elocuente!

Desde esta hora hasta la del *Mandato*, el Sr. obispo estuvo descansando. Pero ántes de las cuatro de la tarde, yá se disponia á bajar á la catedral á hacer la ceremonia del lavatorio.

Yo estaba otra vez allí.

El Sr. obispo hizo una breve oracion al pié del monumento, y subió luego al presbiterio. Allí, en su silla pontificia, se revistió, y ciñéndose con una blanquísima toalla, aproximóse al semicírculo que formaban los doce pobres que habian comido en su mesa. Miéntras el coro entonaba en un canto majestuoso várias antífonas alusivas, el venerable anciano, sostenido bajo de los hombros por dos sacerdotes jóvenes, se arrodillaba á los piés de cada uno de los doce mendigos,

que representaban los doce apóstoles, y despues de lavarlos con la mayor uncion y humildad, enjugábalos con la toalla y los besaba, dando á cada pobre una crecida limosna. Concluido el lavatorio, se predicó el sermon del mandato, y el buen prelado volvió á su palacio.

Desde aquella hora hasta las nueve de la noche, la ciudad presentaba un cuadro imponente. Todos los fieles caminaban de un sagrario á otro á rezar las estaciones. Las comunidades, cofradías y congregaciones, marchaban compasadamente por las calles, rezando con devocion, y prosternándose ante los sagrados depósitos para desagraviar al Señor de los tremendos ultrajes de que la Iglesia hace recuerdo en aquellos dias. La iluminacion de los templos era espléndida, y todo cooperaba á dar majestad y realce á aquel bello dia.

Porque sin duda alguna es bellísimo el juéves santo y lleno de misterios.

Cuando nuestra alma ha entendido, en fin, el admirable mecanismo de la grande obra de Jesucristo, yá no es solamente la imaginacion la que se siente conmovida, como en los primeros años de la infancia; es el entendimiento, que bendice y adora al fundador divino de doctrina tan sublime como la que vemos repetida en el juéves santo. ¡Doctrina asombrosa, que ha resistido al embate de los siglos, á la indiferencia de la muchedumbre y á los sofismas de los filósofos de la tierra!

¿Qué es, pues, el cristianismo, y qué nos recuerda el juéves santo? ¡Oh! Miradlo bien. El Maestro se abate hasta lavar los pies á los discípulos, y con el ejemplo práctico establece esta nueva doctrina. „Un mandamiento nuevo os doy, y es que os ameis los unos á los otros como yo os he amado." ¿Habeis meditado en la sublimidad de este admirable precepto? Allí está la base del cristianismo, allí la mision de los discípulos de Jesus, y allí el poderoso baluarte contra el cual se han estrellado las armas enemigas. ¡Filósofos de la tierra, decid lo que os plazca! ¡Buscad, si podeis, principios de una moral mas elevada en las doctrinas de Sócrates ó Epitecto! Yo por mí os digo que el cristianismo es la religion de los pobres, de los desvalidos y de los que sufren alguna afliccion en el mundo. Jesucristo es el maestro del pueblo.

Por esto, acaso, el juéves santo es tan bello.

Ved el de hoy. Todo está en grave y majestuoso silencio. Los barcos surtos en la bahia, tienen sus gávias cruzadas y la bandera á media járcia. El pabellon nacional está abatido. No ruedan los carruajes, y todo tráfico servil ha cesado. Las campanas enmudecen, y solo el reloj de la parróquia, con pausados golpes, anuncia el curso de las horas. Miles de personas visitan los sagrarios con devota y piadosa compostura. ¡Tal vez, allá en la tarde, un ligero celaje oscuro suavizará los rayos del sol, como para mayor

solemnidad en un dia tan grande, en que la cristiandad celebra uno de sus mas santos y augustos misterios! Todo es divino, todo recuerdos de la majestad del cristianismo.

Ved mas todavía.

A las diez de la mañana, el padre comisario de la Tercera-Orden, estola al cuello, precedido de una cruz, y en procesion solemne con muchas personas distinguidas de la ciudad, se dirige, recitando algunas palabras santas, á las cárceles públicas y al presidio, en donde nuestros desgraciados semejantes sufren el castigo de un crímen, ó esperan resignados el fallo de la justicia. Los habitantes de aquellas mansiones tristes, reciben de manos de los caballeros y del buen religioso, un pan rico y una limosna en memoria de la institucion de la sagrada Eucaristía y de aquel precepto „Un mandamiento nuevo os doy." ¡Venid impíos, ó espíritus fuertes como os llamais! ¡Venid á contemplar esta augusta ceremonia, y resistíos, si podeis, á confesar la nobleza, filantropía y santidad del cristianismo!

Yo he visto solemnizar el juéves santo en los mas ruines pueblos de nuestra península y en la santa iglesia metropolitana de Méjico. Siempre he experimentado las mismas emociones.

Hay en mi vida, que no es larga, dos épocas en que el juéves santo ha pasado desapercibido, aunque ha sido muy á pesar mio, y no sin gratísimos recuerdos. El año de

1840 me hallaba yo en Lerma sirviendo de secretario al Sr. Llergo, jefe de las fuerzas sitiadoras de esta plaza. En vez de la augusta solemnidad del dia, hubo entónces que lamentar un choque sangriento en el puente de S. Francisco entre nuestros ciudadanos armados y una pequeña seccion de las tropas encerradas en la plaza, que habian salido á hacer una descubierta y que fuéron enteramente derrotadas. El año de 1848 pasé el juéves santo en Washington, en donde me retuvieron mis ocupaciones, á pesar de que me hallaba comprometido con algunos amigos á pasar la semana santa en Baltimore. El número considerable de católicos que hay allí, contribuye mucho á la solemnidad de esos dias; pero me fué imposible llenar aquel compromiso. Por lo mismo me causó cierta pena y tristeza ver pasar en Washington el juéves santo como los demas dias del año, y sin observar ninguno de aquellos signos públicos que estaba acostumbrado á ver en semejante dia. Los católicos y los episcopales lo celebraron en sus templos en silencio y sin aparato alguno; pero no era eso lo que mi corazon buscaba. ¡Queria entónces hallarme en Mérida ó en Campeche!

Mueren ¡ay! todas las mas bellas ilusiones de la primera edad; pero estas qué causa el *juéves santo* viven siempre, y siempre son muy tiernas y consolatorias.—Campeche, abril 5 de 1849.

JUSTO SIERRA.

Ademdai.

Ademdai era un pobre artesano de Bagdad, que ganaba honradamente la vida con el trabajo de sus manos. Ganar honradamente la vida suele significar adquirir justamente lo necesario para no morirse de hambre; y tal era la suerte del pobre Ademdai. Retirándose una noche á su morada, oyó confusas voces y ruido de armas, y á la escasa luz de las estrellas divisó dos hombres, vestidos á lo armenio, que se defendian animosamente de seis malvados. Ademdai que era valiente y generoso, se puso de parte del número inferior, y sin mas armas que un garrote, hizo huir á los ladrones. Los armenios desaparecieron, y Ademdai, sin haberles visto el rostro, se metió en su casa, y no volvió á pensar en aquella aventura.

La noche siguiente, á eso de las diez, apénas habia acabado de cenar una mala escudilla de arroz, Ademdai se sintió con ganas de filosofar un rato. „¡Qué vida de perros! exclamó bostezando. ¡Cuánto le cuesta á un pobre jornalero la triste subsistencia! Media dracma he ganado en todo el dia, y he echado el alma trabajando. ¡Oh Mahoma, Mahoma! siquiera me dieras lo necesario: me habia de reir del mismo Califa."

Al terminar este soliloquio oyó golpazos á la puerta. Corrió á abrirla, creyendo que era

alguno de sus vecinos, cuando vió entrar un majestuoso personaje, cubierto de un traje mas blanco que la nieve, con un enorme turbante en la cabeza y un largo baston negro en la mano izquierda. El pobre Ademdai quedó tan confuso y turbado, que no pudo articular una palabra. El pesonaje entró, sin ceremonia, y Ademdai, temblando como un azogado, se hincó de rodillas, sin saber qué pensar de tan extraña vision. „No temas, le dijo el del turbante. Soy tu buen Genio, y vengo á protegerte. ¿No acabas de decir que lo único que deseas es lo necesario? —Sonrisa de Alá, hijo de las estrellas, respondió el aturdido jóven, ¿qué menos puede desear un hombre?—Tienes razon; pero ¿qué entiendes por necesario?—Por necesario entiendo..... lo necesario. Un poco de arroz, leña para cocerlo y un traje decente. —¿Y cuánto dinero necesitas para adquirir esos renglones?—Me parece que con una dracma diaria tengo lo bastante.—Bien: aquí tienes ocho dracmas para ocho dias. Al octavo dia vendré á esta misma hora, y te daré la misma suma, ó mas si no tienes lo necesario; pero cuenta que lo necesario no es lo supérfluo." Dijo y desapareció, dejando en el suelo una bolsa con algunas monedas de plata.

Ademdai tomó la bolsa, contó ocho dracmas, y se restregó los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. Despues de ha-

ber calmado la agitacion que le habian ocasionado la sorpresa y la alegría, se puso á pensar sériamente en el asunto. „Por fin, decia, yá tengo la subsistencia segura, y puedo vivir sin pasar el dia entero doblado bajo el peso del trabajo... pero ¡nécio de mí! ¿Es posible que no haya pedido al Genio lo necesario para comprar una cama y un tapete? Todos mis muebles se reducen á una estera, y algo mas se necesita para dormir y sentarse. A fe mia que no he de ser tan tonto si mi buen Genio me cumple su palabra."

A los ocho dias, aparécese de nuevo el Genio. „Príncipe de las regiones invisibles, le dijo Ademdai, sábete que me he equivocado en la cuenta, y que me faltan muchas cosas para tener lo necesario. En primer lugar, mi comida es fastidiosa y mezquina. Arroz, arroz y siempre arroz. Es necesario que un hombre goce de buena salud, y para esto debe de cuando en cuando regalar el apetito con alguna de tantas buenas cósas como Alá ha criado. Ademas ¿no parece esta habitacion mas bien la cueva de un tigre, que la morada de un ser racional?—Tienes razon, pero no eches en olvido que solo he de concederte lo necesario, y que te retiro mi proteccion si me pides lo superfluo. Aquí tienes cuatro dinares de oro. Compra lo que necesitas, y adios hasta de aquí á ocho dias."

Apénas rayó el siguiente, cuando Ademdai

salió á comprar los muebles de que necesitaba. Cuando los hubo colocado en los sitios que juzgó mas convenientes, echó de ver que la casa no merecia el gasto que acababa de hacer. El techo estaba en efecto hundido en muchas partes; las paredes torcidas; las puertas no cerraban bien; en fin, todo ello presentaba la imágen de la miseria y del abandono. Como le habian sobrado algunas monedas, trató de reparar tantas averías, y llamó á un arquitecto, el cual le dijo que todo el dinero que gastase en composturas era tirado á la calle. Ademdai empezó á recelar algun accidente funesto. „¿De qué me sirve, decia, la proteccion del Genio, si no me preserva del peligro que me amenaza? La primera de las necesidades es la propia conservacion, y seria de ver que un favorito de los seres sobrenaturales, muriese aplastado por un techo." Cuando se presentó por tercera vez el Genio, Ademdai le hizo ver la necesidad imperiosa en que se hallaba de dormir tranquilo, y sin el temor de que se le viniese la casa encima. „Tienes razon, le respondió su protector: toma cincuenta dinares de oro, reedificala. —Mi Genio, decia Ademdai, conoce que merezco sus favores. En efecto, hasta ahora no le he pedido nada supérfluo. Fortuna mia es tener tan poca ambicion, y contentarme con lo necesario."

La casa se transformó muy en breve en

elegante habitacion. Pocas piezas pero bien distribuidas; alcobas cómodas y, retiradas; galería sobre el jardin; en fin, todo nuevo, y concluido con primor. Ademdai se divierte en adornarla; se reclina ya en un sofá, ya en otro; abre y cierra las puertas; cambia mil veces los espejos; en fin, pasa los dias complaciéndose en visitar desde el granero hasta las guardillas. Pero cuando se sintió cansado de tanto subir y bajar, y vió que estaba solo, sin tener alma viviente á quien dirigir la palabra, lanzó un suspiro y exclamó: „¡Qué cosa tan triste es la soledad! Si yo tuviera una compañera amable á quien hacer partícipe de mi ventura... Ah! mujeres, mujeres: sin vosotras no hay nada bueno en el mundo."

Para distraerse de la tristeza que le inspiró esta reflexion, salió á dar un paseo por las calles de Bagdad. Al pasar por el Bazar de los esclavos, vió que la gente se agolpaba á una de las tiendas principales, en que estaban de venta veinte ó treinta infelices de ámbos sexos. Los ojos de Ademdai quedaron clavados en una jóven de rostro lindísimo, de aspecto majestuoso, que esperaba en un rincon de la tienda la suerte que le destinaba la codicia de su amo. El sensible jóven conoció por primera vez aquel sentimiento imperioso al que todos los otros ceden. Pero á la melancolía que le inspiró la imposibilidad en que se hallaba de poseer aquel

tesoro de gracias, sucedió toda la amargura de la inquietud y de los celos, cuando vió acercarse uno de los mas ricos magnates de Bagdad, que muy en breve entró en ajuste con el mercader. Este pidió desde luego dos mil dinares de oro. „Es demasiado, dijo el comprador.—¡Demasiado! respondió el mercader; georgiana, diez y ocho años, con una habilidad extraordinaria en el baile y en el canto, y te parece cara!" El comprador ofreció mil y quinientos dinares, y Ademdai temblaba como un azogado; mas el mercader se mantuvo firme, y el magnate, que no estaba tan enamorado como Ademdai, volvió la espalda. Llegó la hora de cerrar el Bazar, y la esclava se retiró con su dueño, lanzando una mirada afectuosa al apasionado Ademdai.

Esta mirada acabó de subyugarlo. Volvió á su casa, y en lugar de cenar, se echó sobre un sofá, sin poder apartar de la imaginacion la hermosa georgiana. Era precisamente el dia en que le tocaba venir al Genio. „¿Qué tienes? le preguntó éste al verlo tan abatido. ¿Suspiras? Lloras? No estás contento con lo que tienes?—Nuncio de las voluntades de Alá, respondió Ademdai: conozco que no merezco ni la centésima parte de los favores que me has dispensado; pero temo irritarte si te declaro la causa de mi afliccion.—Nada temas, dijo el Genio. Un hombre como tú no se aflige sin motivo. Algo te hace falta, sin duda, y solo puede hacerte falta lo ne-

casario.—¿Crees tú que la paz del corazon es necesaria á un hombre de bien?—Sí.—Pues el mio se halla en la mas cruel agitacion. Mi soledad me espanta: necesito una compañera.—Dices bien: busca una doncella honrada, pídela á sus padres, y cásate con ella.—No hay mas que una mujer para mí en el mundo; la que me ha cautivado, la que reina en mi corazon; pero es esclava, y yo no tengo el dinero que vale.—¿Cuánto piden por ella?—Dos mil dinares de oro.—Mucho dinero es; pero puesto que estás enamorado, si caes enfermo de la pena, mas has de gastar en médico y en botica. Aquí están los dos mil dinares. Compra la esclava, y sé feliz."

Ahora que Ademdai se halla con la hermosa Arselli, en una casa decente y sin tener que pensar en nada, mas que en gozar de su ventura, creerá el lector que se acabaron sus penas, y que nada mas tendria que pedir al benéfico Númen que tantos favores le habia dispensado. Pues no fué así. La esclava creia, por el precio á que habia sido comprada, que iba á manos de algun príncipe; que su residencia seria el harem mas espléndido del Oriente, y que no tendria mas que abrir la boca, para poder disponer de las galas mas suntuosas y de las joyas mas ricas. Cuando se vió en una casa pequeña, modestamente amueblada, y obligada á servirse á sí misma, lo primero que hizo fué llenar de injurias á su amante, y recha-

zarlo con la mayor aspereza cuando éste se le acercaba. El pobre Ademdai no sabia qué hacer. A sus caricias y requiebros, Arselli respondia con denuestos y con reconvenciones. No quiso probar bocado, ni permitió que su amante permaneciese en la misma pieza. Todo le parecia mezquino, incómodo y de mal gusto. Así pasaron ocho dias, que fuéron para Ademdai ocho siglos de tormentos. Vino el Genio, y Ademdai se arrojó á sus plantas, asegurándole que era el mas desventurado de los hombres. Refirióle todo lo que pasaba, y le probó del modo mas convincente, que le eran necesarios mil dinares de oro para no morir de desesperacion. El Genio, convencido de sus razones, se los dió inmediatamente y desapareció.

Ademdai gozó por fin la inefable ventura de ver sonreir á su amada, cuando le presentó veinte trajes magníficos, soberbios collares de perlas y esmeraldas, y una coleccion de shales de los mas hermosos que produce el Thibet; mas no pudo refrenar su gozo, cuando Arselli tomó una arpa, y con una voz armoniosa y suave, le dió á entender en bien sentidas coplas, que premiaba su amor y era feliz á su lado. Tres dias duró el éxtasis de felicidad en que estaba como anegada el alma de Ademdai. Al cuarto dia salió á dar un paseo, cuando retirándose á su casa al anochecer, observó un hombre que rondaba la calle con cierta cautela, y que no cesaba

de mirar hácia las paredes de la pieza que Arselli ocupaba. Ademdai se acerca, y reconoce al mismo sugeto que habia querido comprarla. Púsosele de pronto una nube tenebrosa delante de los ojos, y entró devorado de pena y desconfianza. Arselli le preguntó repetidas veces la causa de su inquietud, y él solo respondia con profundos suspiros. Rompió al fin el silencio, y le refirió lo que habia visto. „Ademdai, díjole entónces la georgiana: Alá sabe que te soy fiel, y que no tengo el menor conocimiento con ese hombre. Mi corazon es tuyo, y lo será eternamente; pero de estos pesares tendrás muchos en el curso de la vida. En Bagdad hay un sinnúmero de hombres que cifran todo su gusto en enamorar las esclavas ajenas. Un hombre solo no basta á burlar las astucias de estos malvados.—Tienes razon, respondió Ademdai, y yo soy un insensato en no haber pensado ántes en hacerme de algunos eunucos fieles; pero todo tiene remedio, y ántes de pocos dias tendré quien te guarde, y quien intimide á los galanes."

Vino el Genio, y Ademdai le contó sus cuitas. „Una mujer bonita, dijo el Genio, es un tesoro que todo el mundo codicia. Es necesario custodiarlo, y los eunucos no son supérfluos en semejantes ocasiones. ¿Cuántos has menester?—El número, respondió Ademdai, depende del grado de los celos, y los mios son furiosos; sin embargo, creo que con

seis eunucos tendré lo suficiente.—Aquí tienes lo que basta para comprarlos.—Yá, pero es necesario vestirlos y mantenerlos.—Toma lo que has de gastar en estos objetos hasta mi próxima venida.—Bien, pero seis eunucos necesitan quien los sirva. ¿Cómo me he de componer sin tres ó cuatro esclavas que barran la casa y tengan todo en órden?—Cómpralas con el dinero que hay en esta bolsa. ¿Quieres mas?—No; porque no quiero mas que lo necesario."

Seis eunucos, cuatro esclavas, Ademdai y su querida, no estaban muy á sus anchas en una casa de pocas piezas. Era necesario comprar otra; y el Genio, hecho cargo de las razones de Ademdai, le dió una letra de cambio de tres mil tomanes, con cuya suma adquirió una soberbia mansion, situada en uno de los barrios mas concurridos de Bagdad. Los vecinos, que eran hombres acaudalados, visitaron á Ademdai, y le dieron suntuosos convites. Ademdai vió que era necesario corresponder á esta urbanidad, y obtuvo del Genio una suma considerable, que fué á parar á manos de los cocineros.

En estos festines, Ademdai se informó de las circunstancias de sus nuevos amigos, y supo, por ellos mismos, que cada uno tenia un numeroso harem, compuesto de las mas bellas jóvenes del Asia. Cuando se habló de este asunto, Ademdai bajó los ojos, y se puso de mil colores pensando en el triste papel

que hacia. En efecto, todos los renglones de lujo deben estar en proporcion, y el mahometano que tiene lo suficiente para cubrir su mesa de manjares exquisitos, pasaria por un mentecato si no poseyera una buena coleccion de buenas mozas. Ademdai hizo ver al Genio que su amor propio estaba herido, y despues de una larga discusion sobre el número de mujeres que le correspondia, quedaron de acuerdo en veinte, con mas cuarenta esclavas negras para servirlas. El Genio, sin embargo, tuvo sus dudas acerca de la necesidad de un gasto tan extraordinario. „Me parece, dijo, que te vas volviendo un poco vano.—Puede ser, respondió Ademdai: pero la vanidad es una cosa necesaria, porque si no fuera por ella ¿cómo habian de vivir todos los que viven de satisfacerla?" El Genio no supo qué responder á tan poderosa razon.

Llegó la primavera, y los vecinos de Ademdai vinieron á despedirse de él, para ir á residir durante tres ó cuatro meses á sus casas de campo. „¿Dónde teneis la vuestra?" le preguntaron. Ademdai mudó de conversacion, y esperó con impaciencia la primera visita del Genio. Cuando éste se presentó, Ademdai le preguntó si la salud era necesaria al hombre. „Sin duda, respondió el Genio: sin salud de nada sirven todos los otros bienes.—Pues bien, continuó Ademdai, la mia y la de toda mi familia peligra, si nos quedamos esta

primavera en Bagdad. Solo el aire del campo puede preservarnos de los perniciosos efectos de los primeros calores. En el camino de Basora hay una hacienda que me convendria perfectamente, y que su amo me venderá por una friolera.—¿Cuánto pide?—Diez mil tomanes.—Bien. ¿Qué mas necesitas?—Una hacienda requiere otros muchos perfiles: caballos, rebaños, jardineros &c. &c. — Con veinte mil tomanes tienes bastante para todos tus *et ceteras*. Presenta esta letra de cambio en casa del banquero Mahmud, y diviértete."

Dos meses habia pasado Ademdai en su deliciosa posesion, sin cansarse de admirar sus frondosas alamedas, sus acopados naranjales, sus estanques en que nadaban los peces mas raros del Asia, y sus caballerizas pobladas de los mas bellos potros de Arabia. Al cabo de este tiempo, sucedió que sus ovejas devoraron en media hora los sembrados de un pobre labrador, cuya pequeña hacienda lindaba con la de Ademdai. Quejóse el labrador ante el Cadí, y éste, sabiendo que Ademdai era rico, sentenció en su favor. Las ovejas volvieron á los mismos sembrados, el labrador volvió á quejarse, y el Cadí volvió á condenarlo. Esta escena se repitió várias veces. Ademdai estaba aburrido. Para evitar en lo sucesivo nuevas molestias, creyó oportuno comprar el pedazo de tierra del pobre labrador, que solo debia costar una

friolera; mas cuando el Cadí iba á extender el contrato, murió el labrador *ab intestato*, y su posesion, segun las leyes, correspondia al Califa. Esta ocurrencia disgustó sobre manera á Ademdai. Consultó al Genio, y convencido éste de la necesidad de no tener reyertas con los poderosos, aconsejó á su protegido que se presentase al Califa, y le ofreciese una suma considerable por la hacienda que acababa de heredar.

Harun el Raschid el Grande, estaba sentado en un trono cubierto de diamantes y de topacios. Rodeábanlo los grandes y los sabios de su corte; y en torno del magnífico salon de audiencia, ardian los mas exquisitos perfumes. Ademdai se acercó temblando á los piés del jefe de los creyentes. Cuando se le dió permiso de hablar, alzó los ojos y vió... pero ¿quién puede pintar su sobrecogimiento? Vió en la persona del Califa al Númen benéfico que tantas gracias le habia dispensado. Quedó petrificado, inmóvil, sin poder desplegar los labios. „Ademdai, dijo sonriéndose el mas sabio de los monarcas: reconoce en tu soberano á uno de los armenios á quienes salvaste la vida. He querido recompensarte de un modo digno de mí, y de tu generoso desinteres; pero al mismo tiempo he querido gozar de la satisfaccion de hacerte feliz, ocultándote la mano de donde provenia tu felicidad. Hace muchos años que estudio á los hombres, y miéntras mas los estudio menos

los entiendo. He oido hablar de lo supérfluo, y jamas he visto á los hombres de acuerdo sobre la significacion de esta palabra. Tú me has sacado de mis dudas. Por tu medio he llegado á conocer que esta es una de aquellas fantasmas aéreas, que solo sirve de texto á las disertaciones de los filósofos, y que no tiene aplicacion á la realidad de la vida. Lo que se llama *necesidad* es un abismo sin fondo, que no bastarian á llenar todos los tesoros del universo. Retírate, Ademdai: conserva todo lo que te he dado; pero no esperes poseer jamas la hacienda del pobre labrador."

Ademdai regresó á su casa de campo, donde refirió á sus amigos cuanto le había ocurrido. Dábanle éstos la enhorabuena, y envidiaban su felicidad. Mas él respondia de mal humor: „¿De qué sirve todo lo que tengo, y por qué me llamais feliz, cuando no puedo poseer la hacienda del pobre labrador?"

MÁXIMAS.

No desechos los consejos del que ha aprendido en la amarga escuela de la adversidad: un buen consejo no rompe la cabeza de nadie. Horacio se rie de los que se avergüenzan de aprender y no se avergüenzan de ser ignorantes. Platon dice que el hombre mas pobre y miserable, es aquel que carece de

la sabiduría necesaria para gobernarse á sí mismo.

—Anhela oir y ver, mas bien que hablar. Tus oidos y tus ojos son los que han de enseñarte; no tu lengua.

—Un rico ignorante, es como una piedra vil engastada en oro.

—Una persona sin educacion, es como un cuerpo sin alma.

—Hay quien diga para animarse á pedir prestado, *lo mismo es deber uno que dos:* á la hora del pago verá la diferencia.

—El hombre vicioso se convierte en enemigo atroz de su persona, pues con los vicios destruye su fisico y su crédito.

ULTIMOS VERSOS DE D. ALBERTO LISTA.

COMPUESTOS EN SEVILLA EN JULIO DEL AÑO 1848, A LOS 72 DE SU EDAD, Y POCO TIEMPO ANTES DE MORIR.

Cuando tu voz deliciosa
el viento de amores llena,
de mi envejecida lira
se animan las tristes cuerdas.
Presaga del canto, agita
ya la inspiracion inquieta
mi helado pecho, y en fuego
desusado le recrea.

¿Me engaño, ó la sacra musa
que otro tiempo en la ribera
del Bétis trocó en canciones
mis enamoradas quejas,
Vuelve á mi seno, y los lábios
con ardor sublime alienta,
sin que de catorce lustros
la sañuda nieve tema?
Ella es, hermosa Dorinda;
la misma que en mi edad tierna
me enseñó á cantar de Elisa
la inconstancia y la belleza;
La que me dió el blanco mirto
y las rosas de Citera,
y ciñó á mi frente humilde
el lauro de los poetas.
Ora me incita á que cante
tu beldad y tu modestia;
del pecho la fiel t[illegible]ura,
el candor de la inocencia,
Y la expresion sobrehumana
de tu voz cuando las penas
gimes del amor, ó ensalzas
sus vencedoras saetas.
Al oirte, medio siglo
retrocede mi existencia,
y de mis floridos años
la grata ilusion renuevas.
Admite afable mi canto,
que, aunque la edad lo entorpezca,
del Cisne, á morir cercano,
mas dulces son las endechas.

ARTE

DE CONOCER Á LOS HOMBRES POR EL PELO.

El pelo largo y mugriento, que deja pringue en el cuello del frac ó de la levita, pertenece al pretendido filósofo y á los aprendices de sastre y de barbero. El ente original con pretensiones de vivaracho, suele llevar la cabeza rapada como un chino. Las melenas á la romántica, están en boga entre los horteras mas elegantes, diputados á córtes que no hablan, coristas y bailarines italianos, traductores de dramas y escritores de folletines. Su division por partes iguales, formando raya desde el centro de la frente hasta la coronilla, indica afeminacion. La raya á un lado, denota pedantería. El pelo erizado, es el emblema de la torpeza, de la terquedad ó del miedo. El pelo muy peinado, lustroso, tieso y pegadito á la frente, denota paciencia y resignacion. Las grandes entradas significan orgullo. Los que llevan el pelo alto sobre la frente y pegadito á los lados, suelen ser galanteadores y lujuriosos. El pelo rubio, indica dulzura y sensibilidad, el negro ardimiento, el castaño moderacion, el rojo perversidad y el cano.... vejez. La calva denota inteligencia, cuando no se hace ostentacion de ella, pues en este caso significa estupidez; pero si por disimularla se adopta

el medio de hacer subir hasta la frente el pelo del cogote, esto es yá una prueba infalible de imbecilidad. El uso de la peluca, está reservado á los hipócritas; por eso son tantos los que la gastan en este mundo engañador. El pelo gris, es hijo de la misantropía ó de los placeres nocturnos. La abundancia de cabellos que jamas encanecen ni caen, denota calma, impasibilidad y bienaventuranza. Para tales cabezas ha dicho la Santa Escritura: *el reino de los cielos os pertenece.* Estos santos varones, son los mejores maridos: están asegurados de incendios. Sus cabezas son terrenos tan fértiles y productivos, que á falta de uno suelen llevar dos signos de la abundancia. El pelo rizado y lustroso, demuestra alegria ó empeño de pertenecer á la aristocracia sin haber nacido en ella. El que gasta gran bigote, sin ser militar, quiere ocultar su mala dentadura, á no ser que pertenezca á la *benemérita*, que en este caso son indispensables para jugar á los soldados, y es preciso que vayan acompañados de su correspondiente patilla, siempre que el interesado no sea dueño de alguna lonja. El uso de la perilla no se ha introducido aún entre los fabricantes y vendedores de chocolate, jabon y velas de sebo. El bigote retorcido hácia arriba, es señal de hambre. La patilla corrida por debajo de la barba, está muy en uso entre los que quieren parecer bien al bello sexo, y tienen la desgracia

de llevar sendas calabazas. La patilla grande, es signo de fanfarron: la corta, de fanático, de aguador ó de capellan de regimiento. Las barbas á lo patriarcal, es decir, la barba entera enérgicamente pronunciada contra las navajas y los barberos, es propiedad de músicos y poetas incomprensibles, de cesantes desesperados y de mendigos de lugar.—Esto yá va demasiado largo, pelillos á la mar, y concluyamos con la siguiente décima:

No hay que poner gesto esquivo
Ni venirse con venganzas,
Porque dijo cuatro chanzas
Mi genio alegre y festivo.
Yá sabeis que en lo que escribo
Jamas hay mala intencion,
No hago, pues, aplicacion
A Pedro, Diego, ni á Juan,
Porque yá dice el refran
No hay regla sin excepcion.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

UN ENSUEÑO.

Era la media noche. Parado delante de su ventana un anciano, elevaba sus tristes miradas al luminoso cielo, y una que otra vez las echaba tambien sobre la superficie tranquila y silenciosa de la tierra. Ningun

hombre se hallaba tan privado de gozo y de sueño como él, pues á su lado estaba su tumba, cubierta de las nieves de la vejez, habiendo yá desaparecido la verdura de la edad juvenil. De sus riquezas y de toda su vida no le quedaban mas que errores, enfermedades, un cuerpo estragado, una alma marchitada, un corazon empapado en amarguras y oprimido por los remordimientos. En sus tristes momentos, los dias felices de su juventud se le presentaban delante como vanos fantasmas. Entónces se acuerda de una deliciosa mañana de primavera, en que su padre, conduciéndolo por el camino de la vida, le deja á la entrada de dos sendas opuestas. A la derecha está la de la luz y la virtud, que conduce hácia una region lejana y tranquila, en la que reina una claridad eterna; region cubierta de alegres y risueñas cosechas, y habitada por ángeles. A la izquierda se abre el camino de las tinieblas, el sendero rápido del error y del vicio, que remata en una triste caverna, cuya bóveda destila veneno. Allí dentro se oyen silbidos de horrorosas serpientes, y reina siempre una oscuridad profunda, aun mas espesa y terrible por el vapor sofocante que la tierra exhala por todas partes. El error de la edad y la irreflexion, le arrastran por este funesto camino.

Al punto las serpientes se enroscan al rededor de su pecho: un veneno ardiente cae

gota á gota sobre su boca; conoce entónces el abismo en que se ha dejado caer. Fuera de sí, con el corazon lleno del mas profundo dolor, alzando los ojos al cielo, exclama: ¡oh Dios mio! volvedme los dias de mi juventud! ¡oh mi padre! llévame otra vez á la entrada de los dos senderos! te prometo, te juro que haré una mejor eleccion.

Mas su padre y su juventud yá no se hallaban con él. Vió entónces algunos fuegos fátuos agitarse sobre la superficie de las lagunas, y apagarse en los sepulcros. Estos son, dijo, *los dias de mi locura*. Vió una estrella separarse del cielo, brillar un instante en su caida, y desaparecer sobre la tierra. Es la historia de mi vida, exclamó. Y su corazon estaba herido, y la culebra del arrepentimiento devoraba su pecho, y clavaba su dardo en el fondo de sus heridas.

En el trastorno de su imaginacion, ve como si fuesen sonámbulos que voltejean sobre los techos; el molino de viento eleva sus brazos amenazadores, y parece que quiere aplastarle; y al fondo de su féretro medio abierto, ve un espectro solitario que se reviste insensiblemente de su semblante: mil pensamientos terribles oprimen su alma: de improviso, el sonido de las campanas que saludan la aurora, llega hasta su oido como el eco de un cántico distante. Una emocion mas dulce penetra su corazon. Sus miradas recorren el inmenso horizonte que tie-

ne por delante, y abrazan la vasta superficie de la tierra. Piensa en los amigos de su juventud, que mas afortunados y virtuosos que él, padres de hijos felices, hombres cargados de bendiciones, son ahora el modelo y amor del género humano. Entónces exclama: ¡Y yo tambien, virtuosos amigos, hubiera podido como vosotros, con un corazon puro y sin remordimiento, pasar esta primera noche del año en los brazos del sueño, si yo lo hubiera querido! Yo tambien hubiera podido ser feliz ¡oh padre mio! si yo hubiese cumplido vuestros votos, si hubiese seguido vuestros consejos.

Agitado por los tristes recuerdos de su juventud, cree ver al espectro que habia tomado sus facciones, prepararse á salir de la tumba. Prontamente, en efecto, el espectro se ha revestido de humanas formas: yá se anima; es un jóven, es él mismo.

El desgraciado no puede soportar este espectáculo: tapa su cara con sus manos: torrentes de lágrimas fluyen de sus ojos, y caen sobre la nieve. Privado de consuelo, cediendo al exceso de su abatimiento, apénas puede soltar algunos débiles suspiros.

¡Vuelve á mí, decia, con una voz sofocada, vuelve ¡oh juventud! vuelve...!

Y la juventud yá habia vuelto, porque su vejez y sus terrores no habian sido mas que un sueño horroroso: él se hallaba todavía en la flor de su edad; solamente sus érro-

res no habian sido un sueño. Entónces dió gracias á Dios de que, siendo jóven todavía, podia abandonar el sendero desastroso del vicio, y seguir el camino de la luz y la virtud, que conduce á esas deliciosas regiones, donde reinan la abundancia y la felicidad.

Imitad su ejemplo, jóvenes que como él os hallais en el camino del error. Este sueño terrible será un dia vuestro juez, si por ventura tuviéseis entónces que exclamar; ¡Vuelve, hermosa juventud! Vuelve...! Mas ella no volveria jamas.

EL BESO.

¡Qué fuego apacible
De mí se apodera,
Cuando cariñosa
Tu boca me besa!

¡Qué desasosiego!
¡Qué impresion tan nueva!
Nunca de mis lábios
Tus lábios se muevan.

Y en ellos deleite,
Place y amor beba;
De un beso tras otro
Contínuo yo sienta

El ánsia agradable
Que mi alma recrea,
Que deja embargada
Mi accion y mi lengua,

Que mis sensaciones
Así señorea,
Y en dulce deliquio
Postrado me deja.

Tus besos, de gozo
Los ojos me cierran,
Y no tus encantos
Permiten que vea.

Dame, amada mia,
Mi bien, dame tregua;
Un solo momento
Tus lábios despega.

Que tantas delicias
Que mi alma enajenan,
Harán que en tus brazos
Sin vida me veas.

WENCESLAO ALPUCHE.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

A.

Apendaj: historieta moral que prueba lo insaciable que son los deseos humanos. . 545
Agramante (el campo de): orígen y explicacion de esta frase. 105
Amanuense:
—Mi amanuense y yo, ó el hombre de mi artículo: sobre la chismografía. . . . 17
—Mi amanuense y yo, ó los misterios de una noche: censúranse los juegos prohibidos del monte y los dados. 159
—Mi amanuense progresista: crítica de costumbres y modas sobre el tema del falso progreso. 259
—Cosas de mi amanuense, ó el espíritu de supresion: artículo de costumbres. . . 375
Año: su explicacion, division y diferentes usos civiles, legales y eclesiásticos. . . 449
Ayalos (Rui-López de) ó el cerco de Benavente; suceso histórico. 113

B.

Baltasar (la cena de): escena bíblica. . 7
Boda deshecha (la): artículo ameno y moral. 108
Bouillon (Godofredo de), ó las Cruzadas. 175

C.

Caballería andante: noticias sobre ella. . 305
Campo (me voy al): crítica de los amigos falsos ó interesados. 83
Canónigo; uno que no sabia latin. . . 250
Cárlos II de España: trozo histórico. . . 412
Carnaval: todo el año le hay: crítica de costumbres. 240
Comprender: crítica de costumbres con motivo del uso de este verbo. 277
Cruz rústica: historia de una jóven seducida. 476
Cuento que sirve de prólogo ó introduccion á la presente obra. 3

CH.

Chateaubriand: sus memorias póstumas. . 61
—Su visita al Santo Sepulcro. 403

D.

Diarrea: remedio fácil y eficaz para dicho mal. 125

E.

Egoista (el): censúrase esta falta moral y civil. 295
Empeños (los): crítica de ellos. . . . 117

Ensueño (un): artículo moral. 563
Epitafios: se critican en general. . . . 363
—Id. determinadamente. 409
Esposo indulgente (el): artículo ameno y moral. 39
Eva: su muerte: escena bíblica. . . . 140

F.

Felicidad suprema: hácese consistir, por crítica, en el uso del vino. 394
Fiestas al Dios verdadero ántes de la ley de gracia:
—Primera parte. 264
—Segunda y última. 331

G.

Gracias: dánse á los Sres. redactores del Fénix de Campeche por los elogios que hacen de esta obra. 170
Guadalupe (villa de) en Méjico: descripcion de la festividad del dia 12 de diciembre en su colegiata. 355

H.

Herculano: noticia de esta ciudad subterránea. 372
Higiène: consejos sobre esta parte de la ciencia médica. 317
Hipócritas: sus muchas especies: artículo de crítica y de costumbres. 51
Honores fúnebres de algunos pueblos antiguos. 417

I.

Impertinente (el): artículo de costumbres. 349
Industria: nuevo género de ella: crítica de epitafios. 363
Indios sublevados: copia de la escritura bajo cuyas condiciones han pasado algunos á la isla de Cuba, para ser destinados á la agricultura. 436

J.

Juéves Santo: descripcion de los misterios y ceremonias de este dia, en la catedral de Mérida. 532

L.

Lamartine: su discurso pronunciado en la asamblea nacional de Francia, en favor de una sola cámara legislativa. 19
—Su visita al Santo Sepulcro. 403
Libertad: no la hay: artículo de crítica. 170
Lucía (Fr. Laureano): relacion de la causa seguida contra los asesinos de este venerable sacerdote. 87

M.

Matrimonio: abusos que se cometen en su celebracion. 214
—Máximas. 512
Id. 558
Mendoza (D. Nuño de), ó el acaecimiento amoroso. 378
Milan: descripcion de su catedral. . . . 246

N.

Naipes: su orígen y la significacion de cada una de las cartas. 34
No disimulado: artículo de costumbres. . 223
Novela: anuncio de la publicacion de una, enteramente yucateca, para el tomo 2.° de esta Miscelánea. 383

P.

Pastores: crítica de esta diversion de Navidad. 288
Pelo: arte de conocer á los hombres por él. . 561
Periódicos: uno que se supone que ha de publicarse en Mérida cien años despues del actual. 129
Pompeya: noticia de esta ciudad subterránea. 372
Poesías de todo género:
—El Miserere. 37
—Una lágrima de Amor. 43
—La Fortuna. 56
—El tizon y la cocinera. 86
—La Muerte. 106
—La existencia y poder de Dios. 122
—Epigramas. 127
—La Ramera. 137
—Una escena de la comedia de Breton de los Herreros titulada *Un novio para la niña*. 151
—Cántico para despues de la confesion. . 167
—La pobre del Cementerio. 198
—¡Hay brujas! 221
—A la memoria de D. José Espronceda. 227
—El último dia del año de 1848. 252

—La vuelta á la Patria, , , , , , , 281
—El último dia del año y el primero, , 292
—Himno á Napoleon, , , , , , , , 303
—El dos de mayo en Madrid, , , , , 311
—La difamacion, , , , , , , , , 316
—Alopatía, homeopatía é hidropatía, , , 341
—La flor del agua, , , , , , , , , 367
—Carta escrita desde el otro mundo por D. Luciano Francisco Comella, , , , 397
—La esperanza, , , , , , , , , , 411
—La Fé cristiana, , , , , , , , , 427
—El bosque de Chapultepec, , , , , , 447
—La Vírgen al pié de la Cruz, , , , 457
—El moro desdeñado, , , , , , , , 473
—A la Religion, , , , , , , , , , 507
—Ultimos versos de D. Alberto Lista, , 559
—El beso. , , , , , , , , , , , , 567

Q.

Quijotes: el de antaño y los de ogaño: crítica social y política, , , , , , , 200

R.

Ramiro: novela sacada de la historia de España en tiempo de los moros, cuando la toma de Granada por la reina Isabel, 513
Religion: estado que guarda en el mundo y sus divisiones, , , , , , , , , 385

S.

Seged: cuento árabe, , , , , , , , , 462
Seña: explicacion de esta ceremonia en las catedrales y colegiatas, , , , , , , 483

Sol: adoracion de este astro, , , , , 441
Supresion (espíritu de): crítica, , , , 375

T.

Tavor: batalla dada en este monte por Napoleon Bonaparte, , , , , , , , 155
Templarios: su extincion, , , , , , , 255
Tranquilino (D.): crítica de anuncios de periódicos, , , , , , , , , , , , , 422

U.

Uc (Francisco): documentos de la causa seguida contra este indígena por el crímen de sublevacion contra las razas blanca y mixtas, , , , , , , , , , , 180

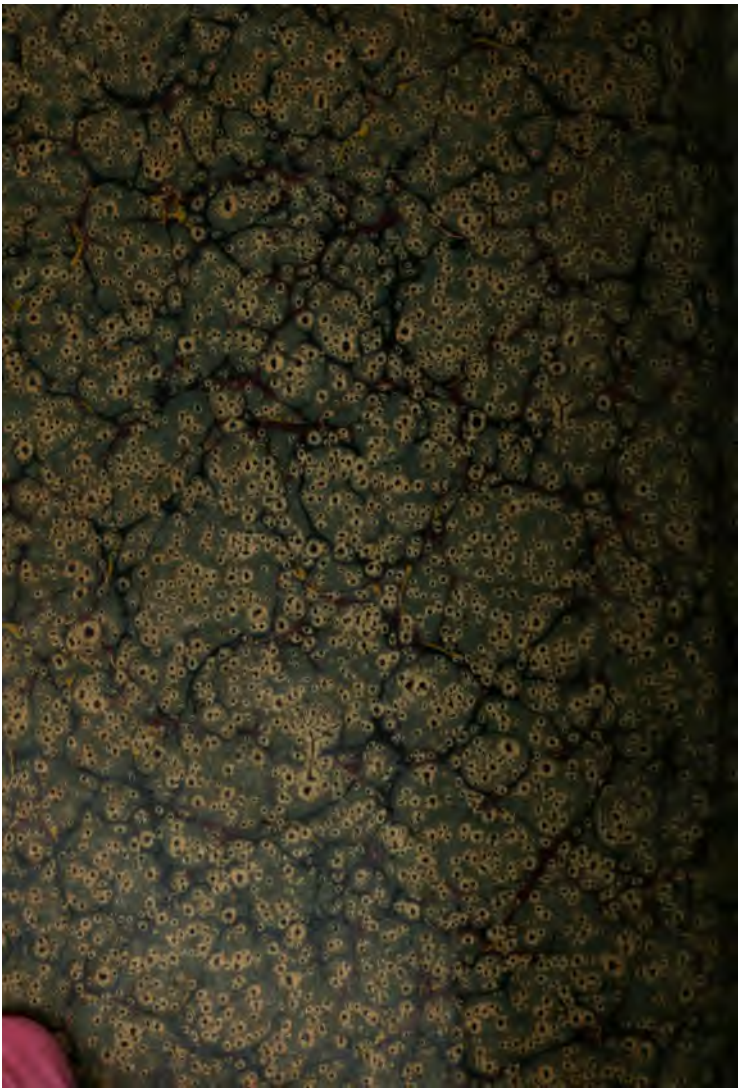
V.

Venecia: historia del tribunal de los Diez en esta antigua república, , , , , , 230
—Estatutos del tribunal de los Tres Inquisidores en la misma, , , , , , , , 284
Versos de colores: pide una dama que se le hagan, y presentánselos en efecto, , , 33

W.

Washington: biografía de este célebre personaje, , , , , , , , , , , , , , 45
—Una visita á su sepulcro en Mount-Vernon, , , , , , , , , , , , , , 321

Este volúmen, y las entregas sucesivas del 2.° y siguientes que van publicándose, se hallan de venta en la oficina tipográfica de D. Rafael Pedrera, calle del Comercio.



This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.